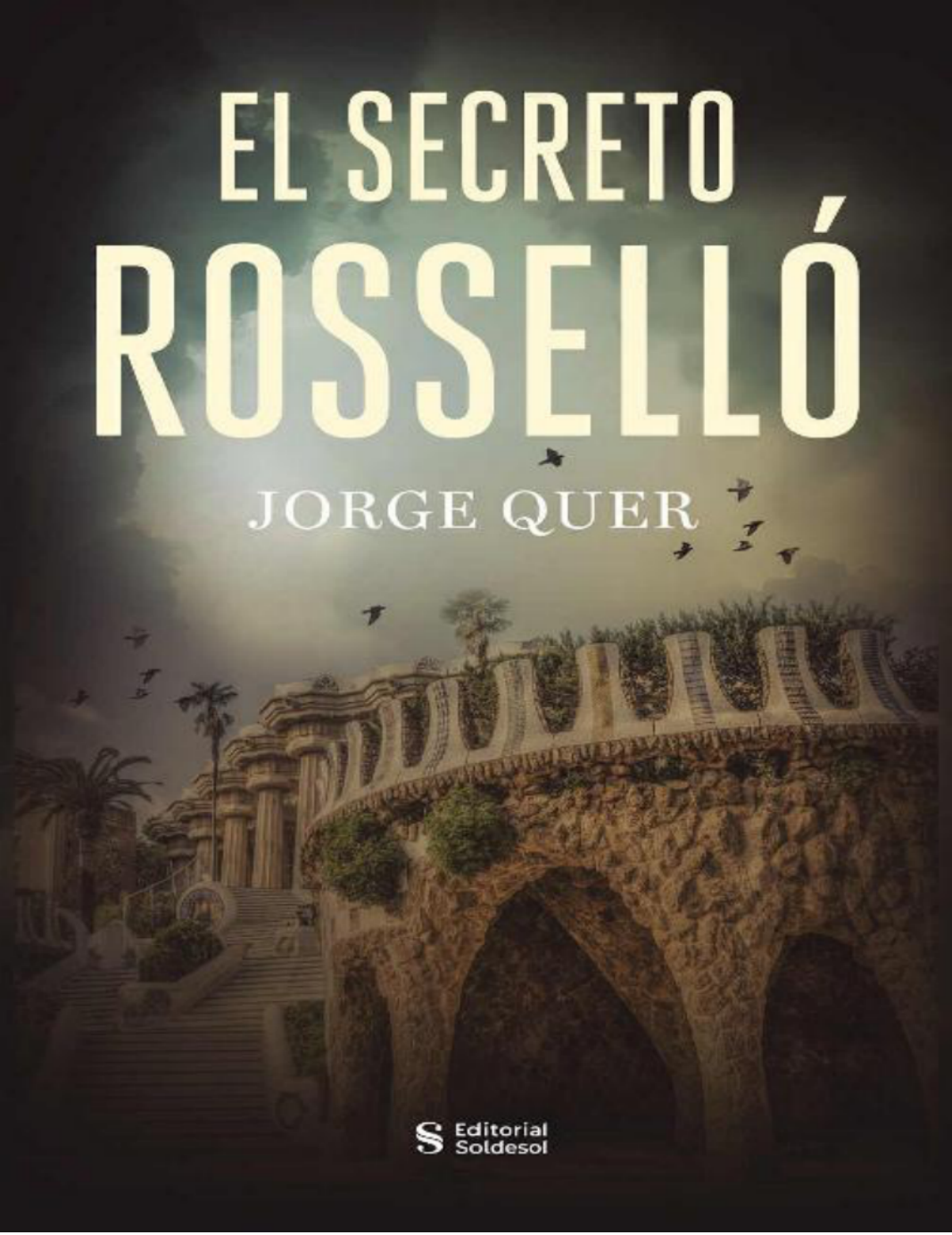
EL SECRETO ROSSELLÓ

JORGE QUER



Editorial Soldesol

jorge quer ramiro

EL SECRETO ROSSELLÓ

Editorial Soldesol

el secreto rosselló

© 2022, Jorge Quer Ramiro

© Diseño y maquetación: Editorial SoldeSol
(EditorialSoldeSol.com)

Corrección: Marta Gutiérrez
Más información del libro en Editorial SoldeSol

EditorialSoldeSol.com

Los derechos de este libro quedan reservados a su autor. Puede dirigirse a él para solicitar autorización si desea utilizar alguna parte de este contenido.

Sinopsis

Dos familias esconden un mismo secreto: provienen de una civilización extinta de una tierra desconocida.

El magnate y creador de la máquina de análisis Geodrom está tras la pista de un misterioso mineral que, de hallar su yacimiento, le convertiría en el ser más poderoso de la Tierra. Gracias a su máquina, Oriol Rosselló, catedrático de Bioquímica, descubre unas inscripciones en el interior de una misteriosa roca.
La inesperada muerte de su hijo, le obliga a prejubilarse y a cuidar de su nieto, a quien debe transmitirle el ancestral secreto familiar.

Mientras tanto,
llevan años observándole.

Me enseñaste a encontrar el camino
que ahora recorro bajo tu luz.

A mi tío, José María.

Prólogo

Berlín, 20 de junio de 2002

—¡Pasa, Stephan! Te estaba esperando.

—Muchas gracias, señor Meinl. Disculpe el retraso, he venido en cuanto he podido.

—Ahora no tengo tiempo de escuchar tus problemas. No me andaré con rodeos. Te he hecho venir porque quiero que me digas personalmente que ya lo tienes.

—Me temo, señor, que todavía no he podido extraer nada, y le aseguro que lo he probado todo. Incluso he mejorado el programa de rastreo, pero...

—Cuando digo que no tengo tiempo de escuchar tus problemas, incluyo también tus excusas. Llevo casi tres semanas esperando una respuesta. No te imaginas la desorbitada cifra que he invertido en el proyecto Geodrom, no quiero tener que oír cada vez la misma respuesta. Quiero pruebas y las quiero ya.

—Pero, señor Meinl...

—Te he dicho en infinidad de ocasiones que me llames Alfred —interrumpió mientras se secaba el sudor de la frente—. Y ahora continúa.

—Como le decía, señ... quiero decir, Alfred, por más vueltas que le he dado, he de reconocer que no entiendo nada. Con el resto de científicos no ha habido ningún problema; todas las muestras analizadas en la máquina de Barcelona nos han llegado a nuestra central de Berlín sin errores. De hecho, no hemos registrado problema alguno en ninguna parte del mundo. Pero con el profesor Rosselló, por algún motivo, ha sido imposible. Es como si supiera qué estamos haciendo y usara algún tipo de programa que bloquease la información. Sabemos que ha usado Geodrom porque su código de entrada sí nos deja una huella digital cada vez que la utiliza, pero, a

partir de ahí, es como si nunca hubiera entrado.

—¡Maldito hijo de puta! —exclamó Alfred—. Es listo, muy listo, pero no tiene ni idea de con quién está jugando. ¡Yo nunca pierdo!

—Si me lo permite...

—Espera un momento, Stephan, no he acabado. Si analizo la situación desde otra perspectiva y tus sospechas son ciertas, he de pensar que el profesor Oriol Rosselló está protegiendo algo muy importante. En mi opinión, con eso deja de ser un sospechoso para convertirse en culpable. No me cabe la menor duda de que tiene el mineral en su poder, de otra manera no habría previsto lo que hacemos aquí ni se habría preocupado de adquirir un sistema capaz de borrar todos sus análisis. Quiero que entiendas que todo esto es por un asunto personal, digamos... familiar.

—Me paga para que haga mi trabajo, no para valorar por qué lo solicita.

—Lo sé, y por eso llevo años contratando tus servicios. La piedra en cuestión carece de valor económico, pero necesito tener en mis manos una prueba veraz de su existencia. Para mí es de suma importancia. ¿Se te ocurre una alternativa para hacerte con alguna evidencia?

—Es lo que trataba de decirle antes. Si accedo en persona a la computadora del propio aparato, quizá pueda ver qué está pasando y desbloquear lo que quiera que esté usando ese catedrático. Para ello tendría que...

—Para ello tendrás que viajar a Barcelona —volvió a cortar Alfred —. Quiero que vayas allí cuanto antes, a ser posible hoy mismo. Si tienes éxito, te pagaré diez veces más de lo habitual y, en lo referente a gastos, lo que necesites para hacerte con la piedra, o con lo que sea que me demuestre que existe.

—¡Delo por hecho, señor Meinl!... Disculpe, quería decir Alfred. Saldré en el primer avión alemán que salga para Barcelona.

—Una última cuestión —añadió su jefe—. No quiero que le pase nada al profesor. Tengo la sensación de que eso acabaría involucrándome y, como comprenderás, no me lo puedo permitir, soy una persona muy conocida... ¿Lo has entendido?

—Por supuesto, Alfred, ese tal Oriol ni se va a enterar de que he respirado en su nuca.

—Tampoco creo que haga falta que te acerques tanto. Por cierto, cuando lo consigas es posible que vuelva a necesitarte... Te lo recompensaré mejor que nunca; ya me entiendes. Mientras tanto, no

quiero volver a saber nada de ti, a no ser que te presentes aquí con algo que pueda interesarme.

I Parte

Destapando la leyenda

(1993-2002)

1

Scuola Grande di San Rocco, Venecia, 1 de junio de 2002

La práctica totalidad de los invitados había llegado y conversaba en grupos dispares en la planta baja de lo que fue un antiguo hospital de beneficencia. Para amenizar el tiempo de espera, se servían champán y deliciosas obras de arte de chocolate belga en miniatura, todo ello armonizado con piezas de compositores alemanes.

A las ocho en punto, como marcaba el programa, los convidados fueron invitados a pasar a la Sala Grande, ubicada en la planta superior. Todo aquel que accedía quedaba boquiabierto con la sola visualización, desde la escalinata, de sus techos dorados envolviendo las fastuosas pinturas sobre el Antiguo Testamento de Tintoretto.

Los más de 150 científicos y acompañantes invitados habían sido distribuidos en mesas redondas en un orden preestablecido a lo largo de toda la sala.

Para cada comensal, se había incluido, junto a la cubertería, una pequeña caja de roble americano con su nombre grabado. En su interior, una esfera hueca de plata escondía una minúscula esmeralda verde.

—Escúchame, Frederick —le susurró Alfred Meinl a su socio y número dos en la empresa—, ¿te acuerdas de la máquina que hemos donado a la Universitat Autònoma de Barcelona y que están acabando de montar?

—¡Como para no acordarme! Lo acepté porque eres mi amigo y... bueno, porque tienes la mayoría de las acciones. Sigo creyendo que es algo personal, pero miraré hacia otro lado.

—¡No seas imbécil! —respondió Alfred guiñándole un ojo—. Ya te expliqué que ese lugar es imprescindible para nuestra expansión por el

país.

—Alfred, estoy a punto de empezar y me da la sensación de que no te has acercado para hablarme de *marketing*.

—No, claro que no. Hasta hace un rato, el profesor Oriol Rosselló, su científico más reconocido, no ha confirmado su presencia y no he podido hablar antes contigo. Quiero que, mientras aburres al personal con uno de tus discursos, vayas dirigiendo tu mirada hacia él, si es que se digna a llegar a tiempo. Necesito, si es preciso, que te introduzcas en su cabeza y le convenzas para que use el analizador.

—Como tú quieras, aunque sigo creyendo que me ocultas algo...

Sin más preámbulos, el vicepresidente de la compañía FANTEN tomó la palabra desde el improvisado púlpito.

—Buenas noches a todos los invitados. Hace casi seis años divagamos con la posibilidad de emprender un fascinante viaje, pero no sin asumir que el camino estaría plagado de un sinfín de obstáculos de toda índole. En un mundo científico que fluye a gran velocidad, se crean nuevas necesidades con nuevas líneas de investigación. Ustedes mismos rastrean cada palmo de nuestro planeta en busca de nuevos materiales, o envían sondas a Marte para el estudio de su capa terrestre y la existencia de vida biológica. Sueñan con desvelar los más sorprendentes secretos de meteoritos alojados en capas profundas de la Antártida... Todo ello, con la esperanza de crear nuevas fuentes de energía, desarrollar nuevos fármacos... ¡un infinito abanico de posibilidades! Se necesitan herramientas que permitan el análisis de materiales con la máxima rapidez y fiabilidad posible. Por este motivo, mi empresa se embarcó en el proyecto Geodrom. Hemos construido el mejor instrumento para el estudio de rocas y minerales sin que requiera producir ninguna alteración en su morfología ni en su composición. Es capaz de realizar cien cortes lumínicos por milímetro, de analizar de forma simultánea su materia y de detectar la existencia de material genético o vida microscópica. Y todo esto en un tiempo récord. —El discurso fue interrumpido de forma momentánea con la entrada de uno de los invitados rezagados, el Dr. Rosselló.

—¡Sea bienvenido, profesor Oriol, y tome asiento! —le indicó señalando una silla vacía justo enfrente del ponente.

—Disculpen, lo siento —susurró el doctor en un correcto inglés, con la mano alzada y la cabeza agachada.

—A través de un complejo sistema informático —prosiguió el

ponente—, este analizador permite recomponer cada plano en 3D, mostrando una imagen digitalizada, tridimensional y en profundidad de la pieza estudiada. Con una forma esférica, permite el análisis de piezas desde escasos milímetros hasta 1,5 metros de diámetro. —La disertación volvió a detenerse cuando al recién llegado se le cayeron al suelo un bolígrafo, un juego de llaves y una minúscula libreta que llevaba en uno de los bolsillos de su pantalón.

—Les ruego que me perdonen —exclamó el doctor de manera casi inapreciable y bajo un rubor patente.

—Las piezas de hasta quince centímetros —continuó el orador forzando un carraspeo— se ubican en el interior de un pequeño espacio rectangular excavado en el punto central de la plataforma. El investigador introduce una clave personalizada y su huella dactilar, lo que da lugar al inicio de todo el proceso. Los resultados de cada estudio quedan guardados en una base de datos confidencial para cada científico. Una vez retirada la pieza, la máquina dispone de un sistema de esterilización por ondas. — Tras aclararse la garganta con un sutil sorbo de agua, prosiguió—. Han sido seis duros años de trabajo... Por fin, ha llegado el día de presentarlo a la comunidad científica internacional y a todo el mundo empresarial en esta magnífica sala como marco incomparable. Y, para finalizar, antes de que nos odien por inanición, les mostraremos unas breves imágenes de nuestra joya de ingeniería mientras comienzan a servirles los primeros entrantes. Por si les queda alguna duda, hemos querido obsequiar a cada uno de ustedes con una reproducción de plata, a escala, que, como ya habrán podido observar, se encuentra escondida entre las copas de vino. ¡Gracias a todos por venir! ¡Les deseamos una agradable velada y que la cena sea de su agrado!

Desde la comodidad de su asiento, Alfred Meinl, el presidente de la compañía, estaba convencido de que Geodrom sería la única manera de averiguar si la historia que en silencio había marcado a su familia era leyenda o realidad. Era una cara corazonada, pero podía abrirle las puertas a una inimaginable fuente de riqueza. Solo debía esperar a que aquel científico le diera la respuesta.

2

Facultat de Ciències,
Universitat Autònoma de Barcelona,
19 de julio de 2002, 21:10 h.

El silencio era la única compañía del profesor Oriol en el nuevo edificio adjunto de la Facultat de Ciències de la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB). Desde su inauguración hacía un mes y medio, nadie supo explicar con exactitud de dónde habían salido los fondos para el Geodrom, último juguete que la tecnología alemana había desarrollado para el estudio de minerales. Sin éxito, había intentado utilizarlo en la más absoluta intimidad en diversas ocasiones. La inusual soledad del momento parecía brindarle su oportunidad.

Oriol Rosselló Reixach, catedrático de Química Inorgánica de la UAB, gran aficionado a la geología y a dos años de la jubilación, había logrado su plaza a una edad que todavía hoy sorprende. Con 30 años y una carrera científica meteórica, ya era reconocido a nivel internacional. Había sido tentado en multitud de ocasiones por laboratorios y empresas tecnológicas de primer nivel, tanto americanas como europeas, pero él consideraba que la calidad de vida que disfrutaba en su tierra compensaba cualquier deficiencia material.

Era bien cierto que los recursos económicos que ponían a su disposición en la universidad eran ínfimos en comparación con empresas como FANTEN; una compañía alemana que llabía llegado a ofrecerle hacía algo más de cinco años un cheque en blanco para trabajar entre sus filas, aunque siempre rehusó aceptar.

Oriol insistía en que su felicidad no nacía del dinero, sino de pequeños detalles; como la imagen del mar irrumpiendo en cualquier acantilado de la Costa Brava o las formas con que el movimiento modernista había modelado su Barcelona natal. Imágenes que le

trasladaban a aquellos remotos lugares que a la edad de diez años su padre le había detallado, un lugar cuyo origen se remontaba a tiempos anteriores a todo lo conocido.

—Venga, ¡ábrete, Sésamo!

Introdujo su clave personal por segunda vez mientras se recolocaba las gafas de pasta que, a causa del sudor, se habían resbalado por su nariz bulbosa. La ansiedad del momento y el flequillo de su media melena pegado a la frente tampoco ayudaban a acertar con la estratosférica clave personal que estaba obligado a poner cada vez que debía acceder a la dichosa máquina.

—¡Por fin! ¿Para qué será necesaria semejante clave? A fin de cuentas, lo que estudias aquí rara vez tiene importancia.

De un bolsillo camuflado en el interior de su pantalón sacó, perfectamente protegida, una roca similar a una esmeralda verde, de unos 5 cm de diámetro. Daba la sensación de haber sido tallada en un pasado, pero el paso del tiempo le había hecho mella.

Su valor iba más allá de baremos económicos. Era la viva representación de una leyenda que cada generación de su familia guardaba como a su vida.

Con la delicadeza de un cirujano, la depositó en el hueco central, reservado para las estructuras de menor tamaño, y cerró su cubierta. Ya en el exterior, tecleó las órdenes oportunas, con lo que cerró la esfera herméticamente. Cada uno de los pilotos de control se fue activando hasta que el último dio paso al inicio de la emisión de los haces lumínicos que acabarían generando una imagen 3D en la pantalla, o por lo menos eso esperaba...

«Nunca he entendido el motivo por el cual esta supuesta joya tecnológica fue donada a la UAB. Ningún nombre, nada a cambio. Para ser algo tan sumamente caro, tampoco veo aplicaciones económicamente rentables», la cabeza de Oriol no dejaba de pensar a toda velocidad. «¡No sé, es todo muy extraño! Lo importante es que podría dar respuesta a alguna de mis incógnitas y que ha llegado en el momento oportuno».

Hacía años que había estudiado pequeños fragmentos de su composición y algunos datos relevantes permitieron incrementar sus dudas. Elevada concentración de átomos de carbono y, lo que era más sorprendente, en una ocasión halló trazas de una estructura mineral desconocida para él.

Nunca antes ninguno de sus antecesores había podido confirmar la veracidad de la historia que envolvía a ese extraño mineral. Era su

última oportunidad para demostrar todo aquello que tanto los había marcado.

Los segundos eternos hacían audible el bombeo de su corazón. En los escasos tres o cuatro minutos que duraba el proceso, tomó conciencia de su propia respiración, incluso el silencio adquirió diferentes matices.

Creyó escuchar una leve pisada; Oriol se giró de forma brusca y vio una sombra que cruzaba de forma fugaz la pared posterior del pasillo de entrada.

—¡Hola! ¿Hay alguien?

Al no obtener respuesta, se dirigió hacia la puerta que permanecía abierta. Fuera no había signos de movimiento alguno.

«Creo que la ansiedad me está jugando una mala pasada», se justificó, recuperando parte de la calma.

Un instante después, la computadora emitió tres pitidos consecutivos y aparecieron en la pantalla los primeros datos.

—¡Por fin la tengo delante de mis ojos!

Con el *joystick* acoplado al cuadro de mandos resultaba fácil el giro de las imágenes en todos los ángulos. Para observar la profundidad de los cortes, una sencilla palanca permitía el avance y el retroceso.

En su forma externa no apreciaba nada que pudiera llamarle la atención. Ninguna de las marcas le resultaba extraña, ni siquiera a máxima escala. Los resultados sobre su composición química tampoco revelaban sorpresas. Poco a poco, se introdujo hacia su interior sin datos que contradijeran lo que Oriol, de manera más artesanal, conocía desde hacía años.

«¡Me temo que ha sido una pérdida de tiempo, además de arriesgarme a una amonestación por estar aquí en horas no autorizadas!».

Estaba decidido a recuperar su pequeño tesoro del interior de la esfera, pero un sonido, hasta ahora nuevo para él, llamó su atención. Al volver a la pantalla principal de 32 pulgadas una alerta apareció en la columna correspondiente a los datos de composición. El ordenador había detectado un supuesto mineral desconocido que solo corroboraba sus análisis previos. De nuevo, observó las imágenes, en la máxima profundidad de la roca.

Lo que vio le hizo sentir que su corazón se detenía por un instante. Frente a él tenía, por primera vez, la prueba de que la fábula, todo ese tiempo, había sido una realidad. En el interior de la piedra se apreciaban dos círculos enlazados entre sí, de diferente tamaño y con

un trazado perfecto. Según indicaba su análisis, estaban compuestos por un material desconocido. Oriol pensó que podían simbolizar los dos continentes ya desaparecidos, origen de sus antepasados.

Sin capacidad alguna para pronunciar palabra, solo pudo llorar...

3

Barcelona, 19 de julio de 2002

No había derramado una sola lágrima desde hacía cinco años, cuando un cruento cáncer acabó con la vida de su mujer. Oriol siempre pensó que ese final era una paradoja en su vida, ya que, sin poder demostrarlo, nadie de su familia directa lo había sufrido nunca.

Tras recuperar el preciado mineral del interior de la esfera, imprimió a color las imágenes más representativas. Antes de marcharse, introdujo en la unidad de CD un programa creado por su hijo para la ocasión. Con la inclusión de una incomprensible alternancia de códigos, el programa ocultaba dentro del *software* cualquier huella de los resultados que pudieran obtenerse.

Joan Rosselló, informático de 34 años, era el único hijo de Oriol y, aunque 29 años más joven, una copia exacta de este. Hubiera querido tener más, pero la vida, como ya preveía, no se los concedió. Asentado en la periferia de la ciudad de Tarragona, era socio de una empresa informática que, entre otras cosas, gestionaba la petroquímica más importante de la región. Su padre le contó, hacía algo más de un mes, que habían instalado en la UAB una nueva máquina para el estudio de minerales y que para su funcionamiento requería introducir una clave personal. Sabía que no dudaría en usarla para seguir investigando sobre la fábula familiar. A pesar de su incredulidad, era consciente de que cualquier información debía guardarse en el más absoluto secreto. En tan solo una semana, tenía lo que él llamaba «El manto de invisibilidad».

«¡Perfecto, todo en su sitio, aquí no ha estado nadie!».

Después de guardar el CD y la piedra con su caja en el maletín,

encaró la salida con paso ligero. Por unos instantes se había olvidado de su incipiente artrosis de rodillas y lo único que quería era correr. A pesar de que no debía haber nadie por esa zona del edificio, prefería mantener la compostura. Siempre era más fácil explicar su estancia allí si mostraba algo de tranquilidad.

Nada más girar el pasillo y justo antes de las escaleras de bajada, el corazón, de nuevo, le dio un vuelco. Un carro de la limpieza se encontraba en el umbral de la entrada de una de las aulas.

—Pero ¿qué demonios hacen a estas horas limpiando por esta zona de la facultad? ¡Hola, Janet, soy Oriol Rosselló! —gritó mientras apartaba el carro de la puerta y entraba dentro de la sala. Para su sorpresa, no había nadie en su interior.

Janet era una joven colombiana encargada, desde hacía varios años, de la limpieza de esa zona del campus en el turno de tarde; aunque a esas horas no debería encontrarse allí. Por el carácter reservado de la mujer, nunca habían mantenido una larga conversación y, sin embargo, sentía gran aprecio por ella.

Antes de marcharse, prefirió cerciorarse buscando en otras aulas, con el mismo resultado. Al llegar a la salida principal del edificio, se sorprendió al ver la puerta sin el cerrojo echado. Cuando Janet trabajaba en el interior, sin gente, tomaba más medidas de seguridad.

«¡En fin, un despiste lo tiene cualquiera!».

Una vez fuera, prefirió él mismo darle varias vueltas a la cerradura.

«¡Ventajas de llevar casi 40 años en mi segunda casa, mamá universidad me proporciona llaves!».

La fuerza de la costumbre hacía que dejara el coche en una zona apartada del edificio. Era la única manera de asegurarse de que caminaba unos minutos al día.

Como era de esperar, a esa hora, su vehículo, un Seat Ibiza de doce años de antigüedad, se encontraba aparcado en la más absoluta soledad.

A las 22:00 de un viernes, el tráfico de entrada a Barcelona solía ser fluido, aunque para evitar complicaciones decidió acceder por el túnel de Vallvidrera. La decisión fue acertada, porque en 30 minutos escasos se encontraba en el cruce de Passeig de Gràcia con Diagonal, acariciando el portal de su vivienda, la Casa Comalat, una obra de arte del estilo modernista. La vivienda de Oriol miraba al emblemático

barrio de Gracia. Adoraba las formas ondulantes del edificio, con una decoración cerámica que transmitía una gran personalidad.

No era casualidad que hubiera elegido ese lugar para vivir hacía más de cuarenta años. Presentaba unas características que lo convertían en pura simbología; al menos, en su imaginación. No solo le evocaba las construcciones donde vivieron sus ancestros, también tenía un detalle que lo hacía muy peculiar. En la parte superior del edificio, y casi oculta desde la calle, había una estructura con forma de gorro recubierto de cerámica verde... Como la siempre oculta joya que cada generación de su familia tenía el deber de custodiar.

La proximidad del *parking* que tenía en alquiler desde hacía un año le permitió en pocos minutos adentrarse en el interior del portal. A pesar de la prisa por llamar a su hijo, no pudo evitar, como siempre le ocurría, hacer volar su imaginación al observar el juego modernista que el *hall* regalaba a todo aquel que tuviera la suerte de disfrutarlo.

Sin perder un instante, y aún con el maletín en la mano, comenzó, a pesar de la hora, a marcar el número de teléfono de Joan.

—Papá, ¿qué demonios quieres a estas horas? —dijo enojado su hijo.

—Caramba, ¿esa es manera de saludar a tu padre? No te lo tendré en cuenta. Joan, tienes que venir a casa ahora, y sabes que no te lo pediría si no fuera absolutamente importante. Verás, he descubierto algo que lo cambia todo. No puedo contártelo por teléfono, aunque creo que sabes de qué hablo.

—Le prometí a tu nieto que mañana temprano iríamos a visitar las ruinas romanas con su madre, y sabes que no dispongo de muchos fines de semana para estar con Edu y con Marta.

—Podéis venir los tres. Conoces muy bien la casa, hay espacio de sobra y hace mucho tiempo que no estamos toda la familia junta. Además, mañana podemos ir todos al parque Güell, y sabes que a tu primogénito le apasiona. ¡Hazlo por tu hijo y por tu viejo padre!

—Odio cuando te pones sarcástico y melancólico, pero está bien, iremos. Dentro de aproximadamente hora y media estaremos en tu casa de cuento de fantasía... Y sí, yo también tengo un punto irónico.

—No te arrepentirás, Joan, te aseguro que a partir de ahora lo verás todo de manera diferente. Nos vemos en un rato. Un saludo a Marta. ¡Te quiero, hijo! —Ahora sí, disponía de algo más de una hora para intentar relajarse y, aunque los acontecimientos le habían

quitado el hambre, tenía la necesidad de acompañar su momento triunfal con un vino de Ribera del Duero, que, junto con los de Conca de Barberà, era uno de sus preferidos.

Hacia las 00:30, el relax producido por los tonos sutiles del Cabernet Sauvignon empezó a desvanecerse y dio paso a una justificada preocupación.

—Dos horas son más que suficientes para llegar —rumió en voz alta mientras tamborileaba con sus dedos en el sofá.

Decidió llamar a Tarragona, colgando unos segundos después. «Es posible que finalmente lo hayan pensado mejor. A fin de cuentas, Edu no es más que un niño y a mi hijo siempre le dieron igual mis sentimientos. Pensaba que había madurado, pero obviamente me equivoqué».

A pesar de lograr engañarse con su propia explicación, un bombardeo de ideas comenzó a fluir en su mente. La relación con Joan nunca había sido la más deseada, sobre todo a raíz de la muerte de su madre, verdadero nexo de unión de la familia. Sabía que le había privado de su presencia en demasiadas ocasiones a costa de invertirla en su trabajo. Lo quería; de hecho, habría dado su vida por él, pero mucho se temía que no había sido capaz de transmitírselo.

«Efectivamente, estarán durmiendo. No puedo pretender un gesto por su parte cuando yo mismo le he negado muchos. Después de todo, mañana puedo acercarme a verlos», pensó resignado Oriol.

Una vez más y tras convencerse de que habían decidido quedarse, logró relajarse.

Con medio cuerpo estirado en el sofá, la sensación de cansancio se hizo patente hasta llegar a transformar su respiración en un sutil soplido.

Cuando los ronquidos se habían hecho evidentes, el timbre del portal le sacó de su paseo por Montserrat en lo que era el inicio de un sueño prometedor.

—¡Caramba!, esto sí que no me lo esperaba, aquí están.

—Joan, hijo, pensaba que ya no veníais. Os abro, subid.

—Disculpe, ¿es usted Oriol Rosselló Reixach?

—Sí, efectivamente. ¿Quién lo pregunta?

—Guardia urbana. ¿Podemos subir?...

4

Barcelona, 19 de julio de 2002

Cuando Stephan, mercenario informático de origen alemán, se tropezó con aquella bolsa en condiciones de semioscuridad, observó como aquel científico giraba bruscamente la cabeza. Con el corazón golpeando el esternón, apenas tuvo tiempo de pasar lo más rápido que pudo para acabar deslizándose por el suelo y escondiéndose en el aula ubicada antes de las escaleras. Nada más entrar, tuvo el instinto de empujar el carro de la limpieza hacia el umbral de la puerta. Era preferible disipar sospechas mostrando un cubo y una escoba antes que justificar su presencia en el edificio. Aunque su uniforme de la limpieza pudiera cubrirle las espaldas, prefería mantenerse en el anonimato.

Tras la marcha de Oriol, Stephan accedió a la sala donde estaba ubicada Geodrom para realizar el trabajo por el que le pagaban cantidades nada despreciables.

Desde su instalación hacía casi un mes y medio, ni un solo resultado había sido registrado en el servidor de Berlín por parte del Dr. Rosselló. No parecía creíble, ya que sí existían indicios de entrada. Las sospechas que este hecho levantó motivaron que, por una suculenta cantidad de dinero, además de un cheque en blanco para imprevistos, fuese invitado a instalarse en Barcelona por el presidente de la empresa alemana FANTEN.

Lo que el doctor había analizado era la roca que le habían descrito, de eso estaba casi seguro. Lo había observado desde la sombra en varias ocasiones y, por la expresión de su rostro y sus gestos, estaba convencido de que había descubierto algo.

Después de media hora de esfuerzos para extraer la información de

la base de datos, no parecía haber rastro de ningún estudio reciente. Si por el ordenador fuera, Oriol nunca había estado allí.

Ahora tenía claro que debía utilizar desde el inicio algún programa informático para esconder los resultados. ¿Sospechaba el catedrático que los datos se enviaban automáticamente a otro servidor?

Si no fuera porque tenía órdenes expresas para no aplicar otras alternativas menos sutiles, ya tendría en sus manos todo lo que le habían encargado. «Pero eso podría cambiar».

Días antes, Stephan había analizado las posibles opciones de las que disponía para introducirse en la facultad sin despertar sospechas. Necesitaba acceder a Geodrom, pero siempre estaba ocupado por investigadores de diferentes departamentos. Tendría que entrar por la noche, aunque continuaba habiendo muchos peligros: cámaras y guardias de seguridad, alarmas, algún profesor despistado... La opción, ya utilizada en otras ocasiones, de hacerse pasar por trabajador de la limpieza era tal vez la más sensata si quería investigar sin la tensión que provoca dar explicaciones cuando no tienes argumentos y con la ventaja de disponer de un manojo de llaves en vez de ganzúas. Para ello, debía asegurarse de que Janet Méndez, la encargada de limpiar la facultad donde se ubicaba el analizador, se mantuviera alejada.

Un buen disfraz, una excusa legal de la ausencia de su empleada y unos cuantos billetes bajo mano fueron suficientes para hacer entender su valía al jefe de personal de la empresa encargada de la limpieza en la universidad. A fin de cuentas, contratarle por unos días no supondría ninguna alteración en los biorritmos de la humanidad.

Janet compartía un viejo y pequeño apartamento de una habitación con Daniela, una compatriota que se encontraba en las mismas condiciones que ella. Trabajaban duro con la intención de enviar dinero a su país y, si era posible, traer a su familia a España. A Stephan no le resultó complicado averiguar su dirección y vigilar los movimientos de ambas durante varios días. Sabía que su compañera de piso salía por las noches a trabajar en un bar de copas, por lo que dispondría de tiempo suficiente para convencer a su víctima. Janet trabajaba algunas mañanas en la limpieza de domicilios particulares y por las tardes en la Facultat de Ciències de la UAB, así que las noches eran el único tiempo libre del que disponía para ella misma.

—Buenas noches, ¿es usted Janet? —preguntó Stephan tras llamar al timbre del portal, ubicado en un edificio del Raval.

—Sí, soy yo, ¿y usted quién es? —respondió sorprendida por la hora que era, además de por no estar esperando a nadie.

—Verá, Janet, me han dado su dirección porque me han asegurado que es una gran trabajadora y me gustaría proponerle un negocio que económicamente seguro que le va a interesar.

—Es que no tengo mucho tiempo, es tarde y estoy realmente agotada, ha sido un día muy duro y necesito descansar, se lo agradezco, pero...

—¡Insisto! —cortó Stephan sin dejarla acabar la frase—. Le aseguro que le interesará y acabará ganando más que ahora y teniendo más tiempo libre. ¡Será difícil de rechazar! Le doy mi palabra.

—Está bien, suba, pero le repito que no tengo mucho tiempo.

Los tres pisos sin ascensor se dejaron sentir a última hora de la tarde y, aunque la temperatura había disminuido, la humedad continuaba haciendo de las suyas. Cuando llegó, una silueta de tez morena y cabellos rizados se adivinaba detrás de los escasos 15 centímetros que quedaban entre el marco y el borde de la puerta; eso sí, bajo la inestimable protección de una cadena que, literalmente, le camuflaba las fosas nasales.

—Buenas noches de nuevo, me llamo James y le doy mi palabra de que no la entretendré mucho —dijo Stephan.

—Muy bien, usted dirá.

—Señorita, creo que el tema que vamos a hablar no le interesa a ninguno de sus vecinos. Además, me consta que este es un barrio en el que el dinero es muy goloso, y con la cantidad que estoy dispuesto a ofrecerle mejor será que lo hablemos con algo más de intimidad.

Stephan se había asegurado de que su gorra militar le cubriese el rostro en todo momento ya desde antes de llegar al barrio. Solo al llegar al rellano, y tras dar la espalda a la puerta de enfrente, se la retiró por una falsa diplomacia.

—Está bien, pase, y perdone por el desorden, pero sea rápido que estoy muy cansada.

—Iré al grano, Janet, estoy dispuesto a ofrecerle mucho dinero si deja su trabajo unos días. No puedo decirle cuánto tiempo, pero sí una cantidad. Bastarían una baja laboral por dolor o ansiedad y la boca cerrada.

—Disculpe, pero creí que tenía trabajo para mí, así que, si no le importa, prefiero que se marche —se excusó Janet en un tono impositivo.

—Creo que no me ha entendido, estoy dispuesto a ofrecerle mil euros si se aleja temporalmente por unos días. Esta es mi oferta —afirmó Stephan.

—¿Puedo saber los motivos? —La cifra resultaba tentadora, aunque intuía que detrás no podía haber nada limpio.

—Me temo que esa explicación no entra en las negociaciones, pero, si acepta, le puedo dar el dinero ahora mismo. Solo tiene que darme su palabra de que mañana por la mañana irá a llorarle a su médico para que le dé la baja hasta que yo se lo indique y que no comentará nada con nadie, ni siquiera con su compañera de piso.

—Tendrá que perdonarme, pero necesitaría un tiempo para pensarlo. —La situación le incomodaba cada vez más y lo único que quería era que aquel desconocido saliese del apartamento cuanto antes.

—Bueno, si no acepta, puede que Carla y Alfredo José, sus dos hijos en Barranquilla, pierdan la oportunidad de recibir unos buenos regalos —insinuó Stephan como último recurso.

—¿Cómo sabe que tengo dos hijos y cómo...? ¿Sus nombres? ¿Ehh? ¿Pero quién es usted? ¡Váyase o llamaré a la policía! — comenzó a gritar Janet.

—Cálmese, tan solo digo que tiene dos opciones, coger el dinero y «descansar» unos días, o quedarse sin el dinero y quién sabe qué más...

Janet, de fuertes convicciones religiosas, consideraba la honradez uno de los pilares fundamentales de la existencia. La única vez que se había saltado la legalidad fue al vivir los primeros meses en Hospitalet sin permiso de residencia, y no había día que no fuera a la iglesia a pedir perdón a Dios.

Treinta segundos de incómodo silencio después, tenía una respuesta.

—Está bien, deme esa dichosa plata y mañana pediré la baja, pero quiero que sepa que... Nada. —El temor a que sus hijos pudieran sufrir cualquier daño respondió por ella en su bloqueo. Mientras, el sudor y las lágrimas habían empezado a brotar en sus facciones mulatas.

Tras contar el dinero de curso legal, la cara del alemán reflejaba el poder del éxito.

—Muy bien, señorita, ha sido un placer hacer negocios con usted, pero insisto en que, si no cumple su palabra, la vida como la conoce ahora cambiará. —En esta ocasión, la mirada y el tono amenazadores no dejaban margen de duda.

En el momento en que Stephan abría la puerta, de nuevo con su

gorra colocada, Janet, con una voz segura de sí misma, volvió a dirigirse a él.

—Espere, James, creo que he cambiado de opinión, tome sus billetes. No quiero plata de negocios extraños, en mi familia somos pobres pero honrados, y mis hijos ya son felices con lo que les doy. Siento haberle hecho entender que aceptaba, pero ha sido todo tan rápido que me ha descolocado.

—Creo, señorita, que no me ha entendido o yo no me he explicado bien, cosa que no creo. No hay vuelta atrás, ya ha aceptado el dinero y me ha dado su palabra, así que, si sigue insistiendo en cambiar de opinión, tendré que hablar con alguien a quien sí le gusta el dinero, venga de donde venga. ¡Joder, me he vuelto un blando! —exclamó tras unos segundos pensativo—. Mire, antes de llegar a esto, le doblo la oferta, pero no crea que me va a sacar más.

—No sé qué quiere de nosotros, pero yo sí sé que no quiero su dinero, así que, por favor, déjenos tranquilos, solo queremos vivir en paz —rompió a llorar.

—¡Está bien! —comentó Stephan en tono cordial mientras volvía a cerrar la puerta. Sin mediar palabra, cruzó la escasa distancia que separaba la entrada de la casa de un estrecho balcón con los ventanales ya abiertos por el sofocante calor. Miró con sutileza hacia abajo e inclinó la cabeza en el más absoluto silencio, con la mirada puesta en dos individuos que esperaban apoyados en un coche mal aparcado justo enfrente del portal.

Cinco minutos después, salía solo por la puerta, con una hoja de renuncia al trabajo firmada por Janet y con el mismo sosiego que había mostrado en todo momento.

—Le aseguro que cada vez me molesta más tener que hacer esto... —Su voz grave y serena se perdió entre las viejas paredes del edificio.

Stephan no podía permitirse fallar. Había pensado un plan alternativo por si, de manera incomprensible, Janet rechazaba su oferta. En él se incluía, entre otras cosas, una renuncia firmada de su propia mano junto con una comprobación *in situ* de su veracidad.

Contrató a dos individuos que se hacían llamar sicarios con el objetivo de que la mantuvieran retenida el tiempo que fuera necesario, sin contacto alguno con el mundo exterior hasta que él les avisara. Por una cantidad insignificante había gente que era capaz de cualquier cosa. La única condición, además del dinero, era que

evitaran cualquier tipo de maltrato. Había sido muy generoso con esa mujer porque realmente no quería hacerle daño; tan solo necesitaba su cooperación. Definitivamente, se estaba ablandando.

Cuando Daniela llegó a las 4 de la madrugada de trabajar, se extrañó al no ver el sofá cama ocupado por su compañera de piso.

—Habrá conocido a alguien, la muy pendona, aunque conociéndola, no sé... ¡Mañana será otro día!

5

Wittenberg, Alemania, febrero de 1993

Tras cuidar de Alexander largos años en la casa familiar de los Neumann, había llegado el momento de buscarse un nuevo destino. Marlene debía aceptar que el niño se había convertido en un adolescente que prefería que alguna mujer le quitase la ropa, más que ayudarle a ponérsela. Todo el mundo la conocía por Mausi, apodo que le pusieron en el orfanato y que arrastraría gran parte de su vida.

Marlene Meyer, hija de unos humildes campesinos alemanes, se quedó huérfana con once años, edad suficiente para no querer ser acogida por nadie, pero insuficiente para valerse por sí misma. Los siguientes siete años los pasó en un orfanato donde, además de una educación básica, aprendió a reconocer el odio. La bondad que había interiorizado de sus padres convirtió esos años de su vida en un infierno, aunque, de forma paradójica, también en su salvación posterior. A los 18 años, y tras haber conocido las dos caras contrapuestas del alma, debía abrirse camino sola en el abismo de la vida. Tenía familia lejana de la que apenas se acordaba y que nunca quiso hacerse cargo de ella tras aquellos dos años en los que, primero su padre, por una neumonía, y luego su madre, quizá de tristeza, se fueron al cielo, dejándola desamparada.

Entre los muchos trabajos esporádicos que realizaba para subsistir, se encontraba la limpieza del domicilio de los Neumann dos días a la semana, una familia adinerada de Wittenberg, a 80 km de Berlín.

Cuando llegó a la casa, Alexander, el hijo de los Neumann, tenía seis años. Era un niño inteligente y risueño, pero caprichoso y malcriado. Mausi, que había aprendido muy bien cómo equilibrar la ira con amor y la dejadez con severidad, para sorpresa de todos era la

única persona a la que parecía querer y respetar. Su cuidadora, la tercera que había tenido en su corta existencia, decidió, como la anterior, buscarse otro trabajo. La imposibilidad de aplicar sus criterios en la educación del niño ante la confrontación de los padres fue motivo suficiente. Los Neumann, viendo el incomprensible cariño que le tenía a la señora de la limpieza, decidieron hacerle una tentadora oferta para que se quedara a vivir en la casa como nueva niñera.

Así pasaron los siguientes siete años, en los que se ganó el respeto de sus jefes y el amor de Alexander. La estabilidad laboral y emocional de Mausi y el silencioso cariño que los Neumann le profesaban prolongaron más allá de lo necesario su estancia en aquel hogar. Le ofrecieron de nuevo volver a hacer tareas de limpieza, pero consideró que su etapa en esa casa había llegado a su fin. Forzar la situación no habría sido beneficioso para nadie. En su partida, llevaba una buena carta de recomendación y una entrevista de trabajo que los señores de la casa le habían conseguido en la mansión de un adinerado industrial de Berlín.

—Buenos días, ¿señorita o señora Meyer? —tanteó el dueño de la casa, el señor Meinl, tras hacerle entrar y darle la mano.

—Señorita, no estoy casada.

—Muy bien, señorita, tome asiento, por favor. Veamos... Viene usted muy bien recomendada, señorita Meyer, ¿o he de llamarle Mausi, tal y como me comentó mi colega, el señor Neumann?

—Como usted prefiera, señor. Desde hace muchos años todo el mundo me llama Mausi.

—¿Puedo saber por qué?

—Bueno, esa es una larga historia en un periodo no muy agradable de mi vida, aunque me he acostumbrado tanto que a veces casi olvido mi propio nombre. —Marlene poseía una sonrisa natural y embaucadora que hacía resaltar aún más sus hermosas facciones.

—Pues creo que dispondremos de mucho tiempo para conocer los recovecos de esa historia si finalmente llegamos a un acuerdo. —La belleza de la señorita Meyer había dejado en segundo plano las alabanzas que se describían en su carta de recomendación.

—El señor Neumann —prosiguió para disimular— me ha hablado maravillas de usted, sobre todo de la mano que tiene para cuidar de los niños.

—¿Tiene usted hijos, señor Meinl?

—Me temo que por el momento no, pero, llegado el caso, es bueno conocer esta faceta; y, por cierto, llámeme Alfred, si no le importa. —Había cargado el arma de seductor de éxito que llevaba dentro.

—Como usted prefiera, Alfred, aunque he de reconocer que no estoy acostumbrada a llamar por su nombre a mis jefes.

—Es que yo no soy un jefe cualquiera. Por otro lado, además de saber tratar a niños, ¿qué otras funciones sería capaz de llevar a cabo en una mansión como esta?

—Lo que sea necesario. Antes de trabajar para mis anteriores jefes, hice todo tipo de labores: limpiaba, cosía, incluso arreglaba pequeños desperfectos.

—Está claro que aquí hay mucho trabajo y siempre hay algo que limpiar, coser o arreglar; y si usted está abierta a aprender, estoy seguro de que nos entenderemos a la perfección.

—Le aseguro, señor Meinl, disculpe, Alfred, que me he pasado la vida aprendiendo y luchando, así que, por muy grande que sea esta casa y por mucho que haya que aprender, nada me va a amilanar; de hecho, será un aliciente para mí.

—Por último, y aunque carezca de importancia, ¿tiene usted alguna afición? Me gusta conocer a quien trabaja para mí.

—Lo entiendo perfectamente, Alfred. Soy una apasionada de la lectura, de hecho, podría decirse que soy una lectora compulsiva.

—Me agrada escuchar eso, porque yo también soy un ferviente lector, cuando mi trabajo me lo permite. Tendremos tiempo de charlar sobre diferentes autores, además de disfrutar de la sala de lectura de la casa, si usted acepta trabajar para nosotros, claro está.

La justa oferta económica y la grandiosidad de la mansión rodeada de inmensos jardines eran motivos más que suficientes para aceptar.

—Puede empezar mañana mismo si lo desea, Mausi.

—Por mi parte, perfecto, aquí estaré a primera hora. Muchas gracias, señor, y que tenga un buen día.

6

Barcelona, madrugada del 20 de julio de 2002

La noticia de los agentes le llevó a un mundo distante. Un mal sueño que no podía o no debía estar ocurriendo. Solo el intenso vacío en el estómago y el temblor de sus piernas le devolvían a la realidad.

«Mi hijo y mi nuera han fallecido en un accidente a la entrada de Barcelona». El único halo de esperanza al que intentaba aferrarse era el hecho de que su nieto Edu había resultado ileso.

«Reacciona, Oriol, no puedes hundirte ahora que tu nieto te necesita más que nunca. Ya tendrás tiempo de pensar, de reflexionar, de culpabilizarte...».

Eduard, según aseguró la policía, se encontraba en perfecto estado en el Hospital Sant Pau de Barcelona. Solo un rasguño superficial en su rostro era testigo de lo ocurrido. Estaba acompañado por otro agente de policía y, aunque preguntaba por sus padres, nadie se había atrevido a contarle toda la verdad.

Camino al hospital, el mundo en el taxi se redujo al paso fugaz de la luz de las farolas y a los cientos de pensamientos que impactaban en su cabeza. Por segunda vez en pocas horas, volvió a llorar. «Debí haber esperado a mañana y haberme presentado yo en Tarragona. Soy un egoísta insensato...».

A pesar de ser más de las dos de la madrugada, la gente abarrotaba la sala de espera de urgencias; incluso en el mostrador, tres personas hacían cola para dar sus datos. Los agentes le comentaron que en el accidente se habían visto implicados al menos cuatro vehículos y las víctimas habían sido repartidas en diferentes hospitales de la ciudad. La Dra. Martín, jefa médica de la guardia, le explicó que Marta había fallecido en la ambulancia y Joan, nada más llegar a urgencias, a

pesar de todos los esfuerzos. Ambos se encontraban en el depósito de cadáveres del mismo hospital.

—Antes de ir con mi nieto, quiero verlos. —La doctora le advirtió que presentaban algunas lesiones externas que podían resultar desagradables, pero Oriol insistió. Necesitaba iniciar su duelo y, a la vez, demostrar que iba a ser el padre y el abuelo que quizá en otros momentos no fue.

En el depósito, un celador inexpresivo les dirigió a las últimas cámaras de la sala. El primer cuerpo que le mostraron fue el de Marta. La mirada fija del profesor parecía perdida junto al alma de su nuera mientras su rostro empalidecía. El aspecto tenebroso de la sala no ayudaba en lo más mínimo.

—Sr. Rosselló, ¿se encuentra bien? ¿Quiere sentarse o beber algo? —preguntó la Dra. Martín.

—Le agradezco su preocupación, pero necesito estar aquí; tengo que pasar por esto.

Cuando se abrió la cámara donde yacía su hijo, no pudo contener su rabia. Clavó las rodillas en el suelo y gritó como jamás antes había imaginado que podría hacerlo. Los errores contenidos de años y la culpa que había embebido su cuerpo tomaron forma. Por un solo segundo sintió un soplo de paz interior.

Recorrieron diversos pasillos de corte modernista hasta llegar a la habitación donde, además de un policía, el personal de enfermería se turnaba para hacer más llevadera la estancia del chico en el hospital.

—Buenas noches, agente, soy Oriol Rosselló, abuelo de Eduard Rosselló. He venido en cuanto me han comunicado lo ocurrido.

—¡*Avi*[1], *avi*! —pudo oírse desde el fondo del salón, junto a unas fuertes pisadas que se acercaban hacia el umbral de la puerta.

—Hola, cariño, ¿cómo te encuentras? Veo que no han dejado que te aburras. Imagino que estarás muy cansado, así que, si quieres, nos vamos a casa del abuelo a dormir un rato y mañana te prepararé las tortitas americanas que tanto te gustan.

—*Avi*, aunque no puedo recordar nada, sé qué ha ocurrido. Nadie quiere decirme cómo están los papás. Han fallecido, ¿verdad?

En breve cumpliría 10 años, edad que marcaba una transición de madurez en cada generación de su familia. A pesar de su juventud, su capacidad para razonar estaba más desarrollada que en el resto de niños de su edad y, sin duda, esto era un ejemplo.

—Quiero agradecerles todo su apoyo y la compañía que le han dado a mi nieto. Sin embargo, ahora les he de pedir, por favor, que nos dejen solos unos instantes. Creo que debo contarle algo —solicitó con la máxima educación que pudo.

En circunstancias normales, el lenguaje usado para dar una noticia de este calibre a un niño de nueve años sería más infantil. Sin embargo, Eduard era especial y no habría admitido un cuento como explicación.

—Verás, cielo, cuando veníais hacia casa del abuelo, ha habido un choque entre unos cuantos coches y uno de ellos era el vuestro; los papás han resultado heridos y, aunque...

—Han muerto, ¿verdad? —interrumpió Eduard con los ojos humedecidos.

—Sí, cariño, han fallecido.

Mientras se fundían en un largo abrazo, Oriol intentaba mantener la calma. Su corazón le pedía unirse al sollozo desconsolado de su nieto, pero se veía obligado a mantener una falsa calma. Ni siquiera podía permitirse el lujo de tomar el tranquilizante que la doctora le había proporcionado. Debía hacerse cargo de la situación. Su familia lo merecía.

---

1 *Avi*: Abuelo en catalán.

7

Cardona, 27 de abril de 1996

A Oriol cada vez se le hacía más cuesta arriba ir a congresos, pero sabía que formaba parte de su actividad como catedrático. Recibía cada año numerosas solicitudes para participar como ponente y, con el tiempo, había desarrollado una refinada habilidad para recibir agradecimientos por sus rechazos. Sin embargo, la invitación que acababa de leer en la comodidad del despacho de su casa le resultaba francamente atractiva. No se trataba de un evento de prestigio, y eso lo convertía en especial. Solo debía dar una pequeña charla en el Parador Nacional de Cardona, en unas jornadas sobre minerales que se repartirían a lo largo de un fin de semana. A simple vista ninguno de los ponentes invitados era de gran relevancia.

«Así no tengo que aguantar el cuello estirado de nadie».

Disponía de poco tiempo para prepararlo, pero sería una buena oportunidad para pasar dos días románticos con Mariola, su mujer. Dos semanas antes, a su esposa le habían extirpado una lesión dérmica maligna en la espalda. La intervención había sido un éxito, pero seguía pendiente de repetir un TAC que vislumbrara qué demonios era exactamente esa mancha del hígado que se intuía en la primera prueba. Vivía en una constante ansiedad, así que la opción de pasar varios días en un castillo podría ser de gran ayuda.

Desde la lejanía, la Torre Minyona señalaba el destino. La sola proximidad al castillo podía hacer sentir un señor feudal a cualquier mortal. El fin de semana debía ser especial, y no repararía en gastos para que Mariola y él se evadiesen de sus problemas.

La reserva estaba realizada incluso antes de confirmar su asistencia y, como no quería dejar nada a la improvisación, se había asegurado de que un gran ramo de girasoles, los preferidos de su mujer, destacara entre la decoración medieval.

Prefirieron comer en el confort de su habitación, orientada hacia el claustro central del antiguo edificio.

—¡Bueno, no es un menú de reyes, pero yo sí tengo a mi reina! ¿O prefieres ser mi concubina? —El guiño forzado de un ojo junto a los labios fruncidos al extremo transformaron los elegantes rasgos de Oriol en una cómica máscara.

Mariola rio, dejando entrever que durante un segundo había vuelto a ser ella.

Dejó a su mujer tumbada bajo el dosel de su cama y se dirigió a cumplir con su compromiso. Con sus cabellos blanquecinos y su bien conservada figura, era la mujer de su vida, aunque no siempre se lo demostrara como ella se merecía.

—En una hora escasa estoy de regreso y nos convertimos en los reyes del castillo. Te quiero, no lo olvides.

—Entonces, en una hora seré tu reina.

Desde que le diagnosticaron el cáncer, su marido había incrementado sus atenciones, quizá para compensar todas las no recibidas a lo largo de muchos años de dedicación a su carrera. Aunque no se lo diría nunca, eso alimentaba su sensación de enferma.

Las conferencias y talleres se repartían en diferentes salas del parador. La suya, a las 16:00, tendría lugar en el Salón Ducal. Las vigas de madera del techo y los arcos de media punta, sin duda, daban calidez al lugar.

La presentación oficial del ponente fue llevada a cabo por parte del Dr. Ramiro, otro ilustre y conocido profesor de Física de la misma universidad. Tras detallar los innumerables logros del Dr. Rosselló, Oriol dio rienda suelta a su discurso.

—¡Buenas tardes, *bona tarda*! Primero de todo, quisiera agradecer a mi compañero sus exageradas alabanzas sobre mi persona. Hasta yo he creído ser alguien importante, y nada más lejos de la realidad. Así que, con permiso de los presentes, me rebautizaré en esta sala como Oriol, apasionado de la química.

Las sonrisas de algunos y el brillo de ojos de otras denotaban que el personal había vuelto a enfocar su interés tras la dispersión inicial.

—Cuando hace varios meses me propusieron hablar sobre la aplicación química de diversos minerales, divagué respecto al tema por el amplio abanico de posibilidades que genera. Lo pensé durante diez eternos segundos y decidí centrar la charla en la búsqueda de nuevos minerales y sus teóricas aplicaciones. Supongamos que existen componentes en la naturaleza aún por descubrir. Teoricemos con la

posibilidad de aplicar estos nuevos minerales en nuevas fuentes de energía, en aplicaciones científicas, en materiales de construcción, fármacos. Aquí mismo, en Cardona, tenemos un ejemplo claro a lo largo de la historia: la explotación de recursos naturales desde el neolítico en Mina Nieves. En un primer momento, de los depósitos salinos, y, posteriormente, con la extracción de potasa tras su descubrimiento por el ingeniero Emili Viader hacia el 1900. Queda prácticamente todo un mundo submarino por explorar y regiones del planeta literalmente enterradas bajo capas inmensas de hielo. ¿Quién puede asegurar que no haya existido algún continente, actualmente sumergido, con civilizaciones ya desaparecidas? Todos hemos oído hablar de la Atlántida. Si eso es así, ¿no quedarían por descubrir estructuras minerales desconocidas, aquí en nuestro propio planeta? Por cierto, para el que piense que me he vuelto loco, y debe de ser el cien por cien de ustedes, tranquilos, solo estoy teorizando. Aun así, quiero sembrar la duda. Verán, hace unos años analicé, por aburrimiento, una pequeña piedra verdosa que guardaba mi abuelo. Seguramente la debió de encontrar en alguna de sus excursiones volcánicas por la Garrotxa[2]. Entre sus componentes observé trazas de un mineral desconocido para mí. No lo he vuelto a hallar en ninguna otra estructura. Solo puedo asegurar que, por sus características, no era un meteorito. Dicho esto, prosigamos con nuestras elucubraciones, eso sí, ahora en nuestro propio hemisferio...

—... Antes de dar por finalizada esta charla casi familiar, si alguien tiene una última pregunta, intentaré aparentar que sé la respuesta.

—Disculpe, Dr. Rosselló, respecto a la roca verde de su abuelo, ¿piensa que podría proceder de alguna de esas tierras por explorar con civilizaciones desaparecidas? Yo también hablo teóricamente.

—Aunque habla un correcto castellano, por su acento centroeuropeo deduzco que no es de Cardona, ¿verdad, señor...?

—Alfred, me llamo Alfred. Tiene razón, soy alemán, aunque por mis venas todavía corre sangre hispana. Cosas de familia.

—Verá, Alfred, me resulta imposible responder a su pregunta. Yo me inclino más a pensar que era una contaminación de la muestra y no un descubrimiento novedoso, pero si ha servido para crear debate, bienvenido sea.

—Y, por casualidad, doctor, ¿no dispondría de esa piedra en la actualidad?

—Me temo, amigo Alfred, que la extravié. Era muy pequeña, y reconozco que soy un poco despistado. —El carraspeo en la voz y el rubor facial eran signos claros de la exasperación de Oriol.

—¿Está seguro de que no sabe de dónde la extrajo su abuelo?

—No, ni idea. En fin, me temo, señoras y señores, que debemos finalizar. En breve comenzará un taller en este mismo lugar y deben prepararlo todo. Ha sido un placer, y espero coincidir con alguno de ustedes en otra ocasión.

«Caramba con el alemán, qué insistencia. Menos mal que en esta ocasión el retraso ha jugado a mi favor».

Segundos después, encaraba, con ritmo frenético, la recepción del hotel y atravesaba el Patio Ducal.

—Hola, mi amor, tu rey ha llegado a palacio. —Mariola lo recibió con una sonrisa.

—Hola, cariño. ¿Cómo te ha ido?

—En general, bien. La gente parecía atenta. Al final han hecho unas cuantas preguntas y, a excepción de un pesado, ha resultado una charla amena. Pero ahora mi mundo laboral se ha acabado y desde este momento soy todo tuyo. Elige, hacemos el amor y salimos o salimos y luego hacemos el amor.

—¡Cómo eres, Oriol! Anda, me arreglo y vamos a descubrir el castillo, aunque te tomo la palabra. A ver si después del vino de la cena te acuerdas de lo que has dicho.

El paseo por los patios del parador transportaba a otras épocas, quizá más cruentas, pero, desde la visión de un turista, mucho más poéticas. En el horizonte, las montañas frondosas creaban un contexto sobrecogedor al anochecer.

Hacia las ocho de la noche, el cansancio y un hambre incipiente les hicieron recordar que llevaban más de dos horas deambulando sin rumbo ni preocupaciones.

—Mariola, si quieres ve subiendo tú a la habitación, que voy a asegurarme un buen sitio en el restaurante y a preguntar en recepción un detalle sobre las conferencias.

—De acuerdo, solo porque estoy cansada. Pero no tardes.

—Buenas noches, soy Oriol Rosselló. Mi mujer y yo bajaremos a cenar al restaurante en breves minutos. Solo quería asegurarme de que nos van a dar una mesa adecuada, como ya acordé con ustedes cuando hice la reserva. Ah, y les ruego que a nuestra llegada las velas que

encargué estén encendidas.

—No se preocupe, Sr. Rosselló, déjelo en nuestras manos y disfrute de la velada.

—Gracias por su amabilidad, y sí, espero disfrutarlo.

—Ya estoy aquí. Como ves, he sido rápido. Todo en orden, nuestra mesa nos espera.

—Fantástico, cielo. Por cierto, ¿sabes qué me ha pasado? Cuando llegaba a la habitación, otro cliente trataba de abrir nuestra puerta. Por lo visto, se había equivocado de pasillo. El pobre se ha disculpado y se ha marchado sonrojado.

—Me parece hasta normal. Al ser un edificio antiguo, es un laberinto de pasillos, aunque eso mismo le da un toque especial.

—¡Cuando mi rey lo desee, su reina está preparada!

—Entonces no hagamos esperar más a nuestros sirvientes. ¡Adelante, mi bella dama!

El restaurante, otra delicia medieval, era similar al Salón Ducal, aunque de un tamaño superior.

Eligieron, como siempre hacían, platos típicos de la zona, con la idea de compartirlos, regados con un vino de la tierra. A medida que llenaban más copas, el calor de sus miradas subía de intensidad.

—¡No puedo más! ¡Estaba todo delicioso! —exclamó el profesor.

—Podíamos volver a la habitación —insinuó Mariola—. Creo que tenemos cosas pendientes, aunque solo si te sigues portando bien. —Por primera vez desde el diagnóstico de su enfermedad se sentía seductora.

—Acepto la moción, las deudas hay que pagarlas.

Mariola no pudo evitar emocionarse. Las luces de, al menos, un centenar de velas llenaban la habitación.

—Hacía mucho tiempo que no me envolvías con velas.

—Es que hacía mucho tiempo que estaba perdido.

—Creo que te has ganado un baño relajante y luego... ¡Ya veremos!

Una hora después de sus primeras caricias, apagaban la luz de las velas.

---

2 La Garrotxa: Comarca de la provincia de Girona famosa por su parque natural de volcanes extintos.

8

Barcelona, 20 de julio de 2002

Las manecillas del reloj de pared, con una marcha cada vez más pausada, interpretaban a su manera el tiempo. Eduard se había quedado dormido en la habitación que tenía reservada para él desde que era un niño, así que procuró moverse por la casa lo justo. Su cuerpo era la viva imagen del cansancio, pero su cerebro no estaba dispuesto a darle una tregua.

En el momento en que atravesaron el umbral de la casa, la nube distante en la que se había instalado se desvaneció. Parecía vivir en el final de una película trágica y deseaba volver a la lenta monotonía de días atrás.

«Debería ser yo el que estuviera muerto, debería ser yo, debería ser yo...».

Le esperaba una semana infernal de papeleos, y todo ello sin descuidar la atención de su nieto, la única familia que le quedaba.

«Cuánto te echo de menos, Mariola. Siempre tenías una palabra para cada momento. Siempre sabías cómo arrancar una sonrisa de cualquier rostro. No me queda otra opción que seguir adelante, pero qué duro es sin ti; aunque, olvidándome de mi egoísmo, me alegro de que no estés aquí para vivir la muerte de tu hijo.

Lo primero que haré, el próximo lunes, será solicitar mi prejubilación. Dudo que tenga algún problema. Ellos mismos me lo han insinuado en más de una ocasión. Supongo que ser políticamente incorrecto, sumado a las envidias de algunos lameculos aspirantes a fracasados, es más importante que cualquier éxito académico, ¡qué país!».

A primera hora de la mañana y tras haber conseguido cerrar los ojos

unos minutos antes, recibió una llamada del hospital.

—Sr. Rosselló, soy la Dra. Martín. Estuvimos hablando anoche en urgencias tras la tragedia. He localizado su teléfono en la historia clínica de su nieto, supongo que no le importará. La policía nos lo proporcionó y lo registramos.

—Buenos días, Dra. Martín. Agradezco su llamada, pero ¿en qué puedo ayudarle?

—Antes de acabar mi guardia, quería informarle personalmente de que toda la parte burocrática de su hijo ya está en marcha, por si nadie se lo ha comunicado. Ayer no hablamos de esto. Aún quedan por realizar las autopsias; la ley obliga, ya sabe, pero en pocas horas estará todo resuelto. Después podrán avisar a su funeraria y así podrán velar a sus familiares en un contexto más adecuado.

—Es usted muy amable —afirmó Oriol—. Soy consciente de que esta llamada escapa de sus obligaciones, por lo que me siento doblemente agradecido. No se me había ocurrido pensar en la funeraria, y tampoco tengo claro qué seguro tenía contratado mi hijo, así que ahora mismo me pongo en marcha, si es que una buena jarra de café consigue reanimarme.

—De nuevo le doy mi pésame. No dude en buscarme ante cualquier cosa que necesite. Ya sabe en qué hospital trabajo.

—Le deseo un buen día, doctora, y que descanse tras su guardia.

Cuando Eduard comenzó a remolonear en la cama, ya tenía preparado su desayuno en la mesa de la cocina. No era consciente del tiempo que podía llevar sentado en el sofá con la mirada perdida a través del ventanal del fondo. Ni siquiera podía asegurar si el café humeante que sostenía en su mano era el segundo o el tercero de la mañana, de lo que sí estaba seguro era de que el dolor de cabeza que arrastraba no se le había ido con el analgésico que había tomado hacía ya una hora.

—Buenos días, *avi*. —Por la sutil tartamudez en sus palabras y los párpados pegados, parecía que una parte de él se encontraba durmiendo todavía.

—Buenos días, cariño. ¿Has descansado bien? Te he preparado tortitas para desayunar. —La sonrisa de su nieto le devolvió la esperanza para luchar.

Al entierro, en el panteón familiar del cementerio de Montjuïc, acudió un grupo reducido de personas. Amigos de Oriol, compañeros de la

facultad y los escasos conocidos de Joan y Marta con los que en tan poco tiempo pudo contactar. La cada vez menor relación con su hijo y el período vacacional en que se encontraban tampoco ayudaron. De su nuera, solo pudo localizar a varios primos y una tía de Soria, su tierra natal. Las cenizas de ambos descansarían para siempre junto a las de su mujer.

La semana, cargada de asuntos administrativos, había lastrado su escasa energía. A pesar de todo, maduró una importante decisión: firmaría el final de su carrera profesional y se iría a vivir a Tarragona con su nieto. En la medida de lo posible, a sus casi diez años debía continuar con su rutina habitual, su colegio, sus amigos, su hogar. Se dedicaría en cuerpo y alma a Edu, su única razón de vivir, y a intentar cuadrar la complicada agenda en la que se había convertido su vida. Su etapa de profesor se había acabado.

Con los días, el muchacho seguía mostrándose apático. Sabía que él también necesitaba su tiempo, aunque no podía evitar preocuparse.
—Bien, parece que por fin disponemos de tiempo para nosotros, así que me encantaría que llevaras a tu destartalado abuelo a dar un paseo por el Parque Güell. Incluso, si me porto bien, ¿me invitarás a un helado de esos de doble bola? —Siempre había tenido una extraña habilidad para gesticular en extremo sus palabras, sobre todo cuando se sentía relajado.

—¡*Avi*, estás un poco loco!

Casi pudo intuir una risa contenida en sus labios. En eso convertiría el objetivo de su vida, en verle crecer feliz.

La subida hasta el calvario, que se encontraba en la parte más alta del parque, fue agotadora, pero las vistas que se divisaban de Barcelona merecían la pena.

—¡Observa, Edu! Aquí, casi a nuestros pies, se encuentra L'Eixample, un barrio lleno de magníficas obras del modernismo. Si te fijas, esas torres que sobresalen allí en medio pertenecen a La Sagrada Familia, obra de Gaudí, al igual que este parque. Era el edificio favorito de papá y de tu abuela. Aún se está construyendo, pero te aseguro que deja sin palabras a todo el que se acerca.

—Ya lo conozco. Papá me llevó un par de veces, e incluso una vez entramos. Es muy diferente a cualquier otra iglesia. —Unas lágrimas humedecieron sus ojos—. *Avi*, tengo miedo, ¿quién me va a cuidar ahora?

—No te preocupes por nada, cariño. Tu abuelo jamás te va a dejar, ¿y sabes una cosa? No pienso permitir que nada malo te ocurra nunca.

El abrazo de Eduard reflejaba temor y agradecimiento y suponía un acercamiento que hasta ahora nunca habían tenido. Dejaría que todo transcurriese de manera natural.

—Y al final de todo, junto al mar, ¿ves aquellas dos torres cuadradas, gemelas? Enfrente está la Villa Olímpica, donde se alojaron todos los atletas durante los Juegos Olímpicos.

—Sí, eso también me lo explicó papá.

—Tienes razón, conoces muchas cosas y me lo he ido perdiendo, pero te prometo que ahora, juntos, las recorreremos todas. Y una última cosa, Edu, ¿sabes quién es Carl Lewis? Es el hijo del viento, y durante las Olimpiadas vivió allí.

—¿Es amigo tuyo?

—¡Ojalá!, sería famoso en el barrio.

—Es broma, ya sé quién es Carl Lewis, uno de los mejores atletas de la historia.

«¡Vaya con el niño!».

—Ahora, cielo, vamos a uno de mis rincones preferidos. En poco tiempo te contaré por qué.

—¿A que sé dónde me llevas, *avi*? A las Cuevas de Piedra. Bueno, no son cuevas, pero papá y yo lo llamábamos así.

—Tienes razón, hay rincones que podrían parecerlo, pero yo me estaba refiriendo al Viaducto de los Enamorados del parque. Con sus columnas ladeadas, da la sensación de introducirse en un bosque de árboles inclinados, aunque quizá hablamos de lo mismo.

Eduard era un niño cariñoso y entrañable, lo que favorecía el acercamiento. A medida que transcurría la tarde, no tenía claro quién estaba disfrutando más de quién.

El paseo los llevó a una plaza con bancos ondulados de *trencadís*, sustentada por columnas dóricas que conformaban en su parte inferior la Sala Hipóstila.

—¿Sabes que en el interior de algunas columnas hay una tubería que recoge el agua de lluvia para almacenarla en un depósito?

—Sí, eso también me lo contó papá.

«¡Caramba con la criatura, tendré que echar mano de la enciclopedia avanzada si quiero sorprenderlo!».

—*Avi*, ¿por qué no me cuentas cómo conociste a la abuela? Me gustaría oírlo.

—Bueno, quizá no es una historia de novela, pero me gusta que te

interese conocer cosas del pasado de la familia —exclamó sin disimular su satisfacción—. Verás, hace muchos, muchos años, cuando yo era un joven estudiante de la universidad, acudí a Valencia con unos compañeros de la facultad con la intención de asistir a un interesantísimo curso de algo muy aburrido. Si te soy sincero, no llegué a entrar ni un solo minuto a la charla, porque algo, mejor dicho, alguien me lo impidió sin que fuera consciente de ello. A la entrada del edificio de la Universitat Literària, donde teníamos el curso, observé como una brisa de azahar de largos cabellos desplegaba todos sus encantos primaverales ajena al hechizo que exhalaba.

—¿Que una brisa con cabellos hacía qué? —exclamó con una ceja enarcada y la boca abierta.

—Sí, perdona, cariño, era una broma, quería decir que allí vi por primera vez a la abuela, que estaba guapísima.

«A veces olvido que sigue siendo un niño».

—Me gustó desde el primer momento. Tú no te habrás fijado en alguna chica, ¿verdad?

—No digas tonterías, *avi*, eso es muy aburrido.

—En fin, Edu, todavía no sé cómo me atreví a dirigirme a ella y distraerla de la conversación que mantenía con otras dos amigas. El cruce de palabras inicial dio pie a un largo paseo por el centro de la ciudad, recorriendo su entramado de calles repletas de monumentos, aunque yo supe desde el principio que el tesoro más valioso que jamás volvería a ver era la abuela.

—Ajjjj, ¡*avi*, eres un cursi!

—Ya me gustará verte a ti cuando te guste una chica —dijo Oriol entre risas—. Aquel largo paseo de un breve día llegó a su fin. Como tu abuela vivía en Valencia y yo aquí, nos dimos nuestras direcciones y empezamos un continuo contacto por carta, entonces no había móviles. Yo intentaba ir a verla cada vez que podía, las cosas no eran tan fáciles como ahora, y poco a poco creció una relación que nos llevó a casarnos en la iglesia del Patriarca de Valencia. Nos vinimos a vivir a Barcelona, donde yo ya tenía trabajo como profesor en la universidad, y el resto creo que ya lo sabes.

—Me ha gustado mucho tu historia, *avi*, pero prefiero que me sigas contando cosas del Parque Güell, que así hablarás normal. —Los dos rieron...

La armónica combinación entre arquitectura modernista y

naturaleza que desplegaba el parque era la viva representación de los parajes que su padre le narró a los diez años. Unas tierras ya desaparecidas, el origen de su familia. Por ello, pasear por los rincones de aquellos jardines o incluso por la misma Barcelona era rememorar un pasado solo vivido en la imaginación.

—Cielo, creo que deberíamos volver, si no, nos cerrarán las heladerías y me has prometido que nos tomaríamos uno doble.

Ahora sí, los ojos le brillaron y una sonrisa asomó a su boca. Aunque con una madurez impropia para su edad, no dejaba de ser un niño, y un helado siempre era un helado.

—Salgamos por la escalinata de la puerta principal y así vemos la salamandra. ¿Sabías que representa a la ciudad de Nîmes, que es donde se crio el conde Güell? —preguntó Oriol.

—Me encanta que me cuentes historias, papá también lo hace, bueno, lo hacía. —Volvió a mostrar una tristeza que tardaría mucho tiempo en dejar atrás.

—Te contaré todas las historias que el abuelo sepa y, si no, me las inventaré... ¡Venga, Edu, a por el helado! Me pido una de las bolas de chocolate.

9

Berlín, junio de 1993

Con el transcurso de los meses, Mausi fue recibiendo de manera progresiva el encargo de nuevas tareas que implicaban un acercamiento más personal al dueño de la casa. El trato respetuoso y distante del señor había ido dando paso a un clima de relativa confianza en el que dejaba entrever una persona divertida, elegante y muy persuasiva cuando quería. Para una mujer de 26 años y con un déficit importante de cariño, podía ser muy fácil caer en las atenciones de un hombre atractivo y atento como él.

Las conversaciones frías y de exclusivo ámbito profesional fueron dando paso a esporádicas charlas superficiales en la comodidad de los espacios abiertos. El muro de protección y aparente timidez que había forjado en su juventud fue agrietándose sin saberlo, en un trabajo lento pero firme.

Marlene empezaba a sentir por primera vez sensaciones que había visto mil veces en las películas, que había leído en cientos de libros, pero que nunca se había permitido vivir. Era un imposible y eso le angustiaba, pero a la vez se sentía viva. No sabía en qué momento, pero su alma se le había escapado y era feliz, y cuanto más intentaba hacer uso de la razón, más libre e independiente se tornaba esta.

El joven empresario de 30 años llevaba tres casado con Jenell, un capricho de metro setenta de la alta sociedad con curvas de infarto que llenaba su vida comprando en tiendas de lujo de media Europa. Por el momento no habían tenido hijos, no quedaba claro si era por aprovechar los primeros años de pasión sin la limitación de unas criaturas o por el progresivo distanciamiento de la pareja. A las cada vez más frecuentes visitas de Jenell a las grandes avenidas comerciales de París o Londres se sumaban las innumerables ausencias de su marido por temas de negocios... La adulación de la belleza y el poder

del dinero eran embriagadores para muchas mujeres que se dejaban seducir sin fingir un mínimo de resistencia.

Hacía mucho que Marlene no se sentía escuchada, y su jefe siempre mostraba una gran empatía por cualquier cosa que ella le contase. Una vez abierto sin reservas su corazón, sentía que el amor le hacía olvidar las desdichas acumuladas y que podía flotar en una extraña nebulosa de invencible satisfacción.

Las más que frecuentes ausencias de Jenell en busca de lo último en moda daban pie a instantes cada vez más íntimos, momentos de entrega espiritual, pero nunca carnal, situaciones donde liberar su interior, aunque sin abordar sus más íntimos deseos. Sobrepasar esa línea habría tambaleado su frágil estabilidad y no estaba preparada para eso.

Cuando se cruzaban por los pasillos, sus pupilas brillaban con dulzura, entrega, emanaban amor, mientras que los ojos de él denotaban un deseo lujurioso que Mausi interpretaba como una romántica pasión. Por su parte, los ojos del resto del servicio preferían mirar para otra parte, conscientes del riesgo que podría suponer para sus trabajos.

Desde su llegada en febrero, Marlene, a pesar de su timidez y sus reservas, había hecho buenas migas con una compañera llamada Irenka. Aunque habían llegado hasta allí por caminos absolutamente diferentes, sentían que sus vidas eran paralelas, quizá porque todos guardamos problemas en un cofre que siempre viaja con nosotros y porque la sensación de soledad invita a las relaciones sociales. Ambas estaban lejos de sus familias; Mausi, porque desde los once años dejó de tenerla, e Irenka, porque tenía la suya en su Polonia natal.

Al inicio salían con frecuencia juntas por Berlín en sus ratos libres. Irenka le había presentado a su grupo de amigos, un compendio de nacionalidades de diferentes creencias y estatus en el que el respeto era el nexo común. Entre ellos se encontraba Pablo, un español al que todos llamaban con gran originalidad *el Español*. El joven había dejado su país hacía unos años en busca de mejores oportunidades. Irenka reconocía que no era una explosión de sensualidad, pero su gran corazón compensaba cualquier otro déficit. Cuando conoció a Mausi, pensó que podían hacer una buena pareja, aunque físicamente ella pudiera aspirar a cualquier hombre. Segura de tener ante sí dos almas gemelas, intentó ejercer de celestina sin descubrir nunca sus intenciones. «¡Además, bien mirado, tampoco está tan mal!».

Sus negociaciones amorosas fructificaron a medias, ya que, como

ya preveía, el Español, sin querer reconocerlo, cayó fulminado por el encanto de su dulce y sensual amiga, pero intuía que la imaginación de ella recorría en silencio el cuerpo de otra persona, alguien que pagaba su salario.

—Mausi, cielo, debes intentar alejarte de determinados peligros —le comentó una vez Irenka, no sin cierto temor.

Nunca habían abordado el tema, pero su asentada amistad le hizo pensar que podía o, incluso, debía alertarla, aunque sin hacerle sentir que invadía su vida privada. A fin de cuentas, hasta ese momento se lo habían contado todo la una a la otra.

—No sé de qué me hablas —respondió mirando hacia otro lado como si eso pudiera disipar su incomodidad.

—Verás, hace tiempo que he observado... bueno, yo y el resto del servicio, que cuando hablas con el jefe, digamos que te transformas en otra persona. También me he fijado en que él te devora con la mirada, y los rumores por su afición a las mujeres guapas son de sobra conocidos. No quiero entrometerme en tu vida, pero me preocupo por ti. Entiendo que es muy fácil fijarse en él, es rico, muy guapo y atento cuando quiere; pero solo vas a ser un trofeo más en sus vitrinas, y cuando te haya ganado te dará una patada que te va a doler más en el corazón que en el trasero. A él le va a dar igual, pero tú perderás con toda seguridad tu trabajo y puede cerrarte las puertas de otras opciones si le viene en gana.

—Estás confundida, Irenka, no hay nada entre nosotros y no lo va a haber, pero en todo caso lo que él pueda sentir es puro, te lo aseguro. Lo veis como un jefe, pero no queréis conocer a la maravillosa persona que hay dentro. ¡No entendéis nada!

—Está bien, no volveré a tocar el tema, pero quiero que sepas que me sigues teniendo a tu lado cuando lo necesites.

En las semanas posteriores, el distanciamiento entre ambas se hizo patente y, aunque seguían saliendo juntas, la frecuencia con que lo hacían se redujo.

Mientras, el Español había aceptado que Mausi era inalcanzable pero no inaccesible. Sus interminables conversaciones les permitieron descubrir que, en efecto, eran almas gemelas, aunque se limitase al celestial mundo de la amistad. Se desvivía por ella, pero en la distancia; estaba siempre en disposición de ayudar, pero sin llegar al incordio; la apoyaba en todo, pero sin entrometerse en su vida. Ella,

dando por hecho que su cariño se basaba en un simple afecto, se ofreció a ser su bastón cuando el joven se desmoronaba.

El paso de los meses incrementó los deseos de Alfred por poseer a aquella criada. Se había aproximado con cautela para no asustar a su presa, había traspasado esa barrera de aparente timidez de manera elegante y había dado a entender que le abría su corazón. Estaba claro que ella lo deseaba, pero de una manera más romántica de lo que él habría preferido. A pesar de sus cada vez más constantes insinuaciones, el tiempo pasaba y todo seguía estancado. Se notaba confundido y algo irascible, quizá por la falta de costumbre de no conseguir lo que quería cuando lo quería. Deseaba rozar la piel de aquella mujer con sus manos, notar la fricción de sus cuerpos sin un ritmo preestablecido, sentirse en su interior mientras el susurro de sus gemidos alimentaba su ego... Y lo deseaba ya.

A inicios de junio, la situación giró de forma inesperada cuando Mausi, vencida por el demonio de sus deseos, porque el calor invita a la pasión o por la combinación de ambos, cayó rendida a sus encantos una tarde de sábado en la que Jenell se encontraba, una vez más, ausente y a parte del servicio le habían concedido el fin de semana libre.

Había cocinado su presa a fuego lento, logrando calmar su deseo con el jugo de su victoria.

10

Barcelona, 20 de julio de 2002

Hacía unos días que Janet, la compañera de piso de Daniela, había desparecido sin previo aviso y desde entonces nadie había vuelto a tener noticias de ella. En ocasiones, cuando conocían a alguien, dejaban de ir a dormir a casa, pero tarde o temprano pasaban por el piso para coger objetos personales y avisar a la compañera de que todo iba bien; era una norma no escrita que siempre cumplían.

Daniela, al igual que Janet, había llegado desde Colombia con el fin de ganar dinero para mantener a su familia y, a ser posible, traer a su hijo en un futuro próximo. Al poco de llegar al área metropolitana de Barcelona, consiguió una cama compartida en una pensión de un gueto de Hospitalet donde malvivían muchos inmigrantes llegados de todos los rincones, en su mayoría de Sudamérica y el continente africano. Allí conoció a Janet. Desde el primer momento descubrieron que eran almas gemelas con un mismo origen y un mismo objetivo, dar a su familia la vida digna que ellas no habían podido tener debido a los tentáculos del narcotráfico. Al poco tiempo decidieron alejarse juntas de un ambiente cada vez más controlado por bandas y chulos sin escrúpulos. Alquilaron un apartamento de una sola habitación y dudosa habitabilidad en el barcelonés barrio del Raval. La finca, con una fachada ennegrecida y abandonada, tenía un *hall* de entrada limitado a unas estrechas escaleras con una barandilla oxidada y unas baldosas que ya de origen debían de ser de segunda mano. En la tercera y última planta se encontraba lo que para ellas era su paraíso.

Aunque la confianza mutua les llevaba a contarse con detalle los sinsabores del día a día, mantenían una pequeña parcela de privacidad en la que cada una hacía su vida.

Desde el primer momento tenían claro que lo primordial era mantener su dignidad y, así, sentirse un ejemplo para sus hijos.

Debían ganarse el sueldo con su sudor, pero siempre en vertical y en trabajos dignos. Aunque su nuevo barrio no era el paradigma de la honestidad, se fueron abriendo camino como trabajadoras de la limpieza, subiendo en su escalafón particular gracias a su implicación y profesionalidad. Con el tiempo, lograron los papeles de residencia, que en el caso de Janet le llevaron a ser contratada legalmente para la empresa encargada de la limpieza de la universidad.

Faltaba algo de ropa, su documentación y algún objeto personal, sin embargo, el dinero que guardaba para lo que denominaba «cierto tipo de imprevistos», en un viejo bote de cacao, seguía intacto, y eso era lo que lo hacía más extraño.

Cinco días sin tener noticias eran más que suficientes para denunciar su desaparición.

11

Barcelona, julio de 2002

Ocupar el puesto de Janet le daba carta blanca para acceder a cualquier rincón sin levantar sospechas, aunque solo dispondría de varios días antes de que alguien la echara de menos. Acostumbrado a conseguir lo que quería, los intentos frustrados por extraer la información del Geodrom desataron la ira de Stephan, que empezaba a no pensar con claridad. Para terminar de levantar los ánimos, tuvo noticia del fatídico accidente de la familia del Dr. Rosselló y de su intención inminente de dejar la universidad. Debía apresurarse si quería encontrar algo entre las pertenencias de su despacho.

No sabía por qué una simple piedra podía tener tanto poder, y más cuando, al parecer, solo se trataba de un mineral sin valor económico.

«¡Nada, ni un pequeño rastro, ni una sola pista! ¡Este hombre comienza a resultar desesperante! Si de verdad esa mierda de roca existe, no puede andar muy lejos».

Su escarceo universitario había llegado a su fin y tocaba dar la bienvenida al *revisapolvo a domicilio*.

«No resultará difícil localizar la dirección del profesor. Si no lo consigo aquí, seguro que me dirán algo en el tanatorio donde se le envió la corona de flores de la UAB». Los billetes verdes ejercían ese extraño poder entre los trabajadores menos remunerados.

Extraer los datos personales del Dr. Rosselló no le llevó demasiado tiempo. Alardeaba de su gran habilidad con los ordenadores, y un sistema obsoleto con un *software* primitivo no resultó un obstáculo.

Su especialidad era el espionaje industrial, o más bien la extorsión, pero cuando le ofrecían un trabajo casi nunca lo cuestionaba y, por supuesto, nunca preguntaba. En los últimos años se había vuelto

demasiado blando. El mundo de la amenaza y la falta de melodía de los huesos al quebrarse empezaban a pasarle factura, pero viajaba por todo el mundo y le pagaban muy bien. En poco tiempo estaría fuera del negocio, así que debía aguantar.

Educado en el seno de una familia alemana de clase alta, pudo disfrutar de una educación básica de calidad, destacando en la misma proporción tanto por su inteligencia como por su rebeldía. Su irreverencia y falta de respeto por todo lo que le rodeaba, a excepción de lo que llevara faldas, le llevaron en peregrinación por diferentes colegios hasta que, finalmente, fue internado en una institución a medio camino entre lo religioso y un campo de concentración, y, lo más importante, alejado de su ciudad. Quizá pudo influir en la decisión la seria amenaza contra su padre de cortarle el cuello si volvía a pegar a su madre.

La necesidad de pertenencia a un grupo le llevó a tatuarse en su juventud el mapa de Alemania a todo color en su antebrazo izquierdo, justo antes de alistarse en el ejército. Allí sus cualidades intelectuales y su poderío físico serían aprovechados en pro de su nación, a la vez que su nación le recompensaba con unos flamantes estudios en informática. Stephan, que era su nombre verdadero entre los muchos que solía usar, acabó metiendo cabeza en un grupo de cuerpos especiales que alimentó su carácter irascible e incrementó sus ya amplias habilidades. En aquel tiempo conoció a individuos de un submundo oscuro, mercenarios, gente del hampa..., en definitiva, a toda la gama de las hermanitas de la caridad. Su comportamiento fue distanciándose de lo que se espera en una estricta y respetuosa disciplina castrense. Finalmente, fue expulsado del ejército después de pasar el último año en prisiones militares con lo más «refinado» de cada casa. Fue allí donde aprendió a convertirse, con una peluca, un poco de maquillaje y algo de látex, en el personaje que requiriese en cada momento. Desde su época militar, carecía de vida social y sus escarceos con las mujeres se limitaban a aliviar alguna necesidad de bajos instintos, o altos, según se mire, la mayoría de las veces con profesionales. Una prostituta le había roto la nariz hacía siete años; habían mantenido un intercambio de opiniones, al parecer, por un pequeño detalle físico solo visible si nos encontramos como Dios nos trajo al mundo. A sus 32 años, hablaba cinco idiomas con diferentes grados de destreza gracias a su elevado coeficiente intelectual y los múltiples viajes que realizaba. La soledad autoimpuesta había reforzado su carácter arisco, sin embargo, su amor por la lectura y una

buena aunque dispersa educación le permitían adaptarse a cualquier circunstancia. Tras su salida forzada del ejército, pensó en varias ocasiones quitarse el tatuaje, pero el amor patrio pudo más que la lógica. Solo tendría que camuflarlo en determinados contextos, aunque reconocía que empezaba a relajarse demasiado.

Las órdenes expresas de no levantar la más mínima sospecha ni usar métodos conflictivos le llevaron a un callejón sin salida. Ni una sola prueba con la que demostrar su existencia. Había estudiado cada paso de la familia y sabía que, con los últimos acontecimientos, sus posibilidades se reducían si no se saltaba algunas normas básicas. Debía salir de Barcelona antes de que la policía empezara a husmearle el trasero.

Hacía menos de una semana que había abandonado su puesto de trabajo, como era de esperar, sin los quince días de antelación pertinentes. Ahora sus esfuerzos se centraban en estudiar las salidas del doctor con su nieto para investigar en el interior del domicilio, una de sus especialidades después de la informática. Permanecían mucho tiempo fuera, pero las entradas y salidas no mantenían una dinámica clara. Registrar una casa entera sin dejar ni una sola pista requería tiempo.

A pesar de su abultada cuenta corriente, se alojaba en moteles de mala muerte a los que ya estaba acostumbrado. Tenía un protocolo que aplicaba a rajatabla; en primer lugar, se registraba con una nacionalidad falsa y jamás la alemana. Disponía de un amplio abanico de pasaportes falsificados que, además, variaba cada cierto tiempo gracias a unos buenos contactos. En segundo lugar, usaba un idioma diferente al del país donde se encontrara, dando a entender que no entendía la lengua del lugar, aunque no fuera cierto. Y, por último, nunca pasaba demasiados días en el mismo alojamiento.

Siempre pensó que ese trabajo era pasajero y, si ahorraba el dinero suficiente, podría retirarse de por vida a alguna de esas playas de Centroamérica que tantas veces le había descrito su actual jefe. El único vicio que se permitía eran las mujeres de pago y la bollería local bañada en jarras de café. Cerca del Barrio Gótico, donde se alojaba, había suficientes féminas y cafeterías de calidad.

A partir del segundo café, las ideas comenzaban a fluir, y eso con los días que llevaba ya era mucho. Estaba bloqueado. La que debía ser

su primera y única fuente de información, Geodrom, había resultado un fracaso. Julio llegaba a su fin y, aunque a su manera disfrutaba de la ciudad, necesitaba un plan alternativo.

Sin el permiso para usar «otros métodos», la única posibilidad que le quedaba se complicaba, ya que no le permitían entrar en la casa.

«Debo explorar nuevas opciones, pero ¿cuáles? ¡Piensa, Stephan, piensa! Si no fuera por las órdenes... Está claro que el que paga manda, y desobedecer puede suponer que nadie vuelva a contratarme. Por otro lado, si no consigo mi objetivo, la voz correrá como la pólvora y adiós a mi carrera. Creo que empiezo a estar jodido, así que si lo pongo todo en una balanza, prefiero ganar».

De golpe, una idea le hizo levantarse de la silla. Aunque un poco rebuscada, era mejor que nada. Tenía trabajo por delante, así que tomaría el próximo suso de crema[3] en otro local, quizá menos acogedor y seguro que algo más abarrotado. Necesitaba una pequeña ayuda y debía buscar el candidato más adecuado.

Unos segundos después, lo único que quedaba sobre la mesa era una taza vacía aún caliente, tres euros y el olor a café recién hecho.

---

3 Suso de crema: Dulce típico de Girona

12

Berlín, agosto de 1993

En las semanas que siguieron al primer encuentro entre Mausi y su amante, todo cambió.

Ya no se mostraba con el romanticismo de antes, ni disponía del mismo tiempo para hablar. Estaba más distante, pero ella lo achacaba a la culpa de la infidelidad. Seguían haciendo el amor, pero solo cuando a él le apetecía, por lo que sus relaciones esporádicas llegaron a convertirse en un acto mecánico. Sabía que lo que hacía no estaba bien, pero por primera vez en su vida se sentía llena y era incapaz de renunciar a esa droga que daba sentido a su existencia.

Una mañana de agosto, aprovechando un momento de intimidad entre ambos, con el rostro blanquecino y los ojos bañados en lágrimas, Mausi le anunció que estaba embarazada. Tras un minuto de silencio en el que la sorpresa inicial dio paso a la ira de su jefe, este comenzó a descargar insultos y negar lo innegable.

—No puede ser verdad, siempre hemos tomado precauciones —manifestó de la manera más despectiva que pudo.

—Sabes que siempre no. —Estaba compungida—. La primera vez, simplemente pasó. No pensé que pudiera... Y, de hecho, tú tampoco. —El sollozo era incontenible ante la inesperada reacción de Alfred.

—Yo di por hecho que tú tomabas anticonceptivos. ¿A santo de qué una chica joven se ofrece a echar un polvo si no está segura de estar protegida?

—No lo sé, no sé por qué me hablas así, yo no sabía que eso iba a ocurrir y no fui capaz de pensar, solo dejé que pasara, al igual que tú.

—Seguro que has estado acostándote con otros y ahora quieres atribuirme el producto de tu mala cabeza. ¿Qué quieres de mí?, ¿dinero?

Mausi no pudo soportarlo más y salió corriendo de la habitación

en la que se encontraban. Imaginaba que no iba a ser fácil, pero llegó a pensar que, a pesar de todo, se sentiría ilusionado, al igual que ella.

En los días siguientes ninguno de los dos se atrevía a mirar a la cara al otro; ella, por el dolor que sentía, y él, quizá, por miedo a ser delatado ante su mujer.

Mausi se planteó dejarlo todo y marcharse, pero en pocos meses iba a necesitar más que nunca una estabilidad económica y la protección de una casa donde vivir. Si se iba, podía cerrarse las puertas de otros trabajos. Alfred era muy poderoso y perverso, como había podido descubrir.

Parecía que con las semanas su jefe, ahora más patrón que nunca, se mostraba algo más respetuoso, aunque igualmente distante. La situación volvió a empeorar cuando se enteró de que lo que crecía en el vientre de la criada era una niña. Él siempre había deseado con toda su fuerza tener un hijo varón con el que jugar a juegos de hombres por los jardines de la mansión. Las niñas no eran más que una molestia, cargadas de necesidades superficiales.

De la noche a la mañana se sumió en una depresión que nadie lograba entender; en apariencia todo le iba bien. Era un hombre adinerado y reconocido, con una hermosa mujer y una casa de ensueño; en definitiva, tenía todo lo que cualquier persona puede desear. Sin embargo, parecía un extraño en su propio hogar, un fantasma de mirada perdida que apenas dedicaba su energía a cumplir con las obligaciones de su empresa. Nadie conocía los motivos ocultos que le llevaron a esa desolación.

Con los meses, la responsabilidad que conlleva ser dueño de una empresa con tentáculos a nivel internacional le obligó a centrarse en lo único que para él era importante, su dinero.

La relación con la criada se centró exclusivamente en el ámbito profesional, aunque con su innato despotismo. Estuvo tentado de despedirla en numerosas ocasiones, pero una curiosidad interna lo impidió.

Aunque nunca la aceptaría, sus genes estaban en la niña que crecía en el interior de aquella mujer.

13

Barcelona, agosto de 2002

Los días transcurrían en una lenta calma, a pesar de un dolor imposible de esquivar. Oriol sentía que empezaba a recuperar el tiempo perdido con su nieto. El roce diario y la necesidad de una figura protectora le estaban convirtiendo en lo que realmente era: su abuelo.

Los paseos por Barcelona formaban parte de la rutina diaria. Les permitían evadirse mientras descubrían nuevos rincones, además de favorecer el acercamiento mutuo.

Quedaban doce días para el inicio de las fiestas del Barrio de Gracia, unas de las más importantes de la ciudad. Sería una buena oportunidad para hacer disfrutar a Edu con el colorido de sus calles, en esos días transformadas en mundos de fantasía.

Por la edad y las circunstancias especiales en las que se hallaba, la prejubilación le fue aceptada de forma inminente.

Aprovechando la coyuntura, acudió con su nieto a la facultad para recoger sus objetos personales. De esta manera le mostraría dónde había invertido tantas horas de su vida. A medida que atravesaba los pasillos, las pocas personas con las que se cruzaba le mostraban sus respetos por lo ocurrido y le deseaban lo mejor en su nueva vida. Su fachada de persona irónica y estricta le había generado dificultades con algunos alumnos y compañeros en algunos momentos. Sin embargo, el que profundizaba en su interior descubría una persona noble, preocupada por los demás y absorta en su trabajo.

En circunstancias normales, la jubilación de un compañero implicaba la organización de una fiesta multitudinaria, pero todos entendieron la negativa de Oriol. Por su parte, habría permanecido

más tiempo al cargo de su cátedra si las circunstancias no hubieran dado un giro tan radical.

Con la excusa del cansancio de Eduard, terminó de despedirse y se marcharon del edificio con sus últimos enseres. Recorridos unos metros, se volvió sobre sí mismo para observar la facultad, su segunda casa, y volvió a sentir un vacío en el estómago demasiado familiar en las últimas semanas.

«Ha sido toda una vida, pero la realidad me ha dado otra responsabilidad mucho más importante. En fin, supongo que algún día me acercaré a investigar algunos detalles».

—Bueno, Edu, ¿qué te ha parecido el sitio donde ha trabajado el abuelo?

—¿Sabes una cosa, *avi*? Algún día estudiaré aquí.

—¿Ah, sí? ¿Y ya sabes qué quieres estudiar?

—Todavía no, pero me encantaría saber muchas cosas sobre la tierra, de dónde vienen los minerales...

—¿Has dicho minerales? —preguntó sorprendido.

—Sí, es que papá tiene una colección muy grande en el sótano de casa y desde pequeño me ha enseñado muchas cosas sobre ellos.

—¿Que a papá le gustaban? Es la primera noticia que tengo.

De cara a su padre, Joan siempre había mantenido las distancias respecto a la leyenda familiar y la piedra que conservaban desde tiempos inmemoriales. De hecho, cuando Oriol le comentó la opción de heredarla en vida no solo no mostró el más mínimo interés, sino que, una vez más, la menospreció.

El hecho de tener esa colección quizá se debiera a que, en el fondo, sí le inquietaba todo lo que había negado. La noticia le provocó una mezcla de sensaciones a caballo entre la satisfacción y la tristeza.

«Pero ¿por qué no me lo contó?».

El sofocante calor de agosto obligaba, o bien a encerrarse en casa, o bien a acudir a alguno de los muchos museos que ofertaba la ciudad. Las siete de la tarde empezaba a ser buena hora para deambular sin temor a deshidratarse por las calles. El paseo los llevó de manera espontánea hasta una plaza conocida por la gente de Gracia como la Plaça d'Orient, una de las de mayor encanto del barrio. En medio, había una torre octogonal de 33 metros de altura con un reloj y una campana conocida como la Marieta.

—Este era uno de los rincones preferidos de la abuela. Veníamos a

pasear por aquí casi a diario; bueno, siempre que mi trabajo me lo permitía.

—Cuéntame cosas de ella. La verdad es que no la recuerdo, salvo por las fotos que he visto.

—La abuela era una de esas personas con las que todo el mundo se encariña. Sabía cómo hacernos sonreír, aunque el día se hubiese girado en contra. Era muy buena persona y se desvivía por los demás, siempre intentando ayudar a todo el mundo. Y ¿sabes una cosa? Desde el primer instante en que te vio, fuiste su ojito derecho. No hacía otra cosa que hablar de ti.

—Me habría encantado conocerla —comentó con la inocencia de un niño.

—Y ella habría dado cualquier cosa por verte crecer. Solo tenías 4 años recién cumplidos cuando ella falleció. ¡Te adoraba! Pero no nos pongamos tristes, a fin de cuentas estamos dando un paseo agradable, por una zona encantadora, en un día precioso.

Al ver un cartel que anunciaba las fiestas de Gràcia, Eduard cambió el tema de conversación. Necesitaba dosificar toda aquella información que le causaba tristeza y debía respetarlo. Le ayudaría a sacar su dolor aceptando el ritmo que su nieto le marcara, permitiendo que creciera con la máxima naturalidad posible.

—Verás, Edu, en pocos días, muchas de las calles y plazas de nuestro barrio se adornarán con diferentes motivos y gran cantidad de personas se acercarán hasta aquí para disfrutar de todo lo que ofrecen estas fiestas.

—Tengo muchas ganas de que empiecen, aunque nunca he estado.

—A papá le dije en varias ocasiones que vinierais, pero siendo en agosto siempre coincidía con vuestras vacaciones. Me encantará ir contigo a ver todo lo que podamos.

—Y ¿qué más cosas hacen? —En sus gestos volvía a apreciarse el dinamismo de un niño.

—Te explico. Las fiestas comienzan el 15 de agosto y, entre otras cosas, hacen un desfile de dragones, gigantes y otros personajes. Dan premios a la mejor decoración de calles, plazas e incluso balcones, así que el barrio estará precioso.

—¿Y hay música?

—Sí, ya lo creo. En muchas plazas hay verbena hasta muy tarde, y *castells* y *correfocs*. —A medida que escuchaba a su abuelo, su inquietud por la fiesta se agudizaba—. Creo que deberíamos volver a casa y, si me ayudas, podríamos hacer para cenar algo que a los dos

nos encanta.

—¿Tortitas de atún?

—Sí, ¿cómo lo sabes, Edu? Espera, no me lo digas, puedo imaginarlo...

Con el inicio de la 186ª edición de la fiesta, la monotonía del día a día se truncaba, aunque también la tranquilidad. Desde primera hora había eventos de toda índole repartidos por diferentes plazas.

—¿Te apetece que vayamos a ver una exhibición de *castellers* que hacen esta tarde en la Plaça Samsó? Y, si quieres, luego podemos cenar donde tú elijas y así celebramos mi jubilación. —No tenía ánimo para celebrar nada, pero debía hacer el esfuerzo; era muy importante que Eduard estuviera activo y, a ser posible, ilusionado con pequeños detalles.

—Sí, me encantan, en Tarragona vamos siempre a verlos en las fiestas. Hace dos años fuimos al concurso de *castells* y ganó la Colla Vella dels Xiquets de Valls. *Avi*, ¿iremos a ver la calle ganadora? Seguro que en el periódico que has comprado dice cuál es.

—Por supuesto, esa y todas las que podamos. Arréglate y cuando quieras salimos, que tenemos muchas cosas que ver.

Las calles cortadas al tráfico eran un hervidero de gente dispar que buscaba disfrutar de toda la oferta cultural y de ocio que ofrecían las fiestas. Antes de llegar a la plaza que buscaban, quería mostrarle a su nieto un lugar muy especial para él, la Plaça del Raspall.

—Mira, cariño, quería enseñarte esta plaza porque para mí es un lugar muy importante. En esa casa de ahí —señaló uno de sus edificios antiguos— fue donde nos vinimos a vivir juntos la abuela y yo por primera vez, cuando ella vino a Barcelona.

—Gracias, *avi*, a partir de ahora también será muy especial para mí.

A escasos metros, en la Plaça Samsó, se oía a una multitud de gente que esperaba el comienzo de la *colla castellera*.

—Llegamos justo a tiempo, Edu, ya se están colocando para formar la base. —A pesar de la gente, encontraron un buen sitio donde podían ver el montaje de cada uno de los pisos que conformaba la torre humana—. Parece que van a hacer siete pisos de 3 personas cada uno.

—¡Querrás decir un 3 de 7, *avi*!

—¡Sí, bueno, eso precisamente quería decir! Me da la impresión de

que sabes mucho del tema.

—Es que con papá he visto muchos.

Con su atención puesta en el centro de la plaza, Oriol sintió como una mano se deslizaba por su hombro derecho. Con el sobresalto, se giró bruscamente en el momento en que una voz dulce de mujer se dirigía a él por su apellido.

—Buenas noches, Sr. Rosselló, espero no importunarle. No sé si acuerda de mí, soy la Dra. Martín. Nos conocimos en trágicas circunstancias en el Hospital Sant Pau. Le he visto con su nieto y quería saber cómo se encontraban.

Al ver la cara de la doctora, su rostro cambió de expresión y por unos instantes se sintió descolocado y sin capacidad de respuesta. Un hormigueo fugaz le recorrió de la cabeza a los pies.

—Hola, doctora, disculpe mi reacción, pero estaba tan concentrado en la torre que hasta yo sentía que subía por ella. Con el cabello suelto y sin su pijama de trabajo no la había reconocido.

De mediana estatura, la Dra. Martín mantenía, a pesar de su edad, una espléndida figura, fruto de una actividad física frecuente. Su cabello negro a media melena realzaba el intenso color azul de sus ojos. Aparentaba muchos años menos de los que en realidad tenía.

—Es toda una sorpresa. No me esperaba encontrar a nadie conocido, o sí, porque este es mi barrio; bueno, no importa... ¿Cómo se encuentra usted, doctora?

—Le encuentro un poco nervioso, ¿llego en mal momento?

—¡Hola, doctora! —gritó Eduard, que se encontraba al margen del diálogo para besugos que había iniciado su abuelo.

—¡Hola, cielo, te veo guapísimo! —Girándose hacia Oriol y con una sonrisa natural que dejaba entrever unos dientes perfectos, continuó—: Empecemos por el principio. Volveré con la pregunta inicial, ¿cómo se encuentran? Y, posteriormente, ya en un clima más relajado, usted me comentará sus impresiones. —La seguridad que mostraba en sí misma le hacía, si cabe, aún más atractiva. Tras reflexionar unos segundos, Oriol comenzó a sentir que volvía a ser él mismo, lo cual le situaba en un plano de igual a igual.

—La verdad es que poco a poco mejor. Es imposible olvidar lo ocurrido, pero la vida debe seguir, sobre todo cuando hay un niño de nueve años que tiene un futuro por delante.

—Imagino que debe de ser muy duro, y he de decirle que admiro el coraje con el que está afrontando todo esto. —Esta vez su tono de voz era más cercano y pausado—. Por cierto, si no le importa,

preferiría que me llamara Sofía.

—Por mí perfecto, Sofía, y, ya que entramos en un clima de mayor confianza, he de decirle que mi nombre es Oriol, Rosselló es una tapadera.

—¿Cómo que una tapadera? —dejó escapar una sutil sonrisa.

—No le haga caso —comentó Eduard—, el abuelo siempre está así.

—¡Ah, gracias por la información, a partir de ahora iré con más cuidado!

—¿Debo leer entre líneas que habrá más ocasiones? —contrarrestó Oriol.

—Quiero decir que a lo mejor nos volvemos a encontrar de nuevo y deberé estar alerta.

El juego resultaba cómodo para los dos y, después de unos minutos de conversación, daba la sensación de que se conocían de toda la vida.

—¿Ha venido sola? —dejó escapar Oriol.

—No, me acompaña una amiga. La mujer de pelo blanco que está en aquella esquina. La he dejado un momento para saludarles.

—Vaya, es que Edu y yo estábamos pensando si querría venir a cenar con nosotros, un poco de compañía no nos vendría mal. Claro, también puede venir su amiga. Prometemos no aburrirlas.

—Pero si yo no he dicho nada —exclamó Eduard sorprendido, aunque tras la mirada penetrante de su abuelo rectificó—. Claro que sí que me gustaría.

—Me temo que mi amiga tiene que irse. He conseguido sacarla unos minutos a la fuerza, pero le he prometido que la dejaría volver.

—Eso no le crea una coartada —insistió Oriol.

—Veo que es de esas personas que no se dan por vencidas.

—No, simplemente es que hace muchos días que no tenemos un soplo de aire fresco y en estas circunstancias siempre es bienvenido. ¿Entonces se anima?

—Acepto, pero con dos condiciones.

—Me encantan las negociaciones —exclamó Oriol con una sobreactuada mirada de hombre interesante—. Usted dirá.

—Yo invito, y esto no es negociable.

—¿Y la segunda condición?

—Que me tuteéis, si no, no hay acuerdo.

—Veo que me ha dejado, mejor dicho, que me has dejado sin apenas margen para opinar, así que, si el tuteo es mutuo, aceptamos.

—¡Hecho!

—Aunque ella cree lo contrario, en realidad hemos ganado

nosotros, viene a cenar —susurró Oriol al oído de su nieto.

—¿Puedo sugerir un sitio? —preguntó Sofía.

—Bueno, aunque el *avi* me había dicho que podría elegir yo, no me importa ir donde sea, siempre y cuando vengas con nosotros.

—Muchas gracias, es todo un halago. Si estás de acuerdo, podemos ir a un restaurante fantástico que conozco aquí cerca, estoy seguro de que te encantará, Eduard.

—Puedes llamarme Edu...

14

Berlín, 6 de enero de 1994

La tarde de la Epifanía nació, con dos meses de antelación, una diminuta niña de dos kilos que, por un instante, hizo olvidar a su madre todos los infortunios a los que la vida le había sometido. De repente, todo adquirió sentido. Mausi había nacido para traer al mundo a esa bendición del cielo.

Nunca había perdido el contacto con el Español. Era un ser adorable dispuesto a ayudar a todo el mundo sin pedir nada a cambio; sin embargo, con ella tenía algo especial. Estaba convencida de que, de haberse fijado en él, nunca se habría equivocado. El Español llevaba mucho tiempo diciéndole que dejara ese trabajo y se fuera a vivir a su casa, donde tenía dos habitaciones, hasta que encontrara otra cosa. Estaba dispuesto a asumir todos los gastos y, lo que era más importante, a cuidarla toda su vida si ella lo deseaba. Desprendiéndose de su armadura, él le reconoció su profundo amor, algo que le había atravesado desde el primer momento en que la vio y descubrió que detrás de esa belleza natural había un corazón inmenso. Le ofreció convertirse en su marido, aunque solo fuera por una cuestión de protección legal. Iba a querer a la niña que naciese como si fuera suya, incluso a reconocerla legalmente, aunque Mausi nunca le quisiera. No la obligaría a nada jamás. Solo el hecho de ayudarlas le llenaba de gozo.

Cuando su amigo le abrió su corazón y le ofreció lo que tenía para sacarlas adelante, una profunda emoción la embriagó para fundirse en un abrazo y, finalmente, besarlo. Ella fue sincera desde el primer momento, lo quería profundamente, pero no podía ofrecerle nada más que su amistad; por lo menos en ese momento. Para él, eso fue mucho más de lo que jamás podría haber esperado.

La primera semana de noviembre se mudó a la casa que el Español

tenía alquilada en Spandau, una población cercana a Berlín. Días después se casaban en el más absoluto secreto.

Mausi no se sintió capaz de dejar su trabajo. Quería seguir siendo libre, al menos económicamente, aunque no pudiera desprenderse de su coraza emocional.

Por su parte, su examante era consciente de que no podía despedir a una embarazada, aunque en el fondo tampoco deseaba hacerlo. Su hija nació en un hospital de Berlín y supo a través de otros trabajadores del servicio que, aunque sietemesina, madre e hija se encontraban bien, pero no quiso siquiera inventarse una historia para ir a verla. Hacía varios meses que Mausi se encontraba de baja por embarazo de riesgo y desde entonces no habían coincidido, y tampoco sabía si lo volverían a hacer. Para tapar su debilidad, camufló sus propios sentimientos con órdenes absurdas y autoritarias, con lo que creó un clima insoportable de tensión en todo el servicio. Jenell, que solía mantenerse al margen de toda organización, era la única persona que aportaba un poco de armonía entre el caos. Las últimas semanas apenas salía de casa e incluso volvió a acompañar a su marido en alguno de sus viajes.

A finales de febrero, a Alfred le llegó un nuevo mazazo. Jenell le había preparado una velada romántica con la intención de subirle el ánimo y darle una gran noticia; hacía casi dos meses que estaba embarazada. En esta ocasión, su marido ni se inmutó. Ella interpretó la neutralidad en su mirada como indiferencia.

«Eso habría sido posible si no fuera por... ¡Bueno, eso ya da igual!», pensó mientras forzaba una sonrisa que le permitiera tomar una decisión sin la cólera que le invadía en ese momento.

Estaba convencido de que el hijo que esperaba su mujer no era suyo, pero carecía de pruebas y no podía explicarle el porqué de su aseveración. Cuando unas semanas después recibió la noticia de que lo que tenía en su vientre era un niño, lo vio claro.

Disponía de mucho tiempo para preparar el plan. Fingiría durante unos meses una falsa felicidad y, en cuanto naciera ese bastardo, contrataría a Stephan, su hombre de confianza, para que resolviera el asunto de la manera más profesional posible. Se haría cargo de ese niño y sería su heredero, aunque no llevara su ADN.

15

Barcelona, 18 de agosto de 2002

La cena había resultado más agradable de lo esperado y Eduard estuvo encantado, como cualquier niño al que se le presta la atención adecuada. Los temas banales dieron paso a ciertos problemas personales, eso sí, de una manera superficial por la presencia del muchacho. Ambos tuvieron la sensación de que tras esa velada podría surgir una interesante amistad.

Por primera vez en muchos días, Oriol no sentía la profunda tristeza que le acompañaba cada mañana al despertar. Como siempre, se levantó antes que su nieto y preparó café bien cargado. Sentado en el sofá que apoyaba en la pared y mirando a través del ventanal del fondo, dejó que la taza con la foto del Chat Noir de París calentara sus manos a pesar de que agosto no fuera el mes más adecuado para ello. La aparición de la doctora había resultado ser una luz en la penumbra en la que se había convertido su vida. Mientras removía el azúcar con la cucharilla, repasaba una y otra vez diferentes momentos de la noche anterior. Trataba de interpretar esas nuevas sensaciones, aunque era difícil estando en plena lucha personal por adaptarse a la nueva situación.

Un pequeño detalle le llamó la atención. Siempre dejaba su maletín a la izquierda del sofá, de manera que el asa quedara justo al nivel de mano. No se trataba de una manía, sino de una rutina de muchos años que le permitía su rápido acceso cuando se sentaba. En esta ocasión estaba ligeramente adelantado, lo suficiente como para no poder cogerlo. No dejaba de ser una anécdota. En el interior del maletín guardaba infinidad de papeles y objetos y, aunque en un aparente caos, mantenían un perfecto orden. Otro detalle le sobresaltó al mirar en su interior: la caja donde desde hacía años guardaba la joya familiar descansaba con la tapa mirando hacia arriba, en vez de

estar de costado, como siempre acostumbraba a dejarla.

«¡Que yo recuerde, anoche solo bebí una copa de vino!... El resto de cosas siguen igual... Voy a mirar si las fotos continúan en su sitio, luego prepararé el desayuno para Edu y me dejaré de fantasmas».

Las imágenes extraídas de Geodrom sobre su pequeña joya estaban adheridas a la cara externa de la base de uno de los cajones del armario de su habitación. Decidió sacarlas de allí y guardarlas en el maletín, que llevaría consigo en todo momento hasta aclarar el asunto.

Desde hacía años, la piedra siempre le acompañaba, salvo si estaba en casa, momento en que la guardaba en la caja de madera del interior del maletín. En esta ocasión, todavía descansaba en un bolsillo interno del pantalón que había usado la noche anterior.

Tentado de llamar a su nueva amistad, recordó haber escuchado que ese día tenía guardia, así que decidió que lo mejor sería dejar preparada la comida del mediodía y hacer algunas tareas de casa. Nunca había tenido servicio doméstico, aunque se lo podía permitir, y la verdad es que podría dejarle más tiempo libre para compartirlo con su nieto.

«¿Y si llamo a Janet? Aunque no hablábamos mucho, me inspira confianza».

—Buenos días, *avi* —balbuceó Eduard mientras sus brazos se estiraban hacia arriba y su cuerpo se contoneaba de forma arbitraria.

—Buenos días, Edu. ¿Has dormido bien?

—*Avi*, ¿ayer me planchaste las camisetas? Es que las que están en el cajón están arrugadas.

—Te aseguro que las dejé todas perfectamente planchadas y dobladas, ¿no será que las has movido y no te acuerdas? Espera, yo he visto un par de cosas ligeramente movidas, pero no le he dado más importancia y, ahora que pienso, ayer al llegar a casa la puerta no estaba cerrada con llave.

Se dirigió a la puerta de entrada. «Ni una señal de haber sido forzada, nada que haga pensar que alguien ha estado aquí. Pero, si hubiera sido así, ¿cuál sería el motivo? No parece faltar nada».

—En fin, Edu, olvidemos nuestras fantasías de novela policíaca y vamos a dar una vuelta, pero primero desayuna, que lo tienes todo preparado.

Tres días después, y cuando comenzaba a olvidar la cena con la

doctora, recibió una llamada que le devolvió la sonrisa.

—Buenas tardes, Oriol, soy Sofía, espero que te acuerdes de mí.

—¿Has dicho Sofía? Me suena haber tenido una agradable cena con alguien que se llamaba igual que tú.

—Sí, para esa Sofía también fue una velada muy placentera, y por eso quiero haceros una propuesta. No sé si te gustará, pero a mí me encanta hacer todo tipo de actividades en el campo: barrancos, piragua, senderismo... Así que me he permitido organizar este sábado una ruta a pie por Collserola. Estaremos solos los tres y, al acabar, comida de pícnic allí mismo. Eso sí, si estáis de acuerdo.

—Espera, voy a revisar mi agenda de recién jubilado. A ver, este sábado... tengo un hueco donde pone que debo aceptar la primera oferta interesante que aparezca.

—¿Así que soy tu primera oferta?

—No es exactamente así, en realidad eres la única. Además, conozco a mi nieto y estoy seguro de que le encantará. No es que me importe, pero ¿de cuántos kilómetros hablamos? —preguntó con voz temerosa.

—Noto miedo en tus palabras, pero tranquilo, te aseguro que he pensado en una ruta muy corta y sencilla, aunque no por eso menos agradable —dijo Sofía entre risas—. Pasaré a recogeros a las ocho en punto por vuestra casa, así que esperadme en el portal. No os durmáis.

—¡Dios mío, no sé si mis rodillas aguantarán el ritmo, pero ahora no hay vuelta atrás! Si no fuera por...

—¡Puntualidad suiza, doctora!

Abuelo y nieto esperaban en el portal de su finca tal y como habían quedado, vestidos con ropa deportiva y cargados con mochilas.

—Siempre me ha gustado llegar a la hora —asintió Sofía—. ¿Estáis preparados?

—Yo sí —dijo Eduard—. Con papá hice muchas rutas por Tarragona y me encanta.

—Pues si vosotros dos estáis preparados, no voy yo a ser menos. ¡Venga, vamos a la tortura! Quiero decir... ¡a la aventura!

Con mallas deportivas de verano, Sofía mostraba unas piernas fibrosas con unos glúteos firmes, prueba de años de entrenamiento.

«¡Oriol, deja de mirar donde no toca, que hoy el protagonista es el campo!», se dijo a sí mismo desviando la mirada hacia el suelo.

Rodeado de árboles, el entorno era paradisíaco y, aunque el

trayecto no presentaba casi pendientes, los escasos repechos que encontraban suponían un esfuerzo para Oriol.

—Doctora, quiero decir, Sofía, reconozco que me está encantando, aunque tenga ciertas dificultades en algunos tramos. Hasta hace no muchos años era una persona muy activa y me encantaba practicar ciertos deporte. Después, mi vida se hundió con el fallecimiento de mi mujer y me refugié en mi laboratorio y en mis clases, y ese fue el principio del fin del atleta que llevaba dentro.

—No te preocupes, lo entiendo, aunque reconocerás que hablar de ciertas dificultades es ser muy optimista. En una ocasión he estado a punto de sacar la adrenalina que llevo en la mochila.

—¿Que tienes qué en la mochila? ¿Tan demacrado me ves?

—Era una broma, veo que eres fácil de engañar. Además, pienso que aparentas menos años de los que dices tener y, por cierto, muy bien llevados.

—Vaya, gracias, ese halago me ha rebajado un par de años de golpe.

Con el ego personal por las nubes, Oriol afrontó el camino con más agilidad, aunque sin abandonar el rubor facial por el esfuerzo.

—Si no lo veo, no lo creo —dijo Sofía—. Parece que te hayas comido una batería de litio tú solito. ¡Gracias por compartir! Venga, chicos —animó la doctora—, nos quedan escasos metros para llegar al merendero donde hemos aparcado. ¿Cómo estás, Edu?

El muchacho no había parado de subir y bajar por los repechos y, si por él hubiera sido, la excursión habría tenido unos cuantos kilómetros más.

—Me encuentro genial, aunque tengo hambre, ¿podemos comer algo?

—Por supuesto, en cuanto lleguemos nos ponemos a ello. Os advierto que he preparado mi especialidad, patatas con nube, y no preguntéis, es un secreto de familia.

En lugar de las mesas de piedra, prefirieron acomodarse en el suelo en un clásico mantel de pícnic protegidos por un frondoso pinar. Había comida suficiente como para alimentar a una manada de hienas hambrientas.

—Me temo que como te comas todo esto, doctora, acabarás con la misma capacidad física que yo.

—Sofía, ¿sabes que el *avi* piensa que la noche que estuvimos cenando contigo nos entraron en casa?

—¿Hablas en serio, Edu? —Su mirada se dirigía de uno a otro a la

espera de una respuesta seria.

—No, verás, es una tontería. Algunos objetos estaban ligeramente cambiados de sitio, objetos que siempre están igual. Además, al llegar a casa la puerta no estaba cerrada con llave, y eso es algo que nunca hago. Pero, como ya te he dicho, no es más que una tontería, así que como en principio no falta nada, sigamos disfrutando de este espectacular almuerzo campestre.

El rostro de Sofía se había tornado serio y había perdido el brillo tan peculiar de sus ojos.

—¿Te pasa algo, Sofía? —preguntó Oriol.

—No, nada, tranquilos, es que casi me atraganto, pero ha sido una falsa alarma.

Sofía no podía dejar de pensar en la oferta de aquel individuo del brazo tatuado y, lo que era peor, en el hecho de haberla aceptado.

«No, no puede tener ninguna relación, era un amigo y, además, ni siquiera Oriol está seguro de que hayan entrado», se repitió en diversas ocasiones para intentar convencerse a sí misma.

La doctora había encontrado en ellos una sensación familiar de protección que ya no recordaba, y nada tenía que ver con aquel desmesurado cobro por forzar una cita de unas horas. Si estaba allí en ese momento, era porque realmente le apetecía, y no podía destruir todo eso por una mera hipótesis, así que no diría nada.

—Bueno, ya ha pasado —volvió a sonreír Sofía—. Y ahora vais a degustar, como os he prometido, uno de mis secretos culinarios, ¡las archifamosas patatas con nube!

«Si yo te contara cosas sobre secretos...», pensó Oriol.

16

Barcelona, 6 de agosto de 2002

Stephan necesitaba obtener algún tipo de prueba lo antes posible. Su estancia en Barcelona se estaba prolongando más de lo deseado y hasta el momento todas las puertas se le habían cerrado. La única opción que se le ocurría pasaba por entrar en el interior de la vivienda del Dr. Rosselló. Los había observado durante muchos días y, aunque él y su nieto pasaban muchas horas fuera de casa, lo cierto era que su regreso siempre era impredecible. Necesitaba algún tipo de ayuda y sabía que solo un poco de poción mágica a base de cafeína le permitiría rescatar una de esas ideas que dormitan en el olimpo de los pensamientos brillantes. Para él, el café se había convertido en una forma de vida; de hecho, lo habría considerado una religión de haber creído en algo.

Tras una hora sumergido en «ese mundo paralelo de los apotegmas», solo consiguió llegar a la mejor de una serie de opciones nefastas. No podía permitirse perder más tiempo, así que, sin pensarlo, se dirigió al Hospital Sant Pau de la ciudad condal. Debía conseguir alguna bata blanca para pasar desapercibido entre el personal. Allí habían atendido al nieto del catedrático y habían llegado los cuerpos de sus padres.

«Seguro que alguien que trabajara aquella noche debe de acordarse; fue demasiado dramático como para olvidarlo».

Con la convicción de quien pertenece a un lugar, fue pasando por diferentes puntos controlados por guardias de seguridad. Antes había estudiado un mapa para ubicar todos los servicios, en particular el de urgencias. Una vez localizados los vestuarios, no le fue difícil encontrar la parte superior de un pijama sanitario con una identificación que se encargó de guardar en su bolsillo.

«Puede ser que la necesite en otro momento».

Vestido para la ocasión, ya podía pasearse a sus anchas y buscar los archivos donde guardaran las visitas de la noche de la tragedia. Era de agradecer que todo estuviera perfectamente señalizado y, como era de esperar, la zona de archivos no era precisamente la parte más visitada a esas horas de la mañana.

—¡Interesante! Los informes de urgencias están ordenados por días y, a su vez, por hora de asistencia. Creo que tendré a mi presa antes de comer.

Asegurándose de que nadie se acercaba, cogió el archivador entero y se dirigió a unos lavabos.

—Aquí podré hacer dos cosas a la vez con la misma intimidad. — Su propio comentario le produjo una carcajada que bien podría haber sido oída desde fuera.

«¡*Et voilà*! Aquí tengo el historial del muchacho, y por lo visto fue atendido por un tal Dr. Pérez. ¡Vaya, la primera en la frente! Necesito una fémina que estuviera aquella noche por aquí. Una mujer siempre podrá ayudar mejor a entretener a Oriol y su nieto durante unas horas, aunque solo sea para dar conversación a nuestro profesor. Y si además es una bella dama, mejor que mejor».

Casi al final del informe había una anotación firmada por la jefa de la guardia, una tal Dra. Martín. «¡Bueno, es un primer paso! Y si tuvo contacto directo, mucho mejor. Aun así, anotaré el nombre de algunas sanitarias más que estuvieron esa noche en urgencias, por si acaso».

Con el archivo de nuevo en su sitio, ya podía volver a su cuartel general a investigar con el ordenador. Cualquier pequeño detalle pondría nombre a su víctima. Lo primero sería rastrear sus cuentas bancarias. Un préstamo abusivo o una simple hipoteca podía ser suficiente si se acompañaba de algo más. Introducirse en este tipo de datos se estaba convirtiendo en una labor cada vez más complicada a medida que mejoraban los sistemas de seguridad. Una hora después, ya tenía dos posibles nombres: una enfermera llamada A. Giménez Gálvez y la Dra. S. Martín López. Ambas parecían pasar por dificultades económicas serias, y lo que estaba claro era que las deudas con el banco no ayudaban nada. Quizá la enfermera era demasiado joven para sus propósitos, pero no la descartaría hasta el final. Con una simple llamada telefónica sabría si su doctora se encontraba trabajando y, si era así, en el hospital le indicarían de quién se trataba. El pijama blanco que había guardado le ayudaría en su objetivo.

Tres cuartos de hora después, su víctima tenía nombre y forma,

Sofía Martín. No solo le estaba ahogando la hipoteca, sino que, además, resultaba ser una atractiva mujer separada.

«Por primera vez desde hace muchos días puedo decir que la suerte me acompaña. Esta misma noche la llamaré a casa». La ventaja de buscar información en los bancos era que te daban hasta el color de la ropa interior que llevabas ese día.

—Hola, buenas noches, ¿es usted la Dra. Martín? —preguntó Stephan con una amabilidad inusual.

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—Verá, doctora, me llamo Cristofer. Usted no me conoce, aunque puede que de vista sí, pero no hemos tenido la oportunidad de hablar personalmente. Trabajo en el Hospital de La Vall d'Hebron, así que de alguna manera somos compañeros, aunque de estamentos y centros diferentes.

—Todo esto me parece muy bien, pero ¿en qué puedo ayudarle?

—Tiene razón, con mi actitud seguro que la estoy asustando. Mire, hace unas semanas, en urgencias de su hospital fue atendido un niño llamado Eduard Rosselló cuyos padres fallecieron en el mismo accidente de coche en el que viajaba el chico.

—Sí, me acuerdo, son de esos casos difíciles de olvidar, pero todavía no me ha explicado qué desea de mí y cómo ha conseguido mi teléfono —insistió Sofía.

—De nuevo le pido disculpas, doctora. Yo soy amigo íntimo de esta familia, mejor dicho, lo fui. Unos problemas que no vienen a cuento hicieron que el abuelo del niño, el Sr. Oriol, y yo nos separásemos. Aunque nuestro distanciamiento ha sido insalvable, yo sigo sintiendo que son parte de mi familia y, como comprenderá, en estos momentos me encuentro absolutamente consternado.

—Sí, bueno, puedo hacerme cargo. Además, hablé personalmente con este señor aquella noche e incluso me puse en contacto con él a la mañana siguiente antes de salir de la guardia. —El tono de la doctora se iba relajando a medida que pasaban los segundos.

—Quisiera pedirle un favor muy importante para mí —comentó Stephan—. Le estaría eternamente agradecido si se pusiera de nuevo en contacto con el Sr. Oriol y le preguntara cómo está. No sé nada de ellos y eso me corroe por dentro.

—Bueno, podría volver a llamar al Sr. Oriol, si eso le puede ayudar. De hecho, era algo que ya tenía en mente hacer.

—Sí, por supuesto que me ayudaría —dijo Stephan simulando interés por la propuesta—. Sin embargo, había pensado, si no es mucha molestia, que el contacto fuera directo, cara a cara, sin teléfonos por medio. Si el señor Oriol y su nieto quedan con usted en algún sitio de la ciudad a tomar algo, seguro que les servirá de entretenimiento. Me consta que no tienen muchos amigos, y cualquier interés que alguien muestre por ellos en estos momentos seguro que les servirá de gran ayuda.

—Pero lo que me está pidiendo va en contra de mis principios profesionales —exclamó alarmada Sofía—. Una cosa es preocuparse por teléfono por alguien y otra es meterse en su vida.

—Lo sé y la entiendo, pero es tanto el afecto que les tengo que estaría dispuesto a compensarle por las molestias con una cantidad de dinero que considero muy interesante para, digamos, un par de horas de conversación. Además, le aseguro que son encantadores. Realmente, no tiene nada que perder, y de esta manera ayudaría a dos personas que lo necesitan, además de recibir, como ya le he dicho, una cantidad muy atractiva, aunque esto, créame, es lo de menos.

—Pero ¿quién demonios es usted? —preguntó la Dra. Martín debatiéndose entre la curiosidad y el rechazo.

—Como ya le he dicho, solo soy una persona que está de luto por una familia que está sufriendo y a la que, por circunstancias de la vida, no puede ayudar. Lo único que le rogaría, si acepta, es que en ningún momento le comente esta conversación a nadie, y mucho menos al Sr. Oriol. Si se entera de que estoy por medio, cerrarán la única vía que me queda para saber algo de ellos y la agradable charla que podrían mantener con usted se tiraría por la borda.

—¿Y de qué cantidad hablamos? Lo digo por una mera curiosidad.

—De dos mil euros por un par de horas, ¿le parece justo, doctora? Espero que sí, porque no puedo aumentar más. Si acepta, yo le indicaré el momento del contacto. Deberá usted estar atenta al teléfono, aunque preferiría conocer con antelación sus guardias o sus vacaciones para no interferir en su trabajo.

—Bueno, a fin de cuentas, tenía intención de contactar con ellos realmente, así que no debería suponer un problema hacerlo en persona. No veo por qué no, supongo que acepto —confirmó, aunque internamente pensaba: «Si no fuera por mis deudas, le habría colgado el teléfono desde el primer momento».

—Me alegra que acepte, doctora, interprételo como una ayuda al prójimo, solo que en este caso remunerada. No es muy diferente de su

trabajo diario, aunque en un contexto diferente al hospitalario —alentó Stephan.

—Dicho así, me ha convencido. Y, ¿cómo recibiré el pago, Sr. Cristofer?

—Si lo desea, mañana por la mañana le puedo depositar un sobre con el dinero en su casillero de urgencias, donde le dejan los documentos de sus pacientes. Hasta mañana, doctora.

—Hasta mañana, Cristofer, ¡Por cierto...! ¡Hola! Ha colgado, caramba, qué brusquedad.

Desde primera hora, Sofía se encontraba merodeando por la zona de taquillas de los facultativos de urgencias. Por temor o por curiosidad, quería ver la cara de ese individuo.

—Disculpe, doctora, el paciente del box 2 tiene náuseas y quiere que le den algo —le comentó una de las enfermeras de la unidad.

—Sí, enseguida voy, vaya poniéndole el vial de metoclopramida que tenía ya pautado. —Mientras daba la orden, se giró para no perder de vista su casillero. En ese momento, la imagen de una mano desaparecía fugazmente de su retina. Un instante después, la espalda de un individuo moreno de media melena, con una bata varias tallas más pequeña que su aproximado metro noventa y un tatuaje de colores en la porción distal del antebrazo izquierdo, salía a toda prisa de la sala.

Como habían acordado, encima del resto de papeles había un sobre blanco a su nombre con billetes de cien euros y una nota con instrucciones.

—Todo esto es demasiado extraño. Si no fuera porque necesito el dinero, se iba a meter el sobre por...

17

Cadaqués, 23 de abril de 1996

La luna llena reflejada sobre el mar creaba un sendero brillante y frágil que invitaba a recorrerlo hasta el horizonte, como si en su camino pudieran depositarse todos los problemas que el propio mar se encargaría de eliminar.

Alfred Meinl se encontraba absorto con una de las imágenes más hipnóticas que recordaba mientras daba buena cuenta de una bandeja de marisco en la terraza del restaurante al que acostumbraba a ir cuando pasaba por Cadaqués.

La convivencia entre las barcas de pescadores y los yates de diferente calado reflejaban el pasado y el presente del que era el pueblo más oriental de la Península Ibérica.

Siempre que acudía a Barcelona por negocios, aprovechaba para escaparse unos días de descanso a esta población de casas blancas y aguas transparentes.

Ingeniero industrial de profesión, hacía ya algunos años que era uno de los empresarios más reconocidos de Alemania; de hecho, su nombre aparecía en las listas de personas más influyentes de Europa. A última hora, la reunión de trabajo en la capital se había tenido que posponer. Lejos de irritarse, a pesar de su duro carácter, lo consideró una oportunidad para desconectar del estrés con el que convivía y, por qué no decirlo, de su familia. A medida que florecían sus negocios, estos le generaban una mayor implicación y, por lo tanto, la obligación de incrementar sus viajes fuera de casa. Desconfiado y obsesionado por el dinero, no tenía ninguna intención de delegar trabajo en su socio y mucho menos de disminuir el ritmo. La relación con su mujer se resentía de forma paralela a su éxito profesional y se

agudizó con el nacimiento de ese niño. Alfred sabía que el hijo no era suyo, por mucho que ella perjurase que eso no era cierto. Había decidido poner fin a la situación. Jenell debía desaparecer de sus vidas.

—Buenos días, quería anular los días que me quedan de reserva, me temo que debo marcharme de Barcelona antes de tiempo — indicó Alfred a Mario, el recepcionista del hotel donde se alojaba.

—Ningún problema, Sr. Meinl, enseguida le tramito la anulación. Espero que una vez más se haya sentido a gusto en nuestro hotel.

—Sí, sí, todo correcto, como siempre. ¡Ah!, resérveme una habitación para esta noche en el hotel de siempre de Cadaqués y un coche de alquiler, ya sabe, que sea alemán. Disculpe, Mario, ¿qué son esos panfletos que tiene a su derecha? Dicen algo de minerales. — Alfred era un geólogo frustrado que había realizado sus estudios de ingeniería por la presión de su padre.

—Verá, señor, este fin de semana, por lo que puedo leer, se llevan a cabo unas jornadas sobre minerales en el Castillo Parador de...

—No se preocupe, sé leer, deme uno de esos papeles y le echaré una ojeada mientras me traen el coche que le he pedido hace cinco minutos.

—Por supuesto, señor, mis disculpas. Enseguida llamo a la casa de alquiler y se lo traen. Que tenga un buen día —se despidió el recepcionista con un sutil y diplomático sarcasmo.

—Adiós, buenos días. Cada vez el servicio es menos profesional — susurró al marcharse.

Las jornadas tendrían lugar en unos días en un hotel castillo ubicado en Cardona, una pequeña población medieval de la Cataluña central. Según constaba en el tríptico, uno de los ponentes era el profesor Oriol Rosselló, un prestigioso químico con múltiples trabajos publicados en las revistas científicas de mayor prestigio internacional. Al parecer, iba a dar una charla magistral titulada *La búsqueda de nuevos minerales y sus teóricas aplicaciones*.

«¡Interesante! Puede ser una buena oportunidad para conocer a ese tal Sr. Rosselló y, francamente, el tema me interesa. Haré que me consigan una invitación y una buena habitación en el castillo. El fin de semana promete».

Mientras cocinaban el bogavante escogido por él, Alfred se abstraía observando la espuma que las suaves olas depositaban en la orilla al morir. A pesar de la calma, o quizá debido a ella, se sentía solo y sabía lo que debía hacer...

—Hola, Sandra, ¿me has echado de menos?

—Alfred, qué sorpresa, ¿estás por aquí?

—Sabes que sí, si no, no te llamaría. Estaba cenando en un restaurante mirando al mar y he pensado en ti.

—Qué romántico te has vuelto. Imagino que estás aburrido y por eso me llamas.

—Veo que eres muy perspicaz. La verdad es que echaba de menos una buena compañía, así que no me importaría compartir mi soledad con una amiga.

—¿Con cualquier amiga? —La ingenuidad de Sandra era impropia de una mujer de 32 años.

«Retiro lo de perspicaz».

—No, mujer, sabes que es contigo con quien me encantaría estar, así que, si quieres pasar el resto de la velada conmigo, ya sabes dónde encontrarme.

—Si me dejas tiempo, en media hora estoy en tu hotel.

—Te espero ansioso —respondió de forma apática.

Las gestiones para conseguir una invitación en las jornadas de Cardona dieron su fruto. Sin embargo, había problemas con la habitación debido a la demora en la solicitud. Estaba seguro de que se solucionaría, el trabajo de su secretaria dependía de eso y el dinero no era un problema.

Cuatro días después, entraba por la recepción del parador con la seguridad de quien tiene una cuenta bancaria más que desahogada y contactos de alto nivel en todo el mundo.

—Buenos días, soy Alfred Meinl y tengo una reserva para esta noche.

—Buenos días, señor Meinl. Su reserva es para la *suite* principal. Ha tenido suerte, ha habido una anulación inesperada de última hora. Estaba todo completo.

—Suelo tener suerte cuando quiero algo.

—Firme aquí, si es tan amable. Enseguida le llevarán el equipaje a su habitación, señor.

—Perfecto, voy a dar una vuelta por el hotel mientras suben mis

cosas. ¿Tiene algún horario sobre las charlas de las jornadas? Creo que el Sr. Rosselló da su conferencia a las 16:00, ¿cierto?

—Por supuesto, aquí tiene, caballero. Tiene razón, su charla es a las 16:00 en el Salón Ducal, que puede encontrar atravesando el Patio Ducal, justo el que da acceso a esta recepción.

Un pequeño paseo por el castillo fue suficiente para comprender la importancia del lugar. Quince minutos antes de dar comienzo la charla, entró a coger asiento. Si bien no le gustaba sentarse en la primera fila, tampoco quería muy atrás. Oriol entró faltando escasos minutos y en un abrir y cerrar de ojos ya tenía preparadas las transparencias. Tras una soporífera presentación, el profesor empezó su charla. Un minuto después, Alfred quedó con la respiración entrecortada.

«¿Continentes sumergidos?, ¿civilizaciones desaparecidas?».

Lo que terminó por descentrarle fue la afirmación sobre un mineral verde que perteneció a su abuelo y que, de manera sorprendente, contenía un componente desconocido.

«¿Para un reconocido químico?».

La suma de estos enunciados no podía ser casualidad, encajaba a la perfección con la historia que su madre le había contado a la edad de diez años y que formaba parte de un secreto familiar que pasaba de generación en generación. Una civilización ya desaparecida de la cual descendía su familia.

«¿Será verdad que tuvo una piedra procedente de sus orígenes?».

Si eso era cierto, demostraría una de las incógnitas con las que había crecido y que, aún hoy, formaba parte de su vida. Pero lo más importante es que podría suponer una inimaginable fuente de riqueza si realmente existía algún yacimiento en algún lugar del planeta.

Al acabar la charla, en la ronda de preguntas, quiso tantear al Dr. Rosselló. Ante su interrogatorio directo le notó como esperaba, nervioso y a la defensiva. Su reacción solo podía deberse a que para él también resultaba un tema peliagudo. Estaba convencido de que sabía más de lo que había dicho, y estaba dispuesto a averiguarlo.

«¿Existirán otras familias igual que la suya? Debo averiguar si se aloja en el castillo y en qué habitación, aunque eso no va a suponer ningún problema. Vigilaré si da alguna vuelta e intentaré entrar, quizá lleve algo consigo que me aclare cosas, o quizá incluso encuentre la piedra que dice haber perdido».

Al atardecer, y tras una larga espera, vio a Oriol paseando con una mujer que debía de ser su esposa. Ya era casi hora de cenar y, si pensaban cambiarse, no tardarían en volver a su habitación. Debía aprovechar la coyuntura y acudir cuanto antes a la habitación de su nuevo amigo. También podía esperar a que estuvieran cenando, pero le resultaba difícil controlar sus impulsos.

Unos minutos perdidos entre los pasillos del hotel fueron suficientes para encontrar el número que buscaba.

«¿Será posible que me encuentre a escasos metros de un sinfín de respuestas?».

Con unas agujas que había encontrado entre los objetos de baño de la habitación intentó abrir la puerta, aunque con una técnica deplorable. De forma inesperada, una voz de mujer le sorprendió.

—Buenas noches, creo que se ha debido de confundir de habitación, esta es la mía.

—Le pido disculpas por mi torpeza, señora, tiene toda la razón, me temo que me he equivocado, yo diría que incluso de piso —se excusó mientras unas gotas de sudor brotaban en su frente—. De nuevo lo siento y, ahora sí, voy en busca de la mía. Que tenga una buena noche.

—Disculpas aceptadas. No se preocupe, nos puede pasar a cualquiera, y más en un laberinto como este. Buenas noches para usted también.

«Supongo que era demasiado fácil para que saliese bien, pero si hay algo de lo que dispongo es de recursos. Estoy convencido de que esa piedra existe y, si mi intuición no me falla, alguien como el profesor no la dejaría abandonada en cualquier sitio. Daré con esa joya cueste lo que cueste y creo que empiezo a hacerme una idea de cómo, aunque tendré que madurarla».

18

Barcelona, 18 de agosto de 2002

La claustrofobia de los primeros días dio paso a la resignación sin llegar a entender qué diablos había ocurrido para que su vida hubiese dado un giro tan dramático. No era una persona que discutiese con nadie, siempre que estaba en su mano ayudaba a los demás y, lo más importante, su premisa era hacer el bien respetando la legalidad. Quería ser un ejemplo para sus hijos y estaba convencida de que lo estaba consiguiendo. Pero, entonces, ¿qué mal había hecho para encontrarse en esa situación?

Lo último que recordaba era a aquellos desalmados entrando en su casa. Debieron de drogarla porque, cuando despertó, se encontraba entre aquellas cuatro paredes sin ventanas, con la luz ocasional de una vela. No había sufrido daño alguno, ni habían abusado de ella, pero se sentía enterrada en una tumba de unos cinco metros de largo por cuatro de ancho. Por lo menos podía mantenerse de pie, ya que el techo solo lograba tocarlo con la mano en alto cuando se ponía de puntillas. Disponía de un rollo de papel higiénico junto a una especie de orinal en una esquina, que, eso sí, cambiaban varias veces al día. Junto a una de las paredes disponía de un colchón de muelles deformado del que prefería no saber más. Una manta y una almohada terminaban de conformar el ajuar de aquel tétrico lugar.

Sus carceleros nunca habían cruzado ni una sola palabra con ella. Le llevaban la comida, le cambiaban el cubo de los excrementos y de vez en cuando le daban una vela ya encendida procurando que no se apagara, ya que siempre olvidaban llevarle cerillas. El único contacto humano a lo largo del día se limitaba a esos breves momentos. Nunca les veía la cara, pero estaba segura de que eran dos. No se atrevía a enfrentarse a ellos porque pondría en riesgo su integridad física, además de temer por la vida de sus hijos.

Para interpretar el paso de los días, se fijaba en pequeños detalles. Los periodos en los que durante unas cuantas horas no entraban los relacionaba con la noche, en la que, como era lógico, dormirían. Había calculado también que el cubo con agua y jabón para su higiene personal se lo cambiaban cada tres o cuatro días. Aun así, no era capaz de saber a ciencia cierta cuántos días o semanas llevaba allí y la situación le estaba llevando a una labilidad emocional insostenible. Su único consuelo era pensar en sus hijos y convencerse de que a ellos no les habían hecho nada. ¿Quién querría ir a buscarlos tan lejos si, además, no podían sacar ningún beneficio de aquello?

Sintiéndose segura de que ellos estaban bien, lograba mantenerse en una frágil línea de estabilidad. Pero de nuevo recordaba que su sustento dependía de ella y, al final, pasaba de la cordura al llanto y, con los días, del llanto a la risa, entrando en un bucle difícil de sostener.

Un día en que uno de los secuestradores entraba para llevarse el cubo lleno de orines, la pérdida de control le hizo querer recuperar su dignidad. Le propinó un golpe en la cabeza a aquel tipo y comenzó a correr. El golpe no fue contundente y su captor se recuperó al instante. Se abalanzó sobre los pies de Janet, que, al deslumbrarse con la luz artificial de una bombilla, se había tropezado con las escaleras de subida sintiendo un dolor súbito e intenso en su pierna derecha. Una patada de la colombiana desde el suelo con la pierna contraria frenó en un primer momento a su agresor. Logró levantarse con enorme dificultad por el intenso dolor y llegó a subir un par de escalones más. Otra vez, él la agarró por los pies y la hizo volver a tropezar. En la caída, se golpeó la sien con uno de los últimos escalones de piedra que quedaban para llegar al rellano. Por primera vez oyó a ese individuo preguntarle si se encontraba bien. Segundos después, esa voz se distorsionó hasta perderse en una intensa luz entre la que las manos de su padre, fallecido cuando ella era una niña, la recogían del suelo haciéndole sentir una paz que nunca creyó que podría existir.

19

Barcelona, 27 de agosto de 2002

En unos días, Oriol se trasladaría a vivir con su nieto a la antigua capital romana y empezaba a dudar que todo cuanto había empaquetado pudiera caber en la mansión de su hijo. Ya había contratado un servicio de mudanzas para el último fin de semana de agosto, aun así, le esperaban horas de duro trabajo.

Llevaba días con la idea de contratar a alguien de confianza para la limpieza de su piso. No tenía la intención de arrebatarle horas a su nieto para dedicárselas a la casa cada vez que fueran a Barcelona. Pensó en Janet, una mujer de pocas palabras, pero entrañable y de fiar. Era probable que estuviera de vacaciones, pero con la excusa se acercaría a la facultad. Intentaría hacerle una oferta que no pudiera rechazar.

Cargado con su maletín y montado en su Seat Ibiza, se dirigió a la universidad, como tantas otras veces había hecho en los últimos años. Eduard prefirió quedarse con Sofía tras el ofrecimiento de esta, que se encontraba de vacaciones. En pocas semanas, la doctora había entrado en sus vidas por la puerta grande y su creciente amistad parecía venir de antaño.

—Buenos días, don Luis —exclamó nada más ver al conserje de la facultad—. No se asuste, tan solo he venido a saludar y a finiquitar algún asunto.

—Los saludos siempre son de agradecer, y más de una eminencia como usted. Pero estos días de agosto es difícil encontrar a alguien, por si usted se me había despistado.

—Lo sé, lo sé. La verdad es que tenía la necesidad de volver a ver estos muros que tantas alegrías y frustraciones me han dado, y de paso

intentar solucionar un pequeño detalle. Por cierto, don Luis, ¿sabe si trabaja Janet hoy?

—Me temo que no, profesor.

—¡Claro! Debí imaginar que estaría de vacaciones.

—No, profesor, no es que esté de vacaciones, es que hace unas cuantas semanas que dejó el trabajo. Lo más extraño es que un día, de golpe y porrazo, dejó de venir y ni siquiera se despidió. Nadie la ha vuelto a ver. Pero lo que a mí me ha dado más miedo es que hace unos días vino la policía preguntando por ella.

—¿Que ha desaparecido y la busca la policía? Eso sí es preocupante. Espere, ahora que lo pienso, el 19 de julio estuve trabajando aquí hasta tarde y estoy seguro de que había alguien limpiando.

—Bueno, es que dos días después de dejar de venir Janet, pusieron en su puesto a un tiarrón muy insociable con acento alemán que dijo no saber nada cuando se lo pregunté. Creo que fue la única vez que cruzamos unas palabras.

—¿Un alemán? —repitió Oriol con extrañeza.

—Bueno, eso no lo sé, profesor, es lo que le conté a la policía, el acento por lo menos me lo pareció. Pero lo más extraño es que también dejó de venir sin avisar, solo que en esta ocasión en la empresa no sabían nada, así que han puesto a otra mujer en su lugar. Si quiere, puede hablar con ella.

—No se preocupe, don Luis, gracias. Era algo que quería comentar con Janet. Ya pensaré qué hago.

—Como usted lo desee. Si me permite el comentario, quiero decirle de nuevo que sentí mucho lo de su familia y su jubilación. La verdad es que lo echaremos de menos.

—Muy amable, amigo mío, le puedo asegurar que por mi parte no los voy a olvidar nunca. Le deseo lo mejor, hasta pronto.

—Igualmente, profesor.

El tráfico de entrada a la ciudad era muy intenso; aun así, sintió que comenzaba a disfrutar de la tranquilidad de un jubilado.

En el interior del *parking* solo funcionaban las luces de emergencia, a pesar de que hacía dos meses habían vuelto a arreglar la instalación eléctrica. Desde pequeño notaba la misma sensación de respeto a la oscuridad. De hecho, hasta la primera noche que pasó con una mujer, siempre había dormido con una lámpara encendida.

«Nunca supe qué fue peor, si la oscuridad o aquel primer contacto carnal».

Estaba convencido de que podía aparcar con los ojos cerrados, aunque, claro, nunca era el momento idóneo para intentarlo. Sorteó la columna de la derecha y desconectó las llaves del coche. En ese instante, la puerta de ese mismo lado se abrió y, sin tiempo de reacción, la silueta de un brazo sustrajo algo del asiento del copiloto. Con la mano temblorosa volvió a encender las luces del coche lo más rápido que pudo. Unos metros más adelante, la figura de un individuo alto y corpulento se daba a la fuga con un maletín. En su antebrazo izquierdo, a la altura de la cara anterior de la muñeca, presentaba una gran mancha, como un tatuaje, aunque sobre esto último no habría puesto la mano en el fuego.

—¡Hijo de...! ¡Mi maletín! —gritó sin esperar respuesta.

En su interior solo llevaba documentos, algunos de los cuales ya estaban obsoletos. Se tranquilizó al pensar que su pequeña joya familiar estaba a buen recaudo en el interior de su pantalón.

—¡Un momento! Las fotos del Geodrom, las he guardado allí dentro esta misma mañana —volvió a gritar de rabia.

«¡Espera, tranquilízate! Obviamente a un ladrón de mala muerte poco le van a interesar los documentos científicos, y mucho menos unas fotos sobre piedras. Lo único que buscan es dinero en efectivo o, en su caso, tarjetas de crédito, y todo eso lo llevo en mis bolsillos. ¡Está bien, necesitas relajarte, así que coge aire y piensa...! Antes de poner la denuncia en la comisaría, recogeré a Edu en casa, así la pobre Sofía podrá marcharse si quiere».

Los escasos trecientos metros que separaban el *parking* de su edificio se le hicieron eternos.

—Hola, buenas tardes, ¿hay alguien? —preguntó al entrar en casa.

—Hola, *avi*, qué rápido has llegado.

—Es cierto —comentó Sofía—. De hecho, ahora íbamos a salir a tomar algo. No te esperábamos hasta dentro de un par de horas.

—Bueno, no he encontrado a la mujer de la limpieza, pero eso ahora no tiene importancia. Me acaban de robar el maletín en el interior del *parking*, ¿os lo podéis creer?

—¿Que te han robado el maletín? —gritaron a la vez.

—¿Te encuentras bien? —añadió la doctora, alarmada.

—Sí, estoy bien. Ha sido hace unos minutos. Acababa de aparcar, alguien abrió la puerta, cogió el maletín y salió corriendo. Supongo que me ha tocado a mí, pero es como si me hubiera estado esperando. El maldito estaba bien escondido.

—¿Y llevabas cosas de valor? —preguntó Sofía preocupada.

—¡Gracias a Dios, no! Lo importante siempre lo llevo encima. La verdad es que no sé ni por qué lo llevaba conmigo a la facultad, supongo que la fuerza de la costumbre.

—¿Has visto quién lo ha hecho? —añadió Sofía.

—Casualidad o no, estaba todo a oscuras y con las luces del coche solo he visto la figura de un tipo enorme, supongo que varón, que se llevaba mi maletín. ¡Ah!, y me ha parecido ver que en el antebrazo izquierdo tenía un tatuaje con franjas de colores. Si no me equivoco, eran el negro, el rojo, y creo que alguno más.

—¡Como la bandera belga o alemana! —dijo Eduard de forma espontánea.

Oriol se mantuvo unos segundos meditando en silencio. Hasta ese momento no había caído en la posibilidad de que se tratase de una bandera.

—Si mal no lo recuerdo, eran horizontales, y por el orden que llevaban bien podría tratarse de la bandera alemana. Estoy muy orgulloso de ti, cariño.

—Lo sé, *avi*, me lo dices todos los días.

—Hoy parece que muchas cosas giran en torno a Alemania —insistió Oriol.

—¿Has dicho un hombre grande con un tatuaje en el brazo izquierdo? —interrumpió Sofía con voz temblorosa.

—Sí, eso he dicho, ¿acaso tienes algún amigo así? —insinuó guiñándole un ojo.

—No, claro que no. Solo estoy sorprendida y preocupada por lo que te ha pasado; menos mal que tú estás bien. Vamos ahora mismo los tres a la policía a poner la denuncia.

—¿Y no me va a hacer un reconocimiento médico, Dra. Martín?

—¿Será posible? Pero si estás mejor que yo. ¡Anda, vamos antes de que olvides algún dato! Ya sabes, cosas de jubilados...

Stephan, que le había seguido hasta el *parking*, decidió esperarle el tiempo que fuera necesario. Antes o después volvería y quería ese maletín. No perdió el tiempo. Tras revisar la instalación eléctrica,

sabía lo que tenía que hacer cuando regresara su amigo de la excursión.

Con el maletín en la mano se aseguró de que no le seguía nadie. En su motel dispondría de la intimidad y el tiempo suficientes para registrarlo. Quería saborear el momento, así que cogió un café bien cargado para llevar de uno de los bares que tenía de camino.

Recostado en la cama, abrió el maletín de piel como si de un ritual japonés se tratase. En una primera ojeada no apreció nada que pudiera servirle, y la caja de madera continuaba vacía. Los insultos en alemán no cesaban mientras sacaba cientos de papeles de su interior: revistas científicas, algunas de hacía cinco años, manuscritos con símbolos químicos y todo tipo de documentos; borradores preparatorios de clases, unas fotos... Pero algo le hizo detenerse y quedarse unos segundos pensativo...

«Un momento, ¿dónde demonios acabo de poner esas fotos?».

Debajo de unos papeles vio lo que podía ser la prueba definitiva. Dos imágenes, a tamaño DIN A5, de una piedra verde a gran escala; una de ellas mostrando dos círculos en su interior y, lo mejor de todo, en la esquina inferior derecha de ambas fotos, el sello de Geodrom.

«¿Será verdad que por fin tengo lo que buscaba? Desde luego, todo encaja. El doctor imprimió algo en el laboratorio aquella noche, de eso estoy seguro. Teniendo en cuenta que buscaba una piedra verde... Con esto debe de ser suficiente. Me encargaron una prueba fehaciente de su existencia y la tengo delante de mis narices, aunque no sea la dichosa roca. Ahora toca celebrarlo con alguna de mis caras amigas y mañana cojo el primer avión para Berlín. ¡Me espera la buena vida!».

20

Barcelona, 27 de agosto de 2002

Camino de la comisaría, Sofía se mostraba seria y dispersa.

—¿Te encuentras bien? Te veo mala cara. Si lo prefieres, puedo ir yo más tarde a poner la denuncia.

—No te preocupes, aunque, para ser sincera, no me encuentro bien del todo. Si no te importa, creo que me voy a ir casa. Luego te llamo por teléfono y me dices qué te ha dicho la policía.

—Podemos acompañarte. —Con la segunda negativa de Sofía, prefirió no insistir.

—Hablamos luego. ¡Cuídate!

El estado físico de Sofía era inmejorable. Era la noticia del robo lo que la estaba afectando. Oriol había descrito a un hombre robusto, con un tatuaje de colores en su antebrazo izquierdo. Demasiadas coincidencias para ser una casualidad.

«Pero ¿de qué va todo esto? ¿Qué es lo que busca ese tipo? Primero, me paga para entretener a Oriol mientras casi con toda seguridad entraba en su piso. Luego, le roba el maletín. ¿En qué lío me he metido?». Las lágrimas no dejaban de brotarle.

«Debo contárselo, no quiero, pero debo hacerlo, aunque esto me cueste su amistad. Es lo justo».

Ya en casa, una larga ducha de agua fría le ayudó a calmar sus nervios. Aun así, no podía dejar de pensar.

«Tengo el teléfono de ese tipo, supongo que no sacaré nada en claro, pero debo intentarlo».

Tras varios intentos, se dio por vencida.

«¡Claro, qué idiota soy, probablemente debió de llamar desde una

cabina!».

Se consideraba una persona honesta y responsable. Había cometido un error y debía asumir sus consecuencias.

Una hora después, marcaba el número del profesor.

—Hola, Oriol, ¿cómo ha ido?

—Hola, Sofía. Primero de todo, ¿cómo estás?

—La verdad es que mejor, supongo que el calor me ha vencido.

—Me alegro mucho, de verdad. Por mi parte, nada nuevo que contar. No les consta ninguna otra denuncia sobre un hombre con las características que les he descrito. Me han cogido los datos y ya me dirán algo.

—Ya verás como todo se aclara. Verás, Oriol, te llamo también porque tengo la necesidad de hablar contigo, a ser posible a solas. Hay algo que necesito contarte, aunque me temo que no te va a gustar.

—Pues cuenta, por teléfono nadie nos escucha —respondió extrañado.

—No, necesito decírtelo en persona, así que, si no te importa, en media hora estoy en tu casa.

—Pero, Sofía, ¿qué pasa?... Hola... Sofía... Supongo que ya está viniendo...

«¡No puedo decírselo, no me siento capaz!».

Camino de casa de su amigo, la culpabilidad se convirtió en obsesión.

«Tengo que contarle lo sucedido a Carles, ¿cómo no se me habrá ocurrido antes?».

En ese mismo instante se dio cuenta de que Oriol debía esperar.

Carles Rives era un atractivo inspector de 45 años de la Policía Nacional destinado en la comisaría de Vía Layetana. Se conocían desde hacía cinco años y en el pasado se habían regalado dosis esporádicas de cariño tras sendos fracasos matrimoniales.

—¡Hola, Sofía! —dijo Carles, eufórico, tras atender su llamada de teléfono—. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de ti, a ver si quedamos a cenar un día...

—Sí, quedaremos a cenar —le interrumpió la doctora—, pero ahora necesito tu ayuda, y sabes que no te la pediría si no fuese importante.

—¡Caramba, parece serio! Si puedes, acércate ahora a mi

comisaría, aún estoy trabajando.

—Te lo agradezco, de verdad. Por cierto, ¿tú descansas alguna vez? —Esta vez trató de ser agradable.

—La verdad es que poco. Además, hace casi un mes nos llegó el caso de la desaparición de una mujer que de manera voluntaria no lo habría dejado todo. Olvídalo, lo último que quiero es aburrirte con mi trabajo. ¡Te espero y nos tomamos un café en mi despacho!

—Sabes que no me aburres...

Apenas media hora después, Carles se sentaba delante de la mesa de su escritorio junto a la recién llegada.

—¿El café lo quieres como siempre? —Su voz grave resultaba por sí misma relajante.

—¡Buena memoria, señor poli!

—Forma parte de mi trabajo, pero dejemos los temas secundarios de lado y cuéntame lo que ha hecho que esa hermosa mirada haya perdido su brillo.

La voz de Sofía se aceleró. Tenía la necesidad de sacarlo todo, así que Carles tenía encima de la mesa un resumen de lo ocurrido en apenas quince minutos.

—Puedes catalogarme de cualquier cosa, estarás en tu derecho —dijo Sofía—, pero te aseguro que desde el momento en que lo hice me he sentido la peor persona del mundo. Por mí, podría meterse todo el dinero por...

—¡Cálmate! —la silenció el inspector—. Ya está hecho, y no merece la pena seguir castigándote. ¿Y dices que tenía un tatuaje de color en el antebrazo izquierdo, que era muy alto y tenía acento germano? —La mirada del inspector quedó clavada en la ventana durante diez largos segundos.

—Sí, eso he dicho. Hola, Carles, ¿estás ahí?

—¿Llegó a darte su nombre?

—Me dijo que se llamaba Cristofer y que trabajaba en La Vall d'Hebron, aunque no como médico, pero ahora estoy convencida de que también era mentira.

—Con toda seguridad. Verás, Sofía, ¿te acuerdas de que te he comentado por teléfono un caso en el que estoy trabajando sobre una mujer desaparecida?

—Sí, me lo has dicho antes, pero no entiendo la relación con lo que te estoy contando.

—Sí, a eso iba. Esta persona era trabajadora de la limpieza en la Universitat Autònoma. No tiene familia aquí, tan solo una compañera de piso que denunció su desaparición cinco días después de dejar de verla por casa sin explicación alguna. Inicialmente, hablamos con el jefe de recursos humanos de la empresa de limpieza y, después, con algunos trabajadores de la Facultat de Ciències, que es donde trabajaba desde hacía años. Al parecer, en recursos humanos tenían una hoja de renuncia de su trabajo firmada por ella misma. Hemos comprobado la firma y es verídica. Curiosamente, se la entregó un hombre con algunas de las características que me acabas de comentar: alto, robusto y con acento alemán, aunque de nacionalidad española. Acabó ocupando el puesto de la entonces desaparecida. Está claro que quien le contrató debió de profundizar algo más en la renuncia firmada, pero asegura que no pudo localizarla y necesitaba a alguien de manera urgente. ¡Por esto no se le puede condenar!

La cara de Sofía empalidecía por momentos y comenzaba a sentir náuseas, aunque trataba de disimularlo. «Una mujer que trabajaba justo en el mismo sitio que Oriol ha desaparecido, y podría estar implicado el mismo individuo que me ha dado dinero para contactar con el profesor. Mi vida es un tormento...».

—Si le hicieron un contrato, ¿no constarán datos personales? —preguntó Sofía, intentando aportar algo de ayuda.

—Lo hemos comprobado y todos los datos son falsos. Además, no tenemos constancia de que alguien así haya hecho nada ilegal con anterioridad, o sea, que no está fichado.

—¿Y la Interpol? —volvió a insistir Sofía.

—Estamos esperando respuesta, veo que estás atenta. Cuando preguntamos en la facultad, el conserje nos describió a un tipo introvertido, lejano y con un punto arisco. Lo que me resulta curioso es que ninguno de los dos me ha comentado nada de un tatuaje. Aunque, bien pensado, un tipo que tiene una falsificación perfecta de un DNI y un número de la seguridad social falso no es un delincuente cualquiera. Casi con toda seguridad iría caracterizado. Debía de llevar el tatuaje maquillado o, simplemente, cubierto. Lo extraño es que llegase a exponerse a alguien... Te veo pálida, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien, ya es la segunda vez que me lo preguntan hoy, pero eso es otro tema. Hay algo más que no te he dicho —dijo temerosa.

—Empiezas a darme miedo.

—Es que Oriol, la nueva amistad que te he contado, era, hasta

hace unas semanas, catedrático de Química en la misma facultad donde trabajaba esa mujer, ¿crees que tiene alguna relación?

En esta ocasión, el que enmudeció por unos segundos fue el inspector.

—No sé si eso ayuda algo o lo complica todo. Por el momento, no le digas nada a tu amigo, aunque tendremos que hablar con él. Eso sí, no te relacionaré con el caso.

—Te lo agradezco, Carles, y que sepas que te debo una cena, aunque preferiría que fuera más adelante, ahora no tengo ganas de fiesta. Me tengo que ir, necesito estar sola. Eso sí, para cualquier cosa que necesites, cuenta conmigo.

En el mismo instante en que se despedían, Sofía recibía una llamada de Oriol.

—Pero ¿dónde demonios te has metido?, me estabas preocupando.

—Perdona, Oriol, es que me ha surgido un imprevisto en el último momento y me he despistado, pero no te preocupes, estoy bien.

—¿Y aquello que me tenías que comentar y que no me iba a gustar?

—¡Creo que me has entendido mal! —apostilló intentando simular un buen momento—. Solo quería decirte que estoy encantada con Edu y contigo, que he descubierto en vosotros cosas que creía que no tenía derecho a sentir y que no os quiero perder pase lo que pase.

—¡Qué melodramática te has puesto! ¿Qué es lo que tiene que pasar?

—No te preocupes, Oriol, solo es una forma de hablar...

21

Berlín, 27 de agosto de 2002

La responsabilidad de dirigir una empresa como FANTEN conllevaba, entre otras cosas, infinidad de reuniones, viajes y comidas de negocios. Siempre y cuando estuviera marcado en su agenda, Alfred lo aceptaba con resignación, pero lo que cada vez toleraba menos eran las prisas y la improvisación. Esa misma mañana el mundo parecía acabarse. Estaba a punto de cerrar satisfactoriamente uno de los negocios en los que llevaba cerca de un año trabajando, pero alguien se había trastornado y, por algún motivo que no llegaba a entender, debía firmarse esa misma tarde en Roma. Si no fuera por las sustanciosas cifras que se barajaban, no habría dudado en enviarles a algún sitio desagradable; no sería la primera vez que lo hacía. El teléfono no dejó de sonar desde primera hora y su vicepresidente estaba a punto de ser devorado por sus propios nervios. Al parecer, unos inversores japoneses muy interesados se habían entrometido, poniendo encima de la mesa una propuesta difícil de rechazar. Debía acudir a la capital italiana de inmediato para ajustar sus condiciones y firmar esa misma tarde; de lo contrario, podrían perder un año de trabajo y, lo que era peor, tirar millones de euros a la basura.

Alfred, al contrario que su socio, se tomaba las cosas con más calma, a pesar de lo delicado de la situación. Quizá el disponer de un plan B le resultaba tranquilizador. Si no conseguía convencer a sus víctimas financieras en Roma, enviaría a Stephan a compartir opiniones con los terceros en discordia.

A las 15:30, Alfred entraba en el aeropuerto privado a las afueras de Berlín, donde ya le esperaba Egbert, su piloto desde hacía tres años.

—Buenas tardes, señor —saludó el comandante—. Antes que nada,

debo decirle que las previsiones climatológicas que nos están llegando para esta tarde no son las más deseables, quizá debería replantearse retrasar el viaje. Es muy probable que mañana por la mañana hayan mejorado.

—En absoluto, Egbert, soy el primero que preferiría quedarse en casa, pero esta misma tarde tengo una reunión que no puedo posponer bajo ningún concepto.

—Como usted desee, señor Meinl, aunque estaremos atentos a cualquier cambio.

Los últimos datos recién llegados desde la torre de control eran preocupantes, con una alta posibilidad de tormenta eléctrica en gran parte del centro de Europa. A pesar de todo, Alfred entraba con paso firme, junto a su piloto, en el hangar donde se encontraba el *jet* privado del magnate.

—Sr. Meinl, le insisto una vez más en que el pronóstico del tiempo en estos momentos no es muy prometedor. Me temo que tendremos rachas de viento fuertes y con alta probabilidad de tormenta, quizá sería mejor posponer el vuelo unas horas.

—Egbert, sabes muy bien que hemos volado muchas veces en peores condiciones y necesito estar en Roma en unas horas, no puedo retrasar nada, así que pon en marcha este maldito aparato. Y, por cierto, te he dicho centenares de veces que puedes llamarme Alfred.

—Como usted lo desee, Alfred. En cuanto nos den pista, salimos —dijo resignado.

Aparentemente, las condiciones climatológicas en el aeródromo privado eran propicias, pero en el cielo todo podía cambiar en cuestión de segundos. En la primera media hora daba la sensación de que los servicios meteorológicos se habían equivocado de continente, pero minutos después todo cambió. Apareciendo de la nada, un mar de nubes negras oscureció el cielo en cuestión de segundos. De golpe, se encontraban inmersos en una descomunal tormenta.

—Sr. Alfred, debemos volver inmediatamente o buscar un aeropuerto próximo, no podemos arriesgarnos a continuar con las condiciones actuales.

—Ya le he dicho que debo estar en Roma en unas horas, así que le ordeno continuar; si no, ya puede darse por despedido en cuanto tome tierra.

—Está en su derecho de rescindir mi contrato en tierra, pero en el

aire mando yo, aunque el avión sea de su propiedad, así que volvemos.

En el momento en que el piloto comenzaba a realizar las maniobras de retorno mientras intentaba contactar por radio, las manos de Alfred, que siempre prefería viajar delante, se aferraron a los mandos del avión con los ojos inyectados en cólera.

—Sr. Meinl, ¿se ha vuelto loco? Suelte inmediatamente, es una orden —gritó Egbert.

—¡A mí nadie me da órdenes, y menos en mi propiedad! ¡Gire de nuevo los mandos o se arrepentirá! —Alfred, invadido por la ira, propinó un fuerte golpe en la cabeza del piloto con el botellín de cristal de agua con gas que llevaba consigo.

Consciente de su pérdida de control, intentó sobreponer al piloto de la conmoción en la que se encontraba tras el fuerte golpe.

—¡Egbert, lo siento de verdad, por favor, Egbert, despierte! —gritó Alfred con pánico a la vez que agitaba el cuerpo inerte del piloto.

Un hilo de sangre cruzaba el rostro inexpresivo del comandante mientras su cuerpo flácido dejaba caer a plomo los brazos sobre el asiento. A la desesperada, Alfred intentaba sin éxito hacerse con el control del avión mientras caían en picado.

Segundos después, el empresario llevaba sus brazos a la cabeza mientras gritaba horrorizado en el momento en que la proximidad de la montaña hacía inminente el desenlace...

22

Berlín, 28 de agosto de 2002

Aunque Stephan prefería volar con compañías alemanas, la prisa por llegar cuanto antes a Berlín hizo que rompiera una de sus reglas más básicas.

«Bueno, en Europa también hay grandes compañías», pensó, intentando relajar su fanatismo alemán.

Quizá las seis de la mañana no era la mejor hora para volar, pero precisamente eso era lo que le había permitido encontrar un billete de vuelta con tanta premura.

Encajonado en su estrecho asiento y con los ojos aún pegados por el sueño, empezó a organizar las siguientes veinticuatro horas. Estaba absolutamente decidido a dar un cambio radical a su vida.

«En cuanto llegue a Berlín, cogeré un taxi hasta la central de la compañía para darle las fotos directamente a mi jefe. Quiero ver la cara de ese prepotente cuando le dé en mano su regalo de Navidad adelantado», pensaba Stephan mientras el personal de a bordo daba las instrucciones de rigor.

En las poco más de dos horas y media que duraba el viaje, sentía que acabaría con los huesos entumecidos; aun así, no dejaba de hacer cábalas con su próxima nueva vida.

Habían acordado los mismos porcentajes de pago que en anteriores ocasiones, el sesenta por ciento al empezar y el cuarenta restante al acabar. Su jefe sabía que nunca fallaba y estaba muy solicitado, motivo suficiente para adelantar tanto dinero antes de obtener resultados. La cabeza no paraba de darle vueltas pensando en la playa mexicana que había escogido para disfrutar de su jubilación anticipada. Estaba cansado de la vida que llevaba y pensaba que era hora de sentirse libre para vivir. Con el dinero que había ahorrado con tanto esfuerzo a lo largo de los años, podía permitirse el lujo de

perpetuar el edén hasta sus últimos días.

«Nunca he entendido por qué no hacen los asientos para gente normal, ¿o es que solo viajan gnomos? Para mi exilio voluntario pienso coger un vuelo en primera clase, mis días de ahorro se han acabado», pensó, de nuevo, mientras las azafatas repartían gratuitamente prensa alemana y española.

—Por favor, deme uno en alemán y su número de teléfono — pidió a una de las azafatas, con su ceja derecha sobreelevada.

—Aquí tiene su periódico, señor. Respecto a mi teléfono, me temo que no nos está permitido. Gracias, señor, y que termine de tener un agradable vuelo —respondió la azafata con una sonrisa artificial.

El sueño intenso, añadido a la falta de cafeína en sangre, impidió a Stephan dar una respuesta perspicaz, como era costumbre en él. A cambio, prefirió centrarse en el diario que le habían proporcionado. Tras echar una ojeada a la portada, en titulares más pequeños y casi a pie de página, una de las noticias le dejó definitivamente sin habla:

> ***El próspero empresario Alfred Meinl falleció ayer en un fatídico accidente mientras viajaba en su avión privado***
>
> *A las 12:30 de ayer, el avión del magnate Alfred Meinl, presidente y socio mayoritario de la compañía* FANTEN*, se estrelló al sur de Alemania en una zona rocosa de difícil acceso. En el accidente fallecieron el empresario y el piloto. Por el momento se desconocen los motivos, aunque la intensa tormenta veraniega que asoló ayer el centro de Europa pudo ser la causa directa. Al parecer, el avión, en el que no viajaban más personas, se dirigía a Roma en el instante...*

«¡No puede ser cierto!, ¡esto no me puede estar ocurriendo a mí!», pensó desolado mientras intentaba digerir la noticia.

En este último encargo, Alfred le había dejado muy claro que se trataba de un asunto personal del que nadie más debía enterarse, por tanto, no podría reclamar el dinero que le debía a ninguna otra persona. No se trataba de un tema de negocios, por lo que ninguno de sus socios estaría puesto al día. Ni siquiera sabía con exactitud qué valor tenía la dichosa piedra. Al parecer, solo se trataba de un tema sentimental, un capricho de rico. Lo que estaba claro era que, en la nueva situación, disponer de dos míseras fotos era lo mismo que no

tener nada. Sabía que Alfred tenía un hijo de nueve años, pero suficiente tendría con limpiarse el culo cada vez que fuera al baño.

La indicación por los altavoces de abrocharse los cinturones por la proximidad en el aterrizaje le hizo recordar lo anquilosado que estaba tras más de dos horas en su asiento.

Odiaba facturar la maleta por la demora que provocaba tras finalizar el viaje y, para colmo, tenía la sensación de que la suya siempre salía la última.

Una vez recogido el equipaje, decidió tomar un taxi y personarse en las oficinas centrales de la compañía, que se encontraban en medio de la zona financiera de Berlín. Hacía tres años que su jefe había comprado un edificio de diez plantas para albergar toda la estructura administrativa de sus negocios, porque, según decía Alfred, «tan importante es la apariencia como la calidad del producto».

En la recepción aparentemente se respiraba calma, aunque en los pisos superiores el panorama era radicalmente diferente. Los empleados hablaban entre ellos en grupos y había más gente en los pasillos que en sus asientos. La incertidumbre sobre su futuro, sumada a la desgracia humana, hacía que fuera imposible centrarse en el trabajo.

Stephan pudo ver al corpulento Frederick, vicepresidente de la empresa, hablando por el teléfono de uno de los despachos. En alguna ocasión había recibido encargos por mediación de él, por lo que sin duda debía recordarlo.

—Buenos días, Frederick, no sé si se acuerda de mí, soy Stephan —le comentó, aprovechando una pequeña pausa entre llamadas—. He hecho unos cuantos trabajos para ustedes...

—Por supuesto que me acuerdo —le cortó Frederick—. Sr. Stephan, me temo que no es un buen momento, el fallecimiento de Alfred altera muchas cosas y, aunque por dentro solo tengo ganas de llorar, me temo que mi responsabilidad como vicepresidente de FANTEN me lleva a solucionar un montón de problemas. Y llámeme por mi apellido, Brahms, si no le importa.

—No era mi intención molestarle, solo quería saber si la empresa tenía pensado contar conmigo, porque mi responsabilidad con ustedes me lleva a decirles que lo dejo —respondió Stephan irónicamente.

—¡Ah!, perfecto —insinuó el vicepresidente haciendo ver que no suponía un problema.

—También quería preguntarle —dijo Stephan— si sabe algo acerca de una piedra verde sin valor económico aparente.

—¿Una piedra verde sin valor?, pero ¿de qué demonios me habla? Ya le he dicho que estoy muy ocupado, así que le deseo lo mejor, sea lo que sea que vaya a hacer —dijo Frederick a la vez que daba la espalda a Stephan y salía apresuradamente del despacho.

«¡Si no fuera porque tengo cosas más importantes que hacer, se iba a enterar ese gordo!». La rabia contenida le llevó a ensangrentarse la mano izquierda, tras cerrar los puños y clavarse las uñas con una tensión desmesurada. «Está claro que aquí no tengo nada más que hacer, aunque tenía que intentarlo. Definitivamente, nadie sabe nada», pensó resignado Stephan.

A pesar de la contrariedad que había supuesto el fallecimiento de su jefe, pretendía igualmente llevar a cabo sus planes. Tenía una nueva vida delante de sus narices y no podía hacerla esperar. Un cuarenta por ciento menos de lo que acordó era, sin lugar a dudas, motivo de disgusto, pero sabía que, con lo que tenía acumulado, solo le quedaba disfrutar.

En Berlín tenía lo que él consideraba su hogar y, aunque se limitaba a las cuatro paredes de un viejo estudio en alquiler, desprenderse de él no iba a serle fácil. Sin embargo, lo que podría resultarle más duro sería alejarse de su madre, que desde hacía cinco años estaba ingresada con Alzheimer en un geriátrico de las afueras, aunque hoy día apenas recordaba nada ni a nadie. Era cierto que por motivos de trabajo permanecía mucho tiempo lejos de Berlín y ya estaba acostumbrado a verla con escasa frecuencia. No había sido una madre ejemplar, aunque a su manera se había preocupado por su educación; eso sí, permitiendo que su padre le matriculara en un internado suizo, lejos de la familia.

Tenía la intención de permanecer el menor tiempo posible en la ciudad, aunque debía arreglar unos papeles, además de realizar la última visita a su madre antes de su marcha.

—En un par de días, a lo sumo tres, cargo las maletas. Las playas de México me esperan.

Hacía años que, por su vida nómada, el disponer exclusivamente de lo suficiente para funcionar se había convertido en una necesidad. Apenas tenía cosas de valor y sus pertenencias le cabían en una maleta.

—Hola, mamá, sé que no recuerdas ni quién soy, pero he venido a verte y a contarte algo.

Su madre, postrada en la cama, tenía la mirada perdida y apenas vocalizaba palabras incomprensibles.

Stephan era consciente de que su vida se estaba apagando, aunque no podía sacrificar la suya propia por ello. Quería a su madre, de eso no tenía dudas, pero el sentimiento de abandono cuando fue internado en aquella escuela para niños adinerados le había acompañado durante toda su vida.

—Verás, mamá, me tengo que ir lejos, pero en esta ocasión no es por motivos de trabajo. Me voy a vivir a muchas horas de avión, pero te prometo que vendré a verte, quizá no con la frecuencia que me gustaría, pero te aseguro que vendré.

Stephan no esperaba ningún tipo de respuesta, pero, cuando las lágrimas se derramaron por sus mejillas, la mirada de su madre se clavó en la suya y empezó a llorar. El sentimiento de culpabilidad hizo que Stephan le diera el que quizá era el abrazo más largo y profundo que jamás habían tenido. Durante unos minutos, sus planes parecían derrumbarse, pero una vez enfriada la intensidad del momento, se ratificó.

«Debo marcharme, me lo he ganado y lo necesito», pensó Stephan.

—Lo siento, mamá, te quiero, pero debo irme, espero que lo entiendas. —Una carcajada inesperada de su madre le hizo recordar que no había comprendido nada de lo que le había contado, o eso esperaba.

Camino de casa, y sintiéndose ya a salvo, decidió contactar, desde una cabina pública, con los sicarios que contrató en Barcelona para que dejaran libre a esa pobre infeliz. Solo disponía de un número de teléfono y la voz de un contestador le indicó que era erróneo. Tras insistir varias veces, dio por hecho que la habrían liberado. Daba por zanjado su último trabajo.

Las últimas horas en Berlín las pasó en su piso, el único sitio que había sentido suyo. En el umbral de la puerta, miró el espacio reducido del estudio antes de cerrarla por última vez mientras los ojos, inevitablemente, se le humedecían.

—El dolor de este instante será la felicidad de mañana. El Caribe me espera.

23

Barcelona, 30 de agosto de 2002

—Buenos días, Sr. Rosselló, soy el inspector Carles Rives, de la Policía Nacional. Necesitaría hablar con usted por la denuncia de un robo que interpuso hace unos días ante la Guardia Urbana.

—¡Caramba!, ¿el caso ha llegado hasta la Policía Nacional? Sí que debe de ser una buena prenda ese individuo —dijo asombrado Oriol.

—Me temo que no va mal encaminado, así que le rogaría que acudiese lo antes posible a la comisaría que se encuentra en Vía Layetana. Hay unos detalles en los que me gustaría profundizar.

—Intentaré estar en una hora, aunque me temo que acudiré con mi nieto, estábamos preparando la mudanza a Tarragona y no tengo con quién dejarlo. Espero que no sea algo que no pueda oír.

—No se preocupe, me aseguraré de que le cuidan bien mientras usted y yo hablamos.

Tal y como había calculado, en una hora se encontraban en las dependencias de la comisaría. Tras preguntar por el inspector Rives, un agente les dio unas tarjetas identificativas que les permitían el paso al interior del edificio y los acompañó posteriormente a ambos hasta su despacho, ubicado al final de la primera planta.

—Inspector, han llegado las personas que estaba esperando — dijo el agente tras llamar a la puerta.

—Muy bien, González, hágame el favor de enseñar al joven la comisaría mientras el Sr. Oriol y yo hablamos unos minutos. Imagino que estar aquí sentado con dos adultos puede ser muy aburrido.

—Pero, *avi*, yo me quiero quedar contigo —refunfuñó Eduard.

—No te preocupes, cariño —dijo Oriol—, y aprovecha la ocasión de conocer por dentro dónde trabajan los polis de verdad. Además,

solo serán unos minutos.

—La verdad es que puede ser entretenido, me voy con usted, agente. ¿Me enseñará la sala de tiros? —preguntó ilusionado Eduard.

—Me temo que aquí no tenemos una galería de tiro, pero te enseñaré otras cosas igual de entretenidas.

—Sr. Rosselló, primero de todo quería darle las gracias por acudir tan rápido, y más cuando, según me ha explicado, debe de tener empantanada la casa con cajas a causa de la mudanza. Verá, le he hecho venir por una serie de extrañas coincidencias entre su robo y otro caso un poco más peliagudo que tengo entre manos.

—¿Extrañas coincidencias? Soy todo oídos, agente —dijo con el entrecejo arrugado.

—Si no le importa, inspector Rives, aunque no se preocupe, estoy acostumbrado. Mire, Oriol, usted describió en su denuncia que un individuo alto y con un tatuaje de colores le robó su maletín del interior de su propio vehículo cuando aparcaba en su plaza de *parking*.

—Sí, todo eso es cierto, pero hasta aquí no hay nada nuevo. ¡Ah!, y, si no le importa, Dr. Rosselló, pero no se preocupe, me ocurre con frecuencia.

—Como usted lo prefiera, doctor —dijo el inspector frunciendo el ceño y con un sutil carraspeo antes de continuar—. Efectivamente, eso no es todo, si no, no le habría molestado. Le he hecho venir porque la descripción de ese tipo coincide con la de un trabajador de la limpieza justo en la facultad donde usted ejerce, o ejercía, porque según consta en el informe se acaba de jubilar. Un individuo posiblemente de origen germano. ¿Hay algo que quiera contarme? —La ironía del inspector se había incrementado considerablemente.

—Sí, le contaré algo. Es la segunda vez en pocos días que oigo esa historia. De hecho, el conserje de la facultad me sorprendió cuando me contó que Janet, la anterior trabajadora, se había marchado sin despedirse y que su lugar lo había ocupado un tipo con acento alemán que también desapareció sin dejar rastro y al cual no he visto en mi vida. Claro que, por lo que me cuenta, es posible que sí haya tenido el honor de verlo, aunque solo fuera por unos segundos mientras huía corriendo tras haber tomado prestado mi maletín. ¿De verdad piensa que es la misma persona?, ¿cree que buscaba algo que me perteneciera?

—Eso es lo que creo. Lo que me gustaría es que me ayudara a

saber qué. —Carles se había dado cuenta de que sus irracionales celos hacia ese doctor le habían llevado a utilizar un tono más duro de lo que quizá se merecía, aunque eso todavía estaba por demostrar.

—Le digo con toda sinceridad que no tengo ni idea de qué puede alguien querer de mí, lo único que he tenido últimamente son desgracias, así que, si alguien las quiere, se las regalo.

—Creo que aún tengo algo que preguntarle, Dr. Rosselló. ¿Qué tipo de relación tenía con Janet?

—¿Con la señora de la limpieza? —preguntó extrañado Oriol—. Para mí es una trabajadora más del centro y, aunque por su carácter introvertido y por nuestros horarios dispares apenas hemos hablado, la verdad es que me inspira confianza y reconozco que con el tiempo le he llegado a coger cariño.

—Debo insistir con Janet —comentó el inspector—. ¿Cuándo fue la última vez que la vio o habló con ella?

—Antes del 19 de julio, día del fatídico accidente en el que fallecieron mi hijo y mi nuera, lo que no puedo es asegurarle el día exacto. De hecho, esa misma noche trabajé en el laboratorio de la facultad y, por lo que he sabido después, ya debía de estar trabajando allí el alemán, aunque repito que nunca llegué a verlo. Pero ¿qué demonios le pasa con esa pobre chica?

—Me temo que hasta el momento no sé mucho más, aunque sí debo decirle que su compañera ha desaparecido, digamos que en extrañas circunstancias.

Oriol se sentía aturdido tras la noticia. No entendía muy bien qué pretendía el inspector diciéndole todo aquello, y mucho menos por qué intentaba relacionarlo de alguna manera.

—Disculpe, inspector, si no necesita nada más de mí, creo que me marcharé. Son demasiadas malas noticias en mi vida en muy poco tiempo y, sinceramente, no tengo ganas de jugar al gato y al ratón con usted; además, mi nieto me espera. Mi teléfono ya lo tiene, aunque debo decirle que en varios días me marcho a vivir a Tarragona por asuntos personales de los que ahora me siento incapaz de hablar. Si me da su tarjeta, lo llamaré para darle los datos exactos de mi nueva dirección, los tenía en mi agenda del maletín, pero, como bien sabe, alguien me lo robó. Cualquier cosa en la que pueda ayudar, estaré encantado de hacerlo.

—Por supuesto, será de gran ayuda contar con usted —dijo en tono conciliador el inspector—. Que tenga un buen día.

—Estaremos en contacto.

24

Tarragona, 31 de agosto de 2002

La inminente partida de Oriol a Tarragona le estaba resultando más difícil de lo esperado. Las raíces de sus recuerdos se introducían en lo más profundo de su ciudad y, al marchar, sentía que los traicionaba.

El camión de la mudanza llegaría por la tarde, así que disponía de unas horas de ventaja que no dudaría en aprovechar para dar una vuelta por la ciudad. La Sagrada Familia y la Casa Batlló de Gaudí serían los últimos monumentos que Oriol retendría en su retina de camino hacia su nuevo hogar.

A mediodía, el sol en Tarragona castigaba sin compasión, a pesar de que el mes de agosto llegaba a sus últimos días. Descargar las escasas dos maletas que llenaban su antiguo Seat fue cuestión de segundos; sin embargo, decidir qué habitación se convertiría en su nuevo rincón más privado le costó el resto del día. Nunca entendió cómo su hijo había comprado esa mansión para una familia de tres miembros, aunque debía reconocer que los jardines que la rodeaban y el mar Mediterráneo golpeando las faldas del acantilado sobre el que reposaba la casa convertían al conjunto en un auténtico paraíso. Sus cinco habitaciones dejaban todavía espacio para amplias estancias comunes, tres cuartos de baño completos y lo que Oriol siempre había considerado el tesoro de la casa, un salón comedor con una gran chimenea, embellecida con mármol blanco, y unos inmensos ventanales desde los que la vista podía perderse hasta donde el mar se fusiona con el cielo.

A Oriol le parecía extraño el repentino alejamiento en los últimos días por parte de la doctora. No sabía cómo interpretar la falta de llamadas y de respuestas. Ni siquiera se había presentado para

despedirse y le constaba que no era un problema de trabajo.

«¡Demasiadas preocupaciones superficiales!».

Tenía otros muchos frentes abiertos: la reubicación en la casa de todos sus enseres, la adaptación a su nueva ciudad, el robo de su maletín y, por supuesto, Edu y su inminente cumpleaños, con todo lo que ello comportaba.

Siempre había aplicado en su vida laboral y personal la metodología científica y esta seguiría siendo la base de su actitud. Tendría prioridad su nieto y lo demás iría fluyendo espontáneamente, paso por paso...

Mientras la brisa de un mar sosegado permitía a Oriol organizar la semana sentado en el balcón con la marca de la barandilla en sus gemelos, el muchacho esparcía un puzle de 1500 piezas de *Las Señoritas de Avignon* sobre la mesa del comedor, una de sus muchas aficiones.

«Sé que no es la primera vez que le cuento nuestra historia a alguien, pero sí es la primera vez que se la cuento a mi nieto».

En unos días sería el décimo cumpleaños de Eduard y, como marcaba la ancestral tradición familiar, le revelaría uno de los secretos mejor guardados y que bien seguro marcaría de alguna manera su vida.

«Este sábado podría organizar una celebración con sus amigos, siempre que él lo desee y, por qué no, incluso invitar a Sofía. Sería una buena oportunidad para volver a verla. También debo llamar al inspector para darle mi nueva dirección, no vaya a ser que se le hinche la yugular». En la tarjeta que le había proporcionado, únicamente constaba el número de la comisaría donde trabajaba, su nombre completo y, diferenciado en negrita, la categoría de inspector.

«¡Será prepotente!».

—Hola, buenas tardes, soy el doctor Rosselló, querría dejar un recado para el inspector Rives.

—Espere un momento, por favor, enseguida le paso.

—Oiga... —La voz masculina sin nombre adjudicado había dejado paso a una música de dudoso gusto.

—Buenas tardes, Dr. Rosselló, soy el inspector Rives, ¿cómo se encuentra en su nueva morada? —Esta vez no pudo evitar ser sustancialmente más irónico.

—Muy bien, gracias —respondió Oriol intentando crear un clima

de falsa amabilidad. Para estallar siempre estaría a tiempo—. ¿Usted no descansa nunca?

—Lo cierto es que no todos estamos en una situación de jubilación, pero imagino que no me ha llamado para hablar del exceso de trabajo en la población activa, ¿verdad? ¿Hay algo que quiera contarme y quizá olvidó en nuestra primera charla? — Ahora sí, el nivel de hostilidad se había acrecentado abiertamente. Había algo en el doctor que no le inspiraba confianza. «O quizá el problema lo tengo yo y solo son unos celos irracionales».

«¡A la mierda la compostura!», pensó Oriol.

—Verá, agente... —dijo, consciente de la rabia que podía suscitar

—¡Inspector! —afirmó tajante.

—Caramba, le pido que me disculpe, el exceso de brisa marina o, quizá, la cervecita fresca que estoy tomado mientras observo las olas del mar han debido de aturdir mi intelecto. No creo que sea solo cuestión de la edad, porque parece que usted no se acordaba de que habíamos quedado en que le llamaría para proporcionarle los datos de mi nueva ubicación.

—Por supuesto que lo tenía en cuenta, de hecho, no he dejado de pensar en usted.

—Caramba, qué galán se ha vuelto, hasta me he enrojecido, aunque siento decirle, por muy extraño que le pueda parecer, que los hombres de uniforme no son mi fuerte. Igualmente, le daré mi número fijo, eso sí, solo para motivos profesionales, no querría crear falsas ilusiones, ya me entiende.

—Obviaré su comentario, deme los datos, que tengo mucho trabajo como para entretenerme en jueguecitos. —El cansancio arrastrado había mermado su capacidad de respuesta.

Tras el intercambio de datos de rigor, terminaron por despedirse.

—Que le aproveche la cerveza, doctor, aunque a sus años debería tener cuidado con su colesterol. Seguiremos en contacto, buenas tardes.

—A su salud, Sr. Carles, y no se preocupe por la mía, está mejor incluso que esta cerveza de importación.

Estaba visto que su relación con aquel policía no hacía más que empeorar sin lograr conocer el motivo. Tenía algo que le irritaba, pero no gastaría ni un ápice más de energía en averiguar el qué.

«Ahora queda llamar a Sofía para invitarla el fin de semana a

Tarragona con motivo del cumpleaños de Edu, ¡no puede oponerse!».

Tras varios intentos, dejó un mensaje en el contestador automático. Si tenía suerte, aquel sábado su nieto tendría una invitada muy especial a su fiesta.

Con los días, no dejaba de sentir la añoranza de su Barcelona natal, aunque estaba convencido de que en aquella nueva ubicación estaba más cerca del paraíso, y la estabilidad de su nieto estaba por encima de todo. A pesar de la insistencia de su abuelo, Eduard no tenía ganas de celebrar su cumpleaños con ningún amigo, por lo menos no ese año, aunque sí había insistido en pasar un fin de semana los dos juntos y, a ser posible, en la compañía de Sofía.

«Si es necesario, suplicaré al contestador de la doctora para que pase el fin de semana con nosotros dos. La lástima es que en esta casa hay demasiadas habitaciones...».

25

Spandau, Alemania, julio de 1994

Marlene había prolongado su baja maternal todo lo que había podido. No quería separarse ni un minuto de su hija, y estaba convencida de que la fortaleza que le daba le permitiría superar cualquier adversidad, incluido el volver a aquella casa donde tanto daño le habían hecho. Sabía que huir de allí le complicaría enormemente el encontrar otro trabajo y no quería depender de su ángel de la guarda, así que debía hacer de tripas corazón.

Una mañana de julio, se presentó directamente en el despacho del señor. Sabía que estaba allí por la información de Irenka. Al entrar, intentó ser lo más cordial posible, pero eso no evitó que su jefe enmudeciera. La frialdad en su mirada hacía temer un vendaval de improperios, pero se limitó a saludar de manera correcta. Se interesó de manera diplomática por el estado de ambas, sin preguntar siquiera el nombre de su hija, y se acercó a ella invadiendo su espacio vital sin dejar de mirarla a los ojos. Sabía cómo intimidar y estaba haciendo uso de todos sus recursos.

—Tú y yo no hemos empezado con buen pie, Mausi. —Volvía a ser el seductor que la había conquistado—. Creo que entre nosotros hay algo irrepetible y, aunque sabes que hay cosas que no puedo darte, eso no evita que podamos ofrecernos cariño de vez en cuando, ¡ya me entiendes! —La cara de Marlene había dejado a un lado la cordialidad y sentía que luchaba por contener una furia interior que aguardaba para salir.

—No te confundas, si alguna vez hubo algo que empezara con mal pie, como tú indicas, ese algo hace mucho tiempo que se acabó. No pienso ser tu títere. Mi vida ahora está llena y ninguna de las dos te necesitamos, perdiste tu oportunidad. —Justo en el momento en que pronunciaba la última palabra, recibió una bofetada en la cara que la

paralizó. Alfred la empujó hacia el sofá del despacho y le tapó la boca para evitar que emitiese sonido alguno. Su mente se había bloqueado y su cuerpo no era capaz de reaccionar. Un monstruo estaba subiéndole la falda y arrancándole la ropa interior. Ese mismo monstruo abusaba de esa masa de carne que ahora creía ver desde la distancia. Nunca supo cuánto tiempo su cuerpo dejó de pertenecerle, solo recordaba que en el más absoluto silencio se vistió y corrió al atravesar la puerta. Corrió hacia su casa, hasta perder el poco aliento que le quedaba, quizá con la intención de limpiar la mugre adherida a su piel. Podría llegar a eliminar esa inmundicia externa que ahora parecía visible a todo el mundo, pero nunca podría sacarla de su alma.

Ya en su domicilio, se dirigió al cuarto de baño con los ojos empapados en lágrimas. Necesitaba desprenderse de aquella ropa y ducharse, como si aquello fuera a limpiarle el espíritu. Desnuda enfrente del espejo, se observó; primero, su rostro, y luego, el resto de su cuerpo. Se preguntó quién era aquella persona y rápidamente obtuvo la respuesta, seguía siendo ella y nada ni nadie lograría hacerle dudar nunca más. Solo ella tenía el derecho a decidir qué quería ser en cada momento. Por encima de su dolor, decidió que por muchas trabas que le pusiera la vida sería una persona feliz desde ese preciso instante. Tenía una niña maravillosa que dependía de ella y no tenía ningún derecho a cargar sobre sus pequeñas espaldas las desdichas que a ella le había tocado vivir. No podía asegurarle la felicidad, pero sí podía proporcionarle herramientas con las que luchar para afrontar los problemas de la vida. Sin embargo, nada de esto tenía sentido si sus pilares básicos se tambaleaban. No lo consentiría, su hija crecería envuelta de sonrisas y cariño. Tampoco podía olvidar que, a su lado, apoyándola en todo, tenía a la persona con el corazón más grande que jamás hubiera conocido. Si conseguía poner un filtro a toda su vida que diera importancia a lo positivo e infravalorara lo negativo, se daría cuenta de que incluso podía ser una afortunada... Lo difícil no era decirlo, sino creérselo.

Inmersa en sus pensamientos, no se había percatado de que Pablo la estaba llamando desde fuera del cuarto de baño y, al no obtener respuesta, trataba de abrir la puerta que de manera inconsciente Marlene había bloqueado con el pestillo.

—Mausi, cariño, ¿estás bien? Por favor, ábreme, o por lo menos dime algo.

—Sí, perdona, estoy bien, no pasa nada —respondió mientras se mojaba la cara con la intención de disimular unas huellas que

realmente llevaba por dentro.

—Preferiría que me abrieras. Intuyo que algo no va bien y estás empezando a preocuparme.

—No, de verdad, no hay ningún problema. Solo iba a meterme en la ducha, he pasado por un sitio donde había mucho polvo y me he ensuciado. Solo quiero asearme un poco, eso es todo.

—Te conozco lo suficiente como para saber que me escondes algo, te ruego que me dejes entrar. No me voy a asustar por verte desnuda, así que no creo que eso sea un problema.

Tras unos segundos donde solo se oyó el sonido del pestillo desbloqueándose, Marlene abrió. Al ver el rostro de su marido, se derrumbó y se abrazó a él lo más fuerte que fue capaz mientras dejaba salir parte del pus que acumulaba en su interior, quizá desde la muerte de sus padres. Pablo dejó pasar los minutos hasta que se calmó.

—Sabes que estoy aquí, desde que nos conocemos siempre lo he estado.

—Lo sé, no tiene nada que ver contigo. Me han venido recuerdos oscuros de mi infancia y me he venido abajo, lo siento.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¡No tienes que sentir nada! Solo digo que puedes contar conmigo. Sea lo que sea lo que estás escondiendo, puedes contármelo. Nadie te va a obligar a hacerlo, solo faltaría, pero estoy seguro de que te sentirías mejor si lo hicieras.

—Es que no sé si voy a poder, o cómo lo vas a encajar tú.

—Por el amor de Dios, ¿qué ha ocurrido?

—Es Alfred —dijo con voz temblorosa.

—¿Qué pasa con ese impresentable? ¿Qué te ha dicho?

—¡Me ha violado!

La tarde de antes de su marcha, quedó con Irenka en una cafetería de la ciudad para despedirse y agradecerle todo lo que había hecho por ella. Quiso hacerle entender que necesitaba romper con su pasado y mirar hacia delante como si jamás hubiera existido el atrás. Irenka conocía toda la historia de su vida, pero evitó explicarle el último capítulo que, por otra parte, habría complicado más las cosas. En medio de un emotivo abrazo entre dos amigas que se quieren, Irenka introdujo una carta en el bolso de su amiga. Se miraron a los ojos y las lágrimas fueron testigo suficiente para hacer entender que esa sería la última vez que se verían.

A la mañana siguiente, el Español, ella y la hija de ambos ponían rumbo a una nueva vida que les brindara un nuevo inicio y en la que, quizá, la niña pudiera crecer alejada del mundo que a su madre le había tocado vivir.

Le hizo jurar a su marido que no tomaría ninguna represalia y que jamás se lo diría a nadie, mucho menos a su hija. No denunciaría nada, a pesar de las reticencias de Pablo. Marlene creía que, si lo hacía, sería su fin, el de Pablo y, lo que era peor, el de su hija. Quería salir de allí cuanto antes y comenzar de nuevo en algún sitio donde poder renacer. No consentiría que nadie volviera a llamarla por su apodo, ni siquiera su marido; para ella Mausi había muerto.

26

Tarragona, 10º cumpleaños de Eduard, 3 de septiembre de 2002

Los primeros rayos de la mañana filtrándose por las persianas reafirmaban el esplendor de la casa. El hecho de ser martes ya no significaba nada, ahora los días empezaban a no tener nombre, pero había algo que hacía especial a aquel, Eduard cumplía diez años entre un sabor más agrio que dulce. A pesar de todo, era un niño y merecía entrar en la segunda década de su vida al menos con una sonrisa. No podía olvidar que ese era el día elegido para narrarle el secreto más importante de su familia. La temperatura era idónea para pasear descalzo por la playa, incluso podrían acercarse al anfiteatro que tanto le gustaba al chico.

«Recuerdo cuando mi padre me lo contó. Me llevó al Parque Güell, mi paraíso personal». Oriol mantenía la mirada perdida.

—¡Buenos días, remolón!

—No, *avi*, ¡déjame dormir un poco más!

—Si miras a los pies de la cama verás una bandeja con tortitas y un paquete sorpresa, ¿quizá alguien cumple hoy años en esta casa? ¡Felicidades, cielo! Dale un fuerte abrazo al *avi*. Pero solo puedes abrir

el regalo si compartes conmigo este delicioso desayuno.

—Muchas gracias, *avi* —respondió con los ojos aún pegados.

—Cielo, te propongo que cuando acabemos de desayunar nos pongamos ropa cómoda y vayamos a dar un gran paseo por la playa. Así te cuento algo importante. Llevo mucho tiempo esperando este día y quiero que sea especial para los dos.

—¿Qué es lo que me quieres contar? —respondió con los ojos bien abiertos y una gran curiosidad.

—Tranquilo, tenemos todo el día y antes necesito un buen café y algo de dulce, creo que va a ser muy intenso.

Tras deglutir su vaso de leche y al menos cuatro tortitas al tiempo que abría el regalo, Eduard se puso un pantalón corto de deporte y la primera camiseta que encontró.

—Muchas gracias, *avi*, me encanta el puzle, en cuanto acabe el que estoy haciendo prometo empezar con este. ¿Nos vamos a dar ese paseo?

Minutos después, se encontraban pisando la fina arena de la playa sin un rumbo determinado.

—Verás, Edu, la verdad es que no sé por dónde empezar. ¿Tú te acuerdas de nuestros paseos por nuestro parque preferido?

—Sí, el Parque Güell.

—Exacto. ¿Y tú sabes por qué ese es el que más me gusta?

—Yo creo que es porque te recuerda a algo.

«¡Caramba con el niño!».

—Pues, he de reconocer que, como siempre, vas muy bien encaminado. Imagínate ahora un lugar donde una arquitectura inspirada en la naturaleza pueda apreciarse en cada rincón y, a su vez, cada rincón sea un vergel con plantas de mil variedades. Supongamos que esa tierra tiene la luz de los cuadros de Sorolla y está bañada por aguas cristalinas con destellos verdosos. Un territorio donde esa fantasía se haga realidad.

—Eso es el paraíso, *avi*.

—¡Pues esa tierra existió! —El muchacho se quedó con la boca abierta y la mirada fija en los ojos de su abuelo—. Verás, cariño, ese es el lugar donde vivieron nuestros antepasados, el origen de nuestra familia. Un lugar ya desaparecido, pero que siempre ha quedado en nuestra memoria, aunque me es imposible decirte dónde se hallaba y hasta cuándo.

—Pero ¿qué pasó? ¿Por qué desapareció? —preguntó Edu intrigado.

—Hubo una hecatombe, pero eso vendrá luego.

—Continúa, *avi*, por favor.

—Las personas que vivían en aquella tierra se hacían llamar la Casta y, por tanto, sus descendientes pertenecemos a cada una de las líneas familiares de esa Casta. Ahora viene lo divertido... por lo visto, tenemos unas características muy peculiares, como por ejemplo un coeficiente intelectual por encima de la media y...

—¿Yo también, *avi*? —interrumpió Eduard sorprendido.

—Tú también, cielo, como también lo tenía tu padre y, aunque pueda no parecerlo, incluso hasta yo. Pero nunca debes sentirte superior a nadie por este motivo, ni por ningún otro. Las personas deben medirse, en todo caso, por su calidad humana y los actos que llevan a cabo, y no por lo que tienen o por su grado de inteligencia.

—¿Y tenemos algo más, como superpoderes? —La risa del abuelo contagió a su propio nieto.

—No, cariño, no tenemos superpoderes, aunque, según cómo lo mires, casi podríamos decir que sí. Verás, no puedo asegurarlo, pero podríamos ser capaces de esquivar el cáncer y otras enfermedades. Esto solo lo podremos confirmar dentro de unas cuantas generaciones. Que sepamos, ninguno ha padecido algo similar hasta la fecha. En la universidad me ofrecí como conejillo de indias para un estudio genético y parece que a mi sistema defensivo no le gusta que se desarrolle nada extraño sin su permiso.

»También hay algo menos divertido que arrastramos, seamos hombres o mujeres... solo podemos tener un hijo como descendencia. Esto no les ocurría cuando vivían allí. Comenzó a pasar después del gran cataclismo, quizá por las radiaciones que debieron de sufrir cuando todo ocurrió. —Eduard no mostró especial preocupación por lo que acababa de escuchar, a fin de cuentas, era un tema que le quedaba todavía muy lejos y ya tendría tiempo de madurar sus consecuencias—. Los papás intentaron darte un hermanito, pero, como era de esperar, no pudieron de manera natural. Acudieron a la fecundación in vitro, pero, casualidad o no, tampoco dio resultado.

—¡Vaya, eso sí que me da lástima! Me habría gustado tener un hermanito, o una hermanita, claro está. Pero ¿cómo sabes todo esto? ¿Quién te lo ha contado?

—¡Buena pregunta, Edu! Todo lo que sé me lo contó mi padre el día que cumplí diez años, y a él, a su vez, se lo contó su madre

también en el mismo día. Así hasta remontarnos a un periodo de tiempo que desconocemos, aunque anterior a cualquier mundo civilizado conocido.

»Esta historia que hoy, en tu décimo aniversario, te estoy contando pasa de padres a hijos de viva voz y nunca, recuerda, nunca, debes contársela a nadie.

—¿Y por qué no podemos contarlo?

—Para evitar que nos hagan daño. En este mundo puedes ser señalado por ser diferente y, si encima destacas en algo, puedes provocar la envidia por parte algunas personas. Hay mucha gente que dedica su vida a destruir a los demás. Si toda esa energía la invirtiesen en mejorarse a sí mismos, cuánto mejor iría todo.

—¿Hay más personas como nosotros, *avi*?

—Quizá esta sea la pregunta más difícil de responder. Yo siempre he querido pensar que sí, aunque reconozco que la posibilidad de que alguna línea familiar más haya llegado hasta nuestros días es muy reducida. De hecho, nosotros nunca hemos coincidido con nadie, por lo menos que seamos conscientes. Piensa que la edad media de vida ha ido aumentando a lo largo de la historia, por la mejora en la alimentación, en la medicina, la seguridad en el trabajo... pero antes todo era más difícil, por resumirlo de alguna manera.

—Eso sigue ocurriendo hoy en día en los países pobres.

—Tienes razón —asintió Oriol—, por desgracia, eso sigue ocurriendo mientras el resto de la humanidad seguimos sin querer aprender nada por puro egoísmo, mirando hacia otro lado. Entenderás entonces que, siendo más acuciante en épocas pasadas, la gente fallecía a edades más tempranas. Piensa que, si un miembro de la Casta fallece sin descendencia, esta línea familiar desaparece para siempre. Si a eso le sumamos lo grande que es nuestro planeta y el celo con el que guardamos nuestro secreto, las posibilidades de encontrarnos a alguien como nosotros son muy remotas. Aunque sí sabemos que más personas se salvaron de la catástrofe y que todas mantenían la tradición de transmitir a sus descendientes a los diez años de edad toda la información.

»Otra cosa que debes saber es que, según nuestra propia historia, hay una especie de atracción entre las personas de la Casta, como si fuéramos polos opuestos, que nos lleva a aproximarnos entre nosotros. A pesar de ello, como te he comentado, nuestra línea familiar nunca ha coincidido con nadie, al menos que tengamos constancia.

—Cuéntame más cosas de ese continente, ¿cómo se llamaba? —

Edu se encontraba absorto en la historia.

—Aunque suene extraño, no lo sabemos. Esa información debió de perderse en algún eslabón de la cadena. Tu padre y yo nos inventamos un nombre, el Hemisferio Perdido, pero al final acabamos por abreviarlo por su fonética a Elémipe. Si tú quieres, podemos inventarnos otro nombre, como Esperanza, lo que para Gaudí simbolizaba el verde.

—No, *avi*, yo quiero llamarlo Elémipe como vosotros, si no te importa.

—¿Cómo me va a importar, cariño? Además, tu padre también habría estado encantado.

—Me quedan muchas cosas aún que contarte, pero si prefieres podemos ir tranquilamente hacia el anfiteatro romano y así luego me invitas a algo —dijo guiñándole un ojo.

—Me parece bien, pero sigue contándome cosas, por favor.

—En Elémipe debía de haber dos islas próximas entre sí. En la más grande vivían lo que ellos denominaban la Casta Buena, y a la otra enviaban a la gente que cometía delitos graves y que llamaron, en contraposición, la Casta Mala. Esta distribución de castas no era heredable, sino que se adquiría según el tipo de vida que llevaras en la comunidad. Ningún miembro de nuestra familia vivió en esta última, por lo que toda la información que nos ha llegado es solo de la isla más grande y, por tanto, desconozco si su gemela pequeña era igual. La denominación de las castas supongo que no es más que una deformación fonética del lenguaje que ellos utilizarían, que también se perdió. El nombre de las islas tampoco nos ha llegado, así que de nuevo tu padre y yo nos lo inventamos. Siguiendo con la misma simplicidad, a la isla grande la denominamos la Grande o la Grandiosa, según momentos, y a su vecina, la Pequeña o la Otra, aunque, para ser sincero, apenas la nombrábamos.

»Sabemos por datos indirectos que disponían de una tecnología muy desarrollada para su tiempo. Con toda la prudencia del mundo, pienso que ha podido ayudar a algunas sociedades a su desarrollo posterior. Tampoco sabemos si sus habitantes tuvieron comunicación con otros habitantes de otras tierras. Es posible que sí, pero pienso que la gran diferencia de civilizaciones debió de hacerles refugiarse en su pequeño mundo.

—Parece un libro de Julio Verne —comentó Edu.

—Sí, de hecho, siempre he creído que... ¡Bueno, eso no importa!

—¿Se sabe más cosas sobre cómo era? —Se sentía inmerso en una

novela de aventuras, aunque en esta ocasión bien podría haber sido él mismo el protagonista.

—Existía una sola población en la que sus habitantes, como ya te he comentado, vivían en perfecta armonía con su entorno, al que respetaban e imitaban, de ahí que sus edificios y monumentos expresaran elementos que la propia naturaleza les regalaba. La vegetación brotaba por toda la isla, limitada por acantilados, y debía de haber especies de aves muy exóticas para nosotros, sin embargo, del resto de animales poco se sabe.

»El agua era otro elemento protagonista de sus vidas. Existían grandes ríos que cruzaban la isla desembocando al mar, además de lagos de agua dulce que nutrían de vida y esplendor al entorno. Uno de los lagos principales se encontraba al abrazo de un muro montañoso con abundante vegetación, a media altura de una cordillera en la que había una majestuosa montaña, todo ello ubicado en uno de los bordes de la isla. Temporalmente se teñía de blanco, aunque en su cima la nieve permaneciera perenne todo el año. Su deshielo provocaba la caída de grandes cascadas que daban origen a los ríos que te he mencionado.

»Crearon, junto al lago, un monolito con la idea de honrar a algo o alguien que para ellos debió de ser importante. Imagino que esa montaña debía de ser un gran volcán y, si no el único, sí uno de los grandes protagonistas de la catástrofe que asoló a Elémipe, aunque esta afirmación es de cosecha propia. Como ves, la información que nos ha llegado es muy limitada y parcheada, y con el filtro de cada una de las generaciones involucradas hemos de suponer que también alterada, si no exagerada, así que siempre lo hemos de interpretar con la mayor prudencia posible.

»Otra de las peculiaridades de aquella isla es que, además de los componentes naturales que podemos observar en cualquier rincón de nuestro planeta, existía uno en concreto que destacaba por encima de los otros. Un mineral que podía observarse de manera espontánea en la propia tierra, en las formaciones rocosas y, cómo no, perteneciendo a las fachadas de todos los edificios. Un mineral de un color verde intenso, similar a una esmeralda, que para ellos no tenía ningún valor económico, pero que pudo llegar a representar en sí mismo un símbolo. Este mineral le proporcionaba, cuando no había nieve, un característico tono verdoso a la gran montaña que se hacía más destacado con la luz solar y que marcaba el inicio de lo que para nosotros debe de ser la primavera. —En ese momento, como si de una

representación de magia se tratase, Oriol sacó un pequeño paquete que mostró en su mano. Eduard lo cogió con timidez. Desenvolvió una antigua tela de color ocre y, en su interior, apareció en toda su magnitud una joya de color verde intenso del tamaño de una nuez. En su origen debía de haber sido tallada con suma laboriosidad, pero el paso del tiempo la había castigado dejando solo muestras de lo que, con toda seguridad, fue un trabajo perfecto.

Con el tesoro entre sus manos, apreciado en el más absoluto silencio, Eduard comenzó a llorar. Quizá por la emotividad de la historia, por el hecho de que en ese momento sus padres no estuvieran allí o, posiblemente, por la combinación de ambos; eso nunca lo sabría. Lo que sí quedó claro fue que su nieto había convertido en suya la historia de su familia.

—Por último, Eduard, quiero contarte que esta piedra contiene un secreto que descubrí hace escasos dos meses. En el laboratorio de la facultad instalaron hace muy poco una máquina que permite el análisis de formaciones rocosas como hasta ahora no se había logrado. Antes de jubilarme, pude usarla y descubrí que en el interior aparece la imagen tridimensional de dos círculos perfectos, aunque de diferente tamaño que, estoy seguro, se corresponde con las dos islas que existían en nuestro continente desaparecido. La lástima es que las fotos con la impresión de las imágenes las guardaba en el maletín que, como bien sabes, me robaron. No quiero volver a la facultad a usar Geodrom, la máquina que te acabo de comentar. Eso supondría pedir muchos favores y, sin duda, revelar nuestro secreto. — Oriol no se atrevió a contarle que ese secreto le llevó a presionar a su hijo a que acudiera a verle esa misma noche y eso propició el fatídico accidente. No estaba preparado para decírselo, todavía no, o quizá nunca lo estuviese y habría de cargar con el sentimiento de culpabilidad hasta su muerte.

—Y ¿cómo desapareció?

—Nunca nos quedó claro. Yo tengo la teoría de que aquella fastuosa montaña era un volcán y debió de producirse algún tipo de movimiento sísmico que lo activó, o justo lo contrario. Por desgracia, el final fue la desaparición de aquellas islas y lo que ellos llamaron «un hundimiento hacia el interior». La gente que sobrevivió escapó por lo que denominaron «vía de salida». Nunca hemos sabido dónde se encontraba. Es como si hubiera existido un «hemisferio intermedio» y de la noche a la mañana hubiera desaparecido, dejando atrás miles de vidas truncadas. Tampoco sabemos si existieron más salidas, ni si

algún habitante de la otra isla logró sobrevivir. Lo que al parecer sí hicieron fue utilizar esas «vías» como grutas de subsistencia durante generaciones hasta que un hundimiento posterior les obligó a su definitiva adaptación al mundo exterior.

La mañana se les había echado encima y el estómago comenzaba a dar señales de vida.

—Edu, creo que deberíamos comer algo. La verdad es que tengo mucha hambre, así que elige el lugar que tú prefieras. Aunque no querías celebraciones, cosa que entiendo, sí que nos merecemos degustar un «lo que tú quieras». Creo que hoy es un día especial que recordaremos toda la vida. ¡Te quiero, cielo!

—Yo también, *avi*. Vamos donde tú ya sabes, ¡me encanta! Por cierto, ¿sabes algo de Sofía? Desde que vinimos a Tarragona no he vuelto a saber de ella.

—Precisamente este sábado tenía pensado invitarla a casa, si a ti te parece bien, aunque no te prometo nada, sabes que siempre está muy ocupada.

—Por supuesto, *avi*, me hará mucha ilusión verla y así verte sonreír a ti también.

II Parte

Nadando en el dolor

(2002-2018)

27

Tarragona, 14 de septiembre de 2002

A dos días del inicio del curso escolar para Edu, Oriol se sentía relativamente satisfecho por cómo habían transcurrido las semanas desde el accidente, siempre entendiéndolo en su contexto. Su máxima preocupación era la estabilidad de su nieto y, aunque en los últimos años, por desavenencias con su hijo, no se habían visto lo que él habría deseado, sentía que de alguna manera estaba recuperando esa relación a pasos agigantados. A eso se aferraba, entre otras cosas, en los momentos en los que, escondiéndose de Eduard, se desplomaba en un precipicio que parecía no tener fin.

Curiosamente, ahora que dos meses después la situación parecía estabilizarse, ahora que el muchacho empezaba a volver a una relativa normalidad, era justo cuando ese precipicio se presentaba con más frecuencia. Se despertaba muchas noches con el corazón cabalgando bajo su pecho y sintiendo que el aire desaparecía de la habitación. Sabía de qué se trataba y prefería evitar cualquier medicación. Se sentaba en el borde de la cama, respiraba de forma profunda y pausada y se forzaba a pensar en cosas agradables. El contraste del agua fresca en su cara ayudaba a aminorar la situación hasta que daba por finalizada su caída. No era la primera vez que le ocurría. Tras la muerte de Mariola, los mismos episodios aparecieron sin preguntar y, hasta que su médico no le explicó de qué se trataba y las pautas a seguir, simplemente creyó que en breve se iba a reunir en el cielo con su mujer. También es cierto que tuvo la inestimable ayuda de unas minúsculas pastillas blancas en su momento, pero en esta ocasión sabía a qué se enfrentaba y estaba dispuesto a vencerlo sin la química, que para un catedrático en la materia no dejaba de ser una paradoja de la vida.

Eran esos momentos cuando más echaba de menos a la doctora, y

sabía que no era por sus conocimientos profesionales. No entendía por qué, de la noche a la mañana, se había distanciado tanto. No existía ninguna obligación moral de mantener una amistad, suficiente había hecho ya, pero le dolía. Se sentía bien estando a su lado y reconocía que era una mujer muy atractiva, pero iba más allá de un físico cautivador. Durante los momentos que él y Edu pasaban con ella, parecía que un paraguas les resguardaba de la lluvia ácida con la que la vida les estaba regando. Aquella indefinible relación, en su opinión, beneficiaba a los tres. Ya tenía edad suficiente como para apreciar cuándo alguien se siente a gusto de verdad y cuándo se está forzando una situación. Y habría jurado que ella sentía la misma sensación de bienestar que él y su nieto. ¿Qué había pasado, por tanto, para que se alejara sin motivo aparente?

Había rechazado varias invitaciones, incluida la celebración que tenía preparada para Edu, y no hacía falta ser muy inteligente para darse cuenta de que sus motivos eran simplemente excusas.

Sí, todo aquello le dolía, y era así porque no había vuelto a tener esa ilusión desde el triste fallecimiento de su mujer. Tampoco podía esconder que había algo más que no sabía o no se atrevía a definir. Algo que, a pesar del trágico contexto, le ilusionaba. Y era precisamente aquello lo que le ayudaba a levantarse cada día para crearle a su nieto un mundo de esperanza en el que él también pudiera recobrar su ilusión y crecer como un chico normal. Sí, se sentía dolido, pero no con Sofía, a la que no podía culpar de nada, sino de nuevo con la vida. Quería recobrar aquel contacto y dejar que el tiempo definiese qué era lo que estaba dispuesto a ofrecerles. El problema era que no sabía cómo.

28

Puerto Vallarta, México, 20 de septiembre de 2002

Con las piernas apoyadas en la balaustrada de la terraza, la sensación refrescante de una Coronita recorriendo su esófago y la mirada fija en el océano Pacífico, Stephan meditaba la dureza de su pasado, el descontrolado ritmo de vida de su presente y su prometedor futuro.

La primera semana se alojó en un glamuroso hotel de la ciudad. Era la primera compensación a una vida intensa y llena de sinsabores. En pocos días podía guiar a cualquiera sobre los locales donde degustar los cócteles más sobresalientes, las salas de baile en las que dejarse llevar por la mejor salsa o los clubs más selectos donde encontrar la compañía de las mujeres más hermosas que jamás había visto.

La vida de emperador en su palacio del Rin dio paso al alquiler de un apartamento de una sola habitación en un rascacielos con vistas al mar. Era bastante más modesto que la habitación del hotel, pero, sin duda, mucho más lujoso que los lugares en los que había sobrevivido desde que fue enviado al internado en su infancia. El único aval que podía presentar se llamaba dólares y, por lo visto, te proporcionaba las llaves de cualquier puerta en cualquier lugar del mundo, cosas de la globalización.

Era muy consciente de que el ritmo de esas primeras semanas no era sostenible, pero llevaba muchos años soñando con ese momento, así que ya tendría tiempo de dedicarse a la vida contemplativa. A no tener claro en qué invertir tu tiempo a lo largo de los días se le llama desconectar en vacaciones, pero cuando miras a tu horizonte más lejano y tienes las mismas dudas sin la preocupación del dinero, a eso se le llama triunfar en la vida; esa, por lo menos, era su filosofía y la tenía justo a sus pies. Había decidido hacer lo que se le antojara en cada momento, así que sus días giraban en torno a grandes tazas de

café, degustación de mariscos y largos paseos por la playa para quemar remordimientos. Por la noche, el cuerpo le orientaba más hacia una vida de ocio y diversión, deseo que podía ser saciado en cualquier rincón de la ciudad.

Reconocía que no era una persona muy sociable y tenía un gran temperamento que los años le habían atenuado. Su trabajo había supuesto una clara barrera en la búsqueda de la amistad; quieras o no, romperle los dedos de una mano a alguien no facilita el acercamiento.

Los largos paseos que casi a diario daba por la orilla del mar eran los únicos momentos en los que levantaba su coraza y reflexionaba sobre su vida. Tenía muchas cosas de las que arrepentirse, pero nunca se había permitido hacerlo. Todo se justificaba por un gran fin, y era poder disfrutar de aquello que en esos momentos había logrado. No era consciente de que su teoría tenía alguna laguna, «el fin no justifica los medios», «siembra vientos y recogerás tempestades»... Y sí, antes o después podría pasarle factura. Tras la euforia de las primeras semanas, no se sentía flotar en una nube de felicidad permanente, con el mundo sonriendo a su paso y donde siempre es primavera. Apenas había comenzado su nueva vida y ya empezaba a cansarse de la facilidad con la que conseguía lo que le apetecía a base de talonario. Todavía no era consciente de que le faltaba algo que no se paga con dinero, el cariño de la gente. Un poco de sexo comprado con mujeres bellas no compensaría nunca el estremecimiento que provoca una caricia de alguien a quien amas y, por mucho que se empeñase en invitar a sus vecinos de terraza de bar, jamás le llenarían como el abrazo desinteresado de alguien que te quiere.

Se había olvidado de cultivar lo más importante, las personas. Curiosamente, ahora que había alcanzado su meta, ahora que estaba más lejos que nunca de su familia, era cuando más se acordaba de ella. Le venía a la memoria el cariño con el que su madre le enseñó a elaborar sus primeros bizcochos; la sensación de protección que notaba entre sus brazos cuando su padre le pegaba, la mayoría de veces sin excusas; los juegos con sus hermanas correteando por toda la casa y que siempre acababan en discusión... ¿Por qué todo aquello adquiría ahora una importancia que nunca creyó que tuviera? Posiblemente siempre la tuvo, pero nunca quiso o nunca pudo mirarlo de frente. Esos sentimientos no eran compatibles con el desarrollo de sus actividades. Amor y odio no debían ir juntos de la mano. No podía repetir el mismo patrón que había vivido con su padre.

«¿Cómo puedes querer a alguien y pegarle hasta hacerle perder la

conciencia? ¿Cómo puedes abandonar a un muchacho separándolo de lo que más quiere, que es su familia?».

No, no debían mezclarse y la vida le enseñó a sobrevivir a base de mucho odio y escaso amor.

En esos largos paseos con el agua salina susurrándole a los pies, empezaba a darse cuenta de que en su trabajo rara vez sintió odio o, por lo menos, no más que cualquier otra persona. Había participado de la cara más negativa del ser humano, pero nunca con odio, ahora lo sabía. Quizá la semilla del amor que sembró su madre en él continuaba en su interior y solo había que regarla para que creciese. Quizá esos recuerdos dormidos no le permitían ir más allá con las víctimas de sus clientes y en los últimos años le habían alejado en lo posible de actos violentos. Posiblemente fuese eso lo que había atemperado su carácter y agrietado sus barreras de contención, y ahora le humedecía los ojos.

Echaba de menos a su madre y, aunque hacía varios años que no tenía noticias de ella, también a su hermana mediana. Sentía de nuevo la necesidad de saber qué era de su vida, aunque no tanto del estirado de su marido o de sus sobrinos, a los que ya no reconocería. Le enviaría una carta con uno de los remitentes que ella ya conocía, con el sistema que siempre había utilizado, y buscaría la manera de recibir la respuesta sin dejar pistas de su paradero. Sí, contactaría con ella, pero tendría que ser otro día, ahora solo quería seguir caminando, deleitándose con un atardecer que invitaba a la melancolía.

29

Barcelona, 22 de septiembre de 2002

Sofía llevaba más de un mes meditando la forma de hablar con Oriol y explicarle lo sucedido. Debía hacerlo, mejor dicho, deseaba hacerlo, pero no quería que eso supusiese el final de tampoco sabía qué. Ya había rechazado varios encuentros con diferentes excusas poco creíbles, pero lo estaba estirando demasiado. Los conocía desde hacía nada y, sin embargo, cuando estaba con ellos sentía un calor humano difícil de explicar. Tampoco las circunstancias en las que se conocieron eran las más protocolarias; de hecho, podrían haberse sacado de una película de Almodóvar. Nada de todo aquello era al uso, pero las mejores historias salen de las situaciones más extrañas. No, definitivamente no quería perder ese contacto. A sus cincuenta y cinco años, esas sensaciones se convertían en un bien escaso y, aunque necesitaba un tiempo para definirlas, estaba dispuesta a descubrirlas y no dejarlas morir.

No fue una niña triste que se hubiese criado en una familia desestructurada. Nació en el seno de lo que siempre se ha llamado una familia tradicional, nunca les faltó de nada, aunque estaban muy lejos de ser ricos. Su padre fue un trabajador pluriempleado de la construcción, y su madre, ama de casa, hacía trabajos puntuales, cosiendo para diferentes familias de la alta sociedad. Tenía una hermana más pequeña a la que adoraba y dos sobrinos que, gracias a Dios, ya habían atravesado las turbulencias de la adolescencia. En su casa, el cariño se palpaba en cada rincón, así que quizá acabó siendo ella la oveja descarriada en toda esa historia. Tras su paso por la facultad, siempre le atrajeron las urgencias, por lo que prácticamente toda su actividad laboral se había desarrollado entre el ritmo frenético y la adrenalina que genera ese tipo de servicio. Para ella, su trabajo era su droga y, como todo estupefaciente, termina pasando factura. El

estrés continuado no lo dejas en la taquilla, lo acabas haciendo tuyo y, cuando ya te pertenece, lo sacas contra los demás sin darte cuenta. Quizá por ello otra de sus grandes pasiones era el deporte. Practicaba todo tipo de actividad que le liberase de su presión, pero lo que más le apasionaba era correr. Solo necesitaba unas zapatillas y ponerse en marcha, y para eso siempre estaba dispuesta. Con cada gota de sudor se sentía más cerca de ella misma, y cada minuto que pasaba corriendo se convertía en sesenta segundos en los que expulsar sus preocupaciones. Era como una vía de entrada a sus recuerdos, a revivir esa paz y esa sensación de cariño que se respiraban en el hogar de su infancia. Desde esa perspectiva se sentía capaz de hacer frente a cualquier problema actual.

Se casó a los treinta años justos con un colega médico del hospital. Todo iba bien, pero los intensos horarios de trabajo de cada uno, sus congresos, horas de estudio y la inamovible necesidad de Sofía de salir a correr fueron haciendo mella en su relación. Tampoco hubo un consenso a la hora de plantearse tener hijos. Los dos querían, pero en momentos diferentes, y cuando pudo haber un acuerdo quizá ya era demasiado tarde.

No fue consciente de que la relación iba muriendo poco a poco, simplemente sucedió y, cuando veinte años después se agudizaron las discusiones y los reproches, se selló definitivamente su ruptura. Por decisión propia, consiguió un cambio de hospital. Era algo que ya se había planteado con anterioridad como refresco profesional, pero en ese momento se convirtió en una necesidad.

Su familia y el deporte se convirtieron en sus muletas de apoyo con las que salir adelante. Sentía que había fracasado en la vida, a pesar de que con mucho esfuerzo había estudiado lo que quería y trabajaba en lo que le apasionaba, por lo menos en un principio. No podía dejar de comparar su vida sentimental con la de sus progenitores que, hasta el último suspiro de su padre tras una larga enfermedad, estuvieron juntos, con una complicidad que desde luego ella nunca había tenido.

A la inestabilidad generada por la ruptura de su matrimonio se le sumó el duelo por la muerte de su padre, que le sumió en un costoso proceso de recuperación personal. En esta ocasión, a sus recursos particulares del deporte y la familia le sumó los encuentros esporádicos con un tipo muy atractivo y bastante más joven que ella. Momentos en los que sentía, en cierto modo, algo de cariño y, ciertamente, mucho placer. Se trataba de Carles, un policía nacional

destinado en Barcelona y que también había pasado por el trance de una separación. Su relación no pasó de contactos puntuales. Quizá para los dos era suficiente y buscar algo más lo habría convertido en un fracaso. Con el tiempo, cuando ambos ya sentían que sus vidas volvían a transitar por unas vías firmes, la terapia amorosa dejó de tener sentido y se distanciaron, esta vez sin discusiones ni reproches.

Reflexionando sobre todo esto, Sofía intentaba razonar qué era lo que sentía por aquel profesor y su nieto. Probablemente este era el error; los sentimientos no entienden de razón y quizá, simplemente, hay que dejarse llevar a donde quiera que te lleven. Por una parte, era posible que, aunque de un modo muy diferente, viera en ellos esa complicidad que recordaba en sus padres; por otra, se preguntaba si veía en aquel hombre, casi ocho años mayor que ella, lo que nunca encontró en su exmarido. Desde luego, Oriol no tenía nada que ver con los hombres en los que hasta entonces se había fijado, pero a fin de cuentas sus relaciones tampoco habían fructificado. Oriol, aunque mantenía cierto atractivo, no tenía el cuerpo atlético al que ella estaba acostumbrada, pero se sentía embelesada por su intelecto. Todo cuanto decía le interesaba, y lo que más le intrigaba era que le gustaba hasta la manera en la que lo decía. Pero no era solo la persona de Oriol; aquella nueva e impuesta familia, aunque destrozada por las circunstancias, emanaba un amor que la trasladaba a su hogar cuando ella era una niña y las preocupaciones se limitaban a cosas banales. Unas sensaciones que añoraba, que creía perdidas y, sin embargo, ahora las tenía frente a ella.

«¿Será que la vida me está dando una segunda oportunidad?».

No era algo que pudiese razonar y, como bien había meditado, debía dejarse llevar y que el tiempo decidiese. El problema era que había metido la pata y no sabía si ese error le permitiría disponer de ese tiempo.

30

Barcelona, 9 de octubre de 2002

Carles continuaba con su rutina diaria, como no podía ser de otra manera. Llevaba muchos años en investigación y la carga de trabajo jamás disminuía, por muchas horas que le dedicase su equipo al completo. El caso de Janet era uno entre muchos, aunque reconocía que el bloqueo en el que se encontraban comenzaba a ponerle nervioso. Parecía que la ciudad al completo se había puesto de acuerdo en negarle una sola pista, aparte de la de aquel rudo germano con un pintoresco tatuaje en su muñeca, pero a partir de ahí todo era una incógnita.

No se conocía ninguna rencilla entre Janet y algún compañero de trabajo, tampoco relaciones conflictivas, y no tenía deudas, más allá de la necesidad de enviar dinero a su madre e hijos.

Habían preguntado en infinidad de instalaciones hoteleras de toda índole, pero individuos centroeuropeos altos, de unos treinta y pocos años y que hablaran español con acento alemán aparecían a pares en cada hotel en una ciudad tan turística como Barcelona. El tatuaje era una pregunta de obligado cumplimiento, pero ya conocía la respuesta de antemano. Un tipo que dispone de documentación falsa tan perfecta que incluso logra abrirle las puertas a un trabajo no es un delincuente cualquiera y dudaba mucho que no tuviera en cuenta ese detalle, aunque, para su sorpresa, Sofía y Oriol confirmaban haberlo visto.

Por otra parte, de su compañera de piso no podían extraer más información de la que ya tenían. Ningún vecino de la finca parecía haber visto nada y había hablado con todos. O no estaban, o dormían, o, simplemente, no oyeron nada. Tampoco había ninguna grabación que pudiera ayudarles. Como era de esperar, habían comprobado en diferentes ocasiones que no había vuelto a su país. No habían

encontrado restos de fluidos ni huellas en la casa, en la facultad, ni siquiera en los utensilios de limpieza. Ante la pregunta de cómo se desplazaba hasta la universidad, tampoco hubo respuesta. Al parecer, siempre llegaba a pie y tampoco había grabaciones de lo contrario, ni siquiera en estaciones de tren. «¡Menudo hijo de puta!».

El único brote verde era la declaración de dos vecinos que aseguraban haber visto a un individuo blanco y alto merodeando por el barrio y con una conducta extraña días antes de la desaparición de Janet. Pasaba horas por la zona, como controlando algo o a alguien. No entraba en ninguna tienda y no cruzaba una sola palabra con nadie.

El cruce de información con la Interpol abrió otra pequeña ventana, pero sin vistas al mar. Tenían conocimiento de un individuo de nacionalidad no definida que podría haber participado en tres casos de extorsión y espionaje a empresarios del mundo de la informática y la automoción, uno en Alemania, otro en Dinamarca y el último en Turquía. En la base de datos solo constaba «individuo de raza caucásica, de entre 185-190 cm y complexión mesomorfa».

Nada de tatuajes, ni de ningún otro detalle significativo. Eso sí le empezaba a tocar las narices.

Había dejado aparcado el caso unos días mientras varios de sus agentes volvían a barrer todas las posibles opciones por si habían dejado escapar algo.

—Disculpe, inspector, ¿puedo pasar? Es importante.

—Usted dirá, González.

—Nos acaban de informar de que dos senderistas han encontrado semienterrado un cuerpo en avanzado estado de descomposición en la Sierra de Collserola.

—Vaya por Dios, éramos pocos y par... —insinuó susurrando.

—¿Cómo dice, inspector?

—Nada, González, deme un minuto y vamos para allá. Movilice a todo el mundo.

El tráfico en Barcelona siempre era muy denso, por lo que tardaron en llegar a pesar de las luces de emergencia. A eso había que sumarle que el cuerpo había sido encontrado en un camino forestal perdido en la montaña, y nunca mejor dicho.

A su llegada, se cruzaron con un coche de los Agentes Forestales

que descendía, y un poco más adelante varios vehículos patrulla de la Guardia Urbana impedían el paso por el camino de tierra, que continuaba entre un bosque de pino blanco. Un agente les alzó la mano mientras otro gesticulaba frente a dos personas mayores que, por su rostro desvaído, debían de ser quienes habían hallado el cadáver. El resto se encontraban acordonando la zona.

—¡Buenos días, agente! Somos el inspector Carles Rives y los agentes González y Arnau, de la unidad de investigación. Veo que los de la científica han llegado antes que yo —aseveró mientras le mostraba su placa.

—¡Buenos días, inspector! Soy el agente Ferrer. En efecto, hace al menos quince minutos que están recogiendo pruebas. Verá, al parecer, este matrimonio se encontraba buscando níscalos por la zona y hace algo más de una hora han encontrado un cuerpo semienterrado a escasos veinte metros de aquí, en medio de ese cúmulo de árboles que forman como una isla —comentó señalando con la mano hacia el interior de la zona boscosa, justo en perpendicular al camino.

—¡Por el amor de Dios, señores! —exclamó el inspector Rives—. ¿Qué hacían ustedes a su edad buscando setas en esta zona perdida del mundo y sin oxígeno?

—Es que, agente, es justo por estas zonas perdidas donde puede encontrarse con más facilidad ese tipo de setas. —El hombre, visiblemente nervioso, se reclinó sobre el vehículo policial que tenía justo a su espalda ante el súbito temblor de sus piernas.

—Si no le importa, inspector. —Los ojos humedecidos del hombre retrajeron a Carles de seguir con su comentario—. Da igual, no tiene importancia. Está bien, sigan con la declaración. González, coja nuestra cámara de fotos, pero sea discreto, que a los cogehuellas les gusta tener la exclusiva. Arnau, venga usted también. Doy por hecho que la comitiva judicial ya está activada.

Tras acceder por el pasillo habilitado para no alterar ningún rastro y los saludos de rigor, procedieron a realizar su propia inspección ocular.

Las partes del cuerpo que se apreciaban entre la tierra, la hojarasca y una sábana blanca sobre la que descansaba se encontraban en avanzado estado de descomposición; aun así, por el ropaje y determinadas características del cadáver casi podía asegurar que se trataba de una mujer. Por el tipo de cabello, posiblemente entre

treinta y cincuenta años. Llevaba una cadena al cuello con la foto de dos niños a los que fotografiaron en un primer plano. Se encontraba llena de barro, lo que dificultaba aún más la extracción de alguna conclusión firme. *Grosso modo*, Carles había calculado que, por el estado de descomposición, en la época del año en la que encontraban y el hecho de haber estado enterrada en aquella zona donde hacía menos calor, debía de llevar muerta cerca de dos meses. Ahora solo quedaba esperar a las conclusiones del forense, que podría ralentizarse días. Decidió volver antes de que este llegara para repasar de nuevo toda la documentación lo antes posible. Al menos cuatro agentes se quedaban en la zona.

De vuelta a la comisaría, la cabeza del inspector barruntaba algo que ni él mismo podía definir... Dos ideas que hasta el momento parecían evitarse se fusionaron en su mente, propiciando un grito inesperado. El volantazo de González, que se encontraba conduciendo, casi les hace salirse de su carril.

—¡Joder, inspector! ¿No ve que estoy conduciendo?

Carles, obviando el comentario, siguió en voz alta con el desarrollo de su teoría.

—La mujer sudamericana desaparecida, Janet, tenía dos hijos, que perfectamente podrían corresponderse con los de la foto de la cadena. Por otra parte, se la vio por última vez el 15 de julio y ese cuerpo llevará pudriéndose, según mis cálculos, casi dos meses, si no más, por tanto, por fechas, podría encajar. La edad de Janet es, o era, de 32 años, que, a la espera del informe del forense, podrían corresponder con los de la víctima del bosque.

—Imagino que, además de estudiar las huellas de nuestra desaparecida, se recopiló información sobre su historial médico.

—Sí, también si tenía tatuajes, cicatrices y un estudio dental. Al parecer le faltaba una muela, o algo así. Del resto no había nada destacable —corroboró Arnau desde el asiento de atrás—. Yo mismo me encargué.

—Muy bien, Arnau, pues vas a seguir encargándote de que contrasten esa información con lo de allí arriba. Ahora vamos directos a la comisaría a repasar, entre otras cosas, la declaración de la compañera de piso y mañana al Instituto de Medicina Legal, a ver si encontramos coincidencias.

A media mañana del día siguiente, los tres accedían a la sala de

disección donde se encontraba el Dr. Aldana, uno de los forenses más jóvenes del equipo, pero de sobra conocido por el inspector. La autopsia había acabado, solo quedaba suturar el cráneo.

—Hombre, Aldana, ¿te ha tocado a ti la gominola? —entró gritando Carles con la comodidad del que va en pijama por su casa.

—¡Qué ven mis ojos, el *top model* del cuerpo! Veo que el verano no te ha rebajado ni un ápice tu humor negro.

Arnau, un agente que llevaba escasos meses en la primera línea de investigación, empezó a palidecer y marearse, por lo que salió disparado con la excusa de que las croquetas que acababa de comer estaban en mal estado y necesitaba ir al lavabo.

—Bueno, Aldana, cuéntame cosas, pero con delicadeza, que no quiero que el otro polluelo sature los sanitarios. —Sus ojos se clavaron en los de González.

—Por lo que veo, no has cambiado. Así, por encima, a la espera de resultados toxicológicos...

—Perdona que te interrumpa, Aldana, ¿habéis comprobado el estado dental de nuestro regalito?

—¿Por quién me has tomado? Es lo primero que hago siempre, después de observar las lesiones externas, claro.

—El muchacho que susurra a los lavabos me había prometido que se encargaría él de preguntarlo, ¡tendré que darle un cachete, por mentiroso! Perdona, continúa...

—No sé cómo te siguen hablando, Carles. En fin, como trataba de decirte, así por encima, hay cosas que te pueden interesar. No sé si sospecháis de alguien o vienes buscando alguna referencia.

—Bueno, ayer mismo, tras bajar de ver el cuerpo en Collserola, me vino a la cabeza una chica sudamericana de 32 años desaparecida desde este 15 de julio. En la declaración de su compañera de piso dice que le faltaba una pieza dentaria, una muela, perdón, el primer premolar superior izquierdo. Tenemos su informe odontológico —afirmó ojeando unas anotaciones—. Además, al parecer solía llevar las uñas largas y pintadas de manera extravagante. Ningún tatuaje, ni cicatriz, al menos que ella supiera. ¡Ah!, y una cadena con la foto de dos niños.

—Pues creo que has dado en la diana —exclamó el forense mientras le enseñaba la arcada dental—. La pieza dentaria que faltaba en tu descripción también la echamos de menos en esta víctima. Además, se trata de una mujer de entre 30 y 40 años. Con el tema de las uñas, no quedaría tan claro, porque las tiene destrozadas y no es

de estar enterrada. A pesar de todo, alguna sí le queda algo más larga, lo que hace pensar que el resto estarían igual. También he apreciado restos de pintura de uñas que podría cuadrar con lo que tú has descrito como extravagante. Ninguna característica externa a destacar, y sobre el collar no hace falta comentar nada más. Cuando contraste la información te digo algo.

—¿Sabemos de qué ha fallecido?

—A falta de algunos resultados, yo diría que la causa principal es esta contusión a nivel frontotemporal derecho que le produjo una fractura craneal. Por la forma de la lesión, el objeto que se lo produjo no era romo ni punzante, sino que debía de tener forma esquinada. Puede haber diferentes cosas que lo produzcan, pero algo muy típico es el borde de una mesa u otro mueble, o bien un escalón. Esta mujer lleva aproximadamente dos meses muerta, no me cuadra con la fecha de desaparición, a no ser que estuviera viva durante un mes, luego falleciese y, por algún motivo, alguien la enterrara allí arriba.

—Sí —respondió el inspector—, cuadraría con un secuestro. ¡Al fin algo de luz en el camino! Muchas gracias, Aldana, estamos en contacto.

—Lo que necesites, ya sabes dónde encontrarme. Por cierto, se me olvidaba, ya estaba muerta probablemente un buen rato antes de ser enterrada, supongo que cualquier detalle es importante.

—Lo es, y gracias de nuevo. Ya hablamos. González, vamos a ver si queda algo de Arnau y luego localizas a la compañera de piso de Janet, hay que enseñarle algunas fotos por si al menos reconoce la ropa y el collar.

Una semana después, el informe pericial forense estaba sobre la mesa del inspector. El estudio confirmaba que el cuerpo semienterrado se correspondía con Janet, aunque eso ya lo daba por hecho, sobre todo tras afirmar su compañera, días atrás, que la ropa de la foto y la cadena eran suyas. La causa de la muerte, como bien había diagnosticado el Dr. Aldana, se debía a un traumatismo craneoencefálico grave con fractura frontotemporal derecha. El informe iba acompañado de infinidad de datos descriptivos que para Carles, en ese momento, no eran más que adornos. También observó que la víctima presentaba una fractura tibial desplazada en el tercio proximal del miembro inferior derecho, previa a la lesión craneal, que perfectamente podría narrar la historia.

«Veamos, el tipo de fractura en la cabeza podría corresponderse con la contusión sobre el borde de unas escaleras», comenzó a discurrir el inspector. «La lesión en la pierna y su ubicación exacta podrían indicar que cayó subiendo, con más probabilidad que bajando, unas escaleras. Sigamos divagando... Intentó huir de un habitáculo que podía ser un sótano y, al subir las escaleras, alguien intentó evitarlo. Al hilo del argumento, ese alguien debió de entrar antes en la habitación donde estaba Janet, y esta, aprovechando algún descuido del malnacido, salió corriendo escaleras arriba. Debió de caer en varias ocasiones, una en la que se rompió la tibia, que le produciría dolor e inestabilidad, y luego, como mínimo, una segunda, en la que se fracturó el cráneo, lo que le provocó la muerte. Es solo una teoría improvisada, pero para empezar... no está mal.

En fin, alguien va a pasar el mal trago de notificárselo a sus seres queridos. A mí me toca ahora ir a hablar con el Dr. Aldana».

31

Barcelona, 22 de octubre de 2002

—Buenos días, Carles. Hace mucho tiempo que no me llamas, así que intuyo que no debe de ser para invitarme a cenar —dijo Sofía con desconfianza.

—Buenos días para ti también, doctora. Me temo que estás casi en lo cierto.

—¿Qué quieres decir con lo de «casi»?

—Muy sencillo, que no descarto cenar contigo, siempre y cuando te apetezca después de lo que tengo que contarte. Pero preferiría quedar a tomar un café y hablarlo en persona, si no te importa.

—Sabes que nunca rechazaría tomar un café con un amigo, pero me gustaría que me adelantaras algo. No puedes pretender dejarme con esta incógnita.

—¿Eso es lo que soy?, ¿un amigo? —Carles había olvidado por un segundo el verdadero motivo de su llamada y adoptó una actitud seductora.

—Teniendo en cuenta lo que hubo entre nosotros, te he ascendido de categoría, así que no te quejes.

—¡*Touché*, doctora! Solo quería ser cordial, pero mejor no sigo jugando, no vaya a ser que alguien me rompa el corazón.

—¡Mira que eres tonto! Está bien, tengo la tarde libre, así que cuando a ti te vaya bien. Pero, insisto, ¿seguro que no puedes adelantarme algo?

—No, así me aseguro de que te veo. ¿A las seis en la cafetería de la última vez?

—Por mí perfecto, pero tendrás que hacerme memoria, no recuerdo a qué cafetería te refieres.

—La que tiene sifones por lámparas y libros hasta en el techo. ¿Estás segura de que con esa memoria te acuerdas de con quién estás

hablando?

—Sí, eres el mismo engreído de siempre, ¿ves como sí me acuerdo de lo importante?

—De nuevo, *touché*. Hasta dentro de dos horas, *mademoiselle*.

Sofía se debatía entre el deseo de ir para saciar la curiosidad de lo que tenía que contarle y el rechazo a reavivar unos rescoldos que creía apagados. No es que considerara que un rato de pasión fuera algo negativo, en absoluto, pero requería tener las ideas claras para no confundir conceptos, y en esos momentos lo último que le apetecía era introducir un factor más de inestabilidad.

Se puso ropa cómoda y, ya que habían quedado en el centro, aprovecharía para hacer unas compras que tenía pendientes mientras hacía tiempo. Llegaría unos minutos tarde. Pensaba que era mejor hacerse de rogar.

—Hola, Carles, siento el retraso. Me han surgido unos asuntos de última hora.

—No te preocupes, lo contrario me habría extrañado. ¿Lo de siempre? —preguntó el inspector mientras la miraba con detenimiento —. Por cierto, tus ojos azules siguen brillando con la misma intensidad.

—Veo que sigues usando los mismos recursos. Y sí, lo de siempre, gracias.

Carles había llegado temprano con la intención de coger una mesa lo más apartada posible. Conocía el local y sabía que la del fondo solía ser la última en ocuparse por ser la menos acogedora, pero a cambio brindaba algo más de intimidad.

—¡Venga, señor policía, desembuche cuanto antes!

—Está bien, sin rodeos. Es referido a todo aquello que me contaste en la comisaría. Me hablaste de aquel individuo que te pagó por quedar con tu profesor...

—Perdona, pero no es mi profesor; de hecho, hace dos meses que no lo veo, precisamente desde aquella vez que fui a hablar contigo a tu comisaría.

—Disculpa, no pretendía enfadarte. Como te decía, aquel individuo te pagó para que quedaras con él y suponemos que con su nieto, con la intención de apartarlos de su casa y asegurarse un tiempo para

poder entrar en ella. Esto es solo una conjetura, ya que, según él mismo, no echó nada en falta y solo algunas cosas estaban movidas de sitio, pero no interpuso denuncia alguna. Sigo recordando que el mismo tipo debió de robar *a posteriori* el maletín de Oriol y esta coincidencia nos hace pensar que es muy probable que sí entrara en su domicilio y que, efectivamente, buscara algo que pertenecía al catedrático.

—Todo eso está muy bien —puntualizó Sofía—, pero hasta ahora no hay nada nuevo.

—Tranquila, doctora, ahora viene la parte más delicada y por la que te he hecho venir, pero antes necesitaba un croquis de la situación.

—Disculpa, Carles, y sigue, por favor, es que reconozco que estoy muy nerviosa.

—¿Aún te sigo poniendo nerviosa? No importa, era una pregunta retórica. Como te iba diciendo, a estos dos factores hay que sumarles un tercero: la desaparición de la mujer de la limpieza que trabajaba, qué casualidad, en el mismo edificio que Oriol y a la que supuestamente sustituyó la misma persona de los dos factores anteriores. La cuestión es que hace escasos días se encontró en un bosque un cuerpo semienterrado de mujer con un fuerte golpe en la cabeza y hemos confirmado que se trata de Janet, la famosa mujer de la limpieza.

Las palabras del inspector penetraron en la cabeza de Sofía como un trueno inesperado y, por unos instantes, creyó sentirse inmersa en la nebulosa de una pesadilla. No lograba comprender por qué se sentía tan afectada. No tenía nada que ver con aquello, pero hurgaba en la vergüenza que le provocaba haber tenido cualquier tipo de relación con ese individuo.

—¿Estás bien, Sofía? ¿Quieres que te pida algo de agua o un refresco?

—No, no te preocupes, o sí, quizá un poco de agua me sentará bien.

—Tengo la sensación de que de alguna manera te sientes culpable, pero puedo asegurarte que nadie va a pensar eso jamás.

—Lo sé, Carles, pero no puedo evitar sentirme sucia por haber aceptado dinero de ese engendro, aunque yo no pudiera ni imaginar sus verdaderos propósitos. Y siento que esto me separa aún más de esa familia a la que tanto he llegado a apreciar. Me da igual lo que pienses, pero los aprecio y me han hecho sentir una estabilidad que no

recordaba, aunque todo haya transcurrido tan rápido.

—Para empezar, te doy la razón, da igual lo que yo o cualquier otra persona podamos pensar. Es tu vida, y solo tú puedes decidir por qué camino dirigirla. Además, si te sirve de consuelo, te entiendo, reconozco que hay cosas que me he perdido, pero te entiendo.

—Gracias, Carles, en el fondo siempre he sabido que detrás de esa fachada que aparenta estar por encima de todo hay una persona con gran corazón, y me atrevería a decir que insegura y frágil, pero nunca nos dimos la oportunidad de conocernos más a fondo.

—Bueno, doctora, de alguna manera a fondo sí, pero desde un ángulo más carnal... ¡Y qué ángulos!

—Definitivamente eres tonto, eso sí que lo conozco bien. — Ambos rieron, relajando la tensión.

—Lo que no entiendo, Carles, es por qué me has contado todo esto. ¿No es algo secreto? Quiero decir, oficial.

La sonrisa del inspector desplegó todo su atractivo.

—Bueno, en cierto modo lo es, pero tú me aportaste información y yo le añado alguna cosa más, digamos que es una especie de pacto. Y si de paso logro despertar algo que puedas recordar y que me sirva para la investigación, mejor que mejor.

—¿Sabéis algo de ese tipo?, ¿lo habéis cogido?

—No, por desgracia todavía vamos un poco perdidos. La verdad es que estamos bloqueados, ese tío es muy bueno, pero no debes preocuparte por nada, lo que necesitaba de ti ya lo consiguió y no se arriesgará a exponerse otra vez.

—Bueno, en cierto modo me consuela, pero no es exactamente miedo lo que siento, es más bien repugnancia. ¿Cómo puede haber...?

—¿Gente como esa, sin escrúpulos? —interrumpió Carles—. El mundo está lleno, a veces pienso que solo existe eso, pero luego recuerdo en qué trabajo y mejoro mis expectativas.

—Supongo que volverás a hablar con Oriol, si es que no lo has hecho ya.

—Cierto. Tenía pensado llamarlo después de hablar contigo. ¿Quieres que le dé recuerdos?

—No, más bien quiero todo lo contrario, es decir, que no le digas nada. Soy consciente de que tiene derecho a saber lo que ha ocurrido, pero debo ser yo quien se lo cuente. Es lo mínimo que puedo hacer, pero aún no me siento preparada para perderlos definitivamente.

—Está bien, de todas formas no pensaba decirle nada, pero si quieres superarlo te recomendaría que lo hicieses cuanto antes, tarde

o temprano lo va a saber.

Sofía asintió con la cabeza.

—¿Quieres que vayamos a dar un paseo y luego a cenar? —preguntó el inspector—. Te prometo que la última copa será en un bar.

—Te lo agradezco mucho, pero creo que ahora necesito ir a correr y reflexionar. Otra vez será.

—¡Tenía que intentarlo! Y, cambiando de tema...

32

Barcelona, 25 de octubre de 2002

Después de hablar con Sofía, Carles se mostraba decaído. Había perdido la oportunidad de conocer a una mujer realmente especial. Justo cuando se sentía más preparado para quitarse su coraza y abrirle su corazón, ella se encontraba más distante que nunca. Era un luchador y no perdería la esperanza, pero era consciente de que las batallas de los sentimientos se rigen por sus propias reglas, imposibles de controlar.

Todo eso formaba parte del mundo de los deseos y él seguía teniendo entre manos una realidad, un caso que le estaba quitando el sueño y se había convertido en algo casi personal. Un asesino suelto les estaba tomando el pelo con muchos kilómetros de ventaja. Cada línea de investigación se había topado con un muro infranqueable. Ese malnacido lo tenía todo medido y no dejaba nada a su suerte, aunque sabía que todo el mundo descuida alguna fisura por la que penetra el agua que acaba reventando la pared. Hubo un detalle que le hizo llegar a pensar que sería fácil pescarlo; dos testigos habían visto su tatuaje, y eso denotaba, o bien dejadez, o bien un exceso de confianza, es decir, su final. Sin embargo, tres meses después era él quien perdía la partida de ajedrez, aunque le ayudaba pensar que seguía manteniendo a su reina.

Todo ello exasperaba su ego. No tenía tiempo que perder, creía que el profesor callaba algo e iba a averiguar el qué.

—Buenos días, profesor Oriol, soy el inspector Carles, supongo que se acuerda de mí. ¿Es un buen momento para hablar?

—Buenos días, inspector, por supuesto que me acuerdo de usted, como para no hacerlo. ¿En qué puedo ayudarle?

—No me andaré con rodeos, hay algunas circunstancias que han cambiado y necesito que volvamos a vernos.

—¿Debería ir con algún abogado? —dejó caer con ironía.

—Puede venir con quien quiera, pero no está acusado de nada. Solo quiero volver a hablar con usted y ver si somos capaces de desbloquear el caso. Estoy seguro de que hay algo importante que se nos está pasando por alto.

—Por mi parte, estaré encantado en ayudar lo que pueda, pero, aunque esté jubilado, mi disponibilidad se ve limitada por los horarios de mi nieto.

—Lo entiendo perfectamente y estoy dispuesto a adaptarme. Soy consciente de que usted está ahora viviendo en Tarragona, pero ¿sería posible venir esta tarde después de que su nieto saliese de clase?

—¿Sería mucho pedirle si quedamos mañana por la mañana, inspector? Tengo malas experiencias con las prisas y de esta manera estaríamos más relajados, aunque tendré que acudir con Eduard, mi nieto, no sé si eso será un inconveniente.

—En absoluto, podremos dejarlo en compañía de alguien mientras usted y yo jugamos a policías. A las diez en la comisaría de Vía Layetana, ¿es buena hora para usted, profesor?

—Es una hora perfecta, allí estaremos.

Oriol era un amante de la puntualidad, así que medio arrastrando a Edu llegó a su cita a la hora acordada. Como era de suponer, el inspector los estaba esperando y fueron llevados directamente a su despacho, aunque ya conocían el camino.

—Hola, Edu, ¿cómo te va todo? —dijo Carles con una sonrisa espontánea—. ¿El primer mes de clases ha ido bien?

—Muy bien, inspector, gracias por preguntar, aunque creo que en clase todo el mundo me trata mejor que antes por el accidente y eso no me termina de gustar.

—Si te tratan bien es porque te lo mereces, estoy seguro — aseveró con empatía—. Aunque te entiendo, chaval, te gusta que te traten por lo que eres y no por pena, de esta manera sabes dónde estás y a qué atenerte.

—Sí, más o menos es eso. —Tras una pausa, añadió—: Imagino que me toca hacer otra visita a la comisaría, ¿me va a acompañar otra vez González?

—Buena memoria, pero me temo que no, hoy tiene el día libre. Te prometo que Eva, la agente que irá contigo, es encantadora.

—Me parece bien, por mí cuando su compañera quiera...

Una vez solos, el inspector Rives invitó al profesor a sentarse en una de las sillas que estaban enfrente de la mesa.

—Parece un gran muchacho y muy inteligente.

—No sabe usted cuánto, inspector, es usted muy amable. Bueno, ¿cuál es la novedad que quería contarme?

—Iré al grano. Janet, la trabajadora de la limpieza de su lugar de trabajo, ha aparecido muerta en un bosque de los alrededores. Teniendo en cuenta que tenía el cráneo fracturado y que estaba enterrada, envuelta en una sábana, pensamos que no fue ella misma la que se cubrió de tierra.

«¡Qué poco le ha durado la cordialidad a este hombre!». Oriol recapacitó, aterrado por la noticia que acababa de recibir.

—Pero ¿qué enemigos podía tener esa mujer? Era un pedazo de pan que no se metía con nadie.

—Creo que usted y yo debemos hablar en profundidad, así que empezaré yo haciéndole un resumen. Le explico. Tenemos un señor muy malo, que aparentemente busca algo de usted. Supongo que no conoce muy bien de qué va este mundillo, pero este tipo es un delincuente profesional, y muy bueno, por cierto. Esta gente tiene un caché muy elevado y, como usted comprenderá, suelen contratarlos personas muy adineradas que no se jugarían su dinero y su estatus si no hubiera algo muy interesante por medio. Está claro que a este hijo de puta le ha contratado alguien para que obtenga algo de usted, algo que debe de tener un gran valor, y dudo mucho que sea sentimental, algo que hasta el momento usted no me ha querido contar.

—Le aseguro que...

—Espere, por favor, déjeme acabar. Hemos hecho un puzle con las características que diferentes testigos nos han descrito de ese tipo, incluyendo las suyas, profesor. Tenemos un malparido de aproximadamente metro noventa y unos treinta o treinta y cinco años, que habla español con acento germano y que luce un precioso tatuaje a todo color, posiblemente la bandera alemana, en su muñeca izquierda. Y hasta aquí puedo leer, porque entre otras cosas tiene una gran habilidad para enmascararse, disfrazarse, maquillarse o como usted prefiera. Imposible de identificar, por el momento, porque este indeseable también lleva consigo documentos de identidad falsos; un trabajo especialmente fino que solo gente muy profesional puede realizar y que solo trabajaría para gente de su calibre.

»Este tipo debía de estar muy desesperado para exponerse a ser visto, tanto por las personas que le contrataron como personal de

limpieza como por sus compañeros de la facultad, y eso verdaderamente me tiene descolocado. Teniendo en cuenta que, literalmente, pagó por poder limpiar en su facultad, debía de necesitar fervientemente esa tapadera para buscar algo que, vuelvo a insistir, le pertenece.

»Digo esto porque no tendría sentido que la persona que se la juega para buscar algo donde usted trabaja sea el mismo individuo que le robó el maletín, arriesgándose a exponerse otra vez y actuando como un vulgar delincuente, aunque, bien pensado, quizá pretendía confundirnos con esto. Ahora sí, ¿hay algo que quiera contarme y que quizá olvidó la última vez, profesor?

—Lo único que puedo decirle es que no salgo de mi asombro. Le doy mi palabra de que no tengo ni idea de qué puedo tener yo tan valioso como para que alguien sea capaz de montar toda esta parafernalia y, lo que es peor, de matar. Puede mirar mis cuentas bancarias, le aseguro que no encontrará ninguna cifra interesante. Lo más valioso que tengo, económicamente hablando, es mi casa, pero dudo que alguien pretenda llevársela.

—Al hilo de lo que acaba de decir —prosiguió Carles—, estoy convencido de que debe de ser algo de un tamaño relativamente pequeño; sentido común... Si ese alguien le robó su maletín es porque pensaba que esa *joyita* podía estar dentro, por tanto, muy grande no debe de ser. Por otro lado, debía de estar convencido de que eso tan extraño que desconocemos no podía encontrarse en una caja de seguridad de algún banco, sino que más bien es algo que usted lleva consigo o, al menos, está cercano a su ámbito de movimiento. Otra pregunta, profesor, ¿desde que le robó el maletín le ha vuelto a molestar o le ha dado la sensación de que, digamos, le sigue alguien?

—No, déjeme pensar... no. También puede ser que al marcharme a vivir a Tarragona le haya despistado, pero tengo la impresión de que esta apreciación es una sandez.

—Tiene razón, lo es. Esta gente no para hasta que consigue lo que quiere, esté donde esté, y si no le ha vuelto a molestar es porque la clave de todo estaba en ese maletín. Señor Oriol, quiero creerlo, quiero pensar que me está diciendo la verdad, pero necesito que me ayude y reflexione sobre qué podía haber en su interior para que un mercenario profesional se dé por satisfecho. Si sabemos esto, podríamos llegar a saber a quién puede interesarle como para contratarlo. Es la única vía que se me ocurre para tener una línea de investigación. Supongo que podría tratarse de algún documento

sumamente importante, porque no creo que llevara en su interior los diamantes de la corona.

—Inspector, me temo que sigo sin saber de qué puede tratarse, pero sí puedo asegurarle que cada vez estoy más confundido. Ya no sé qué más decirle. —Se sentía incómodo con la situación, parecía que él tenía la clave de todo y no era capaz de dar una respuesta.

—Como le he dicho, quiero creerlo, pero me lo está poniendo difícil. Supongo que por hoy ya hemos terminado. Doy por hecho que, si de golpe tiene una visión divina, se pondrá inmediatamente en contacto conmigo antes que con su santidad.

—Se lo aseguro. Por cierto, ¿cómo se llama? —Su tono se mostró extrañamente calmado.

—Disculpe, profesor, creo que no le he entendido, ¿cómo se llama quién?

—Pues no tengo muy claro si hablo de su hijo, hija o quizá tiene más de uno.

—Pero ¿cómo demonios...? ¿Quién le ha dicho a usted...? —Por unos segundos se sintió noqueado, como si el campeón mundial de los pesos pesados le hubiera asestado el golpe definitivo—. ¡Exijo que me dé una explicación!

—Le prometo que no pretendía hacerle daño, de repente me he sentido invadido por un sentimiento paternal. Verá, me he fijado en cómo ha mirado a Edu y en el cariño que ha mostrado cuando ha hablado con él. Sus ojos brillaban y por unos instantes se ha sentido relajado. Esa mirada solo se ve en alguien que es padre y que tiene en mente lo más preciado en su vida, sus hijos.

»Quiero que me perdone si le digo que siempre parece tenso, adoptando una actitud prepotente y en muchas ocasiones irrespetuosa, lo que me hace pensar que no tiene cerca a sus hijos para sentir esa calma que antes he apreciado. Debe de ser precisamente su ausencia lo que le obliga a protegerse a sí mismo con esa máscara. A mí no me engaña, sé que detrás de todo eso hay una buena persona, además de un buen profesional. Me da la impresión de que hace mucho que no ve a sus hijos y está sufriendo mucho.

»Le vuelvo a asegurar que no quería hacerle daño, solo me he visto reflejado. Los últimos años con mi hijo no fueron idílicos por desavenencias que ahora parecen tener menos sentido del que entonces tenían, pero ya es tarde. No cometa mi error, no se lo perdonaría jamás. —Con los ojos humedecidos, se despidió—. Le prometo que si se me ocurre algo se lo comunicaré enseguida. ¡Que

tenga un buen día, inspector!

—¡Lucía y Marc! —gritó Carles lo suficientemente alto como para que pudiera oírle desde el umbral de la puerta.

—¿Cómo dice?

—Mis hijos se llaman Lucía y Marc y, por circunstancias que no vienen a cuento, apenas los veo desde que su madre se los llevó a Madrid hace unos cuantos años. ¡Que tenga un buen día usted también, profesor!...

33

Febrero de 2003

Habían transcurrido ocho años y medio desde que Marlene y Pablo salieron precipitadamente de Alemania. Su hija tenía ya nueve años recién cumplidos. Era una niña feliz que había crecido entre juegos, risas y preocupaciones propias de la edad, a las que había de sumar los intentos de boicot de algunos compañeros por el mero hecho de ser, pese a su reticencia, más inteligente que ellos. Empezó a leer muy precozmente y su mayor afición era la lectura de libros impropios de su edad. Para su reciente cumpleaños había pedido un libro de Miguel Delibes, que, según le había oído decir a alguien, era muy entrañable. También había desarrollado una agudizada habilidad para mantener a todos a raya. Cualquiera que intentase ridiculizarla recibía tres frascos de la misma medicina, así que pocos se atrevían ya, a esas alturas, a intimidarla. Marlene siempre le hablaba en alemán, lengua que aprendió a hablar, incluso a escribir, antes que la de su padre.

Físicamente era un fiel reflejo de su madre, una niña con una belleza natural que había llamado la atención a alguna agencia de modelos infantil para usarla como imagen, con la negativa rotunda de sus padres.

Marlene arrastraba una tristeza cronificada, a pesar de sus esfuerzos por aparentar lo contrario. Nunca quiso ninguna ayuda profesional y ni siquiera su marido pudo convencerla. Desde el primer momento tomó la decisión de enterrar su pasado, pero con una fragilidad que lo hacía reaparecer cada vez que el viento soplaba de lado, y una y otra vez se veía obligada a cubrirlo de nuevo con la esperanza de que esta vez quedara firme. A pesar de todo, pasaba grandes temporadas de aparente tranquilidad emocional o, por lo menos, lo aparentaba a la

perfección. Ver crecer a su hija feliz, rodeada de cariño, era su mayor recompensa al sacrificio de callar y seguir luchando.

Aún recordaba la carta que Alfred le envió a través de Irenka y que esta debió de dejarle en su bolso entre las lágrimas y los abrazos de despedida. No la descubrió hasta llegar a casa. Decidió destruirla sin leerla, pero se lo impidió ese demonio interior que siempre la acompañaría. La abrió días después, una vez instalada en su nuevo hogar. En un momento en el que se encontraba sola, invadida por un torrente de dudas y con las manos temblorosas, la leyó.

La carta, como ya indicaba el sobre, estaba escrita de puño y letra por el malnacido que se creyó con el derecho de invadir para siempre su alma, abusando un breve espacio de tiempo de su cuerpo. En dos escasos párrafos, pedía disculpas por cómo había transcurrido todo, por haberla tratado indebidamente.

—¿Indebidamente? ¿Violar a alguien y repudiar a una hija es tratar indebidamente? —exclamó entre unas lágrimas que ya no dejaron de brotar. También sentía no haber conocido a su hija, a la hija que tenían en común, y, sin suplicarle, le daba a entender que le abría sus puertas para volver, aunque no especificaba en qué condiciones.

Tras leer la carta, con rabia contenida se limitó a hacer con ella una bola de papel que lanzó a la basura, camuflándola con los restos de la comida de varios días.

Estaba convencida de que el mayor dolor provenía del rechazo a su hija, pero volvió a sonreír una vez se convenció de que era mejor que ella nunca llegara a conocer a ese monstruo.

Con el tiempo, el afecto que sentía por Pablo se convirtió en cariño, y este en admiración, y empezó a descubrir que podía llegar a sentir deseo por ese hombre que tenía la bondad por bandera.

Intentaron tener un hijo, pero, para pesadumbre de los dos, este no llegó. Con el único fin de proteger a su hija, nunca le dijo a Pablo quién era el verdadero padre. Solo lo sabía Irenka, aquella amiga polaca que también quedó enterrada en su pasado.

Con gran esfuerzo habían montado su propio negocio. Habían invertido en él todo su dinero, pero, sin duda, había merecido la pena. Les permitía vivir sin lujos, pero sin carencias, con dignidad y la cabeza muy alta. A ojos de otras personas podía ser algo

insignificante, pero para ambos era su imperio. Por fin empezaba a sentir lo que era ser feliz. Había aprendido a mirar la vida desde otro ángulo, a apreciar la infinidad de pequeñas cosas que te brinda cada día. Estaba convencida de que no existía una fórmula para la felicidad, pero lo más cercano a ella estaba en esas pequeñas cosas... Cuantas más supieras apreciar, más sentirías que la acariciabas desde el interior. Su hija crecía sana y feliz, así que estaba consiguiendo la misión más importante de su vida. Con el tiempo, había adoptado otro objetivo, más simple pero complicado en su ejecución: despertarse y sonreír al nuevo día. Lo que ella expresara al mundo sería lo que el mundo recogería de ella.

Cuando la vida le brindaba una estabilidad real, la que siempre aparentó tener, los síntomas empezaron a aparecer. Primero, unos dolores abdominales y la pérdida de apetito, y poco a poco llegaron las náuseas, los vómitos, los ojos amarillentos... Un extraño cáncer de páncreas se convirtió en el nuevo y breve protagonista de su vida, su capítulo final.

34

Tarragona, 15 de marzo de 2003

Oriol se llevó una grata sorpresa al ver en la pantalla de su móvil la llamada de Sofía.

—¡Buenos días, señorita, me alegra mucho oír su voz! Es una buena manera de empezar la mañana. —No quería adoptar una postura defensiva. Había llegado a enfadarse meses atrás, pero prefirió dejarlo pasar. Tras varias negativas para quedar por parte de ella, sorteadas con una diplomacia forzada, tomó la decisión de no volver a intentarlo más. Edu y él se sentían a gusto con su presencia, pero eso no les daba ningún derecho a presionarla.

—¡Buenos días, Oriol, cuánto tiempo! —Fue una afirmación retórica que el profesor prefirió obviar—. La verdad es que hace mucho que quería llamarte, pero el trabajo, el día a día, mil cosas, ya sabes. Bueno, no, no sabes, no hace falta mentir, que no tenemos quince años. Soy consciente de que hace por lo menos seis meses que no nos hemos visto y que he esquivado todas tus amables propuestas. Aunque no te lo creas, me muero de ganas de veros, créeme cuando te lo digo.

—¿Entonces? —preguntó Oriol mordiéndose el labio inferior.

—Entiendo que estés enfadado, pero...

—No estoy enfadado, por lo menos ya no —interrumpió Oriol—. Reconozco que lo estuve, pero luego entendí que no nos debemos nada, que ya somos mayorcitos y que estás en tu perfecto derecho de salir de nuestras vidas cuando tú quieras. Además, para ser objetivos, apenas nos conocemos, así que no tienes por qué dar explicaciones.

—Es que no es eso —continuó Sofía—. Os echo mucho de menos a los dos. Con vosotros he revivido un bienestar que creía perdido, a pesar, como tú bien dices, del poco tiempo que hace que nos conocemos. Necesito hablar contigo sin Edu delante — exclamó con la

voz rota.

—Sofía, ¿qué te pasa? Me estás preocupando.

—Dame unos segundos, por favor —suplicó Sofía, alargando el silencio hasta crear un ambiente incómodo. Cuando Oriol se disponía a quebrantarlo, de nuevo prosiguió.

—Verás, hice algo de lo que me arrepiento, algo que no os merecéis y que no me perdonaré jamás.

—Dios mío, Sofía, ¿has quemado nuestro edificio con todos los vecinos dentro?

—No seas tonto —rio por primera vez desde que había comenzado la conversación—, sabes que por lo menos sacaría antes a la ancianita de tu vecina. No es tan dramático, pero os afecta y, aunque te doy mi palabra de que yo no era consciente cuando lo hice, sí que me siento avergonzada, y por eso os he evitado a pesar de que me moría de ganas de veros.

—Bueno, si no hay muertos, hay solución. —Sofía palideció tras el comentario. Aunque no tenía ninguna relación con el asesinato de Janet, de alguna manera sí lo tenía con su presunto autor—. Pues tú dirás, soy todo oídos.

—Creo que sería mejor que nos viéramos en persona. Por mi parte, no me importa ir a Tarragona hoy mismo, si no tienes otros planes, claro está.

—Por mí, ningún problema, ven si quieres a comer a casa con nosotros y así por la tarde podemos charlar con calma mientras Edu hace otras cosas. Se alegrará mucho de verte. Además, hoy es sábado y la casa es muy grande, así que si quieres puedes quedarte a dormir.

—Acepto la comida, pero lo de dormir serás tú mismo quien me lo tenga que volver a proponer cuando acabemos de hablar.

—Empiezas a darme miedo, Sofía.

—Eso es lo que me fastidia, que sin pretenderlo doy miedo, y no sé si llegarás a perdonarme o, por lo menos, a creerme.

Poco antes de la una del mediodía, Sofía llamaba a la puerta de los Rosselló. Lo primero que oyó fueron los pasos a la carrera de alguien que se acercaba y, por la agilidad que aparentaba, no podía ser otro que Edu. Nada más abrir, el muchacho se abalanzó sobre ella con un abrazo que casi le deja sin respiración. Su emotiva sinceridad siguió con un beso en la mejilla que tardaría en olvidar.

—Edu, cariño, ¿cómo estás? Veo que en dos días vas a pasar a tu

abuelo en altura.

—Sí, pero eso no es difícil, cada vez encoge más. —Riéndose, los dos caminaron hacia la puerta de la casa, atravesando el jardín que separaba el muro de piedra de la entrada.

—¿Cómo va el curso? —prosiguió Sofía con su interrogatorio.

—No me puedo quejar, aprendo y me lo paso bien, aunque ya tengo ganas de que empiece el siguiente, así estaré más cerca de la universidad.

—Eso está muy bien, pero no tengas prisa por crecer, que luego no hay manera de retroceder. —La doctora miró a su alrededor y continúo hablando con Edu—: ¿Esta mansión es tu casa? Es realmente preciosa.

—Muchas gracias, pues te gustará más cuando veas el jardín de atrás.

Asomándose a la puerta estaba Oriol, con un delantal y una sonrisa que reflejaba su satisfacción por volverla a ver. Se fundieron en un sentido abrazo y, al separarse, sus miradas se cruzaron por un segundo y pudieron sentir la respiración del otro, suficiente para que el *avi* abandonara definitivamente su enfado.

La comida transcurrió como si los últimos seis meses nunca hubiesen existido. La complicidad entre los tres era patente, y Sofía volvía a sentirse viva. Por un rato había olvidado el motivo por el que se encontraba allí y temía que tuviera que irse con la cabeza agachada, perdiendo para siempre esa fuente de calor, algo que no podría reprochar.

—Y, para finalizar, los postres —dijo Oriol—. El destartalado bizcocho que Edu ha intentado hacer.

—¡Eso es mentira, *avi*! Has sido tú el que te has empeñado en hacerlo.

—... Y el maravilloso pastel con el que nos ha obsequiado la doctora.

—No te preocupes, Edu, ya sé que el *avi* es un poco torpe para según qué cosas.

—Disculpad ambos, no sé si os acordáis de que aún estoy aquí y, a pesar de mis años, todavía os oigo.

Después de una sobremesa cargada de muchas bromas, alguna anécdota y ningún rencor, Oriol invitó a Edu a continuar con el puzle que había empezado en el garaje mientras Sofía y él se tomaban un

café y hablaban de sus cosas. Sin que hiciese falta explicarle nada, entendió que era momento de dejarlos solos. La baja temperatura y la intensa humedad que penetraba hasta el interior no invitaban a una velada en el jardín, así que el salón sería igualmente un lugar idóneo.

Acomodados en el sofá con el idílico escenario del mar Mediterráneo a través de los ventanales, Oriol intentó crear un ambiente lo más relajado posible para que ella pudiera sentirse más segura. Hicieron el resto el aroma del café recién hecho y la sensación de hogar de la leña consumiéndose por el fuego en la chimenea.

—No sé por dónde empezar, pero sí que debo hacerlo.

—No tenemos prisa, ni tienes la obligación de hacerlo hoy.

Tras unos segundos en los que cogió aire como si fuera a sumergirse bajo el agua, Sofía comenzó.

—La noche del accidente de tu hijo y tu nuera, hubo algo que atravesó la sólida barrera con la que suelo afrontar mi día a día profesional, sin la cual no podría ejercer. No puedo explicar por qué, pero sí que sentí la necesidad de saber cómo os encontrabais, de ahí que te llamara al día siguiente. Pasados unos días, no dejaba de pensar en vosotros y, aunque quizá no sea muy profesional dejarme llevar por los sentimientos, decidí volver a contactar. Justo antes de que lo hiciera, un individuo me llamó. No lo conocía de nada y jamás lo había visto. Llegó a convencerme de que era un antiguo amigo de tu familia, en especial tuyo, y que por desavenencias de la vida os habíais separado. Me explicó que era compañero de otro hospital y sabía lo del accidente y que lo estarías pasando muy mal. Me pidió que contactara con vosotros para ver cómo os encontrabais, lo cual ya pensaba hacer de antemano, pero insistió en que no lo hiciera por teléfono, sino de manera presencial. Me explicó que teníais pocos amigos y que agradeceríais cualquier apoyo directo de alguien. Pero lo peor de todo es que llegó a ofrecerme mucho dinero por hacerlo, y acepté.

La cara de Oriol reflejaba una mezcla de incredulidad y perplejidad, pero prefirió no hacer ningún comentario y dejar que continuase.

—No sé por qué lo hice, tengo una hipoteca con el banco, como todo el mundo, pero no lo necesito, digamos, para salvar mi vida. —Su llanto descontrolado hizo que Oriol la abrazara mientras acariciaba sus cabellos. Varios minutos después, cuando se hubo calmado, pudo continuar—. Como te decía, no entiendo por qué lo acepté. Siento que prostituí mis sentimientos. No había ningún problema en volveros a

llamar para ver cómo estabais, pero lo demás sobraba y me avergüenzo plenamente de ello. La cuestión es que el 17 de agosto, cuando nos encontramos en la Plaça Samsó, no fue exactamente casualidad. Es cierto que estaba con una amiga porque habíamos quedado, pero el hecho de que estuviéramos justo allí fue porque aquel tipo me avisó previamente. Lo que vino después ya lo conoces. Solo quiero que sepas que fue un placer cenar con vosotros, que de eso no me arrepentiré nunca, y que a partir de ahí entrasteis en mi corazón por mil motivos diferentes. Esto sí es verdad, Oriol, tienes que creerme. —De nuevo, las lágrimas se hicieron protagonistas durante varios minutos—. Sé que no es un consuelo y que no arregla nada, pero todo el dinero íntegro lo di a una ONG para el cuidado de los niños.

—La verdad es que no sé qué decirte —introdujo Oriol—. Ahora que lo dices, fue justo a la mañana siguiente cuando tuve la sensación de que habían entrado en mi casa, ¿crees que pudo tener relación o es simple casualidad?

—Creo, mejor dicho, estoy convencida de que sí ocurrió y de que no fue casualidad. Entenderás por qué cuando termine de contarte lo que quiero decirte.

—Soy todo oídos.

—No llegué a quedar con él, pero sí a verle de espaldas cuando me dejó el dinero en el casillero de mi trabajo. Entonces, pude fijarme en un par de detalles. —De nuevo, volvió a coger aire antes de soltar la bomba—. ¿Te suena si te digo que era un tipo alto y que tenía un tatuaje con los posibles colores de la bandera alemana en su muñeca izquierda?

—Si antes no sabía qué decirte, te aseguro que ahora mucho menos, excepto que no entiendo nada. ¿Qué demonios significa todo esto? No me entiendas mal, Sofía, creo que eres una víctima como nosotros y, aunque quizá no debías haber aceptado ese trato, comprendo que todos somos débiles y que cometemos fallos, y desde luego yo no soy una excepción.

—Entonces, ¿podrás perdonarme? —dijo Sofía mientras lo abrazaba apoyando su mejilla derecha en el hombro izquierdo del profesor.

—No tengo nada que perdonarte y, si hay algo en lo te hayas equivocado, tú ya te has castigado lo suficiente. Lo único que siento es que no me lo hayas explicado antes. Pero ¿por qué lloras ahora?

—No te preocupes, ahora es de alegría. Temí que no me

perdonaras y, aunque no hubiera tenido nada que reprochar, sí me habría dolido más de lo que puedas imaginarte. ¿Sabes una cosa, profesor? Eres una gran persona, y por muchos motivos siento que habéis entrado a formar parte de mi vida.

—Me alegra mucho oír eso. Y ahora que ya me lo has contado todo, volveré a realizar la pregunta de esta mañana; la casa es muy grande, ¿quieres quedarte a dormir? A Edu le hará mucha ilusión.

—¿Solo a Edu? —insinuó Sofía entre sonrisas.

—Bueno, quizá también a este jubilado renqueante.

35

Tarragona, 16 de marzo de 2003

Sofía se había levantado temprano con la intención de ver el amanecer desde los ventanales del comedor. A las 07:27 el sol comenzó a asomarse tímidamente por el horizonte para, minutos después, mostrarse en toda su magnitud, reflejando su fuerza en las calmadas aguas que el Mediterráneo brindaba esa mañana. El cotidiano espectáculo se convertía en hipnotizante desde aquel sofá, invitando a viajar al lugar más apasionante que pueda existir, el de la armonía con uno mismo. Cuando Sofía se hallaba inmersa en ese mundo de paz, la voz de Oriol la devolvió a la realidad, aunque, a diferencia de otros días, esa nueva realidad con la que se había levantado tenía mucho de relajante y armoniosa.

—Buenos días, Sofía, ¡qué madrugadora eres! —Salía con el cabello dudosamente bien peinado, oliendo a exceso de colonia y con signos de arrastrar todavía una profunda somnolencia—. ¿Qué hacías aquí tan sola?

—¡Buenos días, profesor! Dejarme llevar y, aunque suene extraño, por unos minutos no me he sentido menos sola en mi vida.

—Debe de ser la falta de café, pero no sé si te entiendo.

—Quiero decir que por un instante me he sentido perfectamente acompañada por un reflejo feliz de mí misma, hasta llegar a sentir que yo era esas dos personas que convivían en perfecta consonancia.

—¿Eso que has desayunado estaba en los armarios de la cocina? Lo digo por esconderlo de Edu y tomármelo yo en vez del café. —Los ojos del profesor seguían luchando por mantenerse abiertos y sabía que, si no quería hacer el ridículo, debía llenar su depósito de cafeína cuanto antes—. Y hablando de café, voy a preparar el desayuno, ¿qué prefieres tomar?

—Por mi parte, café, como tú, y tostadas, pero antes te

recomendaría que fueras a peinarte como Dios manda. —Oriol sintió que la risa de Sofía iluminaba el comedor más que cualquier rayo de sol.

—¿Cómo has dormido? —gritó desde la cocina.

—¡Como un ángel! No hay ruido de tráfico y el sonido del mar me ha resultado muy relajante.

La conversación había despertado a Edu, que entró corriendo al salón con una desbordante energía, dirigiéndose directamente a Sofía para darle un abrazo.

—Oye, Edu, ¿qué pasa con tu abuelo?, ¿no tiene derecho a otro abrazo? —sugirió el *avi*.

—¡Cuando te peines! —respondió tajante Edu, provocando un momentáneo silencio seguido de una sonora risa por parte de los tres.

Durante el desayuno, abuelo y nieto propusieron ideas para hacer ese día mientras Sofía ejercía de mera espectadora en la discusión intelectual que ambos mantenían para demostrar quién sabía más de la antigua Tarraco. Edu, tras mostrar amplios conocimientos en la materia, se erigió como justo vencedor, y sería él quien guiaría al resto por la antigua ciudad romana, Patrimonio de la Humanidad desde hacía algo más de dos años.

Camino de los monumentos, Eduard recordó que había una cuestión que hacía tiempo quería contarle al *avi* y se dio cuenta de que sería más familiar en presencia de Sofía. Además, de esta manera salvaría su prestigio como guía, ya que solo tenía argumentos a partir del inicio del itinerario marcado.

—*Avi*, una vez me dijiste que tu rincón preferido es el Parque Güell por todos los motivos que me contaste, pero creo que yo nunca te ha dicho cuál es el mío.

—Tienes razón, nunca has mencionado nada. Cuéntame, ¿cuál es ese lugar tan especial para ti?

—La Laguna Negra, en Soria. Esa mezcla de bosques entre montañas, con ese lago tan misterioso en medio, tiene algo especial que me fascina desde la primera vez que lo vi.

—Bueno, la primera vez que fuiste tenías meses de edad, pero entiendo lo que quieres decir.

Marta, la madre del muchacho, era de Soria, y tenían una casa rústica en Pedrajas, una hermosa pedanía de la capital, a las faldas del Monte Valonsadero, a la que iban con frecuencia. Desde allí se podían

realizar un sinfín de excursiones, pero su lugar preferido seguía siendo su laguna.

—¿Vendrás con nosotros alguna vez, Sofía?

—Bueno, si me terminái s de aguantar este fin de semana, me lo pensaré.

Una vez llegado al punto de inicio, prefirió comenzar la visita paseando por el barrio antiguo de la Part Alta con su rico pasado de diferentes épocas para que, de esta manera, la doctora pudiera hacerse una idea más global de sus explicaciones.

—Sofía, ¿habías estado antes en Tarragona? —preguntó el muchacho.

—A decir verdad, sí, pero demasiadas veces por temas de trabajo y muy pocas por mero placer. De hecho, la última vez que recorrí estas calles debió de ser cuando estaba haciendo la especialidad. Un fin de semana los compañeros de trabajo decidimos venir a pasar el día y tantear todo lo que ofrece esta ciudad.

—¿Desde la especialidad? —Las palabras de Oriol resonaron como un eco al que le sumó un pequeño silbido final.

—¿Qué ha pretendido insinuar usted, señor jubilado? —respondió siguiendo el juego con la mirada fija en sus ojos.

—Nada que dos personas recién entradas en la segunda o tercera juventud no puedan entender.

—Bueno —interrumpió Edu, que creía perder el protagonismo—, hoy solo vamos a ver una parte, así me aseguro de que vuelves como mínimo otra vez.

—¿Eso te gustaría? —preguntó su abuelo.

—Pues como a ti, *avi*.

El paseo los volvió a llevar al circo romano, donde Edu siguió con su explicación mientras los dos adultos cruzaban miradas y comentarios.

Las siguientes paradas tuvieron como destino la muralla romana, el anfiteatro e infinidad de vestigios que enriquecían el patrimonio.

La subida a la Torre del Pretorio fue el momento que Eduard aprovechó para explicarles a ambos que ese sería el cuarto año en el que se celebraría «Tarraco Viva», una suerte de jornadas de dos semanas que se llevaban a cabo en el mes de mayo y donde se plasmaba la vida romana.

—... Todo ello se lleva a cabo en diversos puntos de la arquitectura

romana que salpican la ciudad y alrededores —concluyó el chaval en tono burlesco, simulando un micrófono en la mano.

Mientras escuchaban las soberbias explicaciones de Edu, se giraron para disfrutar de las hermosas vistas que se divisaban desde lo alto de la torre. En un gesto involuntario, la mano izquierda de Oriol rozó levemente la de Sofía, provocando un intenso escalofrío en él y el rubor incontrolado de ella.

—Hace frío aquí —intentó disimular la doctora, sin medir con claridad sus palabras.

—Ah, ¿sí? —respondió de manera burlona el abuelo—. Pues habrá que evitar este tipo de brisa para no coger un resfriado.

—Bueno, algún resfriado de vez en cuando nos hace recordar que estamos vivos. —Sus miradas no se separaron en medio del juego surrealista de palabras.

Eduard no dejaba de mirarlos a ambos como si de un partido de tenis se tratase.

—Y entonces las naves espaciales aterrizaban aquí abajo, en la Plaza del Rey...

—Sí, cariño, aquí abajo —respondió el *avi* con absoluto convencimiento.

—Bueno, creo que os estoy aburriendo y, además, me está entrando hambre.

—En absoluto —dijo ella.

—Para nada —contestó él—, nos está encantando, ¿verdad, Sofía?

—Absolutamente, eres un gran guía y me tienes embelesada, pero quizá tengas razón y algo de comida nos venga bien a todos.

El resto del día cultural organizado por el nieto prosiguió con el esfuerzo de ambos por seguir cada una de sus explicaciones.

Quizá era mejor respirar hondo y no dejarse llevar por las emociones, o quizá lo contrario. Oriol eligió respirar. Ambos estaban siendo dos adultos comportándose con la timidez de dos adolescentes.

A media tarde llegaban a casa y Sofía debía volver. Eduard se despidió, como era costumbre en él, con un fuerte abrazo, dejando caer que quedaban muchas cosas por conocer y que, si estaba interesada, las puertas de su casa estaban abiertas; invitado por su abuelo, desapareció en el interior de la casa.

—En fin, Sofía, ha sido un placer volverte a ver y aclarar las cosas. Llegué a pensar que te habíamos agobiado y que no querrías saber

nada más de nosotros, y no te habría culpado.

—¿Agobiarme de vosotros? Si pensabas eso es que no te habías enterado de nada, con lo listo que eres para algunas cosas. —La distancia entre ambos se iba reduciendo con una sutileza inapreciable y sin que mediase la voluntariedad de hacerlo.

—¿Enterarme de nada? ¿A qué te estás refiriendo?

Sin previo aviso, los labios de ella humedecieron los de él, mientras sus manos acariciaban sus mejillas.

—A esto es a lo que me refiero...

36

Berlín, 10º cumpleaños de Vernier, 15 de septiembre de 2004

A pesar de que un cumpleaños siempre es un momento muy especial en la vida de un niño, y más cuando su edad aumenta a dos dígitos, Vernier, el hijo de Jenell y Alfred Meinl, no se sentía especialmente feliz. Hacía dos años que su padre había fallecido en un fatídico accidente de aviación, cuando viajaba hacia Roma en su *jet* privado por asuntos de negocios.

Su infancia hasta ese momento había estado cargada de altibajos, siempre bajo el fantasma del rechazo de su madre. Cuando aún no había cumplido dos años, Jenell los abandonó, según le contaría su progenitor cuando tuvo edad para preguntar. Solo la había visto en dos ocasiones, en las que aquella mujer apareció por sorpresa en la casa familiar. Lo único que conocía de ella era que abrazaba muy fuerte y hablaba entre sollozos. Todo cambió tras el fallecimiento de Alfred, cuando Jenell llegó a su casa para quedarse definitivamente.

Los meses que siguieron a estos dos acontecimientos simultáneos fueron de difícil adaptación. Vernier ya no era un niño pequeño que pudiera venderse al cariño de cualquiera, pero aún tenía cierto grado de flexibilidad como para aceptar el de su madre. Jenell no sabía muy bien cómo educar a ese niño que le había sido arrancado prácticamente de sus entrañas. El muchacho disponía de todos los caprichos, por muy caros que estos fueran, y el lenguaje del amor ya no era suficiente para él. Su madre se debatía entre limitar sus peticiones y sentir su rechazo, o bien proporcionarle lo que deseara, dejando una puerta abierta para llegar hasta él. Optó por la segunda.

Vernier se estaba forjando una personalidad egocéntrica y algo distímica, que trataba de vencer a base de exigencias que solo camuflaban una gran inseguridad.

Las riendas de la empresa de su padre, accionista mayoritario de la compañía FANTEN, eran llevadas por Frederick Brahms, el hasta ahora vicepresidente, a la espera de que Vernier llegara a la mayoría de edad y pudiera aprender desde abajo. Frederick había sido la mano derecha de Alfred y había demostrado con creces el porqué. Llevaba la empresa con mano de hierro y era un hombre fiel que en ningún momento sopesó la idea de apoderarse de la compañía aprovechando que el socio mayoritario tan solo era un niño.

Para su décimo aniversario no había pedido nada en especial, lo cual era una paradoja. Su madre invitó a unos pocos amigos para una celebración matutina, casi familiar, en los jardines de la mansión.

Por la tarde, Vernier prefirió perderse por la buhardilla de la casa, donde se acumulaban todo de tipo de objetos y recuerdos casi irreconocibles por la cantidad de polvo de su superficie. Su padre nunca le dejaba subir solo, pero ahora él no estaba y, además, ya no era aquel niño al que proteger continuamente. Centenares de cajas se apilaban sin orden aparente. Entre los escasos huecos que dejaban entre ellas, se podía encontrar desde una antigua lámpara de no sabía qué época hasta algún cubierto de plata que, de seguro, se había escapado de alguno de esos cartones diseminados. Decidió que la pila de material que se acumulaba al fondo del desván formaría parte desde ese momento de los muros de un castillo que debía conquistar para recuperar la corona perdida, la cual había pertenecido a su familia desde tiempos inmemoriales, y así coronarse como nuevo rey de esos vastos condominios. Tras una ardua pelea basada en empujones y puñetazos y una fiera lucha contra el mejor de los guerreros de entre sus enemigos, logró abrir una grieta en la gruesa muralla y, finalmente, derrumbarla, lo que le permitió acceder al interior de la ciudad donde sus gentes le aclamaban como un héroe, como al nuevo rey. Con un ataque de tos a causa del abundante polvo en suspensión, descubrió, escondida entre los objetos desperdigados, una pequeña caja de madera de bordes dorados que bien podría ser un cofre del tesoro en miniatura. Un fuerte soplido a su superficie le permitió ver el detalle de sus grabados. Debía de tener muchos años, pero era incapaz de intuir cuántos. Al abrir ese diminuto baúl, tuvo la sensación de que salía luz de su interior, a imagen y semejanza de lo que había visto hacía pocos días en una película de dibujos. Dentro había papeles de todo tipo, con bocetos hechos a mano de lo que

parecía el escenario de una película de fantasía con bosques y casas pintorescas. En otros había datos y números que no sabía interpretar y, entre todo eso, un pequeño fragmento de piedra que debía corresponder a la garra de un dragón o, quizá, una lagartija. Estaba recubierto de pequeños trocitos de cerámica de diferentes colores que le daban un aspecto misterioso. Uno de los papeles se notaba que debía de ser muy antiguo y en él estaba escrito en un alemán que le costaba entender algo como «monumentos que reprodujeron a imagen y semejanza de los existentes en la casa de las gentes buenas». No entendía a qué se refería, pero ante el sonido de unos pasos subiendo por las escaleras de caracol que daban acceso al ático decidió guardarlo todo y esconderlo. Ya tendría tiempo de investigar todo aquello.

Vernier nunca terminaba de creer a su madre cuando le explicaba que no lo abandonó, sino que circunstancias ajenas a ella la obligaron a marcharse. Nunca llegaba a profundizar en los motivos, y él tampoco se sentía preparado para escucharlos. Temía oír algo que destruyese la historia que se había creado, en la que dejaba un pequeño margen a su madre para entrar en su corazón. Poco a poco, Jenell fue ganándose a su hijo, y eso la llenaba. Atrás quedaba una vida de lujos y pasiones buscadas en brazos ajenos a su marido para compensar la falta de cariño y el exceso de violencia verbal de un hombre al que solo se le podía calificar de odioso. Nunca le diría que su verdadero padre no era Alfred, y que este se habría decantado por la idea de matarla si no hubiera sido por la mediación de la persona que hacía el trabajo sucio de su entonces marido. Llegaron a un nefasto acuerdo para sus intereses. Ella se apartaría de sus vidas para siempre a cambio de una interesante cantidad de dinero que le permitiera seguir llevando la «vida de puta que tenía», como literalmente la definió Alfred. Si no respetaba este acuerdo, ella y su hijo lo pasarían muy mal. Se encontró entre la espada de un hombre rico y muy influyente y la pared del dolor y de la muerte, que los afectaría tanto a ella como a su hijo. Esto último fue lo que inclinó la balanza de manera precipitada y provocó su marcha muy lejos del país.

37

Barcelona, 9 de agosto de 2005

Carles llevaba años buscando una estabilidad por el camino equivocado. Sin embargo, la conversación que había mantenido hacía casi tres años con el profesor Oriol le hizo darse cuenta de su error. Al abrir los ojos, se percató de que lo más importante que jamás tendría en su vida estaba delante de sus narices, aunque estuviera en Madrid, a más de seiscientos kilómetros de distancia. Tenía dos hijos a los que, salvo contadas ocasiones, apenas veía desde su separación.

Diez años atrás, siendo subinspector, había sido destinado a otra comisaría de Barcelona. Allí coincidió con un grupo de personas que, a pesar de sus diferencias, conformaban un gran equipo. Su relación, sin traspasar lo profesional, les permitía, cada jueves, reunirse en torno a unas cervezas para celebrar que la semana había acabado bien para todos. Sin embargo, con su compañero de trabajo, Marc, desde el primer momento hubo una perfecta sintonía. Los momentos duros unen, y más si te estás jugando la vida cada día. Se convirtieron en inseparables y, si uno de ellos necesitaba cualquier cosa, el otro no dudaba en apoyarlo sin preguntar. Al año de empezar su andadura en esa comisaría, llegó Míriam, una agente que bien pudiera haber salido de una agencia de modelos, con dotes de mando y que sabía manejarse a la perfección en un mundo de hombres.

Carles siempre había tenido un carácter un tanto engreído, pero por encima de todo era un gran profesional con un corazón enorme, respetado por toda la unidad. Su olfato policial era innegable. Su agilidad verbal y su atractivo le abrían puertas que, por desgracia, esta sociedad cierra a otros que no tienen tan desarrolladas estas cualidades.

Míriam y Carles coincidían poco, pero se olía a kilómetros que entre los dos había un magnetismo que, por formalismo profesional,

trataban de evitar. Al parecer, Carles no era el único que se había fijado en la morena de ojos marrones. Guzmán, otro agente llegado en la misma época que Míriam, babeaba a su paso, creando en ocasiones un ambiente incómodo.

Escasos meses después, el roce profesional entre Carles y Míriam derivó en una relación personal y estable que ya no escondían a nadie. Guzmán, por su parte, no encajó con deportividad lo que él interpretó como un desprecio por parte de ella y una traición por parte de él, aunque antes no hubieran cruzado ni una sola palabra al respecto. Se acabó convirtiendo en un elemento desestabilizador dentro del equipo, ante la ausencia de medidas al respecto por parte de los de arriba.

A los dos años de la relación, tuvieron de manera inesperada a su primera hija, Lucía, una hermosa niña que se convertiría en el ojito derecho de su padre y que acabó afianzando la relación entre ambos a pesar de la incertidumbre del primer momento. La vida transcurrió con la normalidad de cualquier familia con una hija pequeña y, a los dos años, Míriam se quedó embarazada de su segundo hijo.

En junio de ese mismo año 2000, en el octavo mes de embarazo, Carles y Marc estaban al final de una importante investigación de tráfico de aves exóticas. Cuando todo estuvo preparado, coordinaron con otros agentes, entre los cuales se encontraba Guzmán, la detención de dos individuos implicados en el caso. En principio no debía suponer un riesgo para nadie, por lo que Guzmán y su compañero tenían que esperar órdenes y actuar solo en caso de necesidad. Lo que se preveía como una detención sin muchas complicaciones se convirtió en una tragedia. En el momento de acceder al bajo comercial donde se encontraban los delincuentes, se vieron rodeados a punta de pistola por los dos traficantes que buscaban y una tercera persona. Solicitaron la entrada del refuerzo, pero este llegó demasiado tarde. Intentó calmar la situación, pero los nervios incontrolados del que aparentaba ser más joven se aferraron a su gatillo y disparó a bocajarro a Marc. Herido de gravedad, cayó al suelo, logrando en su caída un disparo certero en el pecho de su asesino. Simultáneamente se produjo un cruce de disparos en el que Carles hirió a otro de ellos, consiguiendo que el tercero soltara el arma. Hoy en día, todavía no podía explicar qué ocurrió en aquellos eternos diez o quince segundos. Lo único que recuerda con exactitud es que, tras inmovilizar y esposar al que había depuesto el arma, llamó a su compañero, pero este ya no contestó. Minutos después, llegaría el supuesto refuerzo.

Asuntos internos investigó durante mucho tiempo y cerró el caso, alegando que nadie había actuado de forma incorrecta y que todo se debió a la suma de desafortunados errores que propiciaron el problema. La investigación solo sirvió, en opinión del subinspector Carles, para que se cambiaran determinados protocolos, pero él sabía que el fallo no radicaba ahí.

Estaba convencido de que Guzmán actuó de mala fe; no con la intención de que mataran a nadie, ya que ninguno lo esperaba, sino para dejar la puerta abierta a recibir algún tipo de escarmiento. Tampoco descartó que les estuvieran esperando debido a algún chivatazo por su parte, pero esto tampoco podía demostrarlo. *A posteriori*, descubrieron que el tráfico de aves que investigaron desde un principio era un retorcido entramado que actuaba de distracción para el tráfico de algo más importante, drogas. Las ramas de esta banda criminal, desconocida hasta el momento, pudieron ser en gran parte desmanteladas, aunque no eliminadas de raíz. Ambos recibieron una condecoración; Marc, a título póstumo, y Carles la acabó canjeando por una cerveza en un bar del centro.

Mientras que para Guzmán la vida seguiría con normalidad, sin ni siquiera una llamada de atención por parte de ningún superior, el día a día de Carles cambió radicalmente. Tras aquel incidente, solicitó cambio de comisaría. Un año más tarde era ascendido a inspector y trasladado a la central de Vía Layetana.

Pocos meses después del incidente, nació su segundo hijo, al que llamaron Marc en honor a su compañero y amigo caído en acto de servicio. Para entonces Carles había cambiado, empezó a desatender a su familia y no mostraba ningún interés por el pequeño. Empezó a consumir más alcohol de lo socialmente razonable, aunque siempre fuera de horas de servicio. En el trabajo seguía mostrando una gran implicación y profesionalidad, quizá sentía que, de alguna manera, se lo debía a su compañero. Era un sabueso con una intuición fuera de lo común, pero se recriminaba a cada momento no haber sido capaz de usar sus habilidades para salvar a Marc. Agudizó la parte más negativa de su personalidad, tornándose un déspota con la gente e incluso, en ocasiones, con sus propios compañeros. Estos, profesionalmente, seguían admirándolo, pero como persona empezaban a dejarle de lado.

La situación en casa, lejos de mejorar, se hizo insostenible. Llegaba a casa borracho y, aunque nunca tocó a nadie, los insultos y el mal ambiente terminaron de romper lo poco que quedaba. En marzo de

2001, Míriam consiguió un traslado a Madrid, donde estaban sus padres. Ellos podrían ayudarla con la crianza de los dos pequeños y, de paso, alejarlos de aquel individuo que se había convertido en un detestable desconocido para todos. Míriam obtuvo la custodia de sus hijos sin querer hacer sangre del problema. Sabía que en el fondo Carles era una gran persona, aunque la vida le hubiera hecho olvidarlo. El juez le permitió ir los fines de semana a verlos, pero la lejanía, el trabajo y su cabeza descentrada distanciaron cada vez más sus visitas hasta hacerlas casi inexistentes. La vergüenza de la culpabilidad le creó una barrera emocional que le generaba excusas cada semana para no desplazarse a ver a sus hijos.

Pocos meses después de la marcha de su familia, conoció, por circunstancias de la vida, a Sofía, una atractiva médica, también separada y que, al igual que él, necesitaba el cariño de alguien. Eso fue su salvación. La relación, si así puede llamarse, con la doctora se limitó a encuentros esporádicos de cariño en los cuales, además de placer, fue recuperando su estabilidad. Llegado el momento en que ambos dejaron de necesitar el apoyo emocional del otro, cada uno siguió su camino y, aunque no volvió a haber un contacto carnal, de vez en cuando se obsequiaban con alguna llamada telefónica para saber cómo se encontraban.

Al año siguiente, el caso de Janet y del germano tatuado, como así le llamaba él, apareció en la mesa de su despacho. Aún recordaba la conversación con Oriol, en la que el profesor llegó a ver algo para lo que él mismo estaba ciego: tenía dos hijos y eso era lo más importante de su vida. Cuando fue plenamente consciente de ello, solicitó el traslado a Madrid. No quería dejar su Barcelona natal, pero su corazón debía llenarse de nuevo con el afecto de sus hijos y la única manera de recuperarlo, si es que aún llegaba a tiempo, era estando cerca de ellos. Hacía un año que había solicitado el traslado y ahora tenía firmada su aceptación encima de la mesa de su despacho. Debía despedirse de la familia y de los escasos amigos que le quedaban. Sofía nunca sabría lo importante que había sido para su recuperación emocional, y Oriol, aunque nunca tuvieron ni siquiera un trato afectivo, no sería consciente de cómo consiguió quitarle la venda de los ojos. Nunca tendría palabras para agradecérselo.

38

Barcelona, septiembre de 2010

Con 18 años, Eduard estaba a punto de empezar su etapa universitaria. Su expediente académico le habría permitido estudiar lo que hubiese deseado, sin embargo, su aspiración era ser profesor de Química, como su abuelo, aunque, a diferencia de este, se decantaba más por un nivel preuniversitario.

Como la universidad elegida había sido la Autònoma de Barcelona, se trasladó a vivir a casa del *avi*. Edu, que sabía el amor que su abuelo sentía por su ciudad, le propuso ir a alguna residencia de estudiantes o alquilar un apartamento con más compañeros y dejarle libre su piso, pero Oriol se negó en redondo. Teniendo una casa familiar, que además era una joya del modernismo, no tenía sentido ir a ningún otro lugar. Tampoco aceptó cuando su nieto le sugirió que ambos siguieran viviendo juntos en la capital, lo cual consideraba justo.

—Edu, tú eres joven y empiezas un periodo de tu vida maravilloso, y con la compañía de piso de un anciano poco ibas a poder disfrutar.

—No me queda muy claro quién va a disfrutar más de la vida, *avi*. ¿No será que el que quiere espacio para hacer uso indiscriminado de la viagra eres tú? —añadió junto a una palmadita en la espalda.

—¿Pero a ti quién te ha dicho que yo necesito... ya sabes?

—Porque, a pesar de ser del gremio, no eres pura química. En varias ocasiones he encontrado alguna pastilla debajo del sofá e incluso debajo de una de las tumbonas del jardín... ¡Por Dios, *avi*!, ¡en el jardín!

—Bueno, es que hemos descubierto que lo exótico tiene su encanto.

—Haré como que no he oído nada y lo borraré de mi mente. Solo debo decirte que tengas cuidado con según qué juegos, que las prótesis de cadera están a la orden del día. —Salió corriendo, alejándose del

área de impacto del abuelo, mientras los dos se reían sin control.

Edu se marchó a vivir solo al piso del *avi*, con la única condición de que no fuera compartido con otros estudiantes y que su abuelo pudiera seguir yendo de vez en cuando como habían hecho ambos hasta ahora. Sentía una mezcla de nostalgia por dejar atrás a la persona que se lo había dado todo en los últimos ocho años y emoción por encarar una nueva etapa de su vida en la que solo dependería de él. El dinero no iba a ser un problema, aunque decidiese no trabajar nunca. Cuando sus padres fallecieron, recibió una elevada cuantía económica de un seguro de vida que estos habían suscrito cuando Edu nació, y que se sumó a la sublime cantidad recibida por parte del socio de su padre para hacerse con la mitad de la empresa. Por si esto fuera poco, también había heredado diferentes inmuebles. Su abuelo, como tutor, cuidó de todo ello hasta su mayoría de edad, y ahora le tocaba aceptar su madurez legal y ejercerla como tal. Oriol llevaba muchos años educando a su nieto para que el dinero no contaminara su visión de la realidad y tenía muy claro que el trabajo era necesario en la vida, si bien esta había de disfrutarse en una proporción mayor, aunque esto último era de cosecha propia.

Seguía siendo el mismo muchacho cordial y entrañable que nunca había tenido problemas para hacer nuevas amistades, salvo las inevitables envidias de algunos. El primer día ya participaba en la amigable conversación de un grupo de estudiantes de la misma clase y con los que, en su mayoría, acabaría sus estudios.

Sofía, por su parte, sentía que ya no disfrutaba de su trabajo y cada día se le hacía más cuesta arriba. Necesitó escasamente dos semanas para tomar lo que consideraba la decisión más correcta, jubilarse anticipadamente. Era cierto que, a medida que Edu crecía, a ella y Oriol les resultaba más fácil disponer de intimidad y tiempo libre, pero seguían viviendo en ciudades diferentes y no era la situación que deseaban. Una vez madurada la decisión, solo quedaba saber si a Oriol le parecería bien que ella fuese a vivir con él a Tarragona, aprovechando que Edu dejaba un hueco en la casa. Por supuesto, también había contado con la formalidad de pedírselo a Edu; a fin de cuentas, era su casa. A mediados de octubre se instaló definitivamente en su nuevo hogar.

Transcurridos varios meses desde el inicio de las clases, Eduard se

apuntó a un grupo de espeleología animado por su amiga Sandra, que se lo vendió como una experiencia con aventuras y adrenalina aseguradas. Aceptó sin ningún convencimiento, porque los ojos penetrantes de esta le llamaban la atención y porque su imaginación englobaba un concepto de la aventura y secreción de adrenalina desde una perspectiva más carnal. En el primer fin de semana que salieron a reconocer una gruta, entendió que la mirada penetrante de su nueva amiga prestaba más atención a la monitora que a él. El trance del primer momento acabó en una relación entre ambas y una gran amistad por parte de los tres. Con lo que no contaba era con que ese primer encuentro carnal acabaría llegando poco después con una amiga de la monitora; eso sí, entre la suavidad de unas sábanas, sutilmente más confortables que la dureza de una roca y la frialdad de una cueva. Su nueva experiencia le duró poco, pero durante ese tiempo no abandonó la sonrisa de su boca ni recién levantado.

Edu aguantó en aquel grupo prácticamente toda su estancia en la universidad, más por disfrutar de la gente y de la naturaleza que por la claustrofobia que sentía cuando se introducía en cuevas y grutas cada vez más complejas.

Acudía muchos fines de semana a Tarragona a ver al *avi*, a Sofía y a sus amigos de la infancia. Antes de ir avisaba con antelación, por si habían decidido escoger algún nuevo escenario visible para sus escarceos, lo cual podría traumatizarle más que la angustia a la entrada de sus cuevas. Siempre que lo pensaba acababa riéndose.

Los años iban pasando mientras superaba sin dificultad sus cursos y veía envejecer a su querido *avi*, aunque disfrutaba de una aparente salud de hierro. ¿Será que el elixir de la juventud es el amor en sí mismo? Se alegraba mucho que su abuelo fuera feliz. Sabía el dolor que había sentido por la muerte de su abuela y que jamás había querido reemplazarla por nadie. Sofía era un soplo de vida para él y no consideraba que ese amor por ambas fuera incompatible. También era consciente de que su abuelo llevaba una losa cargada a sus espaldas al sentirse culpable de la muerte de sus padres y, aunque nunca habían hablado de ello, sabía que lo arrastraría hasta su muerte. Había sacrificado por él lo segundo que más quería en su vida después de la familia, su universidad. Amaba sus clases, a sus alumnos, los debates, el enseñar y el aprender continuamente, y todo

lo apartó de un día para otro, sin el mínimo atisbo de duda, por la felicidad de su nieto. Desde hacía muchos años, además de su abuelo, le consideraba un segundo padre. Tenía parientes más lejanos en otros lugares, pero con los que nunca tuvo un gran contacto, así que su familia se reducía a ese señor canoso de setenta y un años al que se le caía la baba cada vez que lo veía. Le ilusionaba pensar que ahora tenía que compartir su salivación con otro nuevo miembro de su familia, Sofía.

Para Edu, la doctora, desde aquella fatídica noche, se convirtió en una persona muy especial. Siempre le trató con el cariño y el respeto que un niño necesita para aprender a amar la vida. Era una persona imprescindible para él, a la que quería como si fuera la abuela que nunca conoció y en la que podía confiar, además de haber devuelto a su abuelo a la adolescencia.

A pesar de la desgracia, Edu tenía la sensación de que había crecido en familia, en dos capítulos diferenciados y con diferentes personajes, pero con el amor de sus seres queridos.

Los años le había convertido en un hombre, con una sólida base y las herramientas necesarias para emprender su viaje más importante, el de la vida.

39

Puerto Vallarta, México, julio de 2011

En un mes se cumplirían nueve años desde que Stephan había dejado todo atrás, nueve años viviendo la vida con la que siempre había soñado y nueve años sintiendo que le seguía faltando algo. Al año y medio escaso de despedirse de su madre, esta falleció. Según pudo leer en la carta de su hermana meses después, al final de su vida apenas emitía sonidos y se mostraba postrada en la cama sin llegar a interactuar con nada ni con nadie. Su hermana quiso recalcarle que fue Stephan, su nombre, la última palabra que llegó a escuchar de ella. Estaba convencido de que solo buscaba hacerle sentir culpable de todo el sufrimiento que había provocado a la familia. Después de aquella carta, nunca más volvió a recibir respuesta.

Atrás quedó la vida insostenible de *glamour* de los primeros meses, en los que el derroche se convirtió en su filosofía de vida. Después se dio cuenta de que cuanto más gastaba, menos satisfecho se sentía y más desestabilizaba su economía. Había calculado que tenía dinero suficiente para vivir el resto de sus días en ese paraíso, sin ahogos, pero con moderación y, de haber mantenido el mismo ritmo, a esas alturas ya no dispondría de un céntimo.

Seguía conservando ciertos caprichos que llenaban su ego y descargaban su energía, aunque hasta de esto empezaba a hartarse. A pesar de sus 43 años recién cumplidos y toda una vida por delante, se sentía mayor. Había vivido muy intensamente durante pocos años y se había retirado de manera muy prematura. Empezaba a darse cuenta de que todo en su vida era muy explosivo y de que quizá no había quemado las etapas correctamente. Anhelaba una vida que no había tenido, al igual que había soñado con esa que sí estaba viviendo, pero que le cansaba. Era un anciano en un cuerpo de joven.

Carecía de amigos. La verdad era que no los había tenido nunca,

en parte porque en su trabajo nunca había pasado más de dos meses seguidos ni en su propia casa. Su carácter reservado y desconfiado, tan necesario en su profesión, era un lastre para otros ámbitos. Sabía que el dinero era un atractivo para mucha gente, pero eso solo servía para una tarde de copas si no quería meterse en problemas. Compartir más tiempo era una invitación a hacerles creer que podías ser desplumado.

Hacía dos años había llegado a experimentar algo cercano a una relación con una bailarina costarricense que trabajaba por las noches en un local de salsa, animando la pista y sacando a bailar a todo el que se lo solicitase, siempre bajo la atenta mirada del guardia de seguridad.

Duró escasamente seis meses cargados de altibajos. Los celos de Stephan y sus inseguridades chocaron desde el inicio con los bailes nocturnos de Valeria y su carácter indomable. Aun así, fue la relación más larga de su vida y un motivo de satisfacción para él, a pesar de tener vetada desde entonces la entrada a ese local y a todos los que tenían la firma del mismo dueño.

El duelo tras su ruptura le duró una semana escasa y, aunque se negaba a reconocerlo, algo en su interior le recordaba que había nacido para estar solo.

Su vida actual se parecía más a la de un jubilado solitario, pero aún conservaba ese espíritu que había vivido al margen de la ley y que cada vez se presentaba con más frecuencia para animarle a disfrutar las mieles de lo prohibido.

Tentado por esa energía de la que había tratado de huir, pero que en el fondo le alimentaba, empezó a frecuentar pequeñas salas de juego. Unas monedas en unas máquinas dieron paso a la compra de ropa a medida y visitas a los casinos.

Las pérdidas económicas comenzaban a ser sustanciosas hasta el punto de hacerle dudar si podría llegar a mantenerse de por vida con lo que le quedaba. En uno de los casinos a los que era asiduo, conoció a un tipo, de padre estadounidense, madre mexicana y de un alto nivel económico, que, al igual que él, no parecía muy afortunado en el juego, aunque las rachas van por días. Nunca quiso averiguar de dónde sacaba su fortuna, pero había estado metido mucho tiempo en determinados ambientes como para hacerse a una idea. Smith no parecía darle mucha importancia a lo que para él eran pérdidas superficiales. Un día, cuando empezó a haber cierta confianza, dejó caer que era en las timbas de póquer donde realmente se ganaba dinero.

—Alemán, ¿cómo se te da jugar a las cartas? —Stephan siempre se presentaba con un nombre falso y, cuando había más confianza, respondía a ese nombre.

—Discúlpame, Smith, no sé si tengo muy claro qué has querido decirme.

—Odio que me llamen Smith, mi nombre es José Guadalupe, pero como se te ocurra llamarme así te aseguro que no lo cuentas. Para ti, José.

—Bueno, José, todavía tengo muchas cosas que contar... — le dijo con una media sonrisa mientras pensaba que el que aparecería comido por los tiburones sería él si trataba de ponerle un dedo encima; y, si no había en la zona, se los traería *ex profeso*.

—Me refería a jugar a cartas con dinero, al póquer. Pero no me refiero a poner unos pesos mientras juegas con tu hijo en una reunión familiar en la que te dejas ganar. Estoy hablando de algo más serio, ya sabes...

—Sí, creo que te entiendo. Para serte sincero, hace mucho que no juego, pero reconozco que tenía buen olfato, ya sabes... —Era una mentira a medias. A lo largo de su vida había participado en algunas partidas con mucho dinero en juego y no se le había dado nada mal, pero aquello parecía una liga superior. Podía ser una buena oportunidad para recuperar el capital perdido esos últimos años.

—Si estás dispuesto a apostar mucho dinero, no tienes más que decírmelo. Eso sí, como se lo cuentes a alguien, no tendré más remedio que matarte. —Las carcajadas de su nuevo «amigo» se oyeron por todo el recinto.

—¿De qué cifras hablamos? —preguntó Stephan obviando el comentario anterior y con la mirada fija en el americano.

—Digamos que lo que jugamos aquí es lo que damos de propina a los organizadores.

El solo hecho de imaginárselo le produjo un nudo en la garganta. No disponía de ese dinero, a no ser que lo consiguiera en partidas de menos nivel. La respuesta a sus dudas no se hizo esperar.

—De todas formas, no aceptan a nadie que no ponga determinadas cantidades encima de la mesa y no sea de confianza.

—Por lo del dinero no habría ningún problema —se acababa de echar un farol—, pero el tema de la confianza no veo cómo solucionarlo.

—Para llegar a ellos, antes disponen de otro tipo de partidas donde demuestras tu solvencia y seriedad, y es posible que te abran las

puertas cuando estén seguros de que puedes responder.

—En cierto modo, me parece justo. ¿Cuándo podría empezar? —La satisfacción de ambos se selló como si de un gran negocio se tratase, con un buen apretón de manos. El inicio del fin había empezado para Stephan.

Sus primeras partidas se realizaban en la parte trasera de locales privados, siempre bajo la atenta mirada de ciertos individuos con los que coincidía de vez en cuando. Al parecer, el olfato que mencionó al americano parecía estar presente. En líneas generales, siempre regresaba a casa con cantidades interesantes, aunque nada comparables con lo que podría venir si lograba entrar en su círculo. Tenía la sensación de jugar en una liga profesional de fútbol en la que vas ascendiendo desde categorías inferiores, salvo que allí no había una clasificación. Uno de esos individuos que se limitaba a observar era el encargado de acercarse sigilosamente y susurrarte el día y la hora de la siguiente partida junto con la cifra de dinero que debías llevar. Dicha cuantía marcaba el ámbito en el que te moverías. Si era más elevada, es que te habían «ascendido», lo cual implicaba más dinero en metálico y comprarse ropa más cara, aunque esto nadie se lo había dicho.

Nunca coincidía en ninguna partida con su amigo americano, pero las escasas veces que volvía al casino, allí lo encontraba. No hablaban abiertamente de las partidas, tenían claro que no era algo que se pudiese proclamar a los cuatro vientos, así que simplemente charlaban de dinero, de mujeres y de fútbol americano, del que Stephan era poco conocedor. Suponía que el misterioso José estaría dentro del círculo, así que confiaba en encontrarse con él algún día en torno a una mesa y con una baraja nueva de póquer.

Sus días de gloria habían empezado, y así seguiría por lo menos durante unos años. Al contrario que en la calle, su carácter reservado y de pocos amigos era algo apreciado en ese ambiente. Solo le quedaba mostrar mucho dinero, seriedad y un buen nivel de juego para llegar hasta lo que él definiría como la liga superior.

Desconocía qué ocurría con aquellos que adquirían una deuda de juego, aunque tampoco estaba dispuesto a preguntar, sabía la respuesta de antemano. Era conocedor de dónde se estaba metiendo, pero se sentía seguro, con ganas de comerse el mundo, como cuando entró en los cuerpos especiales del ejército. Nunca pensó que pudiera

llegar a tener problemas, estaba amasando mucho dinero y era realmente bueno con las cartas. La vida se había puesto de su parte.

40

Berlín, 18º cumpleaños de Vernier, 15 de septiembre de 2012

Vernier se despertó siendo mayor de edad. Cumplía 18 años y eso le otorgaba legalmente una independencia que sobre el papel ya ejercía desde hacía años bajo la limitada supervisión de su madre. Había llegado a respetarla e incluso a quererla, aunque nunca llegaría a entender por qué lo había abandonado. La sombra de ese dolor no había dejado de planear sobre sus cabezas, pero habían aprendido a vivir con ello.

El muchacho caprichoso se había convertido en un hombre millonario con plenos derechos sobre su fortuna, lo que generaba las dudas de sus más allegados. Era todo lo contrario, amaba demasiado el dinero como para dilapidarlo y estaba dispuesto a aprender y dejarse llevar para incrementar el patrimonio de su padre.

Frederick Brahms, presidente de FANTEN en funciones hasta la inminente llegada de Vernier, adoptaría este rol de supervisor y maestro. Apreciaba al muchacho, como también apreció a su padre, al cual le había prometido, hacía muchos años, cuidar de Vernier si a él le ocurría algo. Frederick tenía dos hijos algo más pequeños y era capaz de imaginar qué podrían sentir si, de repente, desapareciera de sus vidas. La muerte accidental de su padre y la repentina aparición de una madre fueron motivos suficientes para desestabilizarlo. Dudaba de Jenell, y quería pensar que el único motivo de su vuelta era dedicarle a su hijo el cariño del que le había privado todos esos años. Alfred la llegó a definir como «una fulana vividora», aunque intuía que había algo en aquella historia que no terminaba de encajar.

Aún recordaba cuando, un día de febrero del año 2000, su socio y amigo cerró toda su agenda para reunirse con el abogado y el notario que supervisaban todas las transacciones de la empresa. Estuvieron reunidos a puerta cerrada durante más de dos horas y, al acabar, le

solicitó que le dedicase un rato para hablar de algo mucho más importante que cualquier negocio.

—¿Qué ocurre, Alfred? Me preocupa lo que está ocurriendo. Te reúnes a solas y sin previo aviso con nuestro equipo jurídico y ahora me pides que te dedique unos minutos para algo más importante que los negocios. Sé claro, ¿estás enfermo?

—En absoluto, Frederick. —La risa de Alfred podría haberse oído en cien metros a la redonda.

—Me tranquiliza tu risa, pero sigo sin entender nada.

—¡Relájate, siempre has sido muy nervioso y llegas a sacarme de mis casillas!

—Está bien, pero ¿quieres contarme de una vez qué está ocurriendo?

—Nada malo. Ni estoy enfermo ni la empresa se va a hundir. Quería agradecerte de antemano todos estos años...

—Pues sigues sin tranquilizarme —interrumpió Frederick.

—Déjame acabar y lo entenderás —respondió Alfred, esta vez algo enojado.

—Está bien, no volveré a decir nada hasta el final, te lo aseguro.

—Trataba de decir que quiero agradecerte estos años de dedicación y fidelidad profesional. Años que han forjado entre nosotros una amistad que va más allá del ámbito profesional. Quiero decirte que te considero mi amigo, de hecho, creo que no puedo decir esto de nadie más, y eres la única persona en la que puedo confiar. Llevo mucho tiempo pensando en mi hijo y en qué ocurriría si a mí me pasara algo siendo él un niño. No puedo confiar en la familia de la fulana de su madre y esta nos abandonó para vivir su vida. Sí, pienso en ello y me quita el sueño saber que nadie de confianza se haría cargo del muchacho. Frederick, estoy convencido de que tú lo tratarías con el cariño y el respeto que merece, así que me gustaría pedirte que tú te convirtieras en su tutor legal en caso de que una desgracia me apartara de su vida antes de que él tuviera la mayoría de edad. Ese es el motivo por el que me he reunido con la parejita jurídica, quería dejarlo todo firmado. —Tras unos segundos de silencio, añadió—: Ahora sí puedes decir algo.

—¡Déjame que reaccione, Alfred! La verdad es que no me lo esperaba. He de decirte que, para mí, tú también eres mi amigo, por encima de mi socio mayoritario, es decir, mi jefe —una mueca de complicidad quedó patente en la cara de ambos—, y que sería un triste y gran honor ser el tutor de tu hijo en caso de... en fin, prefiero

ahorrarme esta última explicación. —Se fundieron en un sentido abrazo—. Insisto, dalo por hecho, si ese contexto llega a producirse, tu hijo no se quedará solo. ¿Hay alguna sorpresa más que deba saber?

—Sí, que han adelantado la reunión de esta tarde con los de la petroquímica, así que tenemos trabajo que hacer...

Atrás quedó aquel día, como un recuerdo en homenaje a la amistad que los unía. Aquella promesa dio paso a una responsabilidad que llegaba hasta aquel día, en el que legalmente dejaba de ser su tutor. Llevaba años ejerciendo el papel no firmado de padrino, más allá de su compromiso, y eso no cambiaría por muchos años que cumpliera. Adoraba a aquel muchacho, aunque reconocía en él cualidades que le desagradaban. Era caprichoso y egoísta, aunque no se lo reprochaba por las circunstancias que le habían tocado vivir. A él lo respetaba y sabía que lo quería, y con eso le bastaba.

Cuando Jenell se levantó, vio desde su ventana a Vernier, sentado en el borde del estanque del jardín, embelesado con la fuente central que él mismo debía de haber conectado. Cuando quería pensar, se sentaba allí y quedaba hipnotizado por aquella columna de agua que se levantaba al menos cinco metros para producir al caer un sonido que atrapaba y te evadía. Nunca había logrado acceder a las capas más profundas de su hijo, pero intuía que allí había dolor y fuego, y que aquella agua de la fuente le permitía navegar en ese fondo sin quemarse. Le observó durante cinco largos minutos; de alguna manera, él era la fuente de su estanque.

—Buenos días, cariño —dijo Jenell, que se acercaba a su hijo con el sigilo del cazador que no quiere ahuyentar a la liebre—. No quería molestarte, pero tenía unas ganas locas de felicitarte. Mi niño se ha hecho un hombre del que me siento tremendamente orgullosa.

—Gracias, mamá, pero no te pongas melodramática, solo es un cumpleaños y cada año hay uno, así que no es para tanto.

—Cielo, no vas a lograr que hoy me enfade; si para ti no supone nada, para mí sí es algo muy especial. Has llegado a la mayoría de edad y eso hay que celebrarlo, así que toma tu regalo, sé que no es nada especial, pero lo he hecho yo misma. Es un adorno para que lo pongas en la mesa de tu despacho, si tú quieres, claro está.

—Está bien, mamá, perdona. Tienes razón, es un día para celebrar y agradezco tu detalle —dijo mientras abría el paquete—. Aunque no

me queda claro qué es exactamente.

—Estabas muy pensativo, ya sabes que puedes contarme cualquier cosa. —Su madre mostró toda la ternura que pudo mientras acariciaba la mejilla de su hijo.

—No te preocupes como haces siempre, solo pensaba que me gustaría que papá estuviera aquí, le echo de menos, eso es todo. —En el momento en que su madre se disponía a darle un abrazo, una de las criadas los interrumpió.

—Disculpen, no quería molestar, pero hay un señor en la puerta que quiere hablar con usted, señor Vernier. Dice que es un notario y que debe darle algo muy importante.

—Hágale pasar a mi despacho, enseguida voy. —La cara de incredulidad de Vernier no dejaba dudas, no tenía ni idea de qué hacía aquel notario allí un sábado por la mañana. Su madre prefirió no preguntar.

—Disculpe que le haya hecho esperar, señor...

—Adler Bauer —interrumpió, haciendo una presentación oficial mientras adelantaba su mano para estrechar la de Vernier—. Notario de su padre y de la que, desde hoy, es su empresa, FANTEN. Primero de todo, debo felicitarlo por su cumpleaños, espero que disfrute el día. —Vernier se mostraba confundido, no entendía muy bien por qué era tan importante hablar de la empresa de su padre a primera hora el día de su cumpleaños.

—Le agradezco su felicitación, pero me perdonará si le digo que no comprendo a qué debo el honor de su presencia en mi casa el día de mi cumpleaños y a horas tan tempranas. Soy consciente de que mi mayoría de edad implica responsabilidades, y FANTEN es una de ellas, pero perfectamente se podía hablar de esto con calma en los próximos días.

—Me temo, señor Vernier, que hoy no estoy aquí para hablar de sus negocios; es cierto que debemos abordar el tema, pero, como usted bien dice, hoy no es el día. Me encuentro aquí porque así me lo pidió su padre el 27 de febrero del año 1990, como bien tengo anotado.

—¿Mi padre? Ahora sí que no entiendo nada.

—No se preocupe, enseguida lo entenderá. El señor Alfred Meinl, el día que le he mencionado, me citó en este mismo despacho para asegurarse de que se cumplía uno de sus deseos. Aquí adquirí una obligación legal en la que, si tal día como hoy, en su 18 cumpleaños,

el señor Meinl por el motivo que fuere no estuviera vivo, yo personalmente o algún representante de la notaría, en caso de que yo no pudiera, le daría en mano a su descendiente legal este sobre sellado. Contiene una carta que, doy fe, nunca ha sido leída por nadie, ni obviamente por mí mismo, desde el momento en que me fue dada en custodia. Como nunca fue anulada esta petición por parte de su padre, me encuentro cumpliendo con mi trabajo en este día tan especial para usted.

—Pero si ni siquiera yo había nacido.

—Cierto —respondió el señor Bauer—, la carta va dirigida, como ya le he mencionado, a su descendiente, sin especificar género ni cualidad alguna.

—¿Y si hubiese tenido más hijos?

—Esa misma pregunta le hice yo y su respuesta fue tajante. Insistió en que debía dársela a su hijo, fuera hombre o mujer. Por algún motivo debía de estar muy seguro de que solo tendría uno y no me permitió indagar más. Yo, por mi parte, he cumplido con mi obligación, así que me retiraré. Creo que ya he abusado demasiado de su tiempo y tiene un largo día que celebrar. Le deseo de nuevo un feliz cumpleaños y, si no le importa, su abogado y yo nos pondremos en contacto con usted la semana que viene por el tema de la empresa.

—Muchas gracias, señor Bauer, le agradezco su visita. Hasta la semana que viene. Le acompañarán hasta la puerta, que tenga un buen día.

Vernier continuaba perplejo. Tenía una carta de su padre de 1990 y, aunque de forma explícita no llevaba su nombre, sí era para él como legítimo y único hijo. Se volvió a sentar, esta vez en el sofá del despacho, y con las manos temblorosas abrió el sobre y se dispuso a leer...

Querido hijo o hija, quisiera, en primer lugar, felicitarte en tu 18 cumpleaños.

Imagino que en estos momentos estarás confuso, y entiendo los motivos. No es fácil leer la carta de un padre que falleció antes de que cumplieses 10 años. También te preguntarás cómo puedo saber esto si la carta está escrita antes de que tú nacieses, pero te aseguro que entenderás todo cuando acabes de leerla.

Necesito contarte una historia que debería haberte narrado

yo personalmente cuando hubieses cumplido 10 años. A esta edad es cuando, generación tras generación, nuestra familia transmite a su descendiente el secreto más importante de sus vidas, el origen de nuestros antepasados. Lo hacemos en este momento porque tradicionalmente era cuando en aquella sociedad se consideraba que un individuo entraba en la madurez mental, aunque no física. Justo este día era el aprovechado para contar aquellos secretos importantes que podían afectar a la familia.

Nuestros orígenes se remontan a una época anterior a las culturas desarrolladas conocidas. Nuestros antecesores vivían en un territorio del que desconocemos su ubicación, pero sí nos ha llegado constancia de algunas características. Era un territorio con una gran vegetación, gran abundancia de agua y edificios que imitaban a la naturaleza. En aquella sociedad eran crueles con los ciudadanos que no cumplían con las leyes establecidas, y todos aquellos que consideraban indignos eran enviados a otro territorio relativamente lejano y más pequeño, en el que quedaban aislados y a su suerte. Nuestra familia desciende de esta casta, como así se llamaban, así que a los nuestros les tocó vivir en un territorio más hostil al que llamaron Tierra Hija, en el que crearon sus propias leyes. El que iba allí ya nunca podía volver a Tierra Madre, por lo que intentaron reproducir en su exilio forzoso, con la mayor exactitud posible, lo que les había sido cruelmente extirpado de sus vidas, su tierra natal. Copiaron a imagen y semejanza las casas donde vivían, sus calles, monumentos, jardines... Sin embargo, les faltaba algo que siempre llevarían en su corazón, el brillo verde de sus montañas y sus casas. En Tierra Madre, de cada rincón manaba una especie de mineral verdoso que recubría montañas, fachadas, el fondo de los lagos, y que podías coger del suelo con tus propias manos. Un mineral que solo brotaba allí. Eso no existía en Tierra Hija. Aquella sociedad estaba altamente desarrollada, sin embargo, reproducir todos sus avances en una tierra que carecía de infraestructuras resultó imposible, y más cuando la mayoría de los que poblaron Tierra Hija era lo menos apreciado de la sociedad, aunque este no fuera nuestro caso. En un momento de la historia, debió de ocurrir algún tipo de cataclismo que hizo desaparecer por completo a Tierra Hija y se dio por hecho

que también a Tierra Madre. Todo aquello debió de quedar literalmente engullido por la propia tierra, aunque esto nunca lo supimos con exactitud. Algunos supervivientes pudieron escapar a través de grietas subterráneas hasta llegar a la superficie y, de esa manera, continuar con sus vidas, hasta llegar sus descendientes a nosotros. Yo mismo guardé, en una caja que está escondida en el desván, los restos de la garra de una salamandra, un monumento que presidía la ciudad principal, como debió de existir también en Tierra Madre, y que hemos heredado de padres a hijos. En esa caja también podrás ver bocetos, la mayoría hechos por mí, de cómo debió de ser aquel mundo, y los restos de un papel escrito por un miembro de nuestra familia, probablemente en la Edad Media, supongo que con la intención de describir a su manera lo mismo que yo he intentado con mis bocetos.

Hay una parte negativa que debemos asumir. Por desgracia, solo podemos tener un hijo, y esto mismo les ocurrió a todos los que pudieron escapar del hundimiento. No importa si eres hombre o mujer, solo tendrás un hijo, hagas lo que hagas. Posiblemente tenga una explicación científica, pero hasta ahora nunca hemos sabido el motivo. Por el contrario, hay determinadas enfermedades que parece que nunca nos afectan, y de eso tampoco puedo darte una explicación razonable.

Es muy complicado que alguien como nosotros, de nuestra casta, haya llegado hasta nuestros días. En nuestra familia solo se ha descrito una ocasión en la que coincidieran dos individuos de distintas familias con nuestro propio origen, y de eso ya hace por lo menos cinco siglos.

Quiero que prestes mucha atención; debes buscar, como yo he hecho toda mi vida, la ubicación de Tierra Madre. Si la encuentras, te convertirás en el ser más rico del planeta siempre y cuando actúes con inteligencia, extrayendo su mineral verde en secreto y en pocas cantidades. Este podría ser más valioso que los zafiros o los diamantes. Recuerda que te he dicho que recubría todo lo que abarca la vista, así que el que llegue hasta él dominará el mundo.

Una última cosa quería reseñar, y por eso lo guardo para el final. Nunca, recuerda, nunca debes contarle esto a nadie, a excepción de a tu hijo o hija cuando cumpla los diez años. Por

mucho que quieras a una persona que no sea hijo tuyo, nunca debes describirle lo que aquí has leído. En tu caso, no he querido hacerte llegar la carta a los 10 años porque, al no estar yo presente para resolver tus dudas, prefería que fueras algo más mayor para asimilar con más recursos lo que acabo de narrarte. Finalmente, te pido que destruyas la carta una vez leída. No puedes permitirte que nadie llegue nunca a tener esta información.

Quiero despedirme deseándote lo mejor y recordándote que te quiero; seas lo que seas y hagas lo que hagas, te quiero.

Muchas felicidades.

Tu padre... 15/02/1990

Necesitó releer la carta al menos tres veces para comenzar a asimilar todo aquello. ¿Se había vuelto loco su padre? Era cierto que él mismo había descubierto por casualidad la caja que describía y, precisamente, en su décimo cumpleaños, pero todo era demasiado surrealista como para hacerle caso. No sabía qué debía hacer, pero su decisión la tomaría más tarde. Daba la sensación de que su padre no estaba bien de la cabeza, sin embargo...

«Da igual, ya lo meditaré con más calma».

Al salir, su madre le esperaba ansiosa fuera del despacho.

—¿Qué ha pasado, cariño?, ¿qué quería ese hombre?

—Tenía una carta de papá para mí —le explicó con cara todavía de incredulidad.

—¿De tu padre?, y ¿qué es lo que dice? —Jenell temía que Alfred hubiera descubierto que él no era su padre y que se lo hubiera contado todo en aquella misteriosa carta.

—Nada referido a ti, no te preocupes. Dice que me quiere y que siente no estar a mi lado en este día tan importante. Por lo visto, la escribió pensando que podía ocurrirle algo y que, si así era, quería poder felicitarme de alguna manera, toda una sorpresa. —Su madre dudaba si le había dicho toda la verdad, pero al no apreciar signos de ira ni de odio en el rostro de su hijo, prefirió dejarlo como estaba.

—Por cierto, cariño, ha llamado Frederick, tu padrino, para felicitarte, y al no poder ponerte tú, me ha dicho que pasará esta tarde en persona para darte un abrazo.

Las palabras de su padre le rondaban por la cabeza a cada momento. No creía esa historia de película, pero por otra parte no tenía sentido haber organizado todo aquello sin una base lógica. Además, estaba aquella caja, en la que el trozo de papel con la anotación «monumentos que reprodujeron a imagen y semejanza de los existentes en la casa de las gentes buenas» parecía realmente antiguo y encajaba con la historia. Y la garra de la estatua de la salamandra... Quizá nunca solucionaría el dilema, pero sí tenía la sensación de que le acompañaría toda su vida.

41

17 de septiembre de 2012

La muerte de su mujer hacía nueve años había dejado a Pablo solo al cuidado de su hija. Es cierto que entonces tenía toda la vida por delante, pero no encontró mejor manera para llenar el hueco de la soledad que volcarse en ella. A sus 18 años se había convertido en toda una mujer que estaba a punto de empezar su andadura universitaria. Su expediente académico era inmejorable, así que no tuvo ningún problema en escoger carrera, la que siempre deseó.

Ya tenía 50 años y, a diferencia de su mujer, Marlene, un carácter muy positivo, que había tratado de inyectar a su familia, y un corazón que «no le cabía en el pecho», como siempre le recordaba ella. Mausi, como seguía llamándola en su subconsciente, y él habían montado un colmado en un barrio céntrico de la ciudad. El local conservaba su encanto original, ya que restauraron todo el entramado de madera interior, al que añadieron algunos elementos antiguos de decoración y una redistribución de espacios. Vendían todo tipo de artículos, pero especialmente productos *gourmet* del país. Disponía de una amplia sección importada de Alemania que, curiosamente, acababan comprando los propios turistas alemanes que visitaban la ciudad, algo incomprensible para él, pero que le reportaba un porcentaje mensual nada despreciable.

Su pequeña, como aún se refería a ella a pesar de su mayoría de edad, vivía con él en un pequeño piso de dos habitaciones ubicado en la segunda planta sin ascensor del mismo edificio en el que se encontraba su negocio. Ese mes de septiembre estaba muy atareada con los papeleos de inscripción a la universidad, pero siempre encontraban un hueco para cenar juntos. Se sentía muy orgulloso de ella. Era inteligente y perspicaz, y no se dejaba intimidar bajo ningún concepto. Pero lo que más admiraba era su bondad, la misma que su

madre y él le habían transmitido desde que nació.

—Buenas noches, papá, perdona que no haya llegado antes, me he entretenido con unas nuevas amigas que he conocido mientras hacía cola en la universidad. Una cosa ha llevado a la otra y al final hemos acabado en la cafetería de la facultad, para ir ambientándonos, ya sabes.

—Cariño, todo lo que tú hagas me parecerá bien. Además, ahora tienes que empezar más que nunca a vivir tu vida. Ahí fuera te espera un mundo por conocer, y aquí dentro, el mismo carcamal de tu padre que siempre va a tener los brazos abiertos para ti.

—¡Mira que eres tonto! Yo solo veo a un hombretón guapísimo y que todavía tiene una vida por delante. Papá, te lo he dicho muchas veces, podrías conocer a alguien, rehacer tu vida.

—Y yo te he respondido otras tantas que el amor de mi vida fue tu madre. Desde que me levanto hasta que me acuesto pienso en ella, hasta le hablo, eso sí, cuando la tienda está vacía.

—Como me digas que te responde, te llevo a urgencias. — El comentario provocó la risa de ambos—. ¿Has podido hacer algo de cenar?

—No, lo siento, mi pequeña, hoy he cerrado tarde y a última hora una mujer mayor me ha hecho un pedido que le he llevado yo porque la pobre no se encontraba muy bien.

—No te preocupes, me encanta cuando cocinamos juntos. Y volviendo a lo de antes...

—¿A lo de la cena? Podemos hacer una ensalada —dijo Pablo intentando desviar la conversación.

—No, tontorrón, aunque una ensalada me parece bien, me refería a lo de conocer a alguien. Seguro que alguna admiradora secreta tendrás escondida en algún cajón.

—Bueno, ahora que lo dices —respondió mientas una bocanada de calor encendía sus mejillas—, hay una clienta que en varias ocasiones me ha insinuado ir a cenar con ella a un restaurante oriental que le gusta mucho, pero le he tenido que decir que a mí ese tipo de comida...

—¿Y por qué no le sugieres ir directamente a los postres?

—Te estás volviendo una descarada, ¿lo sabías?

—Solo me preocupo por ti. No te digo que te olvides de mamá, solo te digo que te abras a encontrar de nuevo la felicidad. Si te

preocupa lo que yo pueda pensar, ya sabes que soy la primera que te anima, así que no tienes excusa.

—Cariño, tienes 18 años y, aunque entiendo que te resulte difícil comprenderlo, tu padre es feliz tal y como está. No podría estar con nadie porque sería engañarme a mí mismo y a esa otra persona. Solo vería continuamente la cara de tu madre y, entonces, sí me sentiría infeliz. Yo estoy bien, con la tienda, mis clientes y, sobre todo, contigo. No hay mayor satisfacción que verte crecer y convertirte en la mujer que eres ahora.

—Está bien, por hoy zanjaré el tema, pero que sepas que seguiré insistiendo. Por cierto, quizá a partir de ahora no podré ayudarte en la tienda como me gustaría, pero te prometo que cada vez que tenga un rato libre estaré a tu lado.

—Lo que quiero que me prometas es que cada vez que dispongas de ese rato libre lo dedicarás a disfrutar, a salir, a vivir. No quiero volver a verte por la tienda a no ser que sea para darme un beso.

—Y ¿qué vas a poner?, ¿un cartel en el que quede reservado el derecho de admisión a tu hija, que solo deberá entrar para saludar a su padre?

—Pues, ahora que lo dices, es tentador, hablaré con los de la imprenta de enfrente. —De nuevo, ambos acabaron riendo mientras se sentaban a la mesa.

—Papá, sé que puede molestarte lo que voy a decirte, pero sabes que no acostumbro a esconderte nada y necesito contártelo.

—Siempre estoy aquí para lo que necesites, así que dispara.

—Verás, no es la primera vez que hablamos de esto, pero reconozco que desde que cumplí 18 años no dejo de pensar en ello.

—Es sobre tu padre biológico, ¿verdad? —puntualizó Pablo.

—¡Caramba, no se te escapa una, papá!

—Eres mi hija y mi vida, así que en silencio procuro que no se me escape nada.

—No me entiendas mal, eres mi padre y nada va a cambiar eso. No busco un sustituto, no tendría sentido. Solo siento que hay una parte de mí que necesita respuestas. Hay incógnitas en mi vida que me acompañan desde pequeña y que, por algún motivo, me crean un vacío que cada vez se me hace más necesario llenar. Lo tengo todo, pero tengo la sensación de que me falta algo, ¿crees que tiene algún sentido? —dijo visiblemente emocionada.

—Tiene todo el sentido del mundo, mi amor. Todos tenemos derecho a saber de dónde venimos para ayudarnos a comprender

quiénes somos. Necesitas acabar el rompecabezas de tu vida para poder continuar con firmeza. Digamos que tienes la silla entera, pero le falta una de las patas y te hace sentirte inestable. La silla seguirá siendo la misma, aunque consigas la pata, pero obtendrás esa estabilidad que te falta. Luego, con el tiempo, modificarás ciertos componentes, pero seguirá siendo tu silla. Lo que me duele es no poder ayudarte más al respecto. La información de la que dispongo es la misma que tienes tú, y la que a ambos nos proporcionó tu madre. Nunca quiso decirme su nombre. La excusa de haber olvidado sus datos era absurda, pero se enfadaba y deprimía las veces que intentaba averiguar algo más. Solo me contó lo que tú ya conoces. Se enamoró de un hombre que trabajó con ella un breve espacio de tiempo en la mansión donde ella era criada. Al parecer, esta persona volvió a su país, un país que desconozco, cuando se enteró de que tu madre estaba embarazada de ti. La dejó sola ante el desafío de traer a una criatura al mundo y nunca más volvió a saber nada de él.

—Pero entonces apareciste tú, nuestro caballero salvador —exclamó su hija dejando escapar unas lágrimas.

—Más bien un caballero embelesado. Me enamoré perdidamente de tu madre en el mismo instante en que la conocí. Nos presentó una amiga en común, Irenka, y a partir de entonces nunca más volvió a salir de mi corazón. Eso sí, tuve que dejar hueco para el otro gran amor de mi vida, tú.

—Siempre que me cuentas esta historia me emociono —dijo abrazada a su padre—. ¿Crees que yo llegaré a sentir ese amor alguna vez, papá?

—No tengo la más mínima duda. Es probable que antes tengas que conocer a otras personas, pero cuando llegue, no importa cuando sea, lo sabrás.

—Cambiando de tema —comentó Leyna—, ¿te importa si me llevo a mi habitación el marco antiguo con la foto de pequeña de mamá con sus padres? Ya sabes que es la única que tengo de mis abuelos y, aunque nunca los conocí, tengo que reconocerte que muchas noches vengo al comedor para despedirme de ellos tres.

—Eso también lo sé. Puedes llevarte la foto a tu habitación, así seré yo el que vaya hasta allí a despedirse.

—Gracias, papá, por la vida que nos has dado y por estar siempre ahí, te quiero.

—Yo también, hija, yo también...

42

Barcelona, 21 de octubre de 2017

Carles no perdonaba marcharse de Barcelona sin haber pisado su cafetería favorita, ubicada en el Barrio Gótico de la ciudad. Llevaba muchos años abierta, pero la había descubierto hacía poco, en uno de los paseos rutinarios que se regalaba cada vez que volvía por allí. La sola visión de los dulces en el escaparate invitaba a la salivación.

—*Bon dia*, señor Carles, ¿querrá lo de siempre?

—*Bon dia*, Antonio. Si lo de siempre es un café con leche en taza y uno de sus maravillosos susos, entonces sí; y si además tuviera el periódico del día, le incluiría a usted en mi epitafio.

Mientras ojeaba la última página y tomaba su primer sorbo de café, le vino a la mente su antigua amiga Sofía. Hacía mucho tiempo que no tenía noticias de ella, aunque siempre la tenía en sus pensamientos como un bonito recuerdo del pasado. Antes del segundo sorbo ya se encontraba marcando su número en el móvil.

—Buenos días, Sofía, supongo que estarás despierta, aunque sea sábado.

—Pero ¿cómo no voy a estar despierta si son las doce del mediodía? Veo que hay cosas que no han cambiado.

—Supongo que entre toda esa retahíla de palabras has debido de decir algo parecido a «buenos días, Carles, me alegra oír esa voz que ilumina mi día, espero que el tuyo también esté siendo genial».

—Lo afirmo, estás tonto perdido, y eso sí que no ha cambiado —respondió Sofía en un tono cordial—. Supongo que estás por Barcelona, si no, imagino que no me llamarías.

—Imaginas bien y, para serte sincero, me han entrado ganas de verte.

—¿No irás a empezar como en los viejos tiempos?

—No, tranquila, ahora soy un hombre mayor pulido por el decoro.

—Si dejas de decir tonterías, te invitamos a cenar esta noche en casa.

—¿Has dicho te invitamos? ¿Tienes una hermana gemela? Si es así, puedo dejar el decoro en el hotel.

—Una más y te cuelgo —intentó adoptar la mayor seriedad posible, pero, en el fondo, sus bromas siempre le hacían reír.

—No te enfades, mujer, que la vida ya tiene lo suyo por sí sola. Acepto la invitación. Supongo que el otro anfitrión es mi amigo el profesor.

—Efectivamente, es él, ¿algo que objetar?

—Todo lo contrario, sé que es un buen hombre y tengo mucho que agradecerle. Me alegra que sigas con él, sabes que siempre te he deseado lo mejor y sé que a su lado lo has encontrado.

—Está bien, te acabas de ganar un buen vino para la cena.

—Permíteme que lleve yo el postre de un sitio que conozco, no me gusta ir con las manos vacías. Por cierto, ¿seguís en Tarragona?

—No, de hecho, hace muy poco que hemos vuelto a Barcelona, al piso de Oriol. Ahora te envío los datos. Y que sepas que acepto esos pasteles.

—Por mí perfecto, pero ¿estás segura de que él estará de acuerdo? Lo digo porque nuestras escasas conversaciones nunca fueron aburridas.

—Estoy segura de que estará encantado. Sé puntual.

Carles se enamoró del edificio nada más verlo. La distancia que separaba el portal de entrada de su puerta era un sendero de fantasía modernista en el que resultaba imposible mantener la boca cerrada. El interior de la casa resultaba igual de inspirador.

—Buenas noches, inspector, bienvenido. Por favor, siéntase como en su casa. —Oriol le hizo un gesto con la mano para que entrara.

—Primero de todo, agradezco su invitación, aunque solo quería puntualizar que soy comisario, pero no tiene importancia. He de decirle, antes de que piense que soy un maleducado por corregirle en su propia casa, que me alegra mucho verle y que vive usted en un paraíso terrenal. Aquí tiene el postre que le he prometido a Sofía.

—Muchas gracias, comisario, y no se preocupe, no he pensado nada malo de usted, tan solo he caído en la cuenta de que nunca acierto, pero me alegra, mi enhorabuena —mintió Oriol, tratando de mantener la cortesía de un buen anfitrión—. Sofía se está terminando

de arreglar, saldrá enseguida.

La cena se convirtió, a pesar de los temores iniciales de Sofía, en una velada cordial entre lo que parecían amigos de toda la vida.

—¿Cómo se encuentra su nieto, profesor? —se interesó el comisario.

—Antes de responderle, me gustaría que me tutease. Ya hemos brindado con vino en torno a una mesa, así que ya nos podemos considerar amigos. —La segunda copa consecutiva elevó el humor de Oriol, que se notaba cómodo con su invitado—. ¡Brindemos de nuevo!

—Te lo agradezco, pero con la condición de que sea recíproco. —Elevó su copa semivacía con una mano mientras con la otra trataba de aminorar la sensación de calor provocada por el vino de catorce grados y medio.

—A la pregunta que me has hecho antes, te diré que, gracias a Dios, se ha convertido en un hombre responsable y creo que feliz. Decidió ser químico, como el aburrido de su abuelo, y hace un mes escaso leyó su doctorado.

—Tendrá muchas ofertas de trabajo, supongo.

—Lo cierto es que le han ofrecido trabajar en una de las petroquímicas de Tarragona, pero lo ha rechazado a pesar de mi insistencia. Ya tenía planeado tomarse un año sabático para recorrer media Europa y mejorar algunos idiomas, y ahora se encuentra en Dublín. Lo único positivo es que le han asegurado que cuando vuelva tendrá las puertas abiertas, aunque él es muy reticente. Al parecer, quiere dedicarse a la educación, no sé por qué no me sorprende. Lo que más me importa es que siento que nuestra lucha personal ha dado sus frutos —dijo cogiendo la mano de Sofía— para que creciese con la mayor normalidad posible.

—Me alegra mucho oír eso, profesor. Por cierto, Sofía, ¿no le habías dicho que desde hace unos años me ascendieron a comisario? Los secretos en una relación no llevan a nada bueno —dijo guiñando el ojo a Oriol.

—Y tú, comisario, ¿qué tal por Madrid y aquello que comentamos una vez?

—¿Lo de mis hijos?

—¡Un momento! —exclamó Sofía—. ¿Desde cuándo vosotros dos tenéis secretos?

—¡Señor profesor!, ¿no me dirás que tampoco le has comentado

que sabes que tengo dos hijos? ¡Huelo a crisis! —lamentó con un tono burlesco pero afable—. Hablando en serio, no ha sido un camino fácil. Cuando me instalé en Madrid, Lucía tenía 7 años, Marc 5 y, aunque a esa edad todavía existe cierta flexibilidad, para ellos yo era casi un desconocido. Con el tiempo he logrado por lo menos ganarme su respeto, aunque el periodo de la adolescencia ha resultado un bache complicado. Profesor, quiero agradecerte el gran favor que me hiciste.

—Me temo, Carles, que no sé de qué favor me hablas.

—En aquella conversación me abriste los ojos. A partir de ese momento me di cuenta de que le había dado la espalda a lo más importante que tengo y que debía recuperarlo. Aquello marcó mi marcha a Madrid y, aunque para ellos sigo sin ser el padre perfecto, por lo menos tienen uno y yo recuperé el sentido de mi vida. Con Míriam, mi exmujer, tengo una buena relación. Se dio cuenta de que de verdad quería cambiar y el tiempo nos ha devuelto una respetuosa relación. Se casó con un bombero, a pesar de que yo sé apagar muy bien los fuegos. Por mi parte, he tenido algunas amigas, pero poco más. He aceptado que soy un lobo solitario... —Volvió a elevar su copa para brindar por la felicidad de todos y de sus anfitriones.

—Comisario, cuéntame lo de tu ascenso —sugirió Oriol.

—La verdad es que no hay gran cosa que contar. Fue hace seis años, y pensé que antes de jubilarme quería probarme a mí mismo. Ya con anterioridad me habían ascendido a inspector jefe. Ahora dirijo un grupo de investigación que trabaja a nivel nacional. Conlleva muchas horas y dedicación, pero me apasiona.

—Y, sin intención de arruinar la velada, ¿qué pasó con el asesino del tatuaje? —interrumpió Sofía, que llevaba muchos minutos intentando introducir la pregunta.

—Por desgracia, nada. Sigue bloqueado, tal y como lo dejé. Aunque ya no llevo el caso, sigo de alguna manera implicado en él. Es una espina que llevo clavada. Parece que a ese malnacido se lo hubiese tragado la tierra. Nadie, ni a nivel nacional ni en organismos internacionales, ha sabido nada. Me temo que me jubilaré con esa mancha en mi recuerdo.

—¿Y cuándo piensas jubilarte? —volvió a preguntar Sofía.

—De hecho, ya podría, pero me gusta tanto mi trabajo que no encuentro la excusa. De todas formas, me noto cansado y casi con toda probabilidad prolongaré un año más y dejaré paso a gente más joven. Cambiando de tercio —sugirió Carles—, veo que vosotros dos tenéis una relación afianzada.

—Sí —respondieron los dos al unísono.

—Para mí, Sofía ha sido un regalo que la vida me trajo en un momento muy complicado. —La mirada de complicidad de la doctora hizo innecesario comentario alguno—. ¡Brindemos de nuevo!

—Es la tercera botella, si no he contado mal —puntualizó Carles—. ¿Estás seguro de que tus válvulas cardíacas están preparadas, profesor? —volvió a guiñarle un ojo.

—¿Quieres quedarte a dormir? —sugirió Sofía al comisario.

—Te lo agradezco mucho, pero prefiero volver al hotel en taxi, aquí hay mucho amor y todo se pega, pero antes quedan los postres. —Un nuevo brindis en alto ponía punto y final a la tercera botella...

43

Puerto Vallarta, México, mayo de 2018

Stephan, a sus 50 años, había convertido el póquer en el centro de su vida. Le proporcionaba interesantes sumas de dinero y la sensación de ser alguien importante por el nivel de juego que había adquirido. Se había creado un nombre dentro del selecto grupo, donde a nadie le importaba de dónde venías ni de dónde obtenías el dinero. Hacía cuatro años que le habían aceptado en la autodenominada liga superior. Sin una fecha exacta, las partidas se realizaban cada dos meses, lo que suponía unas seis al año. Las cantidades de dinero en dólares que allí se manejaban resultaban indecorosas, incluso para más de un magnate. No estabas obligado a participar en todas, pero tampoco podías desmarcarte sin más, pues corrías el riesgo de ser expulsado del círculo o, quizá, de algo menos agradable.

Allí, por fin coincidía, aunque solo en ocasiones, con su colega americano, José. Era buen jugador, de hecho, todos lo eran, pero reconocía que él se había convertido en un rival temido. Había amasado más dinero del que podría gastarse en dos vidas, pero no tenía en mente dejarlo. No quería volver a convertirse en un jubilado que pasea por la playa esperando que llegue la noche para cenar viendo alguna serie de televisión. Ya no era un problema de dinero, seguía por la adicción a la adrenalina que le generaba el juego. Cada vez que restregaba sus cartas por la cara de aquellos prepotentes millonarios, se sentía poderoso, y cuando sus bolsillos se llenaban a costa de esos déspotas, sentía la satisfacción no solo de haber ganado un juego, sino de haber ganado la partida a la vida. Así que no, no estaba dispuesto a renunciar a todo aquello para revivir la angustia de la monotonía en la que todos los días tienen el mismo color.

Cuatro meses antes, se unió al clan un individuo malhumorado y arrogante que tenía el respeto, si no el temor, de todos los que allí

jugaban. Una gran cicatriz en el lateral de su cuello era una carta de presentación que invitaba a mantenerse callado y limitarse a jugar. Una vez, el americano le advirtió en uno de los encuentros casuales en el casino que aprendiera a mantener las distancias con aquel tipo si no quería que el forense tuviera problemas para recomponerle. Fue una recomendación en la que se negó a profundizar más.

El nuevo estatus de Stephan le había permitido alquilarse una lujosa casa a las afueras de la ciudad con varias criadas y un cocinero a su servicio. Ya no parecía importarle el hecho de que la documentación con la que se movía seguía siendo falsa. Con toda probabilidad le estarían buscando por todo el mundo, aunque esperaba que nadie tuviera claro a quién buscaban. Solo debía mantener contento a todo el que le rodeara, aunque supusiera una cantidad nada despreciable de dinero.

Era mayo, y estaban citados para una nueva partida que se llevaría a cabo, como siempre, en un lugar desconocido. Las medidas de seguridad, en su opinión, eran excesivas, pero no tenía más remedio que aceptarlas. Los recogían en un punto diferente cada vez y con vehículos de alta gama que nunca se repetían. Les tapaban los ojos al entrar en el coche y no volvían a ver nada hasta entrar en la sala donde se llevaría a cabo la partida. Al acabar, se reproducía la misma maniobra, pero a la inversa. Debían de coexistir varias ligas superiores simultáneas, porque nunca se repetía la misma combinación de jugadores. Todos usaban un alias con el que se identificaban, y el suyo era *el Suizo*. Se movían grandes fortunas, la mayoría de dinero manchado por negocios punibles, y nadie, ni los organizadores ni los participantes, tenía ningún interés en ser descubierto. Los promotores nunca daban la cara, o al menos eso pensaba, y se embolsaban un millón de dólares por partida, más un uno por ciento de los beneficios finales de cada jugador. A cambio, aseguraban una organización con la máxima seriedad y en el más absoluto anonimato. Solo se permitía el pago en metálico, que debías llevar encima, y no podías apostar más allá de lo que te quedara, a no ser que fuera aceptado por todos los jugadores a los que afectara la apuesta. Stephan sabía que lo más importante era jugar con cabeza y no perder la calma. Para él, lo principal eran los beneficios a largo plazo y no las pérdidas puntuales que en ocasiones pudiera tener. Por ello, nunca apostaba más allá de lo que llevaba. Era una regla que nunca se había saltado y con la que

le había ido bien.

Aquella noche lo cambió todo. Notó malas vibraciones desde el principio, pero no podía volverse atrás una vez que había empezado. Aquel tipo, el del cuello rajado, le ponía nervioso. Era la segunda vez que coincidía con él y, sin tener claro por qué, le hacía sentirse incómodo y eso afectaba a su juego. Esa velada, en la mesa, también se sentó el americano, lo más parecido a un amigo que tenía. La noche no empezó mal, pero a la media hora las cartas decidieron darle la espalda y empezó a perder algo de dinero, aunque no sería la primera vez.

—Parece que te está cambiando la cara, Suizo —aseveró con arrogancia el Cuello Rajado, que se hacía llamar Dangerous. Una regla básica era el respeto entre los jugadores, ganaras o perdieras, pero aquel tipo parecía sentirse por encima de los demás y, lo que era peor, muchos le adulaban las bromas.

—Bueno, la noche es larga, ¿no crees? —respondió Stephan mirándole a los ojos intentando intimidarlo.

—Por supuesto, pero me huelo que tienes tantas narices como mi sobrina de diez años. —Stephan apoyó con firmeza las manos en la mesa mientras impulsaba bruscamente la silla hacia atrás. Enseguida, tres de los observadores se acercaron con cara de pocos amigos. Entendió la señal y decidió calmarse y concentrarse en su partida. Dangerous estaba seguro de que había caído en la trampa. El Suizo era muy buen jugador y necesitaba ponerle nervioso para descentrarlo.

—Sigamos, por favor —dijo José Guadalupe, conocido en aquel círculo como el Yanqui, con la intención de calmar los ánimos.

Tanto el Suizo como Dangerous se pidieron falsas disculpas mientras se prometían momentos duros con la mirada.

En las siguientes manos, la ira de Stephan fue incrementándose. Perdió el control sobre sus cartas y la neutralidad de sus gestos, quedando vendido al resto de jugadores. Dangerous comenzó a subir las apuestas de un modo desorbitado. Estaba en racha y quería hundir al Suizo solo porque había decidido que aquel tipo no le gustaba. Sabía que acabaría arrastrándolo. Stephan no se recomponía y cada vez perdía más dinero, pero se sentía sometido a la prepotencia de Dangerous. Quería darle su merecido y restregarle por la cara el dinero que iba a ganarle. Necesitaba una mano de buenas cartas y, sin duda, esta llegaría en la siguiente.

Se repartieron de nuevo cartas y Stephan quedó satisfecho. Solo tuvo que cambiar dos. Analizó, como siempre hacía, a todos sus oponentes. Esta vez la suerte le estaba sonriendo y obtendría su venganza particular. El Suizo empezó la apuesta. El Yanqui la elevó, seguido por varios de los jugadores. Le tocaba el turno al Cuello Cortado, su enemigo declarado.

—Muy interesante, lo veo y subo a tres millones de dólares — dijo Dangerous, dejándolos caer encima de la mesa. Era una cifra demasiado elevada para una sola mano. Todos desistieron, incluido el Yanqui—. ¿Os rendís todas, nenitas?... Ya os la pelasteis.

—Espera un momento, aún tengo algo que decir, pedazo de atún —saltó el Suizo. Sus cartas, sin ser las mejores, eran buenas, y por pura estadística aquel impresentable no podía tenerlas mejor que él durante toda la noche.

—¿Cómo me has llamado? ¿Atún? ¿Tenemos en la mesa una adolescente de instituto y no lo sabíamos?

—Sí, por tu cicatriz se ve que alguna vez te han pescado y abierto como a uno de ellos. —El tono pausado utilizado por el Suizo encolerizó más si cabe a Dangerous. De nuevo, los observadores se aproximaron a la mesa. No estaban dispuestos a consentir que nadie se saltara las reglas—. Subo a cinco millones. —Aunque fue su propia cifra la que resonó en la sala, Stephan no pudo evitar empezar a sudar.

—Qué padre, pescador, a ver si tienes huevos a igualarme los quince millones que ahora mismo pongo encima de la mesa.

El murmullo general se hizo notar. Stephan se encontraba entre la espada y la pared. No tenía ese dinero, ni allí ni en ningún otro sitio, aunque sí casi la totalidad de la cifra. Si perdía, se quedaba en la calle sin poder hacer frente a lo que le quedaba, con lo cual sería hombre muerto. Por otro lado, estaba convencido de que ganaría, por sus cartas y por los gestos de su contrincante, que presagiaban un farol. Tenía ante sí la victoria más placentera de su vida. Si le descubría, no solo ganaría una cantidad indecente de dinero, sino que además ridiculizaría al Cuello Rajado riéndose en su cara.

El americano le miró fijamente con preocupación, moviendo sutilmente la cabeza como signo de negación, pero ya estaba decidido.

—No dispongo de ese dinero aquí, pero, si lo aceptas, igualo la apuesta. —El Suizo mintió, pero había perdido el control y su ego no le permitía echarse atrás.

—Está bien, me fío de ti, acepto...

Con las cartas boca arriba sobre la mesa, la risa de Dangerous

marcó el final de una era. Stephan, en esos momentos, solo quería morir...

44

Puerto Vallarta, México, mayo de 2018

Stephan regresaba a casa con lo puesto y la mirada fija en el asfalto. Le introdujeron con los ojos vendados en el mismo coche que unas horas atrás le prometía una noche de éxito y le devolvieron al mismo punto de partida. De allí caminó unos escasos quince minutos a través de un barrio residencial hasta la entrada de su mansión. Cuando se disponía a traspasar la verja, dos individuos que parecían dos boxeadores gemelos salieron de un coche negro de alta gama, cortándole el camino hacia una posible escapatoria.

—¿Qué demonios queréis vosotros? —inquirió Stephan, intentando intimidar a aquellos campeones de los pesos pesados.

—Queremos pasar con usted a su casa y hablar de una deuda que tiene pendiente —respondió uno de ellos mientras marcaba con su mano el camino de entrada.

—Se supone que soy yo el que tendría que invitarles, son las reglas mínimas del decoro, pero me temo que esta noche me duele la cabeza, así que si son tan amab... —No había acabado la frase cuando recibió un puñetazo en el costado por parte del animal que tenía a su izquierda, haciéndole clavar las dos rodillas en el suelo. Cuando consiguió recuperar el aire y levantar la cabeza, vio el reflejo de una pistola que el otro Hércules se había tomado la molestia de asomar del interior de su chaqueta.

—Está bien, creo que lo he entendido. Los billetes los tengo en el interior de la casa. —Todo su dinero, salvo una mínima cantidad que tenía en una cuenta bancaria con nombre falso, lo escondía entre una caja fuerte que había hecho instalar en la casa y otro rincón oculto. Sabía de antemano que no le alcanzaba para subsanar la enorme deuda que había adquirido y tenía unos minutos para pensar un segundo plan alternativo; el de la huida esa misma noche había sido

abortado—. ¿Querrán tomar algo o quizá no es buen momento para entablar una amistad? —El puño cerrado con el que ya estaba familiarizado le hizo recapacitar y dejar las bromas para otro momento, aunque, si iba a morir de todas formas, prefería hacerlo riéndose de aquellos osos a los que Dios les había concedido la capacidad de articular palabras.

A esas horas, en la casa ya no había nadie. No le gustaba que el personal fisgoneara su vida nocturna.

—Si no les importa, pueden sentarse en el salón mientas yo voy a buscar lo que están esperando. —Sin mediar palabra, los dos individuos le siguieron a metro y medio de distancia, apuntándolo con la pistola pegada al cuerpo—. ¡Qué bonito es que alguien te quiera tanto! —insinuó de forma burlesca.

La caja de seguridad se encontraba en una habitación que hacía las veces de despacho, aunque nunca lo hubiera usado para ese fin. Apartando de una de las estanterías unos libros que, a modo de guiño, trataban sobre cómo lograr el éxito personal, se accedía a una falsa pared perfectamente camuflada. Ejerciendo presión sobre ella, se abría de forma basculante y dejaba al descubierto la caja fuerte. Antes de poder coger nada, uno de los tipos se aseguró de que en el interior no hubiera ningún arma. Después, llevó todos los fajos de billetes a la mesa del despacho, donde también se aseguraron de que no hubiera nada que pudiera ser utilizado para hacer daño.

Al acabar de contar los billetes, comenzó su particular escena teatral.

—Un momento, he debido de equivocarme, tengo que volver a contarlo. —Stephan se había dado cuenta de que no disponía de un plan C, y estaba prolongando la agonía para desespero de aquellos tipos. No era la primera vez que se encontraba en una situación comprometida, pero todo hacía pensar que aquella sería la última—. Tengo que mirar en otro sitio, pero debo empujar antes esta mesa. —Sin ayuda alguna, la movió un metro hacia delante, dejando al descubierto unas baldosas que logró levantar, no sin dificultad. Escondido en el fondo de un agujero extrajo, a punta de pistola, una bolsa que contenía otra interesante cantidad de dinero que conocía de antemano—. ¡Chicos, creo que tengo muy buenas noticias! Aunque quizá una de ellas no lo sea tanto, pero tratándose de algo tan insignificante, creo que será fácil llegar a un acuerdo.

Stephan auguraba una lluvia de golpes, pero ante su sorpresa uno de ellos se limitó a apuntarle a la cabeza y el otro a llamar por

teléfono dejando una escueta indicación: «le esperamos».

—Veo que no eres hombre de muchas palabras y así te va a resultar difícil mantener una relación, te lo digo por experiencia.

De nuevo se mantuvieron impasibles ante sus comentarios y eso casi le preocupaba más que el recibir un tiro certero en la sien. En un minuto supo por qué.

—Tienes una bonita mansión, Suizo. —La voz de Dangerous resonó por toda la casa en el momento en que otras dos personas entraban en la habitación.

—Te invitaría a algo, pero estos muchachos no están siendo unos buenos invitados, tendrá que llamarles la atención.

—No creo que estés en condición de chulearme, así que, por tu bien, no me toques lo que no debes. He tenido que entrar hasta aquí porque creo que hay algún problema con el dinero, ¿es eso cierto?

—En absoluto, creo que tus chicos no han entendido bien el concepto de «buenas noticias». —Dangerous hizo una mueca a uno de sus hombres que, sin mediar palabra, le propinó un golpe directo en la boca del estómago.

—¿Y ahora vas a decirme qué pasa con mi dinero? Tranquilo, tómate unos segundos para contestarme, no soy tan mala persona.

—Verás, daba por seguro que tenía todo el dinero de la apuesta, pero, restando lo que ya te he dado en la partida, con lo que tengo aquí —dijo señalando todos los billetes que ocupaban la superficie de la mesa—, me faltan 500 000 dólares para saldar la deuda. Creo que lo podemos solucionar de alguna manera, seguro que hay algo que pueda hacer por ti para devolverte ese dinero. Puedo recuperarlo jugando al póquer, aunque sea en otro tipo de partidas, sabes que soy bueno...

—Se me ocurre una idea mejor —interrumpió el Cuello Rajado—. Imaginaba que hasta en eso te habías marcado un farol y tenía pensado un trabajito para ti a cambio de tu vida. Si te soy sincero, daba por hecho que no podrías pagar la mayoría del dinero y pensaba matarte después de hacerlo, pero como solo se trata de esa cantidad, te dejaré vivir si cumples con tu parte. Te aseguro que no tienes otra opción si no quieres que mañana un señor con bata blanca intente averiguar cómo han extraído todas las vísceras de tu cuerpo.

—¿Puedo saber de qué se trata? —Trató de mostrar tranquilidad, aunque en realidad no daba crédito a esa nueva oportunidad que se le había presentado.

—Por supuesto, porque si no aceptas no vas a tener tiempo de

contárselo a nadie. ¿Te acuerdas de tu amigo José Guadalupe Smith? ¿O prefieres llamarle el Yanqui?

—¿Qué le pasa a ese hombre? Aunque prefiero matizar que solo es un conocido.

—¡Mucho mejor para ti! Así lo matarás con menos remordimiento.

—¿Matarlo? ¿Pero en qué lío se ha metido ese desgraciado?

—¡Ya me tienes hasta el queque! Eso a ti no te incumbe, tú solo hazlo y estaremos en paz, te doy mi palabra. Eso sí, no intentes escapar, porque te van a seguir hasta cuando vayas al lavabo. Y si tratas de contárselo a alguien para inculparnos, lo de menos va a ser que mueras, de eso también te doy mi palabra.

—¿Y con qué pretendes que lo mate?

—Eso a mí me importa una mierda. Aprovecha las reuniones con tu conocido en el casino y te buscas la vida, lo que hagas después es cosa tuya. Recuerda, yo nunca he existido, pero si tienes problemas de memoria, te aviso de que tengo amigos hasta en el fondo del mar, y esto último es literal.

—Solo una última pregunta, ¿por qué yo?

—Porque puedes acercarte a él sin levantar sospechas y porque te tengo cogido por los huevos.

Las dos primeras noches se recorrió todos los locales en los que creía poder encontrarlo, sin que la suerte le sonriera. Empezaba a temer que hubiera vuelto a su país, con lo que eso conllevaría. La tercera noche volvió a repetir el mismo circuito, se sentía observado y quería demostrarles que lo estaba intentando sin dar un paso en falso. Tenía que admitir que eran unos auténticos profesionales. En esos tres días no había podido reconocer ni sus sombras, pero sabía que estaban allí. Camino del casino que más frecuentaba el americano y donde lo conoció, pasó primero por una pequeña terraza donde hacían unos cócteles deliciosos. No era el lugar donde esperaría encontrarlo, pero sí era el primero trazado en su ruta. Antes de llegar, escondió su navaja en un lugar de fácil acceso, pero seguro ante las tentaciones ajenas. Ya en el interior de la sala de juegos, donde estaba la mesa de *blackjack*, reconoció la espalda amplia de un hombre con sobrepeso y la coronilla despoblada de cabello.

—Buenas noches, José, pensaba que habrías dejado el vicio.

—¡Hombre, Alemán!, ¿o debo llamarte Suizo? Me tenías preocupado, ya sabes a qué me refiero.

—Para la gente a la que aprecio, Alemán. Respecto a lo otro, todo solucionado, nos reunimos, le di lo acordado y a pensar en otra cosa.

—Arriesgaste mucho.

—Lo sé, José, y créeme si te digo que no me volverá a ocurrir. De hecho, hoy no me apetece ni jugar, así que, si quieres, te invito a tomar algo.

—¿Te lo puedes permitir después de la otra noche? —rio el americano.

—No te preocupes, nunca habría apostado más allá de mis posibilidades —mintió sin ninguna convicción.

Salieron del local a buscar precisamente la primera terraza por la que había pasado. Después de pedir ambos la especialidad de la casa, se sentaron, por insistencia de Stephan, en la mesa más apartada que había.

—Te veo preocupado, Alemán. No es que te conozca mucho, pero nunca te había visto así.

—Supongo que lo del otro día me afectó. Siempre soy fiel a mis principios y nunca pierdo el control, pero la otra noche, no sé, no le encuentro explicación. Siento que no era yo mismo, y justo me pasó en el peor momento. Pero es que ese tipo consiguió... no sé ni cómo decirlo.

—De alguna manera, ya te avisé cuando te dije que tuvieras cuidado con él —insistió José—. Tengo la sensación de que hay algo más que te remueve el interior. Si no es así, el único consejo que puedo darte es que el dinero solo tiene la importancia que tú quieras darle.

—¡Un momento, Americano, creo que he tenido una idea! ¿Tienes avión privado?

—Por supuesto, si no ¿cómo crees que muevo mis negocios? ¿Puedes explicarme a qué viene todo esto?

—Tienes razón, hay algo que no te he contado y que nos afecta a los dos —dijo susurrando mientras inclinaba la cabeza hacia delante, manteniendo la misma expresión facial—, pero antes necesito saber si tienes el avión cerca y preparado.

—Empiezas a preocuparme, ¿de qué va todo esto? Y sé claro.

—Lo haré, pero te pido por favor que confíes en mí y aparentes en todo momento que estamos en una conversación agradable. Te lo volveré a preguntar, ¿tienes el avión cerca y a punto?

—Sí, siempre tengo a mi chófer y piloto localizados y el avión en un aeródromo cerca de aquí.

—No me andaré con rodeos, José. Te he mentido. Me faltaba dinero para saldar mi deuda, no mucho, pero lo suficiente para deberle un favor a Dangerous a cambio de mi vida, y ese favor es tu cabeza.

—¡Maldito hijo de puta! —susurró el americano—, me la tenía jurada y al final se ha decidido.

—¿Se puede saber qué tenéis tú y ese mafioso?

—Eso no viene a cuento ahora.

—Lo que no entiendo es por qué no ha mandado a alguno de sus matones directamente —exclamó Stephan.

—Creo que eso significa que está acorralado. Los policías a los que no ha podido comprar andan tras él y no puede cometer un solo error. Tú eres una persona ajena a su infraestructura, y eso le convierte a él en inocente. Supongo que te habrá amenazado con matarte si lo involucras, y puedo asegurarte que, si lo hicieses, serías hombre muerto. Pero ¿por qué me cuentas todo esto?

—Porque no quiero matar a nadie, y menos a lo más cercano a un amigo que he tenido en años. —«O en mi vida», pensó.

—¿Tienes recursos para hacerlo? —preguntó intrigado José.

—No me conoces, Americano, no tienes ni idea de las cosas que he hecho en esta vida. Nos están vigilando, de eso estoy seguro, y ya no hay vuelta atrás. La única manera de evitar esto es si cogemos ahora mismo ese avión y me llevas contigo, luego yo desapareceré para siempre.

José volvió a tomarse unos segundos, transcurridos los cuales simuló que lo llamaban por teléfono. Respondió usando un tono suave y sin abandonar la sonrisa.

—¿Bueno? Sí, Alfonso, ¿en qué puedo ayudarte? Sí, por supuesto. Si lo prefieres, prepara todo y en media hora quedamos. Por cierto, iré con un amigo. Ya sabes qué tienes que hacer — terminó diciendo en un tono casi inaudible—. Solucionado. Mi chófer vendrá a un punto que tenemos acordado a por nosotros en treinta minutos. Tiene que recoger mis cosas y contactar con el piloto, que nos estará esperando. Yo también tengo mis recursos, así que, mientras, pidamos otro cóctel para matar el rato. Esta vez invito yo.

Transcurrido el tiempo acordado, se levantaron con calma, hablando del siguiente local donde podrían continuar la conversación. Caminaron por unas calles que se alejaban de la zona turística hasta llegar a un rincón aislado donde les esperaba un coche. Cuando se encontraban a dos metros, el chófer se dirigió a la puerta trasera e

indicó a su jefe que pasara mientras le saludaba cordialmente. Stephan, que iba por detrás, le deseó buenas noches. Acto seguido, sintió un fuerte golpe en la cabeza. Lo siguiente que vio tras abrir los ojos fue a uno de los matones de Dangerous cogiéndole de las solapas.

Se sentía aturdido por la contusión en el cráneo, pero los golpes indiscriminados en las costillas y pómulos de aquellos dos energúmenos le quitaron las pocas fuerzas que le quedaban. Le sentaron, como a un muñeco, en el asiento de atrás de un vehículo con las dos torres que ya conocía a ambos lados. Diez minutos después, el coche entraba en un bajo de aspecto abandonado. No podía ubicarlo en ningún sitio, pero el sonido cercano del agua rompiendo contra un muro le hizo pensar que debían de estar en algún viejo edificio del puerto. Lo sacaron del coche y lo ataron a una silla, no sin antes darle otro puñetazo, esta vez en la boca del estómago. Alguien le preguntó algo, pero fue incapaz de descifrar el qué. Su cabeza no paraba de darle vueltas mientras intentaba escupir toda la sangre que le llenaba la boca.

—Te lo preguntaré solo una vez más, ¿dónde está tu amigo?

—¡No lo sé! —logró decir mientras negaba con la cabeza. Una vez más llegaron los golpes, llevándolo al límite de perder el sentido. La voz, que podía ser de Dangerous desde la oscuridad del fondo, les detuvo.

—Esperad un momento, no quiero que lo matéis aún. No puede ser tan simple, ya me entendéis. ¡Rájale la cara! —dijo señalando a uno de sus hombres—, y luego lo tiráis al mar antes de que esté muerto. Quiero que lo último que sienta sea la sensación de sus pulmones encharcándose, antes de que Dios lo acoja en su seno, si es que este malnacido se lo merece.

Con el puñal penetrando a la altura de su sien, el intenso dolor y la escasa energía que le quedaban le hicieron perder el conocimiento. Introdujeron su cuerpo inerte en el maletero del coche para llevarlo muy cerca del lugar donde se encontraban. Asegurándose de que nadie los veía, lanzaron el cuerpo a una lancha motora. Estaban seguros de que las cámaras de seguridad de la zona no estaban grabando nada en esos momentos, el dinero podía obrar este tipo de milagros.

Tal y como se encontraba su víctima, daban por hecho que ya había pasado a mejor vida, así que quinientos metros mar adentro lo arrojaron al agua sin parar la lancha. Mientras cambiaban el sentido para volver a puerto, vieron como aquel bulto inmóvil se hundía.

El agua entrando en sus pulmones y el intenso escozor que provocaba la sal marina sobre la herida abierta de su cara lograron que recobrara el conocimiento. Aunque carecía de energía, la lucha por la supervivencia le brindó el último resquicio de fuerza que guardaba en su interior para intentar mantener la cabeza fuera del agua. A cien metros de allí, en la más absoluta oscuridad para no tirar por tierra el esfuerzo de la noche, un pescador oyó el ruido de una lancha acercarse y marcharse sin detenerse. Parecía que alguien había caído al mar, porque sentía el chapoteo de unos brazos luchar contra la superficie del agua, así que decidió acercarse. No quería meterse en problemas, pero tampoco podía cerrar los ojos y dejarlo pasar. A escasos metros, con la ayuda de una linterna que encendió durante breves segundos, vio la silueta de unos brazos desaparecer bajo el agua, por lo que decidió lanzarse en su ayuda. La lancha que antes había escuchado había desaparecido en la oscuridad y ya debía de encontrarse en el puerto. A duras penas pudo sacarlo a la superficie y, con la ayuda de unas cuerdas, logró mantenerlo a flote y subirlo desde el interior de la barca. Intentó reanimarlo como había visto en las películas, sin ni siquiera estar seguro de que estuviera vivo, hasta que aquel individuo empezó a toser. Tenía la cara deformada y abierta desde la sien hasta la boca en uno de sus lados.

—¿Está usted bien, *güey*? —No esperaba respuesta, pero era una manera de conectar con aquel desconocido—. Se ha salvado de milagro.

Tumbado en la barca y con la ropa empapada, fue recuperando la conciencia. Miraba a su salvador sin ser capaz de articular palabra. Volvía a sentir el dolor en todo su cuerpo, en especial en la cara, pero aquello era el mal menor, estaba vivo.

El pescador amarró su humilde barca en un lugar mucho más lejano de lo habitual para evitar ser visto y meterse en problemas. Le ofreció avisar a una ambulancia para que lo llevaran a un centro hospitalario, pero Stephan rehusó. Le dio las gracias como pudo y se refugió entre unas rocas hasta que recuperara algo de fuerzas y pensara qué podía hacer. Su ángel de la guarda le dio una de sus mantas para que pudiera cubrirse y volvió a desaparecer en la oscuridad del mar.

El reflejo de los primeros rayos del sol sobre su rostro le despertó de su letargo. A duras penas pudo ponerse en pie y caminar. No tenía claro dónde ir, pero sabía que no podía permanecer allí, ni tampoco deambular sin rumbo, a riesgo de ser visto por los hombres de

Dangerous. Solo había un lugar donde podía acudir, aunque dudaba que ni siquiera le abrieran la puerta. No tenía dinero para coger un taxi, así que tuvo que caminar hasta llegar a su destino en lo que le pareció el mayor reto de su vida. No sabía si seguía viviendo allí, pero era su única opción.

Llamó a su puerta y esperó lo que le pareció una eternidad. Cuando estaba a punto de marcharse, el chirrido de las bisagras le detuvo.

—¡Dios mío, Alemán! ¿Qué te ha pasado? —gritó Valeria, la bailarina con la que hacía nueve años había mantenido una relación de altibajos de seis meses. En ese mismo instante, Stephan se desmayó.

No sabía cuánto tiempo había permanecido inconsciente o dormido. Al abrir los ojos vio la cara de una Valeria algo envejecida, pero igualmente hermosa, junto a la de un desconocido. En esos segundos de incertidumbre trató de huir, pensando que lo habían encontrado. Un dolor súbito entre las costillas y en la cara le hizo desistir de su intento. Notaba tirante la piel de su mejilla derecha y al tocarse se dio cuenta de que alguien se la había cosido. Tenía un corte que debía de cruzarle la cara y, al mirarse las manos, se dio cuenta de que le temblaban.

—¿Quién es usted? —inquirió Stephan al desconocido—. ¿Los has llamado? —preguntó a Valeria.

—¿De quién hablas, Alemán? —respondió la bailarina—. Este es Juan, mi marido. Es enfermero y en las últimas 24 horas te ha estado curando; de hecho, te ha cosido el corte de la cara.

—¿Lo sabe alguien más? —insistió Stephan.

—No te preocupes, Juan y yo hemos creído que era mejor no avisar a nadie. Está claro que eso no te lo ha hecho cualquiera, y si ese alguien se entera de que te hemos acogido podemos tener problemas.

—Tienes toda la razón, lo siento. No se me ocurrió pensar que te podía poner en peligro al venir aquí. Os prometo que me marcharé en unos minutos, solo os pido una ducha y algo de ropa limpia, aunque sé que estoy abusando.

—Tú no te vas a ningún sitio hasta que estés recuperado — dijo Juan de forma tajante—. Nadie va a decir nada, por el bien de todos. Valeria me ha hablado muy bien de ti y eso me basta, pero creo que sí nos merecemos saber en qué situación estamos los tres.

—¿Valeria te ha hablado bien de mí? —Sonrió por primera vez desde hacía muchos días, aunque el dolor de la herida le devolvió a la realidad.

Durante la siguiente hora, Stephan trató de narrarles lo ocurrido mientras ingeriría a sorbos un poco de sopa.

Pasaron casi tres semanas hasta que se sintió recuperado, al menos lo suficiente para empezar a planear su huida de aquel país. Le pidió a Valeria, que hacía años que ya no se dedicaba al baile, que le comprara unas pelucas, maquillaje y otra serie de elementos que tantas veces había utilizado en su vida anterior. Stephan no quería tener secretos para aquellas dos personas que tan gentilmente le habían acogido, por lo menos, no en lo referido a su vida en México. Les explicó que, en los primeros años de su estancia allí, sus paseos diarios por la playa le llevaron a conocer diferentes rincones donde poder esconder cosas sin riesgo alguno a ser descubierto. En uno de ellos, guardó una bolsa con documentación falsa y algo de dinero con el que poder escapar en caso de necesidad. Les comentó que en Europa había llevado una vida diferente, que le había hecho sufrir. Allí, por su supervivencia, dependía de ciertos contactos, entre ellos una persona con la que había seguido manteniendo una relación profesional y que realizaba documentos falsificados con una perfección inigualable. También disponía de una caja de seguridad en un banco, con una falsa identidad, que podría rescatar precisamente con el pasaporte que estaba en la bolsa que les había explicado. Ese plan de huida era mejor, siempre y cuando pudiese llevarlo a cabo, ya que allí guardaba algo más de dinero y documentos con los que empezar una nueva vida.

—Aquí tienes, Stephan, todo lo que me has pedido. —Valeria sí conocía su verdadero nombre, pero solo le llamaba así cuando estaban solos, cosa que él agradecía. Esa misma noche, gracias a su habilidad en el camuflaje, saldría por primera vez a la calle desde hacía casi un mes, esperando no ser reconocido. Su primer objetivo sería recuperar la bolsa que mantenía escondida detrás del ladrillo de un muro que quedaba enterrado en la arena. Todo salió como tenía previsto. Solo le quedaban dos pasos; salir de aquel banco victorioso y, en último lugar, escapar del país sin levantar sospechas. Suponía que le daban por muerto, pero esa pequeña ventaja no serviría de nada si era descubierto.

A la mañana siguiente accedió a su caja de seguridad, aunque no sin alguna reticencia del encargado, que en un primer momento dudaba que el de la foto fuera él. Allí guardaba 50 000 dólares en

metálico, más documentación falsa, un retrato de su madre y las fotos de aquella piedra verdosa que encontró en el interior del maletín de aquel profesor de Barcelona.

«Esto último puede valer más que todo lo anterior, a excepción de la foto de mi madre».

Cuando llegase a Alemania buscaría al hijo de Alfred Meinl. Algo le decía que también le podía resultar tan interesante como al ambicioso de su padre y reportarle una gran cantidad de dinero.

Tuvo que acelerar su marcha, ya que, en el hospital, Juan había oído una conversación entre dos individuos de aspecto sospechoso en la que mencionaban que «el cuerpo aún no había aparecido». Podía tratarse de otro caso, pero no debía arriesgarse. El día de su huida comió con sus dos amigos. Se sentía enormemente agradecido. Nunca nadie le había tratado con ese cariño, les debía la vida y sabía que nunca podría agradecérselo.

—Quiero que sepáis que para mí os habéis convertido en mi familia, y quisiera agrad... —No pudo seguir. Por primera vez, desde que años atrás se enteró de la muerte de su madre, lloró. Ambos lo abrazaron mientras Valeria dejaba escapar también unas lágrimas—. Os debo la vida, también a aquel pescador, pero buscarlo podría suponer mi muerte y la suya. Nunca podré compensar lo que habéis hecho por mí, pero por lo menos dejad que os lo agradezca dándoos la mitad de lo que recuperé en el banco, 25 000 dólares.

—En absoluto —dijeron los dos al unísono.

—Ese dinero lo necesitarás tú más que nosotros, así que guárdatelo —comentó Valeria—. ¿Dónde vas a ir ahora?

—Necesito recuperarme en todos los aspectos, así que buscaré algún lugar tranquilo y escondido en otro rincón de Sudamérica antes de regresar a mi país, tengo tiempo para pensarlo.

—Espera un momento —comentó la exbailarina. Segundos después volvía con un trozo de papel en la mano—. Esta es la dirección de mi familia en Costa Rica. Viven en un pequeño pueblecito donde te acogerán con los brazos abiertos y donde te aseguro que nadie te molestará. Yo los llamaré y los avisaré. No te daría la dirección de mi propia familia si no supiera que eres una buena persona. No me importa de dónde vengas ni qué hayas hecho en tu vida, sé que ahí dentro —dijo señalándole el corazón— hay un buen hombre. —De nuevo, Stephan rompió a llorar.

Habían acordado que Juan acercaría con su coche al Alemán disfrazado hasta un pueblo cercano donde pudiera coger un autobús

que lo llevara a un aeropuerto y, de allí, a lo que sería durante muchos meses su nuevo hogar.

Stephan mantenía la mirada perdida hacia las vastas tierras del continente americano desde la ventanilla del avión mientras recapacitaba sobre su vida. Había perdido toda su fortuna y casi su vida, pero sentía que se marchaba más rico que nunca. Había conocido el amor de la amistad...

III Parte

El descubrimiento

(2019)

45

Valencia, 28 de febrero de 2019

Eduard entraba por la puerta del instituto como si se hubiera criado en ese mismo lugar. No era la primera vez que le llamaban para dar clases, pero sí la primera que lo hacían en la ciudad de Valencia.

Atrás quedó el accidente que le arrebató para siempre la vida de sus padres. También la conversación con su abuelo en su décimo aniversario y su reciente año sabático por Europa. Una dosis de inglés en Dublín, conocimientos de lengua francesa en Normandía y nociones básicas sobre cerveza en Colonia le permitieron conocerse a sí mismo y combatir su timidez. No quería el éxito empresarial de su padre ni el reconocimiento académico de su abuelo. «Sí, es esto lo que busco». Atravesaría aquel recinto lleno de adolescentes con decisión y la cabeza muy alta, aunque por dentro sintiera ganas de correr en sentido contrario.

Días antes había llegado a la ciudad para tantear su centro de trabajo y encontrar un lugar donde poder alojarse. Parecía estar esperándolo un acogedor ático sin ascensor en el viejo Barrio del Carmen. El piso disponía de una sola habitación y desde el comedor se ascendía por una escalera de caracol a una terraza desde la que podían vislumbrarse el cimborrio gótico de la catedral y el Miguelete, torre emblema de la capital. Esa visión nocturna de la Valencia antigua fue lo que le hizo sentir un vínculo que nunca se borraría de su mente.

La ciudad estaba próxima a sus fiestas más importantes, las Fallas. En cada rincón se sentía su energía: calles iluminadas, buñuelos de calabaza y el olor a pólvora que tantos recuerdos le traía a su abuela, según le contó el *avi*.

Con un contrato de media jornada hasta final de curso, podía estar agradecido. Habría cambiado su solvente economía por seguir teniendo a sus padres, pero esa era su realidad y sobre ella debía actuar. Dedicaba su tiempo libre a conocer la ciudad, hacer algo de deporte y disfrutar de los atardeceres desde su terraza con un libro entre sus manos. Al acabar su primer día de clase y tras una dosis de relaciones sociales con sus nuevos compañeros, se fue a celebrarlo a una de las terrazas del Mercado de Colón. Con la única compañía de una horchata, decidió que era un buen momento para llamar al *avi*, que esperaría ansioso noticias suyas. Rozaba los ochenta años y se había convertido en un tierno y entrañable segundo padre para él.

—Hola, Edu, no esperaba tu llamada —mintió—. ¿Cómo ha ido todo? ¿Sigues pensando que los adolescentes son lo tuyo? —enumeró las preguntas sin respirar.

—No intentes hacerte el duro que nos conocemos, *avi*, y sí, sigo pensando que esto es lo que quiero. Ya sé que crees que la universidad es otro mundo y, efectivamente, lo es, pero no está hecho para mí.

—Tranquilo, cielo, sabes que lo que tú hagas me parecerá bien. Imagino que tendrás cosas que explicarme.

—De hecho, para ser el primer día, no tengo mucho que contar, pero... —En ese instante vio pasar ante sus ojos un ángel que vestía ojos verdes de mirada dulce y cabello negro cayendo sobre sus hombros. Por un segundo sus miradas se cruzaron y sintió un escalofrío de pies a cabeza como jamás lo había sentido.

—Edu ¿te pasa algo?... ¿Edu?

—Sí, perdona, *avi*, creo que ha habido un problema de cobertura. —Mientras, sus ojos la perdían entre la multitud—. Trataba de explicarte que no ha ocurrido nada especial. En este momento me encuentro descubriendo la ciudad y, por lo visto, alguno de sus monumentos.

—No sé si te he entendido bien con eso de «por lo visto».

—Quiero decir que hay mucho monumento que ver aquí; así que no te preocupes por mí, estaré entretenido. Me temo que tengo que dejarte, tengo que pedir la cuenta y hay mucha gente.

—Está bien, no te entretengo más... ¿Edu?...

Trató de buscarla entre todo el gentío que abarrotaba el recinto, pero su ángel había volado, como suelen hacerlo los mejores sueños, aquellos que nunca se repiten.

Debía regresar a casa para preparar las clases del día siguiente. El trabajo de un profesor nunca acababa cuando sonaba el timbre. Volvió caminando con ritmo pausado y disfrutando de los edificios de la calle de La Paz, cerca de su nueva casa. La ventaja de vivir en pleno centro era que tenía infinidad de rincones donde enriquecer sus sentidos. Ahora tocaba centrarse en dos cosas importantes: sus clases y comenzar a dar sensación de hogar a su nueva vida.

46

Valencia, 15 de marzo de 2019

La primera vez que Edu visitó Valencia en Fallas contaba cinco años y acudió con sus padres un fin de semana. Para ser sincero, se acordaba muy poco de todo aquello, así que sentía la inquietud de la primera vez.

A lo largo y ancho de la ciudad, gran cantidad de monumentos falleros se distribuían por sus cruces y plazas, creando una magia que invitaba a satisfacer los cinco sentidos.

Se conformaba con pasear por esas calles abarrotadas de ciudadanos venidos de todo el mundo y soñaba a cada paso con recuerdos del pasado e ilusiones de futuro. Por primera vez sentía que estaba donde quería. Su abuelo no entendía que no optara a cotas más altas. Quizá pecaba de prudencia y timidez, pero tenía las ideas muy claras. Comprendía sus dudas sobre luchar por su futuro por el hecho de tenerlo económicamente asegurado, pero le molestaba. ¿Acaso no le conocía lo suficiente para saber que él no era de ese tipo de personas? Nada podía reprocharle a aquel sentimental casi octogenario. Todo lo hacía por su bien, como cualquier padre haría por un hijo, así que cualquier discusión acababa en un abrazo que le dejaba casi sin respiración.

Inmerso en sus pensamientos, sus pasos lo llevaron a un rincón que en poco tiempo había llegado a adorar, la plaza del Dr. Collado, ubicada justo detrás del señorial edificio de La Lonja. Rodeada de edificaciones antiguas, en uno de sus extremos se contorneaba un viejo olivo. Bajo su sombra, el café adquiría un sabor diferente.

—Un cortado, por favor —le indicó a una de las camareras que se movía con rapidez para tener todo controlado.

Quedaban algunas mesas libres, que sin duda serían ocupadas en breves minutos. Un músico callejero versionaba canciones de Bruce

Springsteen con su guitarra española, dejándose la voz para hacerse oír entre el gentío. En el centro de la plaza, una familia paseaba orgullosa, ataviada con los trajes tradicionales que evocaban épocas pasadas. Las conversaciones en diferentes idiomas se entremezclaban y en la mesa de su izquierda, que acababa de ser ocupada, un grupo de amigas, de aproximadamente su edad, mantenía una divertida charla sobre algo que ni ellas parecían tener claro. De repente, el corazón despertó de su letargo. Un segundo después, con las pupilas dilatadas, averiguó el motivo. Su ángel de ojos verdes estaba allí mismo. Tenía que vencer su timidez y ese infantil temblor de voz que siempre le acompañaba para no enfrentarse solo a ese tipo de situaciones.

«Dos veces en pocos días es una señal que no puedo pasar por alto», no dejaba de ser un patético pensamiento para justificar lo que iba a hacer. Sabía por experiencia que, si lo meditaba demasiado, nunca levantaría ni sus glúteos de la silla, ni su voz para decir algo. Actuaría sin pensarlo, aunque a partir de ese momento cambiaran la palabra «ridículo» por su propio nombre.

—Perdona, creo que se te ha caído algo —exclamó dirigiéndose a ella mientras se levantaba bruscamente. «Es un buen comienzo, esta vez no he tartamudeado». Después se dio cuenta de que su afirmación tenía un error de base, en el suelo no había nada. Una gota de sudor comenzó a deslizarse por su frente. Estaba a merced de ellas, que buscaban el objeto misterioso incluso por las mesas de alrededor. Las amigas no se esforzaron por disimular la risa, pero ella se limitó a mirarle a los ojos y sonreír.

—Perdonad —se excusó Eduard mientras volvía derrotado a su asiento—. Me pareció haber visto algo, pero creo que este calor empieza a afectarme.

—Te he visto antes en algún lugar, déjame pensar —se limitó a decir ella—. ¡Sí, ya lo tengo! En el Mercado de Colón, hace unos días. Estabas sentado tomándote algo. ¿Solo te dedicas a tomar cosas en las terrazas? —bromeó aquella chica de hipnotizantes ojos verdes. El respeto que había mostrado lo tranquilizó hasta el punto de recuperar la cordura. Las otras seguían disparando con sus carcajadas.

—Tienes razón y muy buena memoria. Yo ya ni me acordaba —intentó disimular—, de hecho, fue el 28 de febrero. Lo recuerdo porque fui allí a celebrar que había empezado a trabajar en la ciudad. —Parecía que, a pesar de todo, podía mantener una conversación normal con aquella cara angelical.

—Por lo que comentas, no eres de aquí. ¿Puedo saber de dónde vienes? Aunque antes estaría bien que me dijeras tu nombre, eso facilitaría las cosas.

«Es directa, decidida y con una gran personalidad».

—Tú lo has querido —bromeó más relajado—. Me llamo Eduard, vengo de Tarragona y, aunque suene a un concurso televisivo, he venido a dar clases en un instituto. —Su ángel volvió a sonreír. Volvía a ser él mismo—. Y ahora, para ser justos, es cuando tú me das tu nombre y así seguimos hablando con más calma.

—¿Tan seguro estás de que vamos a continuar hablando? Mira que tu intento por acercarte ha sido de los peores que he visto nunca; eso sí, también uno de los más sinceros —afirmó con otra sonrisa, que acabó por conquistarlo—. Me llamo Leyna y vivo aquí, en la ciudad, y ahora que presiento que no eres un loco pervertido, puedes sentarte con nosotras; a no ser que prefieras seguir tomando cosas solo allí donde vayas. Tengo que advertirte que estas son unas lobas que no sentirán el más mínimo remordimiento al despedazarte.

—Si he sobrevivido hasta ahora, podré soportarlo.

Estuvieron al menos una hora conversando los cinco bajo la protección de aquel olivo, hasta que las tres amigas se levantaron con miradas de complicidad con la excusa de tener mil cosas que hacer. Leyna y Edu, absortos en la conversación que no habían abandonado desde el principio, prefirieron continuar su charla paseando por una ciudad que estaba en fiestas.

47

Valencia, 15 de marzo de 2019

Una vez liberado de sus fantasmas, se movía con una comodidad impropia en él. Tenía la sensación de haberla conocido desde siempre y estaba disfrutando de su compañía.

—Hemos hablado de muchas cosas —comentó Edu—, pero todavía no sé a qué te dedicas.

—Te lo cuento mientras te llevo a ver la que fue la casa más estrecha de Europa... Estudié historia en la Universitat de València y ahora estoy acabando mi doctorado sobre la estructura jurídica de la Valencia del siglo XV. Tengo la ventaja de tener una beca y de vez en cuando doy clases en la universidad.

—Me encanta la historia —puntualizó Eduard.

—De nuevo, un enternecedor aunque poco sincero intento —rio Leyna.

—No, te aseguro que es verdad. La química me atrajo por influencia de mi abuelo, que fue catedrático en la Autònoma de Barcelona, pero también soy un amante del pasado.

—Creo que esta vez has salido victorioso —volvió a sonreírle—. Mira, ya hemos llegado. ¿Ves esa franja reducida de fachada de tan solo 107 cm? Esa es la casa que quería mostrarte. No es que tenga mucha importancia, pero a los turistas les gusta.

—Disculpe usted, señorita —exclamó Eduard en tono distendido—, desde hace algo más de dos semanas soy un ciudadano más de esta maravillosa urbe.

—Usted disculpe, señorito, es que su camiseta estampada con la Ciudad de las Ciencias de Valencia me había confundido.

—Bueno, podríamos decir que aún soy un turista en fase de adaptación, pero ya no llevo calcetines con chancletas.

—Sí, eso denota un gran esfuerzo por tu parte.

Leyna sentía que conversaba con un amigo de toda la vida y no tenía prisa por romper el encanto de ese momento.

—Y, ahora, ¿qué otro rincón de la ciudad quiere mostrarme mi guía?

—Tú estás muy seguro de que quiero seguir enseñándote mi ciudad —respondió Leyna aguantando la sonrisa que siempre tenía preparada.

—Es que he pensado que, si una historiadora nativa me da clases aceleradas de su ciudad, podría llegar a convertirse también en la mía.

—Está bien, tú te lo has buscado, pero que sepas que puedo llegar a ser muy pesada.

—¡Vaya, eso lo complica todo! Déjame pensar... Acepto el reto.

Leyna lo llevó a perderse entre las calles del casco antiguo, sorteando a los cientos de transeúntes que buscaban el simple placer de descubrir. Habían pasado más de dos horas desde que dejaron atrás el olivo, aunque parecía que solo hubieran transcurrido unos minutos. Sin un rumbo marcado, pasaron por delante del edificio de la antigua Universitat Literària.

—Espera un momento, Leyna. Si no te importa, quiero hacerte una foto exactamente aquí. —Extrañada, le siguió el juego; a fin de cuentas, no le había pedido nada extraño—. Quiero hacerle una foto a la brisa de azahar con cabellos morenos, o algo así —dijo en voz alta Eduard, evocando a su *avi*, mientras parecía hacer un *book* fotográfico.

Leyna no pudo contener una risa que a Edu le pareció música celestial. Había reproducido en voz alta la frase que su *avi* le dijo a su abuela cuando se conocieron. «He vuelto a hacer el ridículo».

—¿Te estás riendo de mí?

—En absoluto, bueno, sí, definitivamente sí. Perdona, es que me has hecho mucha gracia, no me lo esperaba. Estás un poco loco, pero me gusta la gente natural. ¿Te has echado algo en el café? —continuó riendo.

—Se supone que debía mantener la boca cerrada mientras hacía la foto. Trataba de ser un homenaje a mi abuelo, pero ahora ya sabes mi secreto.

—¿Qué secreto?

—Ah, veo que no lo has descubierto, así que continuará siendo lo que es.

—¡No me puedes dejar así, soy un poco cotilla! Por cierto, y no me

contestes si no quieres, me he dado cuenta de que has nombrado en varias ocasiones a tu abuelo, pero en ningún momento a tus padres. ¿No te llevas bien con ellos?

—No, no es eso... Mis padres murieron en un accidente cuando yo tenía nueve años y desde entonces me ha criado mi *avi*, que para mí es un segundo padre. Siempre se ha desvivido porque creciera feliz. Lo adoro y es toda la familia que me queda, porque tampoco tengo hermanos.

—Lo siento mucho, Eduard, creo que acabo de meter la pata.

—En absoluto, todo lo contrario, eso demuestra que eres una persona que se preocupa por los demás y eso termina de convertirte en alguien muy especial. —Esta vez fue ella la que se sonrojó.

—¿Y no tienes a nadie más? E, insisto, si quieres que me calle, no tienes más que decírmelo.

—Bueno, algo de familia lejana sí, pero con la que no tengo ningún contacto. Para ser sincero, hay otra persona que ha llegado a convertirse en la que considero mi abuela, Sofía. Está con mi abuelo desde hace muchos años. Es la doctora que me atendió en aquel fatídico accidente que te he comentado y en el que yo fui la única persona que se salvó. Después de aquel día, mi *avi* y ella continuaron el contacto y una cosa llevó a la otra. Él estaba viudo y la vida le ofreció lo que consideró una segunda oportunidad. Sofía es un encanto de mujer que siempre me trató con mucho cariño. Se convirtió en cómplice de mi *avi* para envolver mi vida de amor y dotarla de recursos con los que desenvolverme de la mejor manera posible.

—¿Sois todos de Tarragona? —prosiguió Leyna.

—No, mi *avi* y Sofía son de Barcelona. Yo nací en Tarragona porque mi padre tenía una empresa de sistemas informáticos allí. El accidente ocurrió un fin de semana yendo a Barcelona a ver a mi *avi*. Es algo que no va a perdonarse nunca, aunque él no sea culpable de nada. De hecho, mi verdadera abuela, que no conocí, era de aquí. Mi abuelo la conoció cuando vino a un congreso a Valencia en su época universitaria. Se vieron por primera vez justo donde yo te he hecho la foto, diciéndole algo parecido a lo que, sin pretenderlo, he dicho en voz alta. ¡En fin, ya conoces mi secreto familiar! Por otro lado —prosiguió lo más rápido que pudo, intentando disipar su vergüenza—, la familia de mi madre es de Soria y, de hecho, conservo una casa familiar en una pedanía de la capital, inmersa en un paraje natural. Me encanta ir de vez en cuando para pensar en mis cosas y volver a ser yo, sin el estrés del día a día. Y ahora es a mí a quien le gustaría

conocer alguno de tus secretos.

—Tienes toda la razón, para ser justos me toca desvelarte mis más oscuros recovecos. De alguna manera me siento identificada contigo, aunque sean historias diferentes. Mi madre murió cuando yo era pequeña, aunque por una enfermedad; así que mi padre, que es la persona más bondadosa de este mundo, tuvo que criarme solo y, al igual que tu abuelo, se ha desvivido por hacerme feliz. Tampoco tengo hermanos, y la escasa familia que me queda vive lejos, así que de alguna manera estamos empatados.

—Y, centrándonos en el mundo de las relaciones, ¿estás con alguien? —preguntó Eduard intentando expresar el mínimo interés posible.

—Dejé una relación hace muy poquito —respondió Leyna—, así que en este momento me encuentro curando heridas. Teníamos necesidades y visiones diferentes de la vida y, aunque era una bellísima persona, simplemente se acabó. Estoy convencida de la decisión, pero todavía duele. ¿Y qué me dices de ti, *Tarraconensis*? Pero sin sonrojarte —lo miró de forma burlona.

—La verdad es que hace tiempo que no estoy con nadie. He tenido mis cosas, por supuesto, pero por diferentes circunstancias no han fructificado. Quizá todo se base en lo que tú decías, visiones o necesidades en la vida diferentes, o quizá estas no sean coincidentes en el tiempo respecto a la otra persona. —Eduard era consciente de que las cicatrices abiertas de su ángel de ojos verdes ponían freno a su creciente deseo; sin embargo, se había abierto un camino que podría llevar a una gran amistad.

Las horas pasaron como una exhalación para ambos. El concepto del tiempo debió de quedarse con algún turista estresado por capturar con su cámara todo aquello que las manecillas de un reloj podían arrebatarle. Se perdieron por el entramado laberíntico de calles del casco antiguo, embrujados por una sensación de bienestar y complicidad. Se olvidaron incluso de cenar; acabaron comprando comida rápida de un puesto ambulante y degustándola sentados bajo el resguardo de uno de los muchos ficus centenarios.

Horas después, bien entrada la noche, se despedían en la Plaza de la Virgen junto a la Basílica, con la cordialidad de dos viejos amigos y con la promesa firme de volverse a ver. Leyna prefería meditar a solas camino de casa, así que rechazó el ofrecimiento de Edu de

acompañarla hasta su portal. Sus números de teléfono quedaron grabados en la agenda de sus móviles y a fuego en sus memorias, que en ellos siempre era más fiable.

Edu se giró en varias ocasiones con la intención de volver a revivir aquella sonrisa, aunque solo pudo ver su figura alejarse entre la gente. Leyna llegó a pararse para observar cómo aquel chico, al que parecía conocer desde hacía años, se perdía entre la multitud, quizá con la esperanza de que él se girara, aunque fuera una sola vez, pero simplemente desapareció.

48

Costa Rica, marzo de 2019

Diez meses llevaba Stephan en aquel maravilloso lugar, donde había llegado a sentirse uno más de su nueva familia adoptiva. Vivía en sus mismas condiciones de humildad y había aprendido a trabajar la tierra. No cobraba por ello, ya que la situación económica no les permitía darle un salario. Era él quien se sentía a cada instante en deuda y, aunque no podía pagar con dinero todo el afecto que estaba recibiendo, sí procuraba que no les faltara de nada. No podía hacerles sentir que les daba limosna, así que, con sumo tacto, les procuraba de vez en cuando aquellas cosas de máxima necesidad que les permitían seguir adelante.

Su vida transcurría con el ritmo pausado de aquellas gentes, que habían aprendido a desprenderse de lo superfluo con una cadencia que a él le permitía disfrutar al máximo de los pequeños detalles. En México experimentó algo similar los primeros años, cuando todo lo que tenía era su presente y lo utilizaba para pasear y meditar sobre su pasado. La diferencia estaba en que ahora había asumido responsabilidades. Madrugaba como los demás y trabajaba en el campo largas horas para poder vender su mercancía o, simplemente, cambiarla por productos básicos. Todo el esfuerzo de su labor iba para la familia de Valeria. A su vez, lo único que ellos podían ofrecerle era un lecho donde dormir y un plato de comida en su mesa.

Si comparaba su vida actual con la opulencia en la que se había instalado por participar de vez en cuando en un absurdo juego de cartas, podría parecer que había arruinado su vida. Pero, aunque parezca una paradoja, nunca se había sentido tan bien. Su corazón estaba lleno, aunque su estómago, en ocasiones, un tanto vacío, justo lo contrario que en su vida anterior. Se había recuperado anímica y físicamente y había ganado unos cuantos callos más en las manos. No

escondía sus errores, sino que había logrado verlos como una oportunidad de mejora, y así ellos solos se escondían en el olvido. En la cara le quedó una cicatriz que le recordaba, cada vez que se miraba al espejo, el camino que no debía volver a recorrer.

En el fondo de ese corazón, que aparentaba estar lleno, quedaba la nostalgia de lo no vivido, de lo nunca realizado. Imaginaba una vida de normalidad en la que visitaba a su madre aún viva, sin reproches y viendo reflejado el orgullo en sus ojos. Imaginaba una vida de estabilidad en su Alemania natal, sin la sombra negra de la violencia. Una vida bajo el paraguas de la legalidad y donde poder conciliar el sueño por las noches sin el miedo a las represalias. Sentía que le faltaba vivir de alguna manera esos sueños para convertirlos en una realidad, y entonces, por fin, podría sentirse completo. Aunque no quería reconocerlo y trataba de ocultarlo en alguna recámara de su cerebro, sabía que algún día volvería. Necesitaba desprenderse definitivamente de su anterior yo, y la única manera de llevarlo a cabo era vivirlo precisamente en el país que le había convertido en lo que hasta hacía poco había sido. Quizá entonces volvería a Costa Rica para seguir compartiendo con aquella gente el nuevo Stephan, una persona arrepentida de su pasado y que podía mirar a la cara a un futuro prometedor.

El único obstáculo que tendría que superar era el económico. Siempre se había dedicado a lo mismo y, por muchas habilidades agrícolas que hubiera adquirido los últimos meses, dudaba que nadie le contratara en el campo a su edad. Para eso sí tenía un último plan. Estaba convencido de que al hijo de Alfred le interesarían las fotos que desde hacía años llevaba consigo. Seguro que se habría criado en un ambiente adinerado, a pesar del fallecimiento repentino de su padre, y sabía por experiencia propia que cuanto más dinero tenías, más creías necesitar. Sería sencillo, crearía una historia en torno a esas fotos y se las vendería por una cantidad considerable de dinero. Era posible que el niño rico le pidiera volver a investigar sobre el caso e incluso lo aceptaría, pero esta vez no pensaba utilizar la violencia bajo ningún concepto. Con el dinero que recaudase, tal vez volviese allí a seguir arando la tierra con sus manos, pero en el calor de una familia.

Con Valeria y su marido mantenía contacto telefónico desde alguna cabina al menos una vez al mes, aprovechando que acudía a la gran ciudad. Por precaución, utilizaba un nombre en clave, aunque daba por seguro que todo aquello era innecesario. Al parecer, nadie echaba de menos a un extranjero anónimo con una gran fortuna

perdida de la noche a la mañana, o quizá a nadie le interesaba nombrarlo.

49

Valencia, 7 de junio de 2019

Como la mayoría de los viernes, Leyna acudió a primera hora al antiguo Monasterio de San Miguel de los Reyes de Valencia, compendio de diferentes épocas y actual sede de la Biblioteca Valenciana.

Su tesis doctoral requería introducirse constantemente en lo que para ella era una apasionante vida de investigación sobre documentos de un valor incalculable. A través del permiso obtenido en la universidad, podía acceder a incunables e innumerables archivos históricos. Siempre que no estuviera ocupado, lo cual era extraño, se sentaba en el mismo lugar, como el resto de investigadores que acudían en busca de su Santo Grial particular. Prefería llegar temprano, no porque los documentos sobre los que trabajaba interesaran a mucha gente, sino por la sensación de paz que se respiraba en el conjunto del edificio histórico en sus primeras horas.

En aquella ocasión había solicitado un documento recomendado por su tutor de tesis, del que pensaba que podría extraer algún dato útil para su trabajo. Aportaba información referida a transacciones comerciales, datos jurídicos y sentencias judiciales en la Valencia del siglo XV argumentada con ejemplos que podían resultar pintorescos para la época actual. A medida que extraía información de su interés, transcribía directamente en una libreta la traducción de su puño y letra, señalando sus referencias para poder añadirlas a la biografía. Aunque siempre se llevaba una copia digitalizada, seguía prefiriendo las libretas y su pluma, emulando a como se haría en la época que precisamente estaba estudiando.

La mañana se estaba haciendo más larga de lo habitual. Llevaba más de tres horas estudiando a fondo aquel tratado y, para ser precisos, no había encontrado nada útil, por lo menos referido a lo

que ella buscaba. Una nota captó su atención, pero no por su interés propiamente dicho, sino por su peculiaridad. Como era lo único entretenido que había leído hasta el momento, se dispuso a hacer una transcripción lejana a los cánones que requería su tesis doctoral.

> *... Se insta a la devolución de una minúscula piedra verdosa sin tallar por parte del ciudadano —abreviado como— S. M. L. al Sr. Mascarell, tras su sustracción como pago de una deuda adquirida por el segundo. El Sr. Mascarell había insistido en que dicha piedra no se trataba de una joya y carecía de valor económico. Poseía únicamente un valor sentimental, al tratarse de una pieza heredada en su familia de padres a hijos. La piedra provenía —según argumentaba su dueño— de sus ancestros más lejanos y había sido extraída de una tierra que ya no existía. Dicho Sr. Mascarell se comprometía a satisfacer la cuantía de su deuda a través del pago de tres ovejas a cambio de que le fuera devuelta aquella minúscula roca —como así la definía— para que pudiera pasar a su único hijo en herencia y, a su vez, de este a su único hijo como había venido sucediendo desde hacía cientos de generaciones...*

Tenía que reconocer que no tenía ni pies ni cabeza, pero al menos le había servido de entretenimiento. El estado de conservación del documento no era el más apropiado, pero estaba convencida de que la traducción era correcta, aunque la hubiera llevado a cabo sin la meticulosidad con la que solía realizarlas.

Se notaba cansada. Había sido un día improductivo, pero sabía que el mundo de la investigación estaba plagado de días como ese. Por el momento lo dejaría estar. Se iría a casa, se daría una ducha refrescante y después decidiría si se tomaba libre el resto de la jornada o incluso de lo que quedaba de semana.

50

Barcelona, 19 de junio de 2019

Edu acudió el fin de semana a Barcelona para ver al *avi* y a Sofía. Hacía mucho que no los veía y sentía la necesidad de abrazarlos y ponerles al día sobre lo ocurrido en los últimos meses. Se encontraba eufórico y sabía que se debía a su nueva amiga. Quedaban con mucha frecuencia y, para ser sincero, no tenía muy claro hacia dónde se dirigía todo aquello; aunque veía en sus ojos que disfrutaba cada momento que pasaban juntos. De hecho, la primera vez después de su primer encuentro, fue ella quien lo llamó para ir a ver una exposición sobre utensilios de navegación en las atarazanas del puerto. Se encontraba inmersa en un duelo personal, y adelantar acontecimientos podría suponer abocar al fracaso cualquier intento de relación que no fuera una amistad, e incluso esta podría verse también afectada. Había tomado la decisión de pensar menos y disfrutar más de su compañía. Sería el destino el que decidiese cómo quería verlos juntos. Era sumamente inteligente y con una personalidad difícil de amedrentar. Alguien con la que aprendías cada minuto y que sabía sacar lo mejor de cada uno, alguien con la que le apetecía estar cada segundo del día.

Les había prometido pasar el máximo tiempo posible juntos, pero fue literalmente absorbido por sus amigos de la facultad y hasta el domingo al mediodía no pudieron coincidir los tres. Desde pequeño les contaba casi todo y, aunque con los años había aprendido a obviar aquello que pudiera preocuparles, no veía impedimento en hablarles sobre su ángel de ojos verdes.

—¡Ya estoy en casa! —exclamó en voz alta Eduard nada más llegar —... Hola, ¿hay alguien?

«Quizá la una del mediodía es un poco temprano para comer, pero al menos alguien debería estar en la cocina preparando las cosas».

El *avi* salió de su habitación con unos pantalones cortos, un

delantal cubriéndole el torso y la cara embadurnada de harina.

—Hola, cariño, ¿cómo les va a tus amigos? ¿Les has dado recuerdos? —Se dirigió directo a la cocina sin ni siquiera mirar a los ojos de su nieto.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Eduard aguantando la risa.

—¿Qué no puedes creerte?

—Nada, *avi*, que la comida no esté aún hecha.

—Estás muy equivocado, lo tengo todo preparado desde ayer, solo queda mi toque final.

—Sí, ya me hago una idea de cómo culminas según qué cosas. —Unos minutos después salía Sofía, perfectamente arreglada y con una incontrolable cara de satisfacción.

—Hola, Edu, ¿cómo te ha ido la mañana?

—Me da la sensación de que no tan bien como a otros, eso sí, con mucha hambre. No he probado bocado, esperando a degustar una de las obras maestras culinarias de mi abuelo —dijo con segundas.

Eduard no sabía cómo introducir lo que se había estado reservando para ese día.

—¿Cómo te van las clases? —preguntó Oriol.

—Y con tus compañeros ¿qué tal? —continuó Sofía.

—Muy bien a todo, muchas gracias, y, por cierto, no os he contado que estuve hace unos meses con Leyna en una exposición muy interesante en las antiguas atarazanas de Valencia.

—¿Y sobre qué era la exposición? —le interrogó el *avi*.

—Veo que vais perdiendo facultades, pero os voy a querer igual. Decía que «Leeeeyna» me llevó a ver una exposición sobre utensilios marítimos de otras épocas.

—Sí, conozco ese lugar, hace unos años estuve allí. Es un edificio muy interesante.

—¡No me lo puedo creer!

—¿Qué exactamente, cariño? —preguntó su abuelo—. ¿Que has conocido a una chica que se llama Leyna y no sabías cómo decirlo? ¿No ves que te estamos tomando el pelo?

—El viernes por la noche, cuando llegaste —interrumpió Sofía—, ya nos dimos cuenta de que algo positivo estaba ocurriendo en tu vida. Tu mirada te delata y hace años que aprendí a interpretarla, no olvides que te quiero como si fueras mi nieto biológico.

—¡Sois unos depravados confabuladores! —exclamó Eduard sin

esconder su satisfacción por no haber presenciado el inicio de un deterioro senil.

—Y ahora sí, cuéntanos todo, cielo —dijo Sofía cogiéndole de la mano.

—Aunque parezca mentira, hay poco que contar. La conocí hace aproximadamente tres meses y solo somos amigos, pero tengo la sensación de que podría acabar siendo alguien muy importante en mi vida. Justo antes de conocerla, ella acababa de salir de una relación importante, y eso es un freno que no puedo obviar. He decidido que el tiempo pase y ponga las cosas donde crea más conveniente.

—Eso está muy bien —puntualizó Sofía—, pero a ese tiempo siempre puedes ponerle las cosas lo más faciles posible.

—Muy interesante, *àvia*[4], tomaré nota. —De repente, los ojos de Sofía se humedecieron.

—Es la primera vez que me llamas así.

—Sin embargo, hace muchos años que así lo siento —respondió fundiéndose en un abrazo con ella bajo la atenta mirada de su abuelo, al que se le veía visiblemente emocionado—. Por cierto, para no ponernos más sensibles de lo necesario, quería proponeros pasar unos días juntos en la casa de Soria. Hace mucho tiempo que no voy y lo echo de menos.

»Como sabéis, a mis padres les encantaba, y de alguna manera siento que cuando estoy allí me acerco también a ellos. De hecho, cuando me asomo a alguno de los miradores de madera de la Laguna Negra siento que están ahí, que cogen mi mano como cuando era pequeño y vuelven a mostrarme las montañas que la envuelven y a explicarme la leyenda que perdura en su fondo.

»Creo que mi intención de alegrar la velada ha sido un fracaso —exclamó interrumpiéndose a sí mismo—. Ahora sí, centrándonos en la comida, *avi*, ¿con qué obra maestra nos vas a sorprender para el postre? No importa, mejor no le pongas nombre a tus elaboraciones, solo sírvelo.

Las horas pasaron fugazmente en torno a la mesa. Como era inevitable, los recuerdos del pasado brotaron de nuevo, con la sensación de que aquellas heridas formaban parte de un pasado muy lejano, aunque sus repercusiones pervivieran para siempre. El tema de conversación acabó girando en torno a su reciente amiga Leyna y si debía o no hacer una cosa u otra. En un momento dado, Eduard se

evadió de la conversación para observar a aquellos dos entrañables seres en quienes el paso de los años se había dejado notar, como en el resto de los mortales. Junto a él se encontraban las dos personas que más quería en este mundo, y solo esperaba que así pudiera seguir siendo durante muchos años, aunque eso implicara sentarse a comer aquellos abominables aspirantes a platos de cocina.

Se había hecho tarde y Eduard aún tenía que coger un tren de vuelta. Los tres se abrazaron sintiendo que se despedían de aquella velada familiar probablemente más unidos que nunca.

---

4 *Àvia*: Abuela en catalán.

51

Valencia, 13 de julio de 2019

Eduard aprovechaba los sábados por la mañana para llevar a cabo todo un ritual desarrollado a lo largo de los meses. Comenzaba con un desayuno en Trencat, una de sus cafeterías preferidas en el entorno del Mercado Central. Un simple café con leche y algo de bollería para acompañar, junto con un breve repaso de la prensa escrita mientras inventaba historias rocambolescas sobre el resto de clientes que solían llenar el local. Entre sus víctimas imaginarias siempre había algún crédulo venido a menos y muchos incrédulos venidos a más, así como deudores sin dinero y enamorados no correspondidos, aunque en su caso suponía algo tan real como la fecha del diario que solía tener entre sus manos.

Con el estómago satisfecho, tocaba el turno de complacer a su cerebro perdiéndose por el embrujo de las callejuelas desordenadas hasta encontrar la Plaza Redonda. A partir de ahí el ritual se tornaba flexible, aunque siempre finalizara en el Mercado Central.

En julio y con el transcurso de las horas, el calor adquiría un justificado protagonismo. Era el momento de refrescar su esófago debajo de «su olivo».

Había unas cuantas mesas libres, así que tuvo la suerte de sentarse protegido en su totalidad por la sombra del árbol que prácticamente le saludaba a su llegada. Tras pedir una cerveza sin alcohol y algo de picar, sintió el móvil vibrar en su pantalón.

—¡Buenos días, ángel de ojos verdes! —exclamó antes de dejar hablar a su interlocutora—, ¿a que no sabes dónde estoy?

—¡Desde luego, cada día eres más cursi! —respondió Leyna, aunque en el fondo le gustaba aquella manera de dirigirse a ella—. Conociéndote, imagino que estarás dando uno de tus paseos matutinos de sábado e, incluso, por la hora que es, tomándote algo en nuestro

olivo.

—¿Qué significa eso de *nuestro olivo*? ¿No sabes que lo registré a mi nombre cuando llegué?

—Retiro lo dicho, eres un cursi engreído —dijo Leyna con una risa que a Edu le acercaba al paraíso.

—En fin, sin palabras. ¿Cómo llevas la tesis?

—La verdad es que no me puedo quejar, se puede decir que, a excepción de unos pequeños flecos, ya está finalizada. Toca repasar todo de nuevo y tener alguna que otra discusión con mi tutor, pero tengo tiempo de sobra. De hecho, ayer me dijeron que la defensa será el 25 de septiembre, así que he pensado que, si no tienes otra cosa que hacer, te invito a cenar esta noche y te mareo con la Valencia medieval. Saber que ya tengo una fecha me ha puesto algo nerviosa y creo que me relajaré hablándolo con alguien de confianza.

—¡A ver, déjame pensar! Creo que... sí, anularé todas mis citas y te haré un hueco esta noche.

—Lo digo en serio —insistió Leyna—, no quiero molestarte con mis ataques de nervios. Si ya has quedado, lo entenderé... o mejor, lo dejamos para otro día.

—¡Estás realmente nerviosa! Creo que nunca te había visto así, y créeme si te digo que te entiendo. Ni tengo otra cosa que hacer ni se me ocurre otra opción mejor para pasar la noche del sábado. Solo te pongo una condición.

—¿Cuál? —preguntó algo más relajada.

—Acabo de comprar, como de costumbre, algo de pescado para hacerme esta noche y un buen vino para degustar en la terraza de mi casa con la catedral y el Miguelete iluminados como telón de fondo. Has de reconocer que sería una lástima no compartir ese momento brindando con un amigo.

—Tal y como me lo has planteado, sería incapaz de rechazarlo; además, así conoceré tu casa. Solo una pregunta, no estarás pensando emborracharme, ¿verdad?

—Como imagino que lo has dicho de broma, haré como que no he oído nada.

—Claro que sí, tontorrón, somos buenos amigos y los amigos no...

—Lo malo es que ahora sí has hablado en serio —interrumpió con un susurro mientras apartaba discretamente el móvil.

—No sé qué has dicho, pero trataba de decirte que los amigos no se emborrachan, así que confío en ti. ¿Quieres que vaya a ayudarte a preparar las cosas?

—En absoluto, que luego dirás que todo el mérito de la cena radica justo en la cantidad exacta de sal que le has añadido.

—¡Vuelvo a rectificar, un cursi muy engreído! Pues tú dirás la hora y la dirección exacta, *chef*.

—Sabes que por mí pasaría toda la tarde contigo, pero como es la primera vez que te invito a cenar a casa... no quiero ser un anfitrión para olvidar. Solo déjate llevar...

—Bueno, eso ha estado mejor, de vez en cuando sabes sacar tus encantos.

—Hay muchas cosas que aún no conoces de mí —dijo con picardía —. Si quieres, la cena puede estar preparada para las nueve y media, y si te apetece llegar antes con la excusa de ayudarme a poner la mesa no pondré ningún reparo.

—Acepto, pero ahora me toca a mí poner una condición, yo llevo el postre.

—¿Sabes que eres muy buena negociando?

—Es que hay muchas cosas que aún no conoces de mí.

Acabaron riendo los dos.

A las nueve en punto su ángel de ojos verdes llamaba al timbre de su puerta. Se trataba de un piso ubicado en la tercera planta de un edificio antiguo sin ascensor, pero en una localización inmejorable para los amantes del corazón de la ciudad. Su interior había sido decorado con sencillez, pero resaltando los detalles antiguos que marcaban la diferencia respecto a un edificio de planta nueva. Había que reconocer que tenía muy buen gusto. La sensación de hogar se palpaba en cada uno de los cincuenta metros que conformaban todo su espacio. Tenía una sola habitación de puerta corrediza, separada de un gran comedor con cocina americana. A pesar de la sensación de bienestar que se respiraba en aquella sala, lo mejor se encontraba detrás de una puerta, justo unos metros más arriba, a la que se accedía desde una escalera de caracol que nacía en un lateral del comedor. A esas horas de un mes de julio todavía había luz en el cielo, pero la intensidad con la que bañaba la antigua ciudad, vista desde la terraza privada de aquel ático, mostraba una Valencia de poesía. Las sombras del atardecer rescatadas por la incipiente luz indirecta de sus calles y monumentos invitaban a la reflexión. Una copa de buen vino y la compañía de la amistad terminaron de convertir aquel momento en mágico.

—Al final he sido un mal anfitrión y he esperado a que me ayudaras a preparar la mesa aquí en la terraza, en breve se hará de noche y las vistas, como has podido apreciar, son envidiables.

—Ahora entiendo por qué siempre que hablo contigo por teléfono se oye ruido de fondo, debes de estar aquí. ¿Las velas ya estaban cuando viniste? —le dijo guiñándole un ojo.

—Señorita, la cena está lista, pero aún no tenemos dónde dejarla, así que, si me hace el favor, vamos a ponernos manos a la obra.

Minutos después, todo estaba preparado, incluida una suave música de fondo con la que a Edu siempre le gustaba amenizar. Lo único negativo eran las continuas subidas y bajadas por la escalera, pero eran jóvenes y merecía la pena. Cuando se disponían a hacer el primer brindis una vez sentados, Edu se dio cuenta de que faltaba algo importante.

—¡Vaya por Dios!, me he olvidado de sacar un mantel que traje de Tarragona y que pertenecía a mis padres. Siempre lo pongo en momentos importantes y no me perdonaría si esta noche no presidiera esta mesa. Me da pereza, pero enseguida vengo.

—No te preocupes, Edu, dime dónde está y bajo yo a por él. Si lo prefieres, ve apartando las cosas de la mesa para colocarlo cuando suba. Es una orden —dijo guiñándole de nuevo un ojo.

—Está bien, no pienso pelear contigo, que saldré mal parado. Está doblado en el segundo cajón del mueble blanco del comedor. Es el único que encontrarás, así que no hay pérdida.

Un minuto después se oyó el ruido sordo de algo al caer seguido de una lamentación. Eduard salió corriendo para asegurarse de que a Leyna no le había ocurrido nada.

—¿Estás bien? —gritó bajando las escaleras como una exhalación.

—Sí, yo sí. Lo siento mucho, Edu, he tirado sin querer esa pequeña caja de madera. Creo que estaba envuelta entre los pliegues del mantel y, al sacarlo, no me he dado cuenta y se ha caído. Soy un desastre, ¿verdad?

—En absoluto, soy yo el despistado. No me acordaba de que la guardaba ahí, te pido disculpas.

Junto a la caja, había un paño de aspecto antiguo del que sobresalía un objeto brillante de un color verde intenso. A pesar del intento de Edu por recoger todo aquello de la manera más rápida y disimulada posible, no evitó que su ángel de ojos verdes se diera cuenta de lo que había en su interior.

—Supongo que también es un recuerdo familiar, pero has de

reconocer que guardar una joya así en casa es un tanto peligroso.

—Te aseguro que no es lo que parece —respondió Edu, nervioso e incómodo por la situación.

—Tal y como me lo has dicho, parece que te haya encontrado en la cama con otra —rio Leyna—, lo cual tampoco podría echarte en cara como amiga; de hecho, tendría que felicitarte, supongo...

—Quiero decir —contestó Eduard sin ser capaz de hacer una doble lectura de aquel comentario— que sí es un recuerdo familiar, pero no se trata de ninguna joya. El único valor que tiene es sentimental, y no habría dinero en el mundo capaz de comprar ese sentimiento. Hagamos una cosa, subamos antes de que se enfríe el pescado y te lo explico mientras cenamos.

Edu sentía en lo más profundo de su corazón que podía confiar en aquella chica. Esa confianza iba más allá de la amistad y desde luego no tenía nada que ver con sus sentimientos hacia ella. Notaba algo especial que nunca le había transmitido ninguna otra persona, algo que le hacía estar seguro de que podía contarle, al menos, parte de su secreto. Se reservaría flecos importantes de la historia por respeto a la promesa que le hizo a su abuelo, pero sabía que a ella podía contárselo todo.

—Antes que nada —sugirió Eduard con la copa de vino en alto—, quiero brindar por ti, por tu tesis, por nuestra amistad y por la historia que voy a contarte. No sé cómo empezar, así que iré al grano. Como te he dicho abajo, no es ninguna joya. Es un mineral que no vas a encontrar en ningún sitio y que heredé de mi abuelo. En principio debía ser mi padre quien me lo hubiera dado, pero las circunstancias que ya conoces lo hicieron imposible. Esta pequeña piedra la heredamos de padres a hijos en mi familia y así ha sido, según una leyenda familiar, generación tras generación hasta remontarnos a tiempos inmemoriales. Pero, como te he dicho, solo es una leyenda —explicó tratando de transformar ligeramente la realidad.

—Perdona que te interrumpa —exclamó Leyna prácticamente con la boca abierta—, has dicho que ese mineral no se puede encontrar en ningún sitio y que se remontaría a tiempos muy lejanos. ¿Vuestra leyenda familiar se diría que podría provenir de una tierra que ya no existe?

—Bueno, en cierto modo, es posible. —Edu estaba perplejo con la pregunta tan directa y certera de su amiga. De alguna manera, ella le acababa de desenmascarar sin entender cómo.

—¿Puedo hacerte una pregunta más? —dijo ella mirándolo a los

ojos y con una seriedad que no había mostrado hasta ese momento.

—Empiezas a asustarme, pero sí, claro que sí.

—Por lo que sé de tu familia, y corrígeme si me equivoco, tú eres hijo único y tu padre también lo era, al igual que tu abuelo, aunque no así tu madre. ¿En todas las generaciones de tu familia solo tenéis un hijo? Es decir, ¿esa piedra pasaría siempre a un «único hijo»?

Pasaron unos segundos antes de que Eduard se atreviese a contestar. En esos momentos dudaba de si había hecho lo correcto introduciendo la conversación, pero aun así presentía que con ella no se había equivocado.

—Sí, así es —respondió sin más matices—. Y ahora, por favor, ¿podrías explicarme el porqué de estas preguntas? No me entiendas mal, no me han molestado, solo me han sorprendido.

—Ahora que lo dices, entiendo cómo debes de sentirte. Te he avasallado a preguntas sin pensar en sus consecuencias. Todo tiene una explicación. Unos meses después de habernos conocido, como de costumbre, acudí a San Miguel de los Reyes, que como sabes tiene una gran biblioteca, perfecta para investigar. Había solicitado un tratado que me había recomendado mi tutor de tesis. El documento trata sobre temas jurídicos en la Valencia del siglo XV y, tras varias horas sin extraer ninguna información útil, hubo algo que me llamó la atención más por su peculiaridad que por su interés para mi trabajo. En el equivalente a un escaso párrafo hablaba de un tal señor Mascarell que requería la devolución de una «piedra verdosa y sin tallar», como así la definía, que le habían sustraído por unas deudas y que, según él mismo, carecía de valor económico, adjudicándole únicamente un valor sentimental. Explicaba también que su origen provenía de una tierra que ya no existía. Se ofrecía a saldar su deuda con el pago de tres ovejas a cambio de que le fuera devuelta. Eso ratificaría, al menos, el gran valor que le daba. Pero lo que terminó de llamarme la atención, y no terminé de entender, fue el tramo final del párrafo donde explicaba que esa piedra pasaba en herencia de padres a «su único hijo», como había sucedido a lo largo de cientos de generaciones. Me acuerdo de todo esto por su peculiaridad y porque fue lo único entretenido que obtuve aquella mañana, pero ahora creo que ha adquirido un nuevo sentido.

Los ojos de Eduard se llenaron de lágrimas sin que ni él mismo pudiera entender el motivo. Era la primera vez que le proporcionaban noticias de alguien o algo que pudiera relacionarse con el mismo origen que su familia, aunque se tratase del siglo XV.

—¿Estás bien, Eduard? Te pido disculpas, quizá he hablado más de la cuenta, pero no pensaba que pudiera molestarte.

—En absoluto, Leyna, me resulta muy difícil explicarlo. Te aseguro que lloro de emoción. Como te he dicho, hasta este momento solo era una leyenda —intentó explicarse sin revelar más de la cuenta—, pero con tu hallazgo se abre una nueva puerta.

—Ahora que lo pienso —prosiguió su amiga, absorta por el misterio que envolvía todo aquello—, es muy probable que ese Sr. Mascarell sea un antecesor vuestro. No creo que haya muchas más familias que guarden minerales verdes de un mundo inexistente y que sean heredadas por un hijo único.

—Supongo que eso sería lo más fácil de pensar, pero hay un detalle que tú misma has puntualizado y que lo hace imposible.

—¡Por Dios, sigue! —exclamó Leyna con un nerviosismo incontrolado.

—Has dicho que ese individuo definía el mineral como «piedra verdosa y sin tallar», y, si te fijas en esta —le puso entre sus manos la joya familiar—, está tallada. El paso de los años ha debido de afectar al que seguro era un resultado perfecto, pero, como puedes ver, está trabajada, a diferencia de la que tú me has nombrado.

—Eso quiere decir que no sois los únicos que escondéis el mismo misterio.

—Siempre hemos sabido que era una opción posible, pero, a decir verdad, nunca habíamos tenido conocimiento acerca de ninguna otra familia similar a la nuestra. En nuestro caso, es un secreto que nos contamos de padres a hijos cuando cumplimos diez años.

—¿Y por qué a los diez años? —interrumpió Leyna intrigada mientras se mordía las uñas, cosa que no hacía desde su adolescencia.

—Porque, según nuestra propia narración, es la edad en la que adquirimos la madurez suficiente para asimilar en su plenitud la información. Sería una tradición ancestral en la que los padres le contaban a sus hijos o, mejor dicho, a su hijo, sus secretos más importantes con la promesa de no desvelarlos jamás a excepción de su descendencia.

—Pues me temo que te acabo de sonsacar sin pretenderlo toda la información.

—Para ser sincero, toda no —respondió Eduard—, pero no pienso seguir hablando sin la presencia de mi abogado.

—Ya te dije una vez que soy un poco cotilla, así que no puedes dejarme así, ahora no.

—Me da la sensación de que algún día podré explicártelo todo, pero por el momento necesito que me prometas que nunca se lo contarás a nadie. Para mí es muy importante.

—Nunca haría nada que pusiera en riesgo nuestra amistad, y mucho menos nada que pudiera herirte, así que por mi parte jamás nadie sabrá nada, te doy mi palabra, a no ser que...

—¿A no ser qué? —inquirió Eduard.

—Nada, tontorrón, solo era una broma —respondió con la mirada perdida.

—Ya lo imaginaba. Estoy seguro de que no dirás nada. Solo necesitaba que comprendieras lo importante que esto es para mi *avi* y para mí.

—Una pregunta más, ¿por qué solo un hijo?, ¿es algo premeditado?

—La verdad es que no podemos explicarlo, y desde luego no es algo voluntario, pero es un hecho. En mi familia solo tenemos un hijo y así ha sido siempre. Otra cosa que me explicó mi abuelo en mi décimo aniversario es que, al parecer, los individuos que según la leyenda descenderíamos de aquellas tierras remotas tendríamos una gran afinidad para aproximarnos entre nosotros, aunque, como ya te he explicado antes, nunca hemos tenido, hasta ahora, ninguna referencia sobre nadie de características similares. Me gustaría pedirte un favor, Leyna.

—¡Por supuesto!

—No sé si sería posible conseguir una copia de ese documento para mostrárselo a mi abuelo. Ha dedicado parte de su vida a encontrar alguna pista que convirtiera la leyenda en realidad y estoy seguro de que esto le llenará de satisfacción.

—¡Dalo por hecho! —respondió mirándolo fijamente a los ojos.

—Cambiando de tema —siguió Eduard mucho más relajado—, al final no hemos hablado de tu tesis, soy un egoísta.

—¿Tesis?, ¿qué tesis? —respondió ella con una gran sonrisa—. Te aseguro que la distracción que buscaba la he conseguido con creces. Me ha resultado tan emocionante vuestra historia que me he olvidado por completo de todo lo demás y, a fin de cuentas, era lo que hoy necesitaba. Te recuerdo que soy yo la que ha tirado al suelo la caja y ha intentado sonsacarte información, así que la egoísta he sido yo. Aunque sé que hay muchas cosas que no me has contado, te agradezco la confianza que has depositado en mí. Respeto la importancia que le dais y entiendo que eso me convierte en alguien especial, así que me

gustaría brindar de nuevo por nuestra amistad. ¡No pienso defraudarte, Edu!

Los dos brindaron en torno a las velas y bajo el agradable paso de una breve brisa. La velada prosiguió con la conversación dispar de dos amigos que acababan de sellar, a través de una confesión, una profunda amistad. Ese sentimiento de unión les colmaba y ninguno se atrevía a dar un paso que tirara por tierra aquel sincero cariño.

52

Valencia, 24 de agosto de 2019

El mes, que estaba llegando a su fin, había resultado demasiado caluroso incluso para Leyna. Evitaba a determinadas horas aquellas salidas que no tuvieran como objetivo refugiarse bajo un potente aparato de aire acondicionado o, directamente, el fondo del mar. Ese sábado por la mañana había desayunado con su padre y, aprovechando que este bajaba a realizar sus últimas horas de trabajo de la semana, se fue a hacer unas compras que llevaba posponiendo desde hacía días. A pesar de vivir relativamente cerca del centro y tener a su alcance todo lo que necesitaba, decidió sustituir aquello que le urgía menos, y alguna otra cosa más, por una refrescante horchata en una heladería cercana al ayuntamiento. Cuando quiso darse cuenta, el sol castigaba sin distinción a todo aquel que le desafiaba en el asfalto, por lo que el regreso a casa se convirtió en una especie de purgatorio de sus pecados terrenales.

Ya en casa, y a pesar de la hora, disponía del tiempo suficiente antes de que llegara su padre para propiciar una lucha encarnizada entre el agua fresca de la ducha y el sudor que habitaba en su cuerpo. Entró en su habitación para guardar en el armario las escasas cosas que finalmente había comprado de su larga lista. Al disponerse a quitarse la camiseta empapada, su cabeza quedó literalmente enclavada en el cuello de la prenda de algodón. Unos segundos de forcejeo después, su brazo derecho catapultaba de manera involuntaria la camiseta en dirección a un antiguo sifonier que se encontraba junto a la puerta de entrada.

El mueble lo había utilizado su madre hasta su fallecimiento y, aunque su diseño nada tenía que ver con el resto del mobiliario de la habitación, se resistía a desprenderse de él por un motivo puramente sentimental. La parte superior era utilizada como un alegre altar con

unos pendientes de bisutería de su madre, que ella misma había usado en alguna ocasión, y otra serie de recuerdos junto a flores frescas de temporada.

El impacto de la camisa alcanzó uno de los objetos de adoración y lo tiró al suelo. Cuando logró ver con qué había tenido la mala suerte de tropezar, se dio cuenta de que el antiguo marco con la foto de su madre de pequeña junto a sus abuelos se encontraba en el suelo, abierto en dos partes a más de metro y medio la una de la otra.

—¡Vaya por Dios!

Aparentemente nada se había roto y acoplando de nuevo ambas partes bastaría. Al recogerlo, se dio cuenta de que por debajo del soporte de madera del marco sobresalía la esquina de lo que parecía un trozo de papel. No podía tratarse de la foto, que aún se encontraba junto al cristal intacto, por lo que su curiosidad la llevó directamente hasta él. Con delicadeza, levantó la pata del soporte para liberar lo que a simple vista era una carta manuscrita en una cuartilla a la que le faltaba la parte inferior. Por su aspecto amarillento daba la sensación de tener muchos años y de no haber vivido tiempos felices. En algún momento alguien debía de haberla arrugado, parecía como si hubieran hecho una bola con ella para lanzarla quizá al cubo de la basura, por sus manchas resecas. Tal vez quien la escribió prefirió hacer otro borrador y deshacerse de ese. Su porción final, por la marca que presentaba, había sido arrancada, así que, ejerciendo de Hércules Poirot, dedujo que alguien la leyó, no le gustó, le arrancó un trozo y la convirtió con sus manos en una pelota.

«Claro que tampoco tiene sentido, ya que la carta estaba aquí escondida. Más bien alguien pudo leerla y tirarla hecha un adefesio, para luego arrepentirse y recuperarla, aunque, eso sí, arrancando un trozo y deshaciéndose de él para que nadie pudiera leer nunca una parte de su contenido».

—Creo que lo mejor será que la lea, estoy segura de que me sacará de dudas —dijo esta vez en voz alta.

La letra, escrita a mano con caligrafía cervantina, y el propio deterioro del papel dificultaban su lectura. Para su sorpresa, estaba escrita en un correctísimo alemán.

04/07/1994

Estimada Mausi:
Quisiera pedirte disculpas por cómo ha transcurrido todo y por

haberte tratado indebidamente.

Reconozco que el mayor de mis errores ha sido no llegar a conocer a la hija que tenermos en común, a mi hija.

Me gustaría que recapacitaras y volvieras a esta casa en la que siempre tendrás mi comprensión y mi respaldo.

Sin más que agregar, quedo atento a tu respuesta.

Leyna pasó los siguientes minutos releyendo la carta una y otra vez, intentando darle una explicación razonable. No se trataba de un problema de traducción, ya que había aprendido antes alemán que castellano, sino de asimilación.

—¿Quién demonios es Mausi y de qué hija están hablando? — La duda desplazó cualquier otra idea de su mente.

Había extraído sus propias conclusiones, pero no quería profundizar en ellas hasta haber hablado con su padre. El hecho de encontrarse en el interior de un marco que pertenecía a su madre no dejaba mucho margen de error, pero aun así debía asegurarse de la identidad de esa tal Mausi. La veracidad en los datos podía dar un vuelco a su vida.

Le temblaban las manos y sus pensamientos fluían a una velocidad que le era imposible de apaciguar. Ni siquiera la ducha posterior de agua fría logró calmarla. Una vez arreglada, se limitó a esperar a su padre sentada junto a la mesa del comedor. Se había olvidado incluso de conectar el ventilador para paliar parte del calor sofocante que se respiraba en aquella casa.

Pasadas las dos del mediodía, llegaba su padre con rostro de agotamiento, más por la agobiante temperatura que por el cansancio acumulado de la semana.

—¡Hola, cielo! ¿Cómo te ha ido la mañana? —Siempre le hablaba con una sonrisa, aunque el mundo entero se hubiera puesto en su contra.

—Papá, necesito hablar contigo —respondió obviando su pregunta.

—Por supuesto, ¿de qué se trata?

—¿Quién es Mausi? Y esta vez quiero que seas sincero.

Su padre quedó paralizado durante breves instantes antes de alcanzar otra de las sillas. Sin capacidad para mediar palabra y con la mirada perdida se sentó junto a su hija. No lograba entender de dónde había sacado ese nombre. Nunca lo mencionaron desde que llegaron

de Alemania y nunca lo dejaron por escrito, de eso estaba plenamente seguro. Su mente se aceleraba sin control...

«¿Cómo ha conseguido esa información?», se repitió múltiples veces en los escasos segundos que tardó en mirarla a los ojos.

Respiró hondo con el objetivo de volver a la realidad y tratar de elaborar una respuesta que le hiciera el menor daño posible.

—¿De dónde has sacado esa inf...?

—Papá, solo quiero que me des una respuesta —interrumpió su hija.

—Es tu madre —afirmó con contundencia, creándose otro instante de absoluto silencio. En esta ocasión fue Leyna la que desvió su mirada a través de la ventana con los ojos humedecidos—. Es un apodo que le pusieron de pequeña y que arrastró toda su vida hasta que llegamos aquí y quiso romper por completo con su pasado. Me hizo prometer que nunca la volvería a llamar con ese nombre, y así lo hice. Por favor, cariño, me gustaría que me explicaras de dónde has sacado esa información.

—Mamá y tú siempre me dijisteis que mi padre biológico desapareció sin dar señales de vida, que mamá nunca volvió a saber nada de aquel individuo. Dime, por favor, que no sabías nada. —Volvió a obviar el comentario de su padre.

—¿Nada de qué? No logro entender qué está pasando.

—¡De esta carta! —respondió dejando la nota con un golpe sobre la mesa.

Tras leerla con la ayuda de su hija, su gesto no dejaba duda alguna.

—No sé de quién es esto, y yo desde luego no la he escrito.

—De eso estoy segura, papá, no solo por la letra, sino porque dudo mucho que, y no lo digo con mala intención, tú seas capaz de escribir así en alemán.

—No podría ofenderme por eso, es la realidad. Nunca aprendí a escribir en esa lengua y ya sabes que hablarlo, a duras penas, y como medio de subsistencia. Pero te ruego que me expliques dónde la has encontrado.

—Estaba en el interior del marco de la foto que me llevé a mi habitación, en la que mamá posa con los abuelos. Por accidente se me ha caído al suelo y se ha abierto, tan sencillo como eso. Paradojas de la vida, todo este tiempo ha estado con nosotros sin que lo supiéramos.

—Quiero que sepas, cariño, que nunca había tenido conocimiento

de esa carta. Tu madre me la ocultó y por algún motivo me siento culpable. Siento que te he defraudado, Leyna. —Y rompió a llorar.

—No eres culpable de nada, ni siquiera siento que mamá lo fuera. Creo que se sintió atrapada entre dos opciones y te eligió a ti. Para ser sincera, no me extraña nada, porque eres la persona más bondadosa de este mundo. Sé que no es la primera vez que te lo digo, pero es la verdad. Es muy difícil encontrar a alguien como tú y, además, sigues conservando tu atractivo —le dijo mientras besaba su mejilla y se unía a él en un abrazo.

Las horas que siguieron, Leyna tuvo que poner en orden sus sentimientos y prioridades. Tenía dos frentes abiertos. De una parte, debía recomponer el ánimo de su padre. Tras tener conocimiento de los secretos de Marlene, se sentía inseguro y desorientado. Por otra parte, ella, ahora más que nunca, tenía claro que debía buscar a aquel desconocido. Aquella carta suponía lo más parecido a una pista que nunca hubiera tenido, así que no iba a perder un segundo más. Cogería un vuelo para Berlín e iría a investigar a la casa donde trabajó su madre con los escasos datos que le había proporcionado la nota y el conocimiento de su propia historia. Había roto con su pasado y no podía deberse solo al despecho de un hombre, su madre era más fuerte que todo eso. Estaba convencida de que alguien, en algún lugar, sabría algo.

53

Berlín, 28 de agosto de 2019

Hacía una semana que Stephan había vuelto de Costa Rica tras largos años de ausencia. Se sentía un extraño en su propia tierra. Quizá Berlín no había cambiado tanto en 17 años, pero, sin duda, él ya no era el mismo. No le preocupaba que nadie le esperara, de hecho, siempre fue así. La única persona que le hizo sentirse querido, y siempre bajo el filtro de la duda, fue su madre, y desde hacía muchos años se encontraba enterrada en algún lugar que él desconocía.

Su marcha de Sudamérica le resultó más complicada de lo esperado, y no precisamente por problemas burocráticos. Aquellas gentes habían logrado, con cariño y humildad, abrir el muro que tapiaba su corazón hasta introducirse en su interior de una manera desconocida para él. Le resultaba duro ser consciente de que ni su propia familia le había hecho nunca sentirse así. Al igual que sabía que debía afrontar ese reto para dejar atrás un pasado que le dolía, estaba seguro de que volvería. Llegó a esa convicción en el momento en que maduró la idea de su marcha. Solo necesitaba desprenderse de su antiguo yo, aunque para ello utilizara herramientas de supervivencia del pasado. En el proceso de mudar su piel, también tendría la necesidad de alimentarse y cobijarse bajo un techo. En cuanto al dinero que le quedaba, no era mucho, pero consideraba que sería lo suficiente para lograr su objetivo, contando con que el hijo del desalmado de Alfred cayera en la trampa de la codicia.

Había tenido tiempo de prepararse un bonito discurso de presentación sobre la importancia de lo que reflejaban aquellas fotos, aunque, para ser sincero, ni él mismo había llegado a comprenderlo.

Antes de su partida, había dejado sobre su cama un sobre con la casi totalidad de los 25 000 dólares que en su día había rechazado Valeria. Lo hizo en el más absoluto silencio. Era gente sencilla, pero

luchadora y trabajadora, y, aunque no necesitaban nada más para ser felices, ese dinero podía facilitarles mucho la vida.

Dedicó esos primeros días a pasear por las calles de la que hacía muchos años había considerado su ciudad y, sin duda, empezaba a dar sus frutos... Su ferviente nacionalismo y sensación de superioridad habían sido pulidos con sangre y modestia. Saboreó el éxito del dinero, con el que trató de labrarse una felicidad artificial que nunca llegó. Por el contrario, sufrió en sus carnes la cara amarga de la vida; la del fracaso y la humillación, la de la muerte que te llama hasta llegar a rozar tus labios. A cada paso que daba, se desprendía de un pedazo de sí mismo, y volvería cuando lograra dejar sobre el asfalto aquella persona que fue. Entre medias quedaba un pequeño detalle que solucionar, la familia Meinl, con la que esperaba lograr una cantidad suficiente de dinero para su retiro en Costa Rica. A eso se dirigía mientras atravesaba Tiergarten, el principal parque de Berlín en uno de cuyos laterales se ubicaba su mansión. Vernier, el hijo de Alfred, le estaba esperando. Al parecer, a diferencia de su padre, llevaba a cabo parte de sus negocios en la mansión de su casa y no en el despacho de su empresa.

—Buenos días, señor Fischer, ¿o prefiere que le llame por su nombre, Stephan? —se presentó el dueño de la casa extendiéndole la mano a aquel desconocido.

—Buenos días, señor Meinl, a decir verdad, su padre siempre me llamó Stephan, pero lo dejo a su conveniencia. —Estaba claro que aquel joven mostraba una prepotencia mayor que la de Alfred, pero bien utilizada podía servirle de gran ayuda, solo tenía que manejar correctamente la situación.

—Si no le importa, le llamaré por su nombre. Según me comentó por teléfono, tenía un negocio que podría interesarme, y siempre es más agradable llegar a posibles acuerdos en un contexto de confianza. Así que, si no le importa, cuénteme eso tan suculento que me había prometido.

—Su padre siempre confió en mí para los negocios más grises, no sé si me entiende. Antes de su muerte me hizo un encargo muy personal que nada tenía que ver con FANTEN. Me solicitó que investigara la existencia de una piedra verde que podría estar en poder de un químico de prestigio internacional de Barcelona, el profesor Oriol Rosselló. Al parecer, ese científico habló de su

existencia en unas jornadas a las que Alfred, su padre, asistió años atrás. Por un motivo que por razones profesionales nunca quise conocer, su vida dio un giro radical, hasta el punto de invertir una gran cantidad de dinero en el desarrollo de una máquina capaz de analizar con una precisión desconocida en su momento cualquier tipo de mineral. —Era cierto que Alfred nunca le contó esta parte, pero él había investigado por su cuenta; conocer qué tenía entre manos era parte de su trabajo.

—Supongo que se refiere a Geodrom, una gran máquina con una escasa rentabilidad, aunque aún siga funcionando. En fin, continúe, por favor, aunque no sé si he llegado a entenderle bien. ¿Mi padre buscaba una piedra verde? —simuló sorpresa cuando en realidad lo único que deseaba era gritar. Un individuo le estaba hablando en ese mismo instante de algo que confirmaría la rocambolesca historia que su padre le entregó a título póstumo en una carta, en la entrada de su mayoría de edad.

—Sí, desconozco si tiene un nombre más técnico, pero, en definitiva, es una piedra de color verde. Respecto al aparato, efectivamente, hablamos de lo mismo. Uno de los objetivos de esa máquina no era otro que poner un espía en las mismas narices del Dr. Rosselló, de manera que regaló una al departamento de la universidad donde trabajaba. Me consta incluso que su padre invitó al profesor a incorporarse al elenco de científicos que trataría de dar cuerpo a ese artefacto tan poco rentable. Supongo que así podía ser doblemente espiado sin generar ninguna sospecha.

—¿Y cómo se supone que mi padre se iba a enterar de si aquel científico tenía o no esa joya?

—Muy sencillo, señor Meinl. Para el uso de Geodrom era necesario introducir un extenso código personal adjudicado a cada investigador. De esta manera, desde la central de FANTEN podían recopilar la información de cada objeto analizado. Sabemos que el doctor entró en diversas ocasiones, pero nunca nos llegó ningún resultado, así que el señor Alfred me envío a Barcelona para conseguir cualquier prueba que demostrara su existencia.

—Antes que nada, le rogaría que me llamara Vernier, me resulta más cómodo para seguir escuchando algo tan interesante. Dicho esto, ¿tuvo éxito en su investigación?

—Por supuesto, nunca le fallé a su padre. No logré la piedra en sí, pero sí unas fantásticas fotos impresas directamente con Geodrom. Llegué a introducirme en la facultad hasta que un día observé como

ese catedrático analizaba lo que estábamos buscando y se llevaba unas fotos consigo. De aquel día tampoco llegó dato alguno a la central. Era como si nunca hubiese estado allí. Por prevención, debía usar algún programa informático que borrara cualquier huella. Un tipo realmente listo. Aun así, no logró eliminar un pequeño resquicio del sistema que nos permitía saber cuándo usaba sus códigos. Días después, por medios que no viene a cuento, logré adquirir esas fotos.

—¿Y qué dijo mi padre al respecto?

—Por desgracia, falleció antes de que pudiera mostrarle la prueba. —Aquí empezó a elucubrar su propia historia—. Estoy seguro de que todo lo relacionado con ese mineral, o lo que quiera que sea, es una fuente de riqueza, de otra manera su padre no habría invertido tantos recursos y dinero, eso se lo puedo asegurar. Su padre siempre insistió en tratar este asunto con la máxima discreción; de hecho, me prohibió de manera expresa usar métodos que pudieran comprometer a nadie.

Vernier trataba de contener por todos los medios su emoción, no podía permitirse que aquel individuo, desconocido para él, supiera más de la cuenta.

—¿Y dónde se supone que están esas fotos?

—Las tengo en mi poder. De hecho, las traigo conmigo y esa es parte del negocio.

—Le ruego que sea un poco más explícito.

—Su padre me prometió una gran cantidad de dinero por ellas, un dinero que, por motivos ya explicados, nunca recibí. Si las quiere, se las ofrezco al menos por la mitad de su valor.

—¿Y puede aclararme qué beneficio saco yo de una piedra en un papel?

—Quizá le permitirá indagar por qué su padre estaba tan interesado en ella.

—Le propongo algo, Stephan. Yo le pago una cuarta parte de lo que tenía pensado, aunque desconozco de qué cifra se trata. Creo que entenderá que esto supone depositar mucha confianza en usted. Le pagaré en compensación al trabajo que hizo para mi padre, pero, si de verdad quiere hacer negocios, le ofrezco algo más interesante.

En ese instante, la secretaria de Vernier llamó a su despacho por el teléfono interno.

—Dígame, Frederika... sí, comprendo. Dígale que espere fuera, enseguida acabo. Como le iba diciendo, Stephan, le haré una propuesta muy generosa. Le ofrezco un salario bastante decente, así como todos los gastos de mantenimiento para que en el plazo de tres

meses averigüe de dónde demonios se extrae ese mineral. Si logra encontrar su ubicación, sin importar el lugar del planeta en el que se halle, y siempre con la máxima discreción, le recompensaré con un millón de euros. Si no lo consigue, solo se llevará la cantidad de tres mil euros al mes.

Stephan dudó unos segundos, pero no tenía otra opción. Le ofrecían un dinero mensual que no conseguiría en ningún otro sitio y, si lograba su objetivo, una cantidad que le solucionaría sus problemas de por vida.

—¡Está bien, trato hecho! —respondió extendiéndole la mano con la intención de sellar el acuerdo.

—Perfecto. Si no tiene inconveniente, venga a verme esta tarde a las seis y terminamos de hablar del asunto, ahora tengo cosas que hacer. ¡Que tenga un buen día, señor Stephan! —le dijo desde la puerta—. Pase, señorita, creo que me estaba esperando...

54

Berlín, 28 de agosto de 2019

Leyna había llegado la noche anterior al aeropuerto de Berlín tras un largo día de viaje con escala incluida en Frankfurt. Había cogido la primera combinación que encontró razonable para llegar cuanto antes. A la mañana siguiente se despertó con los primeros rayos del sol. Apenas había logrado cerrar los ojos durante la noche, pensando en las sorpresas que podría depararle su estancia en aquella ciudad. Se sentía eufórica y con un nivel de estrés inédito en ella. Tampoco se había planteado seriamente cómo respondería si obtenía las respuestas que buscaba o si, por el contrario, volvía con más incógnitas de las que había llevado. No había tiempo para generar más dudas, así que bajó directamente a la cafetería del hotel. Un panecillo con queso y un gran café con leche fue lo único que pudo ingerir.

La mañana la tenía organizada de antemano, iría a la mansión de los Meinl, donde su madre trabajó para un tal Alfred, y luego «Dios diría». Según había investigado por Internet, el antiguo dueño de la casa y de la empresa FANTEN había fallecido en un accidente de aviación en 2002 y ahora se encontraba al mando su hijo Vernier, que estaba a punto de cumplir 25 años. El fallecimiento de Alfred dificultaba las cosas, pero cabía la posibilidad de que en la casa aún trabajara alguien que hubiera conocido a su madre. Vernier ni siquiera había nacido. No había concertado ninguna cita y sabía por experiencia que era mejor así. Debía reconocer que en persona tenía mucho más éxito con los hombres que por teléfono, así que tendría que jugar bien su baza.

Su padre le había explicado con todo lujo de detalles cuál era la mansión y cómo llegar. Aun así, con las nuevas tecnologías casi podías ver desde el aire hasta la marca de la ropa tendida. Como era demasiado pronto, prefirió perderse por el parque Tiergarten y así

atemperar su creciente nerviosismo. Prácticamente podía considerarse el jardín de la mansión por su proximidad.

A su llegada se presentó como la hija de una antigua trabajadora de esa casa. La persona que la atendió llevaba trabajando allí dos años, por lo que ni siquiera había oído hablar de ella. Insistió en que se trataba de un asunto muy importante que debía hablar personalmente con el señor Vernier. La doncella, con mucha amabilidad, llamó por una línea interna a otra persona, tras lo cual le hizo subir por la derecha de la escalinata principal a un despacho ubicado justo en la primera puerta de la primera planta. Al llegar, una mujer de unos treinta años y una belleza desbordante la estaba esperando.

—Buenos días, señorita Meyer, soy la secretaria del señor Meinl. Me han dicho que desea hablar con él por un tema importante. Si me puede dar alguna información más, eso podría facilitar las cosas. —Su tono artificial dejaba al descubierto un sarcasmo natural.

—Me temo que, como ya he comentado a la persona que me ha atendido antes, es un tema personal que debo abordar directamente con el señor de la casa, es decir, con su jefe.

—En estos momentos se encuentra reunido justo en el despacho contiguo y no sé a qué hora tiene previsto acabar, así que, si es tan amable, puede facilitarme un número de teléfono y, en función de su cargada agenda, se pondrá en contacto con usted.

—Sí, por mi parte ningún problema, vaya anotando. —Mientras enumeraba de forma pausada cada una de las cifras de su móvil, sus pasos se dirigieron firmes hacia la puerta que aquella prepotente le había señalado con anterioridad.

—¡Espere un momento, señorita, por favor, no puede entrar ahí!

Leyna se detuvo girando el torso para dirigirse a la rubia con una sonrisa trabajada.

—Caramba, usted perdone, pero en ningún momento me ha dicho que no pueda entrar; solo me ha comentado que estaba reunido y me ha solicitado un número de contacto, imagino que con la intención de ahorrarme el hecho de tener que esperar. Pero puedo asegurarle que para mí no supone un problema, cosa que tampoco me ha preguntado. —Tenía una sonrisa cínica ensayada que solía usar en ese tipo de situaciones.

—Está bien —respondió la secretaria con la obligación de mantener la máxima diplomacia posible—, permítame llamarlo y, si él está de acuerdo, podrá esperar en la habitación que hay justo en la

otra puerta.

Un minuto después, Leyna entraba en la sala de espera acompañada por su nueva amiga y su ira a duras penas controlada. Aprovechó el tiempo buscando restaurantes donde comer hasta que un individuo con una fea cicatriz en la cara y un elegante joven con corbata se asomaron a la puerta de lo que debía de ser el despacho.

—¡Que tenga un buen día, señor Stephan! Pase, señorita, creo que me estaba esperando —exclamó el joven dirigiéndose a ella.

Vernier invitó a sentarse a la desconocida de llamativos ojos verdes en unos canapés reservados para determinados negocios o para cuando prefería ver de cuerpo entero a alguna atractiva convidada.

—Y bien, señorita Leyna, ¿de qué manera puedo ayudarle en ese problema tan urgente que le ha traído hasta aquí?

—Señor Meinl, vengo buscando respuestas que en verdad nada tienen que ver con usted. Mi madre trabajó en esta misma casa cerca de un año, en 1993. Ese periodo de tiempo está envuelto en demasiadas sombras que directa o indirectamente me afectan a mí.

—Y, si no es indiscreción, ¿por qué no lo habla directamente con su madre?

—Porque falleció cuando yo era tan solo una niña.

—Siento oír eso —exclamó compungido y sosteniéndole la mirada —. Supongo que estará al corriente de la muerte de mi padre en un accidente de aviación, lo que quizá no conozca es que sucedió un mes antes de mi octavo cumpleaños. Como puede imaginar, entiendo cómo pudo sentirse usted. —Por un instante se olvidó del aspecto físico de aquella mujer desplazándolo por un cierto grado de empatía—. Prosiga, se lo ruego.

—En ese año, según me explicó, se quedó embarazada de otro trabajador de la casa que, al parecer, permaneció poco tiempo aquí. Aquel hombre la abandonó al enterarse de que estaban esperando un hijo. Mi madre, que debía de estar muy enamorada, quedó inmersa en una profunda melancolía. Pocos meses después, nací yo.

—Le aseguro que me parece muy triste todo eso que me está contando, pero no llego a entender cómo puedo serle útil.

—Necesito saber quién era mi padre biológico. Debe de haber algún documento de la época en el que haya quedado registrado el nombre de todos los trabajadores que por aquí pasaron. O, si me lo permite, podría hablar con alguna persona del servicio que

actualmente siga trabajando en esta casa y que pueda acordarse de mi madre y quizá de aquel individuo. No estaría aquí contándole mi vida si no fuera realmente importante para mí.

—Déjeme pensar. —Había recuperado el pavoneo inicial—. Acerca del libro, estoy seguro de que debe de haber algo por aquí. —Se puso de pie con la intención de buscar un ejemplar de cuentas que debía de ubicarse entre los cientos de libros y documentos que abarrotaban la extensa biblioteca—. Mi padre, a pesar de haberse movido en la vanguardia tecnológica, siempre fue muy tradicional en otros campos. Le gustaba escribir de su puño y letra todo lo referido a su ámbito personal. ¡Aquí está! Un archivo que guarda toda la información de la mansión desde 1990 a 1995. Veamos, me ha comentado que su madre trabajó aquí en 1993, lo que todavía no conozco es su nombre.

Leyna no podía ocultar su satisfacción. Sentía que estaba cerca de lo que hacía años buscaba, un nombre.

—Se llamaba Marlene Meyer y, para ser más concretos, entró a trabajar en febrero de 1993 y su marcha fue en 1994, aunque desconozco la fecha exacta. Entre medias dio a luz, por lo que debió de estar unos cuantos meses de permiso de maternidad.

Vernier apoyó el documento encima de la mesa del despacho para leerlo con detenimiento. Revisando una y otra vez las mismas hojas y negando con la cabeza, se dirigió a Leyna.

—Me temo que aquí no hay nadie con ese nombre. Es cierto que en febrero de ese año entró a trabajar una señorita apellidada Meyer, pero el nombre que consta aquí es Mausi. Acérquese si lo desea.

Los ojos de la chica se abrieron como dos lunas llenas al oírlo.

—¡Es ella! —gritó mientras se acercaba. A un metro escaso de la mesa, frunció el ceño y fijó la mirada, atónita, en aquel libro—. ¿Esta es la letra de su padre? —Es lo único que pudo decirle. Las características de aquel trazado lo hacían inconfundible; era idéntico al de la carta rota que había escondido su madre todos esos años.

—Sí, la conozco muy bien. Como ya le he comentado, mi padre escribía personalmente y a mano todos los movimientos de la casa.

—Y en lo referido a Mausi, ¿qué dice? —preguntó Leyna, tratando de recuperarse.

—Veamos. Hay un par de líneas en julio de 1994, coincidiendo con su salida. —Se tomó unos segundos antes de proseguir—. Me temo que mi padre no hace referencias muy positivas sobre su madre. Al parecer, no estaba nada contento con el trabajo de la señorita Meyer. Debía desentenderse de sus obligaciones y ni siquiera respetaba los

horarios. A pesar de todo, como aquí indica, esperó a que se reincorporara a su actividad tras su maternidad como un gesto de humanidad. Para su sorpresa, a su regreso, su madre exigió unas mejoras económicas inaceptables y, ante la negativa de mi padre, se marchó de malos modos.

—Eso es imposible —respondió tajante Leyna—, mi madre siempre ha sido una mujer tan responsable como gran luchadora.

—Yo solo me limito a leer lo que pone aquí. Por otra parte, no hay ningún hombre que entrase ni saliese entre esas fechas, así que me temo que poco más puedo hacer por usted.

—¿Sería posible hablar con alguien que hubiese conocido a mi madre? —insistió con los ojos humedecidos.

—Queda en el servicio una mujer que ya trabajó para mi padre y, por tanto, es posible que se acuerde de Mausi y de ese desconocido. ¡Deme un momento! —Salió del despacho sin decir nada más. Minutos después, regresaba acompañado de una mujer que tendría en torno a los 60 años.

—Le presento a la señora Kerstin, nuestra trabajadora más longeva y podríamos decir que de la familia. Estaba aquí antes de que yo naciera, así que puede preguntarle lo que quiera.

—Buenos días, señora Kerstin. Verá, mi madre, que se llamaba Marlene Meyer, o Mausi, como creo que era conocida, trabajó aquí entre 1993 y 1994. Le rogaría que me dijera si se acuerda de ella o si en aquella época hubo algún trabajador, posiblemente extranjero, que pasara por esta casa un breve período de tiempo. —La caligrafía del archivo no era una prueba definitiva, así que debía seguir investigando.

La criada se mostró recelosa y visiblemente nerviosa.

—Siento decirle que no recuerdo a nadie con ese nombre. Por aquí ha pasado mucha gente y algunos de ellos han permanecido poco tiempo, como es el caso de esas personas que me ha mencionado, así que siento no poder ayudarla. Si no necesitan algo más de mí, debo continuar con mis labores.

—Está bien, Kerstin, puedes continuar. —Ambos agradecieron su presencia—. Señorita Leyna, siento no haberle podido servir de más ayuda. Y ahora, si no le importa, tengo muchas cosas que hacer. Si quiere, quedamos a comer y me cuenta algo más de su vida —insinuó con una mirada estudiada.

—Le agradezco su ofrecimiento, pero yo también debo hacer unas cuantas cosas, así que no le molestaré más.

—Nunca es una molestia atender a una mujer como usted. Si quiere, la acompaño a la salida.

—No, no se moleste, creo que sabré encontrarla —respondió con firmeza.

En el momento en que descendía el último escalón que llevaba al *hall* principal, la señora Kerstin se le acercó intentando aparentar un encuentro casual. Al llegar a su altura le puso una nota en la mano y, tras una mera inclinación de cabeza, siguió su camino hacia una de las salas laterales. La nota manuscrita se limitaba a tres escuetas frases:

> *Espéreme hoy a las 19:00 en el monumento a Richard Wagner que hay en el parque, a escasos doscientos metros de aquí. Tengo algo muy importante que contarle. No se retrase.*

No tenía ni idea de dónde podría encontrarse aquel lugar, pero, sin duda, no le sería difícil encontrarlo.

Leyna decidió irse a descansar un rato al hotel, necesitaba cerrar los ojos al menos unos minutos. Dos horas antes de lo previsto se encontraba merodeando por los largos paseos de Tiergarten en busca del monumento donde esperaba encontrarse con aquella misteriosa mujer. Tuvo que preguntar a varios transeúntes antes de llegar hasta lo que resultó ser una majestuosa composición escultórica recubierta de una bóveda acristalada.

Fiel a las indicaciones, la señora Kerstin apareció a la hora convenida con la misma expresión de misterio con la que se había despedido unas horas antes.

—Escúcheme —introdujo la criada sin ni siquiera un saludo de cortesía—, antes no le he dicho toda la verdad.

—Explíquese, por favor.

—Solo dispongo de unos minutos, mi autobús pasa enseguida y he de marcharme. Cuando digo que no le he dicho toda la verdad me refería a que sí me acuerdo de su madre, Mausi. Es una gran persona y una gran trabajadora, pero no tuvo suerte aquí. Intuyo los motivos por los que quería hablar conmigo, pero me temo que no puedo contarle mucho más.

—Mi madre falleció hace ya muchos años —interrumpió Leyna.

—¡Lo siento de verdad, señorita! Aunque solo tuvimos una cordial relación profesional, puedo asegurarle que todo el mundo la quería aquí. Aun así, es cierto que no me acuerdo de muchos detalles. —Una tos nerviosa delataba que no decía toda la verdad—. Respecto al caballero que ha mencionado, solo puedo decirle que lo he estado meditando y, con toda sinceridad, no me acuerdo de ningún extranjero que pasara por esta casa tan brevemente como me ha dado a entender.

—No pretendo ser maleducada, señora Kerstin, pero ¿me ha hecho quedar aquí solo para decirme que se acuerda de mi madre y que intuye las causas por las que he venido, pero que no puede decirme nada?

—En cierto modo, sí, aunque puedo proporcionarle el nombre de una compañera polaca que trabajó en aquella época con nosotras y que se hizo íntima amiga suya. Estoy segura de que ella podrá darle la información que está buscando. Se llama Irenka, aunque no me acuerdo de su apellido. Dejó el servicio hace bastantes años para montar en la ciudad un negocio con su marido, algo relacionado con productos *gourmet* asiáticos o japoneses. El libro con los datos que le ha mostrado el señor está en su despacho y yo no puedo acceder. Y ahora, si me lo permite, he de marcharme. Le ruego que no le diga a nadie que ha hablado conmigo. Le deseo mucha suerte. Adiós.

Sin permitirle una réplica de despedida, la señora Kerstin se dio la media vuelta y se marchó como si le persiguiera la KGB.

55

Pedrajas, Soria, 28 de agosto de 2019

Como tenían previsto, los tres se reunieron en Soria, la tierra que vio nacer a la madre de Eduard. Sofía y Oriol llegaron por la tarde a la casa ubicada en Pedrajas, un antiguo pueblo reconvertido en barrio de la capital, bajo el influjo del Monte Valonsadero.

Eduard llevaba allí varios días preparándolo todo para ese largo fin de semana y, aunque pagaba a alguien para que mantuviese el jardín arreglado y el interior limpio, siempre había cosas que hacer. Aprovechó el viaje para llevar su equipo de espeleología y otra serie de cosas que no le cabían en su diminuto apartamento. Meses atrás había tomado la decisión de alquilar su mansión de Tarragona e instalarse durante tiempo indefinido en la capital del Turia. Aunque no tenía asegurado dar clases en el siguiente curso escolar, le sobraría dinero para el tipo de vida que llevaba solo con los beneficios mensuales que le aportaría.

Tras dejar el equipaje y descansar veinte minutos, decidieron ir a disfrutar de un relajante paseo. Atravesando la aldea, entre casas castellanas de piedra y esculturas contemporáneas, encararon el sendero que les llevaría hasta las pinturas rupestres que se encontraban en medio del paraje natural. Un bosque de robles a ambos lados del camino marcaba la ruta que iba dando paso a amplias superficies donde las vacas pastaban en libertad y los caballos miraban sin miedo al horizonte.

—¡Cómo le gustaba a tu padre perderse por estas sendas! —comentó Oriol.

—¡Cierto! Aunque siempre sintió una especial atracción por la Laguna Negra. De hecho, aseguraba que había algo inexplicable que le hipnotizaba de aquel entorno. Cada vez que se detenía a observar el lago, protegido por aquellas montañas, su subconsciente le

transportaba hacia un lugar que creía que existía solo en su imaginación.

»Necesito hacerte una pregunta, *avi*, ¿por qué os distanciasteis tanto papá y tú?

Sofía se había dado cuenta de que Eduard necesitaba hablar con su abuelo, por lo que caminaba dos metros por detrás, embelesada por el relax de aquel paraje.

—Es difícil de explicar, cariño. Dediqué demasiado tiempo a mis clases, a mis alumnos y a mis investigaciones, y quizá menos del que habría debido a ejercer de padre. Creo que nunca llegó a saber cuánto lo quería, y eso es algo que morirá conmigo.

—No me gusta que pienses así —intentó consolarlo—, sabía que estabas muy orgulloso de él. Te quería con toda su alma y, aunque no lo expresara directamente, tenía otras muchas formas de darlo a entender. Creo que hay algo más que estás dispuesto, como tú dices, a que muera contigo. Sé que siempre te has sentido culpable del fallecimiento de mis padres y nunca he sabido cómo abordarlo, pero ha llegado la hora. No estoy dispuesto a que sigas arrastrando un sentimiento injusto e incierto. Nunca olvidaré la sonrisa de papá y el énfasis con el que nos hizo vestirnos para venir a verte aquella noche. No nos explicó el motivo, pero mostraba un nerviosismo inusual en él, hasta el punto de contagiarnos su euforia y convencernos para ir a Barcelona.

—Le llamé aquella noche nada más llegar del laboratorio de la facultad, tras descubrir el secreto que guardaba nuestro pequeño tesoro. No debí hacerlo. Podía haber ido yo al día siguiente, pero no, me limité a ser el egoísta de siempre.

—No puede ser egoísta una persona que me lo ha dado todo, que dejó atrás lo que era para convertirse en mi guía. No puede ser egoísta alguien que me ha dado tanto amor y que me ha hecho tan feliz. Nosotros quisimos ir, papá no nos obligó, y él tan solo quiso compartir ese momento contigo con la mayor premura posible. Si alguien fue culpable, esos fuimos nosotros. No se puede prever qué nos va a pasar en cada decisión que tomamos, como tampoco podemos vivir encerrados para evitar que nada nos ocurra, porque la única realidad es que estaríamos muriendo en vida.

—Gracias, Edu, no sé si alguna vez me perdonaré, pero el saber que has crecido feliz compensa cualquier sentimiento de culpabilidad. Eres la razón de mi vida y, si he servido de algo, de alguna manera podré vivir lo que me quede en paz conmigo mismo.

—¡Venga, *avi*, que los revolcones en el jardín con Sofía también le han dado sentido a algún breve instante de tu vida!

—Siendo sinceros, han sido muchos y prolongados los momentos de los que hablas, pero eso es otra historia. Por otra parte —añadió Oriol—, tu padre siempre pensó que vivía obsesionado por nuestra historia familiar. Aparentaba indiferencia, pero creo que en el fondo le fascinaba y de alguna manera también realizó su propia búsqueda. La colección de minerales que guardaba, el hecho de que quisiera venir cuando lo llamé y la suma de pequeños detalles me hacen pensar que era así.

—Papá nunca me habló de nuestra historia, ya que falleció antes de que yo cumpliera diez años, así que ahí no puedo ayudarte, pero lo que dices tiene sentido. Era un enamorado de los minerales y hacía traer a todos sus conocidos piedras de todas partes del mundo. *Avi*, te quiero y eres lo mejor de mi vida, no lo olvides nunca. —Ambos acabaron abrazándose.

Sin ser conscientes del rato que llevaban caminando, llegaron al inicio de la ruta de pinturas rupestres donde se les unió Sofía. Ahora tocaba disfrutar de la naturaleza y de su propia compañía.

56

Berlín, 28 de agosto de 2019

El resto de la tarde se dedicó a buscar todo tipo de negocios que tuvieran relación con la venta de productos asiáticos y, sobre todo, aquellos que se dedicaran a las *delicatessen* japonesas. A altas horas de la noche disponía de una larga lista.

A las 10:30 de la mañana siguiente solo le quedaban en su lista doce negocios con los que contactar. En todos, preguntaba por una mujer llamada Irenka y hasta el momento solo había recibido una respuesta, «no». En algún caso se topó con que el interlocutor solo hablaba japonés. En la siguiente llamada, un hombre de extraño acento, pero correcto vocabulario, le respondió con una educación desmesurada. Ante la pregunta de si conocía a alguien que respondiera al nombre de Irenka, por fin una respuesta afirmativa.

—Sí, es mi mujer, ¿en qué puedo ayudarle?

—¡Gracias a Dios! —exclamó aliviada—. Quisiera saber si podría hacerme el favor de atenderme esta misma mañana. Necesito hablar con ella de un asunto personal. Mi madre y ella era amigas hace muchos años y hay unas preguntas que me gustaría hacerle.

—En principio va a estar aquí toda la mañana —respondió aquel hombre—, así que puede pasar cuando quiera. —Leyna no se dio cuenta de que había colgado sin ni siquiera dar su nombre. Estaba tan agitada que había olvidado las mínimas normas de cordialidad.

Una hora después, atravesaba el umbral de un negocio de alimentación similar al de su padre. Detrás del mostrador se encontraba un hombre de rasgos asiáticos. Sin duda, debía de tratarse del individuo con el que había contactado anteriormente.

—Buenos días. Me llamo Leyna y creo que he hablado con usted hace escasamente una hora.

—Buenos días, señorita. En efecto, soy yo quien le ha cogido el

teléfono. Supongo que quiere ver a mi mujer. Se ha quedado sorprendida cuando le he hablado sobre su llamada. Si me disculpa un segundo, voy a avisarla. —Volvió a salir acompañado de una mujer cercana a los sesenta años que, al verla, se quedó paralizada.

—Eres la viva imagen de tu madre —logró decir tras volver de su viaje en el tiempo.

—Creo que ahora soy yo la que se ha quedado sin palabras —prosiguió Leyna—. ¿Está segura de que sabe quién soy?

—No me cabe la menor duda, eres la hija de Mausi. Tienes sus mismos ojos y la misma belleza, pero, cuéntame, ¿cómo está ella?

—Por desgracia, falleció hace casi diecisiete años.

Irenka se quedó en silencio. Era evidente que había recibido un golpe inesperado.

—Siento mucho la noticia. Tu madre era una mujer fantástica a la que quise mucho. Pero, te lo ruego, acompáñame dentro para hablar con calma. Por favor, Jiro, que no me moleste nadie —dijo dirigiéndose a su marido mientras entraban en el almacén que hacía las veces de despacho.

—Ahora sí, cuéntame qué pasó —le indicó Irenka, una vez acomodadas en un par de sillas que había junto a una mesa metálica.

Estuvieron charlando largo y tendido sobre los motivos del fallecimiento, su infancia, anécdotas de ambas amigas, hasta que Irenka, que ya había cogido confianza, decidió abordar sus dudas de forma directa.

—Me ha hecho ilusión volver a recordar cosas de ese pasado, pero tú no has venido hasta aquí para hablar de eso, ¿verdad?

—Tienes razón, no. A pesar de que para mí ha sido muy importante oír cosas de ella que provengan de alguien que no sea mi padre, la realidad es que he venido buscando respuestas. —El rostro de la polaca se tornó serio. Sospechaba a qué podía referirse—. Nunca me ocultaron que Pablo no es mi padre biológico, pero lo que siempre hemos pensado, tanto él como yo, es que el hombre que dejó embarazada a mi madre desapareció sin dejar rastro. Así ha sido hasta que hace cinco días encontré una pequeña carta escrita a mano de alguien que afirmaba ser mi padre y que abría las puertas a mi madre a volver a su casa. Su identidad la desconozco, porque la parte final del escrito está arrancada. Irenka, tengo la sensación de que tú me puedes dar esa respuesta.

Llevando la mirada de un lado para otro, la polaca se mostró dubitativa e incómoda.

—Yo, la verdad es que no sé bien qué responder...

—Debes entenderme, necesito saber de dónde vengo para llegar a conocer quién soy.

—Pero tú ya sabes quién eres. Una chica maravillosa con un futuro prometedor.

—A la que siempre le va a faltar una parte de sí misma. Por favor, dime quién es mi padre, si es que lo sabes. —Esta vez mantuvo su mirada fija en la de ella—. Sospecho quién pudo ser, pero necesito que lo confirmes.

—Alfred Meinl... Siento que te enteres así —respondió acariciando su mejilla.

Los ojos humedecidos de Leyna dieron paso a unas lágrimas que llevaban años queriendo salir, y se dejó arropar por el abrazo sincero de la que fue la mejor amiga de su madre.

Cuando se sintió preparada, Leyna volvió a su interrogatorio.

—Sigo sin entender por qué mi madre quiso dejarlo todo y emprender una nueva vida junto a Pablo, mi padre, en otro país. Si Alfred no quería reconocerme, tampoco tenía por qué huir. ¡Por el amor de Dios, ni siquiera me habló nunca de ti! Todo lo relacionado con su vida en Alemania parece haberse borrado hasta el punto de no volver a usar jamás el apodo de Mausi, con el que todo el mundo la conocía. Tiene que haber algo más, algo que debió de cambiarlo todo y la llevó a tomar esa determinación.

—Alfred se aprovechó del amor de tu madre para utilizarla. Solo quería su cuerpo. Ella estaba muy enamorada y quizá su rechazo le afectó demasiado.

—Nadie dejaría su país y alejaría a una niña de su padre, escondiendo su identidad para siempre, si no hubiera algo realmente importante, y creo que tú conoces el motivo. De nuevo te suplico que me lo cuentes.

—Te doy mi palabra de que no tengo la respuesta que buscas. Lo único que sé es que se sentía muy desgraciada por el cúmulo de tragedias que había sufrido a lo largo de su vida. Supongo que todo eso hizo que buscara un nuevo comienzo en otro lugar. Necesitaba enterrar para siempre su pasado para volver a renacer y darte la máxima felicidad. Todo lo hizo por ti, de eso estoy segura.

La mañana transcurrió entre anécdotas de Irenka referidas a sus padres y descripciones de su infancia por parte de Leyna hasta que, al final, con la promesa de volverse a ver, se despidieron con un prolongado abrazo.

Cogió un vuelo de regreso al día siguiente, con la maleta escasa de ropa, pero llena de respuestas. Aun así, sentía que en aquel equipaje seguía faltando una importante pieza de aquel complicado rompecabezas.

57

Barcelona, 30 de agosto de 2019

Stephan cogió el primer vuelo libre que encontró hacia Barcelona, sin importarle esta vez que la compañía aérea no fuera alemana. Nada más llegar se instaló en el Barrio Gótico de la ciudad, como años atrás. Al final, se había convertido en un hombre de costumbres y, tras comer algo improvisado por la calle, acudió a la cafetería que solía frecuentar durante el tiempo que había permanecido en la capital catalana, en el verano de 2002.

Debía ser más rápido y efectivo que la última vez y, por orden de su nuevo jefe, obtener la información sin llamar la atención. Lo primero que haría sería dirigirse a la finca donde en teoría seguía viviendo Oriol y asegurarse de que nada había cambiado. Consideró que hacerse pasar por un trabajador de una compañía de transportes era un buen salvoconducto en caso de preguntas. Mientras, mermado por su presbicia, trataba de encontrar el nombre que buscaba entre los timbres del portal, una voz que parecía proceder de la misma acera le interrumpió en su esfuerzo.

—Buenos días, caballero, ¿busca a alguien? —Tras dirigir la mirada literalmente hacia abajo, observó que la voz procedía de una mujer encorvada que sobrepasaba con creces los 90 años y que, sin duda, había menguado de manera proporcional a su edad.

—Buenos días, señora, estoy buscando a un hombre que se llama Oriol Rosselló para entregarle un paquete que ha encargado, ¿sabe si vive en esta finca?

—¡Y tanto que sí! Hace 40 años que es vecino de este edificio. Hasta hace por lo menos treinta vivía con su mujer, pero la pobre, que en paz descanse, falleció por un tumor de los malos y desde hace ya muchos años está con otra mujer, que fue doctora y que, si le digo la verdad, entre usted y yo, no me cae muy bien. Cuando el señor Oriol

llegó con su mujer, la primera, quiero decir, yo ya vivía aquí con mi marido, que en paz descanse, que por cierto era dueño de una de las primeras y más importantes compañías de transportes que hubo en la ciudad y que ahora llevan mis hijos. ¿En qué empresa está usted? A lo mejor trabaja para ellos.

—No lo creo —Stephan empezaba a ponerse nervioso ante la verborrea de la mujer—, mi empresa se ha creado hace muy poco. ¿Sabe si su nieto vive aquí con él? Es que también traigo algo para él.

—Su nieto Eduard hace unos seis meses que se fue a vivir a Valencia, según me dijo su abuelo, pero de todas formas hace tiempo que vive por su cuenta. De hecho, estuvo en Tarragona, de donde era su familia. Pobrecito, qué desgracia tuvo cuando fallecieron sus padres en un accidente. Pero mire, se recompuso y ahora es profesor de no me acuerdo qué. —La yugular de Stephan duplicaba su tamaño a cada palabra que encadenaba aquella dulce anciana—. Por cierto, ¿dónde lleva los paquetes que les traía?

—Los he dejado en el furgón, pero quería asegurarme, antes de cargarlos, de que no me equivocaba de lugar.

—¿Qué le ha pasado en la cara, joven?

—Es que el trabajo en ocasiones es muy duro, señora.

—Dolors, me llamo Dolors. Nunca podría haberme imaginado que un repartidor pudiera correr esos peligros. Mi marido, que en paz descanse, siempre trató a todos sus empleados como si fueran de la familia, de hecho...

—Disculpe, señora Dolors —interrumpió Stephan—, es que tengo muchas cosas que repartir y creo que me he equivocado con los paquetes. Le deseo un buen día, y sepa que rezaré por su marido, que en paz descanse.

Había obtenido dos informaciones importantes, la primera era que el antiguo profesor seguía viviendo en aquel edificio con una mujer, y, la segunda, que su nieto se había desplazado a Valencia por motivos de trabajo. El hecho de que no merodeara por la zona le facilitaría la labor. Ahora venía la parte más pesada y menos emocionante, asegurarse de que la casa se quedara vacía para entrar a colocar los tres micrófonos SIM GSM que había preparado para la ocasión. Había comprado, en diferentes tiendas de la ciudad, tres tarjetas prepago de móvil que introdujo en los micrófonos. Desbloqueó su código de acceso y anuló el buzón de voz. Posteriormente, preparó el dispositivo para que captase un sonido superior a 45 dB, de manera que, cuando esto ocurriera, llamaran directamente a otros tantos teléfonos prepago

que llevaría consigo. Los micrófonos los conectaría directamente a la red eléctrica, lo que dificultaría su ocultación, pero era la única forma de que la batería no se agotara en un día. De esta manera podría seguir todas las conversaciones desde su propia habitación del motel. Sabía que eran muy remotas las posibilidades de que fuera revelado en algún momento el lugar exacto del yacimiento que buscaba, pero le permitiría controlar sus movimientos y entrar con más calma en la casa para rebuscar entre las pertenencias del profesor.

Era sábado y se acercaba la hora de cenar, su última oportunidad por aquel día para que la parejita se animase a salir a disfrutar de las inacabables opciones gastronómicas que había en la ciudad.

—*¡Et voilà!* ¡Ahí están!

Oriol, perfectamente reconocible, salía acompañado de una mujer cuya cara le parecía familiar, aunque a esa distancia y sin la agudeza visual de antaño le resultaba complicado cerciorarse. Por la hora que era y el tipo de vestidos que llevaban, era muy probable que tardasen, como mínimo, unas horas en regresar.

Esperó un tiempo prudencial por si olvidaban algo que les hiciera volver. Mientras subía las escaleras, solo deseaba no haber perdido su habilidad abriendo todo tipo de puertas y no toparse con nadie, en especial con la señora Dolors. En esa ocasión se había colocado una peluca morena y rizada, unas gafas de pasta que apoyaban sobre una nariz retocada y un maquillaje tapando la cicatriz que le hacía parecer mulato.

La apertura de la puerta del apartamento no resultó un problema, como había previsto. De hecho, seguía manteniendo la misma cerradura simple de siempre. Se acordaba de la distribución de la casa y sabía en qué zonas debía colocar los receptores para poder captar todas las conversaciones. El único límite lo marcaría la conexión a la luz. Debía localizar enchufes escondidos donde poder disimular de la mejor manera posible los micrófonos. Al acabar, solo pudo colocar dos de los tres aparatos que llevaba. Uno detrás del sofá, donde había un enchufe tapado. Colocó el aparato por dentro de la tela del propio sofá, justo en su parte inferior, dejando sobresalir un fino cable que quedaba conectado a la pared. El otro, por debajo del mueble de la habitación principal, detrás del cual había otro enchufe oculto.

Había realizado, a pesar de los años, un trabajo impoluto, asegurándose de no dejar ningún tipo de huella ni señal que pudiera delatarlo. Volvió a salir tal y como había llegado, en silencio, cruzándose en el portal con un quinceañero más preocupado por la

vida en las redes sociales del móvil que por los humanos reales que lo rodeaban. Sentía que se había ganado una buena cena y una ducha refrescante. La búsqueda de su verdadero objetivo podía esperar al día siguiente.

58

Valencia, 30 de agosto de 2019

Cuando Leyna llegó a casa hacia las 20:30, directa del aeropuerto, su padre se encontraba preparando la cena. La cara de preocupación de Pablo era notable. Temía lo que pudiera haber descubierto.

—Buenas noches, papá —gritó desde la puerta.

—Hola, cariño, ¿cómo ha ido el viaje? Imagino que estarás agotada —respondió simulando una calma que no tenía.

—Tenemos que hablar. —Las tres palabras sonaron como una pesadilla para su padre, que había estado esperando ese momento. Su hija, además de inteligente, era muy terca, y sabía desde hacía mucho tiempo que no cesaría en su intento de conocer la verdad.

—Por supuesto, termino lo que estoy haciendo y hablamos mientras cenamos, creo que será lo mejor.

Mientras Pablo empezaba a dar buena cuenta de la ensalada, el plato de ella permanecía intacto. Su padre le preguntaba cosas banales sobre Berlín, con la infructuosa idea de distraer la situación.

—Papá, ahora más que nunca estoy convencida de que me ocultas algo importante sobre mamá. Estuve hablando con Irenka y, por favor, no me digas que no la recuerdas, porque me consta que fuisteis buenos amigos. Sé quién es mi padre, pero lo que más me duele es que tú te negaras a decírmelo permitiéndome viajar hasta allí.

—Te juro por la memoria de tu madre que yo nunca he sabido quién era tu padre biológico, pero sí te recuerdo que sé quién es el que se ha desvivido por ti desde antes de que tú nacieras, y ese soy yo. —Por primera vez en su vida, Pablo se mostraba enfadado con su hija. Sus palabras le habían herido y, aunque sabía que en unos minutos volvería a ser el de siempre, no pudo evitar mostrar su ira—. ¿Y quién se supone que es ese impresentable? ¿Sigue en Alemania o se fue a Polonia?

—Murió hace muchos años —respondió Leyna—. Siento haber dudado de ti, papá, pero sigue habiendo cosas que no me encajan.

—¿Vas a decirme de quién se trata o no?

—Intentaba decirte —contestó su hija— que murió hace muchos años en un accidente aéreo. Supongo que tú sí debiste conocerlo, puesto que era una persona muy reputada en el mundo empresarial y, sobre todo, porque mamá trabajó para él.

—¿Alfred Meinl? —exclamó sin contener su sorpresa—. ¿El despreciable que tanto daño le hizo a tu madre es tu padre?

—¿Sabías que tuvieron un romance? —le interrogó Leyna.

—En absoluto.

—¿Y por qué has dicho que le hizo mucho daño a mamá?

—Porque como jefe era un déspota. —Se mostraba inseguro y su hija lo conocía muy bien.

—Papá, como ya te he dicho antes, hay cosas que no cuadran. No es posible, por mucho maltrato laboral que hubiera tenido, que quisiera abandonar su país, todo su pasado e incluso su identidad, alejando a una niña de su padre y arrebatándole el derecho a conocerlo. Tiene que haber algo más y debe de ser muy importante. Te suplico que, si lo sabes, o por lo menos lo intuyes, me lo cuentes, sabes que lo necesito. —El dolor de su cara fracturó la barrera de su padre.

—¡Alfred la violó! —sentenció, liberando un peso que le estaba afligiendo desde el momento en que vio entrar a Leyna por la puerta —. Se sentía tan sucia y tan desgraciada que, sumado al cúmulo de tragedias que había sufrido a lo largo de su vida, eso hizo que buscara un nuevo comienzo en otro lugar. Necesitaba renacer para darte la máxima felicidad y, a su vez, alejarte de ese monstruo en el que se había convertido Alfred. Debía enterrar para siempre su anterior vida y así lo hizo. Nunca te lo había contado porque le juré a tu madre que nunca lo haría, y como tu felicidad estaba en juego, acepté. Ahora entiendo por qué no quiso denunciarlo. Debió de sentir vértigo y miedo ante la posibilidad de levantar una polvareda en torno a la figura del magnate y que eso hiciera saltar a la luz todo lo que ahora sabemos. Ahora más que nunca sé que lo único que buscaba era protegerte. Sacrificó su felicidad por lo que más quería en este mundo y por lo que habría dado su vida, tú.

Leyna quedó muda. Durante unos minutos fue incapaz de articular palabra, ni siquiera podía llorar. Por fin todo encajaba, pero ahora que tenía todas las piezas encima de la mesa, ensambladas unas con otras,

se sentía desdichada. Su padre le había ocultado toda su vida aquella información, aunque lo entendía y eso frustraba la opción de enfurecerse. Por otra parte, su propio padre biológico, al que tanto tiempo había deseado conocer, era un monstruo en el sentido más amplio de la palabra y notaba como parte de ese ser corría por sus venas. En dos días su vida emocional había dado un vuelco. Requeriría de tiempo para asimilar toda la información. Con las mejillas empapadas de lágrimas, salió de casa. Necesitaba andar, perderse por la ciudad y meditar a solas, aunque, de manera extraña, en quien pensaba mientras bajaba las escaleras era en Eduard.

59

Barcelona, 31 de agosto de 2019

Hacía al menos tres meses que el comisario Carles Rives no visitaba su ciudad natal, y la única manera de calmar la sensación de nostalgia de pasear por sus calles era sencilla y llanamente llevarlo a cabo. Deambulando por Las Ramblas, meditaba todo lo que quería hacer ese fin de semana. Su familia se hallaba dispersa por toda la geografía y, tras la muerte de sus padres con dos años de diferencia hacía casi una década, en Barcelona apenas le quedaban dos primos carnales. Aun así, esa era su ciudad y seguía manteniendo buenos amigos. La masificación de aquella vía neurálgica del turismo le llevó a adelantar su ya tradicional momento de introspección en su cafetería favorita del Barrio Gótico.

En un momento de reflexión sobre su vida pasada, y más específicamente sobre determinadas escenas de cama con la Dra. Sofía Martín, una voz grave lo sacó de su trance.

—*Bon dia*, ¿lo de siempre, señor Carles?

—Sí, perfecto, muchas gracias, Antonio.

—Tenemos un periódico libre, ¿lo quiere?

—Se lo agradecería, así equilibro el dulzor del azúcar con la amargura de las noticias del día.

—¡Enseguida se lo traigo todo, caballero!

Siempre empezaba leyendo el periódico por la última hoja, un ritual inconsciente que se había tornado en manía. Mientras ojeaba un artículo que carecía de importancia y observaba de reojo la fotografía de la mujer de la parte inferior, le fue imposible abstraerse de la conversación soez que tres jóvenes chicas de la mesa de al lado mantenían sin remilgo alguno.

—¿Te puedes creer, tía, que incluso nos quiso invitar...?

—Pues te digo una cosa, no estaba nada mal para su edad.

—¿De verdad te lo tirarías, Mónica?

—No seas imbécil, yo no he dicho eso, pero tampoco pasaría nada.

—Chicas, controlaos que no estamos solas, no hace falta gritar.

—Pues yo insisto en que se le puede hacer un favor a un madurito atractivo con esos pectorales y esos brazos.

—¿A pesar de la cicatriz en la cara?

—Pues fíjate, tía, a mí, más que la cicatriz, lo que menos me gustó fue el tatuaje de colores que llevaba el tío en la muñeca.

—¡Es verdad! ¿Qué era?, ¿una bandera o algo así?

—¿O algo así? Pero, Laura, ¿a ti qué te han enseñado en el colegio? Era el mapa de Alemania a todo color.

Se disponía a abrir la sección de deportes cuando la fusión inconsciente de tres palabras le llevó a la parálisis: *tatuaje*, *bandera* y *Alemania*. La conversación fue encaminada por la chica más prudente hacia otros temas que quizá pensó estaban más acordes con una cafetería en la que había más clientes. Tras sobreponerse, el comisario decidió inmiscuirse en la charla. Fuera de horas de trabajo no era algo que le gustara hacer, pero técnicamente aquella conversación se había convertido en un tema laboral.

—Buenos días, chicas, disculpad que me entrometa. No he podido evitar oír algo de vuestra conversación, no porque me guste escuchar, sino porque era difícil no hacerlo. Veréis, quisiera haceros unas preg...

—¡Joder, otro pesado que nos acosa! —interrumpió Laura.

—No, no, perdonad, no es lo que pensáis.

—¿Qué pasa?, ¿que no estamos lo suficientemente bien para que te fijes en nosotras? —añadió Mónica, la más descarada, con los labios como si quisiera sostener entre ellos un grano de arroz.

—No, no va por ahí —insistió Carles algo más enojado.

—Por favor, dejadle hablar —sugirió la más prudente—, que parece que quiere decirnos algo en serio.

—¡Por fin un poco de cordura en todo esto! Escuchadme, por favor, y esto es importante. Habéis hablado de un tipo con un tatuaje que visteis el otro día, ¿podéis decirme algo más? ¿Cuándo fue o dónde?

Mónica, algo decepcionada porque la diversión parecía haber llegado a su fin, le comentó que ella y Laura lo habían visto el día anterior, en esa misma cafetería en la que se encontraban. Al parecer, él las estuvo mirando un rato y al final se acercó a ellas, según dijo, con la intención de invitarlas a lo que estaban tomando, algo que ellas rehusaron. El hombre se molestó, pero en cuanto vino el camarero

pareció calmarse, pidió disculpas y se largó.

—Me interesa lo del tatuaje, ¿cómo era exactamente?

—¡Ey, un momento! Pero ¿quién se cree que es usted? —De forma sorprendente, la que ahora quería poner fin de manera súbita al enriquecedor intercambio de opiniones era la más modosita.

—¡Cuánto daño está haciendo la televisión a las personas de bien como yo! —respondió el comisario—. Tenéis razón, disculpad —les indicó mientras sacaba su placa de comisario de la Policía Nacional y se presentaba en sociedad—. Os aseguro que no quiero molestaros, pero si no me decís algo ahora, os tendré que citar en la comisaría para declarar, y eso seguro que os resultará más molesto.

Como obrado por un milagro, la cordura y la educación volvieron a aquellas tres postadolescentes.

«¿Habrá sido mi mirada penetrante, o quizá ha influido algo la chapita que se ha deslizado por mi mano?».

—Está bien, perdone, agente —se disculpó Mónica.

—Comisario Rives, si no te importa, aunque no pasa nada, estoy acostumbrado.

—¡Mis disculpas! Pues verá, comisario, es cierto que llevaba un tatuaje muy garrulo en la cara anterior de la muñeca, creo que izquierda.

—Sí, la izquierda, y tenía la forma del mapa de Alemania —aseveró Laura.

—Y con los colores de su bandera. Aunque debía de tener unos cuantos años, porque estaba un poco desgastado.

—Solo una pregunta más, ¿hablaba español? ¿Qué acento tenía?

—Sí —contestaron las dos a la vez.

—Sí, ¿qué?

—Que sí que hablaba español —dijo Mónica con el mismo tono chulesco que al principio—. Hablaba muy bien, aunque era muy divertido porque, a pesar de tener un acento como alemán, hablaba español con algún toque mexicano.

—¿Podéis describirme algo más de esa persona? No sé, la cicatriz, cómo llevaba el pelo, su color, talla...

—A mí me pareció muy guapo —insistió Mónica—. Debía de tener cincuenta y pocos, unos bonitos ojos verdes, o azules, ¡yo qué sé! Pelo rubio cortito y con muchas entradas. La cicatriz la tenía en la mejilla derecha y le llegaba desde la sien hasta prácticamente la boca.

—¡Era asqueroso! —puntualizó Laura.

—Pues, para mí, le daba un morbo de chico malo.

—Estás tarada.

—¡Por el amor de Dios, relajaos las tres! ¿Tenéis algún dato más que pueda ayudarme? ¿Os dijo dónde vivía o hacia dónde iba? ¿Os sugirió quedar en algún sitio?

—No a todo —afirmaron.

—Mirad, no os molesto más. Os doy mi tarjeta por si recordáis algo más y necesito vuestros datos por si se me ocurre alguna otra pregunta. Habéis sido muy amables.

Tras dar por finalizada la agotadora conversación con lo que parecían mentalmente tres adolescentes, se dirigió al camarero. Le mostró sus credenciales y se apartaron al almacén interior para seguir hablando. Hasta entonces solo había sido un cliente más.

—El día anterior, ese individuo pareció molestar a dos de las chicas que hoy se encuentran allí, por lo que me acerqué a suavizar la situación. Antes de invitarle a salir del local creí reconocer su cara, y así se lo hice saber. Sin duda estaba algo más envejecido, con algún kilo de más y una cicatriz en la mejilla que, de haberla tenido antes, seguramente me habría acordado. Aun así, aquel tipo me sonaba y yo soy un buen fisonomista, parte de mis ganancias dependen de ello. Negó haber estado aquí nunca, a pesar de que yo estaba seguro de lo contrario. ¡Pero si incluso tomó lo mismo que las otras veces!

—¿Y puedo saber de qué se trataba?

—Muy sencillo, dos cafés largos cargados y un suso por cada café.

—¿De cuánto tiempo hablamos cuando se refiere a las otras veces?

—Eso ya me resulta más complicado, yo controlo caras y lo que toman esas caras, pero para mí el tiempo no pasa, así que poco puedo ayudarle al respecto.

—En absoluto, me está ayudando, y mucho. Si yo le dijera si pudo ser en el verano de 2002 cuando estuvo aquí, ¿qué me diría?

—Hombre, como poder ser, sí podría ser... aunque a ciencia cierta no se lo puedo asegurar.

—Como buen fisonomista, ¿se fijó en algo que pudiera servir para reconocerlo?

—El tipo de ahora llevaba una cicatriz que antes no tenía, pero sí que me acuerdo de un tatuaje un tanto ridículo en un brazo, mejor dicho, en una muñeca. Era muy alto, en torno a un metro noventa más o menos, y muy fuerte, por lo menos el de aquellos años, aunque el tipo de ayer se sigue conservando muy bien. Creo recordar que era rubio, aunque siempre llevaba el pelo a lo militar y unos ojos azules, pero de un tono muy apagado. Ahora que pienso, si le vi el tatuaje es

que iría en mangas de camisa, por lo que debía de hacer calor. Sí, eso es, ahora caigo, hacía mucho calor, era verano.

—¿Me toma el pelo usted? —comentó sorprendido Carles.

—¿Por qué me dice eso, agente?

—Comisa... Bueno, da igual. Lo decía porque me ha sorprendido gratamente la capacidad de memoria que tiene.

—Solo es cuestión de entrenamiento, ya le he dicho que el pan de mi familia depende de esto y los pequeños detalles marcan la diferencia.

—Una última pregunta, que sé que está muy atareado. ¿Cómo hablaba el individuo de 2002? Quiero decir, ¿hablaba bien español?, ¿qué acento tenía...?

—No hablaba mucho con él, era muy reservado, pero con las cuatro frases que cruzamos me pareció que hablaba correctamente, aunque con acento alemán.

—¿Y usaba palabras de un español, digamos de México?

—Ahí me ha pillado usted, no estoy seguro, pero a pesar de todo me atrevería a responder que no, porque sería un detalle curioso a recordar, un tipo con acento alemán hablando español con un deje mexicano, déjeme pensar... No, definitivamente no, me acordaría.

—No le molesto más, Antonio, ha sido usted muy amable. Aunque seguro que volveremos a vernos, le dejo una tarjeta por si se acuerda de algún detalle más. Que tenga un buen día.

—¡A más ver, señor Carles!

Mientras se marchaba de la cafetería invitado por la casa, trataba de hacer una recopilación mental de toda la información recibida. Creía estar seguro de que el tipo que hacía diecisiete años se le había escapado volvía a estar allí y, muy probablemente, todavía en la ciudad. Debía acudir a la central de la Policía Nacional en Barcelona, que se ubicaba en Vía Layetana, para poner en marcha toda la maquinaria. Aquel individuo había sido desde entonces su gran espina clavada, pero al borde de su jubilación se le presentaba una segunda oportunidad y esta vez no la dejaría escapar.

60

Barcelona, 1 de septiembre de 2019

—Sofía, necesito hablar con vosotros esta misma tarde.

Carles les llamó con la mayor premura posible para que estuvieran atentos ante la posible reaparición de su pesadilla, el alemán tatuado.

—A veces tengo la sensación de que eres bipolar. ¿A qué viene tanta prisa?

—Tú dime dónde quedamos y luego os cuento.

—Está bien, hemos comido fuera y estamos paseando por el entorno de la Sagrada Familia, así que podemos tomar un café por la zona cuando tú quieras.

Tres cuartos de hora más tarde, los tres conversaban en torno a una mesa, dos cafés con hielo y otro con leche condensada para el comisario.

—¿Y bien? ¿Qué es eso tan urgente que tenías que contarnos? —comenzó Sofía.

—Es posible que no sea nada importante. De hecho, ni siquiera puedo asegurarlo con certeza.

—Ahora ya está todo más claro —se burló el profesor.

—No seas obtuso, Oriol. Quería avisaros de que es muy probable que nuestro querido y recordado alemán del tatuaje se encuentre en Barcelona. Desconozco el motivo. Es posible que no tenga ninguna relación con lo que os pasó hace diecisiete años. Solo quería advertiros para que estéis atentos y, aunque dudo que se arriesgue acercándose a vosotros, ante cualquier duda, me lo comunicáis.

—¿Y ya está? ¿No nos vas a contar de dónde has sacado esas sospechas? —preguntó la doctora.

—Digamos que ha llegado a mis manos cierta información, tras una ardua y desgastadora investigación. Ayer fui a una cafetería del Barrio Gótico a la que suelo acudir cuando vengo a la ciudad. Allí la

conversación de unas postadolescentes me llamó la atención. Hablaban de un individuo que coincidía plenamente con sus características, salvo que, por lo visto, ahora hay que añadirle una fea cicatriz en la cara. ¡Vamos, que he tenido un golpe de suerte! He movilizado a los Mossos d'Esquadra y a la Policía Nacional para que distribuyan su retrato robot. Hemos contado, además, con la ayuda inestimable de otro testigo, con una memoria prodigiosa, para que pueda llevarse a cabo.

—¿Y dices que no debemos preocuparnos? —cuestionó el profesor.

—Solo digo que no creo que se arriesgue y que tampoco podemos asegurar que esté buscando algo de vosotros. ¿Habéis notado que os falte algo o la sensación de que alguien os siga?

—Por mi parte, no —respondieron al unísono.

—Entonces no hay más que añadir al respecto. Y, cambiando de tema, ¿cómo le va a Edu?

—Para mí esto supone revivir una pesadilla, la muerte de mi hijo y mi nuera. No pretendo que este individuo vuelva a formar parte de nuestras vidas. Estaré atento, sí, pero me niego rotundamente a volver a hablar de él.

—Estoy de acuerdo —añadió Sofía—, para mí tampoco fue fácil.

61

Valencia, 3 de septiembre 2019

—¿Que ese impresentable violó a tu madre? —Eduard se mostraba furioso y sorprendido.

—Sí, así es, pero no lo grites a los cuatro vientos, te lo ruego. En estos días he podido madurar la idea y ahora puedo decir que me siento mejor, pero fue muy duro aceptar la noticia.

—Podías haberme llamado antes, sabes que mi teléfono está disponible para ti las veinticuatro horas del día.

—Lo sé, claro que lo sé. Hay cosas que necesitaba meditar sola y, cuando me he sentido preparada, te he llamado, como puedes ver.

—Se me está ocurriendo una idea que nos puede venir bien a los dos —sugirió Eduard—. Hay un lugar mágico a cinco horas de aquí donde puedes arrojar todas tus preocupaciones y volver libre de problemas. De hecho, yo suelo ir cuando me siento así.

—Creo que has visto demasiadas películas de ficción, aunque has despertado mi curiosidad. ¿De qué lugar místico estamos hablando?

—La Laguna Negra. El lugar preferido de mi padre y diría que también el mío. Está muy cerca de mi casa en Soria. Hace pocos días estuve allí con mi familia, pero, como estoy sin trabajo, tenía pensado volver. Así que, si te interesa, estaré encantado de que me acompañes.

—Me gustaría, de verdad, pero tengo la lectura de mi tesis dentro de muy poco y...

—¡Tu tesis la tienes acabada desde hace mucho tiempo! Diría que casi desde que te conozco. Además, y te lo digo por experiencia, para hacer la mejor exposición, necesitas la mejor versión de ti misma. Piensa que vas a invertir un fin de semana en tu trabajo, solo que en esta ocasión la búsqueda que vas a realizar es en tu propio interior.

—¿Sabes que cuando te pones místico estás muy interesante? No entiendo cómo todavía no has encontrado a nadie que te merezca.

—Bu-bueno, quizá es que esa per-persona... —Hacía mucho tiempo que no había vuelto a tartamudear ni a ruborizarse.

—¡Está bien! ¿Cuándo nos vamos? —exclamó Leyna con ímpetu.

62

Soria, 5 de septiembre de 2019

Llegaron a tiempo para comer en el jardín de la casa. Lo primero que hizo Edu fue desconectar su móvil, como de costumbre, aunque siempre lo llevaba consigo. La tarde la dedicaría a mostrarle a Leyna la riqueza cultural de la capital y dejaría para la mañana siguiente el objeto de deseo que le había prometido, la Laguna Negra.

Eduard no era capaz de entender el doble lenguaje de su ángel. Tan pronto se mostraba seductora como marcaba la distancia con una diplomacia exquisita. No estaba seguro de poder continuar con ese tipo de relación. Quería más, pero no podía ni debía forzar la situación, y menos ahora que la vida de su ángel de ojos verdes nadaba por aguas turbulentas.

En ese instante, Leyna se encontraba en el jardín. Durante un segundo sintió una tenue vibración en los pies y la lámpara del salón moverse en un sutil vaivén.

«Creo que yo también necesito un descanso».

Había tomado la determinación de no pensar, al menos durante esos días. Disfrutaría de su compañía sin ningún otro planteamiento.

—¿Y cuál es programa de mañana, señor guía? —Hacía más de una hora que habían cenado y se encontraban sentados en el sofá, hablando de cosas banales.

—Veamos, señorita, usted ha contratado una excursión a un encantador rincón en plena naturaleza, con pícnic incluido.

—Suena bien, solo espero no tener que madrugar mucho. Hace días que no descanso y una cura de sueño me vendrá bien.

—Entonces ha llegado el momento de irse a dormir. Prefiero llegar pronto para disfrutar del lugar con la menor compañía posible.

—¿Tratas de decirme que no vaya? —replicó Leyna con una de sus sensuales sonrisas.

—Trato de decir que, si llegamos tarde, lo único que veremos serán decenas de padres corriendo detrás de sus hijos.

—Está bien, perdona, Edu, será como tú dices. Me voy a mi habitación. Que descanses.

«Lo siento... No sé qué me ha pasado. Tú no tienes la culpa. Qué más da, si ya no estás».

A las ocho de la mañana llegaban al *parking* del parque natural. Leyna se había levantado pronto para preparar el desayuno, café con leche para un ejército, que acompañaría con una porción de costrada, un postre típico de la zona. Su actitud conciliadora permitió relajarse a Edu, que apenas había cerrado los ojos en toda la noche.

—Y bien, capitán, ¿por dónde vamos ahora?

—¿Me has llamado capitán? —Por fin sonrió—. Descartando el autobús, tenemos dos opciones para llegar caminando hasta el lago. Una más urbana, la carretera, y otra entre el bosque y siguiendo la orilla de un riachuelo que viene desde arriba.

—Me lo has puesto difícil, pero creo que elijo dejarme llevar entre los árboles.

El sendero no decepcionó a Leyna, que desde los primeros pasos sentía cómo sus problemas quedaban a un lado, tal y como se lo había prometido Edu. Al final del camino, un corto trecho llevaba hasta un tramo con escalones. Después, apareciendo de entre la nada y al abrigo de una formación rocosa con abundante vegetación de hayas y pinos, un fastuoso regalo de la naturaleza: la Laguna Negra.

Los dos prefirieron permanecer en silencio los primeros minutos.

—¿Te cuento un secreto, capitán?

—Soy todo oídos.

—Ha merecido la pena. Acabo de lanzar todas mis preocupaciones al fondo, como me aseguraste, y me siento más libre. ¿Cabrán los problemas de todo el mundo?

—¡Espero que sí! Dice la leyenda que no tiene fondo, así que es receptiva a todo el que llegue.

—¡Me gusta la idea de la leyenda!

—Ahora, mientras bordeamos la laguna, vamos hacia una cascada que está un poco más arriba. —Edu volvió a sentir una leve vibración sobre sus pies—. ¿Lo has notado?, ¿has sentido cómo se movía el

suelo? Ayer pasó lo mismo en la casa.

—Sí, ya lo creo que sí. Ha sido muy suave, pero lo he notado. Pensaba que lo había imaginado. ¿Y dices que ayer sentiste lo mismo?

Daba la sensación de que algunas rocas se habían desprendido de la montaña, y prefirieron no seguir hasta no estar seguros.

—Venga, perezosa, que ya la tenemos delante. —Leyna iba rezagada, unos metros por detrás, sin dejar de mirar todo el entorno.

—Es preciosa; la verdad es que aquí todo es precioso. Edu, quizá no es el momento, pero me gustaría saber qué te pasó anoche, por qué me respondiste así antes de que me fuera a dormir... ¿Me estás escuchando?

Eduard se había quedado absorto mirando el suelo. Se agachó para recoger algo y permaneció inmóvil hasta que la voz de su amiga lo sacó de su letargo.

—¿Te encuentras bien?

—No soy capaz de decirte cómo me encuentro.

—No te entiendo, Edu, ¿quieres que llame a alguien?

—No, todo lo contrario —reaccionó—. Déjame unos segundos para pensar... Hazme un favor, espérame aquí unos minutos y avísame si viene alguien. Por favor, hazme caso, enseguida te lo explico.

—Como tú quieras, aquí te espero, pero ya puede ser muy importante para que te perdone. —Cuando quiso sonreír, Edu ya estaba subiendo por la pared lateral de la cascada.

Volvió radiante, incluso podía asegurar que emocionado, con dificultad para verbalizar una sola palabra.

—¿Y bien? —preguntó Leyna.

—No sé por dónde empezar. ¿Te acuerdas de la joya familiar que viste en mi casa?

—Como para no acordarme.

—Confío en ti para lo que voy a decirte. ¿Ves estas piedras? —preguntó mientras extendía la palma de su mano, mostrando dos minúsculos minerales con el mismo brillo y color que el que guardaba en su casa.

—Sí, ¿de verdad crees que es del mismo material que la vuestra?

—No solo lo creo, sino que además estoy seguro de que no han llegado hasta aquí desde otro lugar. Acabo de ver que allí arriba se ha formado una grieta que antes no existía, y te aseguro que conozco la zona. Se ha debido de producir con los movimientos de tierra que hemos notado. Está muy escondida y parece que se puede acceder a través de ella al interior de la montaña. ¡Ahí dentro hay algo!

—Empiezas a preocuparme, ¿a dónde quieres ir a parar?

—Con la linterna del móvil me ha parecido ver algo verde que relucía en su interior. Si logro retirar unas rocas, podré introducirme.

—¿Te has vuelto loco, Edu?

—Leyna, escúchame, creo que he encontrado el lugar exacto del origen de mi familia.

De regreso a casa, no se mostraba conforme con la decisión de Edu. Pretendía volver al amanecer con el equipo de espeleología que guardaba en Soria. Aunque allí hubiera algo, no debía entrar solo, pero a esas alturas era imposible convencerlo.

—*Avi*, ¿cómo estáis?

—Hola, cariño, en estos momentos descansando en casa. Te noto raro, ¿pasa algo?

—Nada malo, no te preocupes. He estado esta mañana con Leyna en la Laguna Negra. Hacía un día precioso...

—Cariño, los dos sabemos que no me has llamado para hablarme del tiempo, ¿qué ocurre?

—¿Estás sentado?

—En el sofá, solo. Hazme el favor de explicarte ya.

—*Avi*, junto a la cascada de la laguna he localizado unas piedras idénticas a nuestra joya y un posible acceso al interior de la montaña. Te lo diré de otro modo, creo que he encontrado la ubicación de Elémipe, la tierra de nuestros ancestros.

—Pero ¿qué tonterías dices? ¿Cómo va a estar en la Laguna Negra el origen de nuestra joya? No encaja con la descripción.

—No te lo estaría contando si no estuviera convencido de que allí hay algo. Mañana al amanecer intentaré acceder.

—¿Que mañana al amanecer vas a meterte solo por una gruta? Te lo prohíbo.

—*Avi*, no intentes convencerme de lo contrario, sabes lo tozudo que puedo llegar a ser. Ni se te ocurra venir, en cuanto sepa algo, te llamo. Además, Leyna me acompañará.

—Prométeme que tendrás cuidado, cielo. Nada es más importante que tu vida.

—Te prometo que, si veo el mínimo peligro, lo dejaré estar. ¡Ah!, y te aviso de que voy a apagar el móvil hasta que vuelva a tener noticias. Necesitamos desconectar.

—¡Muy interesante! Esta vez la suerte me sonríe. —Stephan, que no había dejado de escuchar las conversaciones captadas por los micrófonos instalados, se mostraba pletórico.

63

Barcelona, 6 de septiembre de 2019

—Buenas tardes, Stephan, espero que me llames para algo interesante. —Vernier se mostró sorprendido ante la premura de la llamada; tan solo habían pasado nueve días desde que le había contratado—. Sí... por supuesto. Ahora mismo aviso para que preparen el avión y esta noche dormiré allí. Cuando mi secretaria tenga la reserva de mi hotel, te llamo. Quedaremos mañana de madrugada a una hora y en algún punto que te indicaré; prefiero que no me vean contigo... Por el coche no te preocupes, ya se encargarán de todo.

Oriol no podía evitar sentirse preocupado. Edu siempre se había mostrado prudente, pero también testarudo cuando algo le interesaba de verdad. Sofía había quedado con una amiga y él ya no se sentía con ganas de continuar su siesta, así que decidió perderse por la ciudad. Saliendo del portal, se topó con una de las vecinas más pintorescas de cuantas habían habitado en la finca.

—Señora Dolors, cuántos días sin verla, ¿cómo se encuentra?

—Buenos días, señor Oriol. La verdad es que me encuentro muy bien. Debe de ser que el intenso calor del mes pasado ha menguado. A mí es que el calor me fatiga mucho, y ya sabe que con mi edad debemos cuidarnos. Claro que usted tampoco está para tirar flores, que los años pasan para todos. Si mi marido, que en paz descanse, estuviera aquí, le diría lo mismo...

—Tendrá que perdonarme, señora Dolors, me están esperando, así que tengo un poco de prisa.

—Por cierto —insistió la anciana—, ¿le llegó bien el paquete? Lo digo porque ahora uno no se puede fiar de nadie. No es por desmerecer a otras empresas, pero la compañía de transportes que

fundó mi marido...

—Sí, que en paz descanse —volvió a interrumpir el profesor—. ¿A qué paquete se refiere?

—¡No me diga que al final no se lo trajeron! Mire que desde el principio me dio mala espina aquel grandullón, y no es que desconfíe de los extranjeros, pero ese corte en la cara que tenía no podía venir de nada bueno...

—¡Por el amor de Dios, señora Dolors! ¿Quiere hacer el favor de explicarse de una vez?

—Qué genio muestra usted hoy. Nunca le había visto así.

—Le pido disculpas, es que estoy teniendo un día con demasiadas emociones. —«Y solo me faltaba encontrarme con usted», pensó.

—Está bien, no crea que me ofendo con facilidad. Lo que trataba de decirle es que hace una semana me encontré justo aquí, en el portal, a un individuo que traía un paquete para usted y, al parecer, también para su nieto.

—Qué extraño, nadie ha traído nada. Y tampoco han dejado ninguna nota. ¿Ha dicho que era extranjero y con un corte en la cara?

—Por el acento, eso me pareció, aunque no le podría asegurar de dónde. Lo que sí es cierto es que era muy alto, mucho más que usted, y la cicatriz le recorría toda la cara. Vamos, que se veía desde lejos.

—Si le digo que ese acento era similar al alemán o que llevaba un tatuaje en el antebrazo, ¿qué me dice usted? —preguntó Oriol.

—Le diría que es posible, pero, como ya le he dicho antes, no se lo puedo asegurar. Del tatuaje, no me fijé. Además, ahora que recuerdo iba en manga larga, algo curioso para esta época. Es que desde hace tiempo no oigo bien de los dos oídos, el derecho peor...

—Disculpe, le aseguro que me tengo que ir. Que tenga una buena tarde.

—Este hombre, ¡cómo está hoy!

«Ahora sí necesito ese paseo más que nunca. Tengo que avisar a Sofía y llamar a Carles. La historia se repite y, lo que es peor, sin saber por qué».

Oriol y la doctora pasaron la tarde dando vueltas por la ciudad, tratando de dar respuesta a no sabían qué preguntas. Carles les había dicho que estuvieran atentos y ante la mínima duda llamasen a la policía o, directamente, a él mismo. Volvió a insistir en si les faltaba algo de la casa y de nuevo lo negaron. Se sentían perdidos.

Por la noche, el profesor, por recomendación directa de su médica, se tomó medio comprimido de Lorazepam. Ella, que odiaba los ansiolíticos, se conformó con un vaso de leche caliente.

A las tres y media de la madrugada, Sofía se levantó desvelada. La vuelta de ese malnacido le removió un pasado que creía enterrado. Se preparó una infusión y se sentó en el sofá con la intención de recuperar el sueño viendo algún programa absurdo de la televisión. Con el primer sorbo, se dio cuenta de que había calentado demasiado el agua; lo escupió y derramó el resto por el suelo.

«Ya solo me faltaba esto»

Al apartar el sofá para limpiar el *parquet*, vio algo que no le dejó indiferente. Por la parte de abajo, justo en medio, sobresalía un cable que se conectaba a un enchufe de la pared trasera. Empujando un poco más hacia afuera, introdujo los dedos por debajo de la tela y extrajo un objeto que no pudo definir.

«Si fuera por las películas, aseguraría que esto es un micrófono».

—Oriol, cariño, tendrás que perdonarme, pero necesito que me ayudes. —Tenía que contárselo lo antes posible y remover la casa entre los dos.

Diez minutos después, encontraban, detrás del armario de la habitación, un segundo objeto idéntico al primero.

—Este cabrón ha estado aquí —exclamó Oriol—. Necesito pensar... Veamos, ¿qué puede haber aquí de valor para que tantos años después haya vuelto? No es casualidad, debe de buscar lo mismo, pero ¿qué?

Un torrente de ideas llegaba a su cabeza. Debía respirar hondo y calmarse.

«Hay algo, tiene que haber algo...».

Su gesto quedó paralizado cuando su cerebro logró juntar varias piezas del incomprensible rompecabezas.

«Lo único que a ojos de los demás puede tener un valor incalculable es la joya familiar, un objeto material que después de tantos años sigue en manos de los Rosselló».

El bombardeo era incesante.

«Un tipo alemán, alguien de Alemania... El de Cardona, aquel pesado de la conferencia que di hace más de veinte años también lo era. Nunca más he vuelto a hablar de ningún extraño mineral en ninguna otra conferencia, pero ¿qué relación puede guardar con todo aquello?».

Infinidad de imágenes llegaban a su mente...

«Un momento..., necesito el ordenador».

Mientras tanto, Sofía seguía moviendo todos los muebles. Debía llamar a Carles, pero esperaría a la mañana siguiente.

—No puede ser, ¿cómo no se me había ocurrido antes? Yo, que siempre me las había dado de listo, ¡no soy más que un inútil!

—¿Qué ocurre? —preguntó la doctora preocupada.

—¿Que qué ocurre? ¿Ves esta cara en el ordenador? Es Alfred Meinl, el expresidente de FANTEN, que creó Geodrom, una máquina innovadora en su tiempo con la que hice un descubrimiento importante para mí y mi familia.

—¿De qué estás hablando, Oriol?

—Dame unos minutos y te prometo que te lo explicaré todo. Ha llegado el momento de contarte algo. Este Alfred es el mismo que acudió a una conferencia que di hace muchos años y en la que, por error, hablé más de la cuenta. No pensé que a nadie le pudiera interesar lo que decía, me relajé y veo que me equivoqué. Casualidad o no, poco después fui invitado a trabajar en un proyecto que rechacé y que permitió crear el mismo Geodrom que te he comentado, una máquina preparada para el estudio de minerales. Nunca supimos quién la regaló a la universidad, pero allí apareció. Incluso le crearon una sala especial. Ahora veo que detrás de todo esto siempre ha estado la misma persona. Aunque, por lo visto, falleció el mismo año que mi hijo. Entonces, ¿quién está detrás de todo esto? ¿Quién es ese alemán del tatuaje? Me voy a volver loco.

—¿Vas a contarme ahora eso tan misterioso? —replicó Sofía en un tono calmado.

—Por supuesto. Eres parte de nosotros y debes saberlo... En nuestra familia guardamos una joya similar a la esmeralda...

Quince minutos después, terminaba de narrarle a grandes rasgos aquello que siempre le había ocultado.

—Solo espero que no te enfades conmigo. Ya te he explicado por qué somos tan recelosos con esta información... Un momento, ¡Edu está en peligro!

—¿Edu en peligro? ¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

—Ayer me dijo que estaba seguro de haber encontrado el lugar exacto donde se ubicaba aquella civilización, el origen de nuestra joya. Es posible que sea exactamente eso lo que ese alemán esté buscando. Eso es, Alfred no está, pero él sí sabía de su existencia; a fin de cuentas, ya lo buscó una vez. Debía de ser alguien pagado por el empresario y ahora ha vuelto para hacerse rico.

—¿Pero Edu no estaba en Soria?

—Exacto, y es allí, en la Laguna Negra que tanto adoraba su padre, donde afirma que ha encontrado unas piedras idénticas a la nuestra. Estoy seguro de que se equivoca, pero dentro de unas horas va a intentar meterse en una gruta que ha localizado y que, según él, podría ser el origen de todo. Y lo que es peor, ese individuo ha debido de oír toda la conversación que he tenido con mi nieto... Hay que llamar ahora mismo a Carles y a Edu, no me permitiría que nada le pasara.

—Vamos a Soria ahora mismo, conduzco yo —aseveró Sofía.

—No, ya estamos mayores y tampoco quiero que nos pase nada a nosotros. Además, se lo he prometido a mi nieto. ¡Por favor, Edu, ya sé que lo ibas a apagar, pero cógele el teléfono a tu abuelo!... —«Si al menos tuviera el número de su amiga...».

—Carles, soy Sofía. Perdona que te llame a estas horas, pero es algo muy importante...

64

Laguna Negra, Soria, 7 de septiembre de 2019

A las 6:05, Edu aparcaba el coche en el *parking* habilitado a dos kilómetros de la propia laguna. Como era de esperar, se encontraban solos, a excepción de otro vehículo que debía de pertenecer al encargado del acceso o a algún despistado. Esta vez subirían andando por la carretera con la ayuda de unas linternas y cargando con el material.

Treinta minutos después, dejaban las mochilas a las faldas de la cascada. Habían marcado un plan de actuación y ambos tenían muy claro qué debían hacer. Leyna se quedaría vigilando fuera con un *walkie talkie* con el que mantendrían un contacto continuo. Edu entraría con la equipación suficiente y la promesa de abandonar ante la mínima dificultad. Cuando se inició en la espeleología lo hizo con el objetivo de ligar, y ahora lo haría con un fin mucho más importante, lo suficiente como para enfrentarse a sus propios miedos. Si llegaba al interior, se limitaría a hacer fotos con el móvil y, si era necesario, cogería algunas muestras.

No se habían cruzado con nadie y esperaba que a la salida continuara igual.

—Me has dado tu palabra, no quiero que te arriesgues, no podría... Da igual, tú solo cumple tu promesa. —Leyna se sentía contrariada. Para él era muy importante y debía respetarlo, pero consideraba que se estaba arriesgando por una mera ilusión.

Edu subió hasta el lugar donde se hallaba la posible entrada a la «nueva» gruta. Ayudado por su linterna frontal, comenzó a apartar las rocas de menor tamaño hasta que logró desprender una de gran volumen y dejar al descubierto una oquedad con espacio suficiente para acceder. Con la intensidad de la luz, verificó que tenía una gran profundidad y que el brillo verdoso que había intuido era real.

—Ya lo he despejado. Aquí cabe una persona sin problemas. Voy a meterme. Corto.

—Mucha suerte, e insisto en que tengas cuidado. Hasta ahora. Quiero decir, corto.

A pesar de su tamaño, era necesario entrar arrastrándose. Así lo hizo durante lo que debieron de ser veinte o veinticinco metros, con un desnivel de bajada de unos 15º. A medida que avanzaba, la proporción de mineral verde se incrementaba. El final del inhóspito túnel se abría a una gruta de unos treinta metros de diámetro por diez de altura. Allí todo parecía mágico. Las paredes al completo estaban revestidas de piedras preciosas verdes. Edu, que por unos instantes se había olvidado de su amiga, conectó el móvil para hacer el mayor número de fotos posibles, ni siquiera se percató de las llamadas perdidas y los mensajes que saltaron. Unos metros delante de él, sobresalía de la tierra una estructura cubierta de polvo. Con sus propias manos se dispuso a desenterrarla. Se trataba de los restos de una figura seccionada, revestida de fragmentos cerámicos de colores.

«Por el amor de Dios, ¡si es idéntica a la salamandra del Parque Güell!».

Aunque a una escala inferior, tenía la misma forma. Todavía conservaba uno de los ojos, del mismo tamaño y perfil que la joya familiar, aunque en un estado perfecto.

«Esto ya no es casualidad». Las lágrimas brotaron de sus ojos y, mientras se secaba con una de sus mangas, continuó desenterrándola con la máxima velocidad que pudo.

Bajo la figura, aparecieron los restos de algo similar a un capitel dórico con motivos florales y, más abajo, la parte superior de una columna de estilo griego. Su apariencia y volumen también le recordaban a las columnas de la sala Hipóstila del Parque Güell.

Necesitaba ponerse de pie un instante para descansar las rodillas y contemplar la prueba de todo lo que su abuelo le había contado. No dejaba de pensar en él. Aunque hacía varios meses que había sido su ochenta cumpleaños, sería el mejor regalo que nadie podría darle en su octava década de la vida. Mirando a su alrededor, los restos de una caja de madera sobresalían apoyados sobre la pared del fondo, justo a su derecha. En el interior, una estructura mecánica cubierta de polvo, pero de apariencia dorada. Tomó todas las fotos que pudo hasta que recordó que fuera alguien estaría preocupada.

—Leyna, estoy dentro. Todo bien. Esto es mejor de lo que jamás habría pensado. Corto... Hola, ¿estás ahí? Corto... Leyna, responde.

Corto.

«Quizá hay alguien por la zona y ha preferido cortar la comunicación». Segundos después, el sonido de alguien arrastrándose a través del túnel de entrada llegó hasta él.

—Leyna, por favor, habíamos quedado en que esperarías fuera...

—¿Crees que tengo aspecto de llamarme así? —respondió Stephan mientras se quitaba el polvo acumulado.

—¿Se puede saber quién es usted?

—Eso no tiene importancia...

—Se llama Stephan —gritó desde atrás Leyna, que había llegado a la gruta—, y el que viene por detrás, Vernier. Nos estaban esperando...

Minutos antes de las siete de la mañana, la policía se desplegaba por toda la zona. A esas horas solo había dos coches en el aparcamiento. El acceso al parque desde las faldas de la montaña estaba cortado bajo la vigilancia de una patrulla. Tenían órdenes de detener a un individuo con unas características difíciles de olvidar; un germano alto, con una gran cicatriz en la mejilla derecha y un tatuaje en el antebrazo izquierdo con los colores de la bandera alemana. Debían identificar a toda persona que hubiera por la zona y enviarla hacia el *parking* lo más rápido posible. Aquel tipo podía ser peligroso y no debía haber nadie en varios kilómetros a la redonda.

Carles, desde Madrid, había movilizado y estructurado en un tiempo récord un dispositivo encaminado a detener a su pesadilla y salvaguardar la vida del nieto de Oriol y su amiga. Hacía muchos años que era un asunto personal, de hecho, él lo consideraba «el Asunto». Desde la llamada de Sofía no se había separado del teléfono mientras se desplazaba como copiloto, a toda velocidad, de Madrid a Soria.

—Sí, mi nombre es Vernier. Siento que mi español no ser bueno, pero entiendo bien.

—¿Alguien me puede explicar qué está pasando? Leyna, ¿qué haces con estas personas aquí?, y ¿por qué conoces sus nombres?

—Ya te he dicho que nos estaban esperando. Me han pillado por sorpresa y, cuidado, el de la cara cortada lleva un arma. Vernier es...

—Tú a callar —la amenazó Stephan a punta de pistola.

—Pero ¿por qué nos esperaban? ¿Cómo sabían ustedes que estábamos aquí?

—Por favor, Stephan, habla tú. A mí es más complicado.

—Lo que mi jefe quiere decir es que, por unos motivos que ahora no vienen a cuento, sabíamos que usted iba a estar aquí esta mañana. Yo mismo me encargué de averiguarlo. Seré directo, Eduard: el señor Vernier está dispuesto a ofrecerle un negocio que no podrá rechazar.

—¿Para hablar de negocios me buscan aquí y me amenazan con un arma? Y ¿cómo sabe mi nombre?

—Si está de acuerdo —prosiguió haciendo oídos sordos a sus preguntas—, mi jefe le ofrece un porcentaje muy suculento por los beneficios que se obtendrán por estas piedras preciosas que cubren las paredes.

—¿Son conscientes de la tontería que están diciendo? En primer lugar, esto es un tesoro natural que pertenece a toda la humanidad por encima de cualquier explotación privada. Además, este mineral carece de valor económico. No son esmeraldas ni ninguna otra joya.

—Será lo que nosotros queremos que sea —puntualizó Vernier con dificultad.

—En segundo lugar, estamos en lo que podríamos considerar un mausoleo de mis antepasados, que forma parte de la naturaleza que tanto amaban y que tanto aman las gentes de estas tierras.

—¡Una mierda! —exclamó Vernier—. Todo esto pertenecer a mí.

—¿Se puede saber de qué está hablando? —insistió Eduard.

—Yo ser descendiente de esta civilización. Así explicar mi padre a mí, en carta, cuando cumplir dieciocho años —continuó hablando mientras la sacaba de un bolsillo del pantalón—. Él ya estar muerto, pero preparar esta carta para su hijo, antes de yo nacer. Sé que ser cierto, porque Stephan trabajar para él cuando yo ser un niño y traerme hace pocos días unas fotos que probar lo que yo dicho.

—Si esto te pertenece por ser hijo de Alfred, entonces la mitad sería mía —dijo Leyna mientras el resto la miraba sin entender nada —. Soy hija biológica de Alfred Meinl. Cuando fui a tu casa lo hice con la intención de buscar a mi padre. En ese momento desconocía quién era, pero me mostraste un libro escrito de su puño y letra. Una letra, por cierto, muy característica, que aparece en una carta que él escribió a mi madre donde lo confirma. Luego otra persona que trabajó para Alfred me lo ratificó, así que, como ves, tienes una hermanita. Es el monstruo del que te hablé —dijo girándose hacia Edu.

—Estás mintiendo, eres una... no sé cómo decir... *hure*.

—Buscona —puntualizó Stephan.

—Esperad un momento —interrumpió Eduard mirando a Leyna todavía con la boca abierta—. ¿Estás segura de que su padre es el

tuyo?

—Absolutamente.

—Pues yo no estaría tan convencido.

—¿Qué quieres decir? —Esta vez las miradas de todos le enfocaron a él.

—¿Te acuerdas de la leyenda familiar que te conté y que coincidía con aquel manuscrito que leíste preparando tu tesis?

—¿A dónde quieres ir a parar? —respondió extrañada.

—Si lo recuerdas bien, todos los que provenimos de esta civilización solo tenemos un descendiente. Así ha sido desde siempre. Tú naciste el seis de enero de 1994, ¿y tú, Vernier? —preguntó clavando la mirada en él.

—Estás hablando de tonterías.

—Te aseguro que es tan real como que estamos aquí. Lo preguntaré de una forma más sencilla, ¿en qué año naciste?

—También en 1994, pero yo ser el quince de septiembre.

—Por lo que cuentas, ella nació antes que tú y sería la primogénita, ¿verdad? Espero que seas capaz de unir ambas ideas.

—Entonces, Vernier no puede ser hijo de Alfred, ¿verdad? — dijo Leyna con la sensación de empezar a controlar la situación.

—Sois mentirosos, es todo falso. Esa es una puta. Todo esto ser mío. —Se mostraba colérico hasta el punto de dirigirse a Stephan con la intención de arrebatarle la pistola—. Dame tu arma. —La situación dio paso a un forcejeo entre ambos. Stephan no estaba dispuesto a que nadie saliese herido y, por tanto, no pensaba poner su arma en manos de aquel incontrolado.

—No sea estúpido, Vernier, déjeme en paz —se dirigió a su jefe en alemán.

—¡Dámela, te pago para que cumplas órdenes!

Los dos cuerpos pegados luchaban mientras hacían fuerza con unos brazos que parecían inertes hasta que, al final, un estruendo puso fin a la discusión. La pistola se había disparado y el cuerpo de Vernier cayó de rodillas. Una mancha de sangre brotaba de su abdomen mientras trataba de contenerla con la mano. Un segundo sonido alertó al resto. La cueva parecía temblar, invitada por el eco del disparo. Debían salir de allí y debían hacerlo cuanto antes. Edu cogió a Leyna de la mano para dirigirse a la salida, pero ella se soltó, antes quería coger algo. Stephan dudó si seguir el mismo camino o ayudar a su jefe. Optó por lo segundo.

La resonancia del disparo en el interior de la cueva puso sobre aviso a la policía, que, sin tener muy claro de dónde provenía, se dispuso a buscar el lugar.

Se arrastraban a toda velocidad por el túnel mientras las paredes temblaban anunciando un inminente hundimiento. El rugido de la roca apenas les permitía comunicarse. Edu se giraba cada pocos metros con la intención de no perder a Leyna. La dificultad de ir cuesta arriba no hizo mella ante el peligro de continuar en el interior. Por fin, minutos después, ambos salían magullados, pero a salvo.

Bajaron hasta la base de la cascada, el lugar donde permanecían sus mochilas y estarían seguros. Quedaba esperar a que los otros salieran. De un momento a otro se derrumbaría el interior, lo único que deseaban era que nadie quedara dentro. Tras una espera que les pareció eterna, Stephan salió arrastrando el cuerpo inerte de Vernier.

Se mostraba decaído mientras jadeaba, intentando recuperar la respiración. Nunca había tenido la intención de hacer daño a nadie, no esta vez. Parecía que su vida atraía las desgracias, aunque no las buscara. Tocó el cuello de su jefe y agachó la cabeza. Se puso de pie compungido y, al verlos unos metros más abajo, les pidió que no se fueran. Ambos se sentían amenazados y, al tratar de huir, Stephan les gritó apuntándolos con su arma.

—Esperad un momento, no pretendo haceros daño. Solo quiero irme de aquí con algo de valor. Con la intención de ayudar a Vernier, he olvidado coger una muestra. Eduard, sé que tenéis la joya. Has dicho que para ti no tiene valor económico, pero a mí me permitiría apartarme para siempre de este mundo oscuro en el que gira mi vida. Es difícil de entender, pero necesito que me la des y te doy mi palabra de que os dejaré en paz para siempre.

Ambos escucharon paralizados, mirándolo con incredulidad y miedo. Bajó la pistola como muestra de su buena fe.

—No tengo aquí la joya, es la verdad —gritó Eduard.

—No me mientas, por favor, no me mientas. —El arma volvió a apuntarlos de forma involuntaria.

—Alto, suelte el arma. Está rodeado por la policía. En estos momentos hay más de cinco agentes apuntándolo. Le aseguro que no tiene ninguna opción. —La voz autoritaria de Carles se oyó por todo el parque mientras Stephan seguía con la pistola en la mano—. Está acusado de la muerte de Janet Méndez y, posiblemente, de ese otro

individuo al que acaba de darle sus caricias. Enternecedor. Además del robo del maletín del abuelo de este chico, pero no debe preocuparse de esto último, creo que él ya ni se acuerda.

—¿Este tipo es el del tatuaje que robó a mi abuelo? Ahora sí que no entiendo nada.

—Yo no he matado a nadie, nunca ha sido mi forma de actuar. Lo de Vernier ha sido un accidente, ha forcejeado conmigo y se ha disparado la pistola. Respecto a esa tal Janet, no sé de quién me habla. ¡Espere, no se referirá a la señora de la limpieza! Un momento, ¿que esos hijos de puta la mataron? Acordé con ellos nada de violencia. Le juro que yo no lo hice. Solo contraté a dos sicarios para que la retuvieran el tiempo que fuera necesario y, cuando yo se lo indicara, la dejaran en libertad. —Lentamente fue bajando la pistola hasta pegarla a su pierna.

—¡Me parece todo tan afectuoso...! —continuó el comisario—. Y, si no fue usted, ¿puede decirme el nombre de quien lo hizo? Y le repito que suelte el arma.

—Solo conocí el mote de uno de ellos, que era el que llevaba las negociaciones. Le llamaban el Topo, pero no recuerdo nada más.

—Va a tener que contratar a un buen abogado, como quiera que se llame.

—Su nombre es Stephan —susurró Leyna.

—Muy amable, si no te importa, luego hablamos. Tenemos el testimonio de varios vecinos —continuó— que le vieron rondando por el barrio de Janet días antes de su desaparición y que podrían reconocerlo —se estaba marcando un farol—, así que su romántico argumento de esa gran amistad con el Topo tendrá que demostrarla ante un juez, así como la muerte de ese otro tipo.

Por segunda vez en su vida, Stephan se vio rodeado y sin margen de salida. La diferencia era que aquella gente no le iba a matar, pero sí a encerrar durante muchos años, que para él era lo mismo. Sabía que estaba condenado de antemano. No podía demostrar nada y tenía demasiados delitos a sus espaldas como para librarse de una cárcel segura. No era la vida que quería, y desde luego no era como había elegido vivir sus últimos años. Su vida había sido un camino de desdichas y solo al final, en Costa Rica, había conocido la felicidad. Ahora estaba seguro de que no los volvería a ver. Solo le quedaba ser libre para morir como él quisiera. Levantó la pistola, apuntó a su sien y, al grito de «os quiero, familia», se disparó.

—¡Hijo de puta! —exclamó Carles, que no tuvo tiempo de evitarlo.

Edu y Leyna se fundieron en un abrazo esquivando la mirada, a la vez que agentes salidos de diferentes lugares se acercaban, pistola en mano, con la intención de asegurar la zona.

El segundo disparo provocó el desprendimiento de algunas rocas y el hundimiento completo de la gruta, por lo que su entrada quedó sellada para siempre.

Cuando el entorno pareció seguro, el comisario se acercó al cuerpo por una cuestión protocolaria y para retirar el arma. Al volver a bajar, la parejita permanecía abrazada y agazapada en el suelo.

—Disculpa, Leyna, no te preocupes. Sé por experiencia que es una situación desagradable, pero puedes estar tranquila, a estas alturas lo veo relajado.

Ambos levantaron la cabeza y lo miraron. Ella estaba calmada mientras a él, con los ojos enrojecidos, le temblaban las manos.

—Tiene usted muy poca sensibilidad. Una persona acaba de volarse la cabeza delante de nosotros y es normal que esté afectado —le recriminó Leyna—. Así que, si no le importa, le ruego que nos dé unos minutos.

El comisario se quedó parado sin saber qué decir.

Una vez recuperado del impacto inicial, Eduard se acercó a Carles.

—Disculpe, inspector...

—Si no le importa, comisario Rives, aunque no te preocupes, estoy acostumbrado.

—Como usted prefiera. ¿Cómo sabían ustedes que estábamos aquí y que esos tipos nos buscaban? Porque no creo que hayan movilizado todo esto para darnos los buenos días.

—Ese tal Stephan había colocado micrófonos en casa de tu abuelo. Sofía se ha dado cuenta esta madrugada y, después de hablar con Oriol, han pensado que estaríais en peligro y me han avisado. Pero ahora soy yo el que tiene muchas preguntas —dijo Carles—. ¿Por qué os buscaban?

La pregunta generó todo tipo de dudas en Eduard. Se debatió entre decir la verdad y desvelar el gran secreto que acabaría destrozando aquel lugar o inventarse sobre la marcha una historia y ser descubierto. En el momento en que se disponía a hablar, Leyna lo rescató...

—Venían a por mí. Hace poco descubrí que Alfred Meinl, el padre de Vernier, el individuo que está muerto arriba, era también mi padre

biológico. Estuve en su casa de Alemania y fue allí donde vi por primera vez a Stephan. Salía de su despacho y se despidieron delante de mí, por eso conozco su nombre. Ahora habían venido para intentar negociar de malos modos que no solicitara legalmente la mitad de la herencia. También le he dicho que Alfred no era su padre y eso le ha enfadado mucho. Es cuando ha intentado coger la pistola de su matón y se ha disparado de forma accidental.

—¿Por qué han venido hasta aquí para negociar, en lugar de hacerlo en tu casa?

—Supongo que ya tendrían programado venir a verme, y al saber que estaba aquí...

—Y ¿por qué vais todos llenos de tierra? En mi época la gente se reunía en torno a una mesa, no se montaban una yincana.

—Verá, comisario. Ayer descubrí una grieta en esta zona que daba acceso al interior de la montaña y, como en mi época universitaria practiqué espeleología, quise recordar viejos tiempos. He descubierto que había una cueva diminuta sin ningún tipo de interés. Cuando estaba dentro, han llegado los otros amenazando con una pistola, imagino que la misma con la que ese desgraciado se ha disparado. El resto ya lo conoce usted. De todas formas, se acaba de hundir, aunque el planeta no ha perdido nada del otro mundo.

—Hay otra cosa, en verdad muchas, que no me encajan. ¿Qué explicación tienen los micrófonos en casa de tu abuelo y no en las vuestras?

—Eso es difícil de explicar —respondió Eduard—. No sabemos si hay micros en nuestras casas. Imagino que sabían que Leyna y yo tenemos una buena relación y esperaban que yo le contara algo a mi abuelo.

—¿Cómo sabías que Alfred era tu padre y no el de Vernier? —preguntó el comisario dirigiéndose a la chica.

—Eso es una historia muy larga y triste.

—No me creo nada de lo que me estáis diciendo, pero os aseguro que en estos momentos dispongo de mucho tiempo...

65

Barcelona, 8 de septiembre de 2019

Al día siguiente cambiaron de planes, irían a Barcelona. Quería explicárselo todo a su abuelo y mostrarle las fotos ampliadas en el ordenador y los objetos que pudo guardarse antes de que entrara el resto. Necesitaba ver sus ojos y sentir su calor.

La primera reacción fue fundirse en un sentido abrazo con la persona que tanto había luchado por él.

—Antes de daros más explicaciones, quiero presentaros a Leyna, mi mejor amiga y gran apoyo en mi vida.

—¿Aún estáis así? —dejó caer el *avi* provocando una mirada de sorpresa de la chica.

—Creo que los cuatro que estamos aquí —prosiguió Eduard— tenemos el mismo derecho a conocer lo que ha ocurrido, así que, por favor, vayamos a la mesa. —Su abuelo ya le había anticipado la tarde anterior que Sofía conocía todos los pormenores.

Depositó la mochila en el suelo y preparó el ordenador con una buena representación de las fotos que había tomado.

—Ya sabéis que nunca debemos mencionar nada a nadie. En primer lugar, quiero que veáis las fotos generales de la gruta...

A medida que las imágenes iban pasando, Oriol se sentía más orgulloso y satisfecho.

—¿A qué te recuerda esta figura, *avi*?

—Si no fuera porque estoy tan obsesionado, diría que a la salamandra del Parque Güell.

—Exacto, yo pensé lo mismo. Como puedes ver, conserva uno de los dos ojos. —Mientras continuaba la explicación, sacó de la mochila la misma figura de la imagen—. ¿Se parece a algo?

Oriol estaba entusiasmado.

—¡A nuestra joya! Es exacta, aunque mejor conservada. Entonces,

nuestra familia debió de coger el otro ojo antes de salir de la cueva.

—Como veis, debajo de la figura había un capitel dórico sobre una columna griega.

—Es idéntica a las de...

—En eso también te doy la razón, *avi* —interrumpió Eduard—. Más aún, con el ordenador he podido medir el diámetro de la columna y, ¡sorpresa! Mide un metro y veinte centímetros. La altura es imposible de conocer

—Lo mismo que las columnas de la Sala Hipóstila del parque —replicó el abuelo.

—¿Será que Gaudí...? —preguntó Leyna.

—No —interrumpió Oriol antes de dejar que acabase la frase—, ya lo pensé, pero Gaudí tuvo otros cuatro hermanos, dos de ellos fallecieron en la infancia, eso lo descarta por completo.

—¿Y Eusebio Güell y Bacigalupi, I conde de Güell? A fin de cuentas, fue el mecenas de Gaudí —dijo Sofía, entrando en la conversación.

—Tampoco —se adelantó Edu—, tuvo dos hermanos y diez hijos, si no recuerdo mal. Pero sigamos, que aún queda más... Esto me sorprendió enormemente, una caja de madera con un mecanismo dorado en su interior. Me recordaba a algo y al final he caído en que se parece mucho al Mecanismo de Anticitera.

—¿Será que la cultura griega, cuna de la civilización...? Ya sabes qué quiero decir —dijo Oriol.

—Visto lo visto, todo podría ser; además, según nos ha llegado, Elémipe se remontaría a un periodo de tiempo anterior a toda sociedad conocida. Ahora, *avi*, quiero que te fijes en esta foto ampliada del supuesto reloj astronómico. En él aparecen dos círculos entrelazados como los que están en el interior de nuestro pequeño tesoro. Creo que tenemos suficientes pruebas para asegurar que todo siempre ha sido cierto.

—Ahora ya puedo morir tranquilo —replicó Oriol.

—Un último detalle, *avi*. Ayer te expliqué que ese empresario alemán ya fallecido provenía de nuestro mismo origen, pero lo que no te mencioné es que en esta mesa hay otra persona más relacionada con Elémipe, Leyna. Su padre biológico era Alfred Meinl, lo ha sabido hace escasos días. Tenías razón cuando me dijiste que entre los individuos de nuestra casta hay una extraña atracción, esta es la prueba fehaciente.

—¿Una extraña atracción? —repitió Leyna guiñándole un ojo

mientras Oriol y Sofía babeaban. Edu no se dio por aludido.

—Por cierto —susurró Edu al oído de Leyna—, ¿no has pensado reclamar tu herencia?

—¡Jamás! —gritó—. Nunca aceptaría ni un solo céntimo proveniente de esa persona. —Dirigiéndose a todos, añadió—: A mí también me gustaría aportar algo de información. En la cueva, recuperé la carta que Alfred había escrito antes de que naciera su hijo, en este caso yo, su hija. Según describe, su casta vivió en lo que llamaban Tierra Hija, un territorio donde enviaban a aquellos que no respetaban las leyes. Por este motivo consideraba que los habitantes de Tierra Madre, el otro territorio, eran crueles. Allí intentaron reproducir cada aspecto de su tierra natal, pero, al parecer, no había rastro alguno del preciado mineral verde, que solo brotaba en el otro territorio. Habla de una catástrofe que engulló la propia tierra y de cómo algunos sobrevivieron escapando por grutas subterráneas. En algún lugar de la mansión de los Meinl debe de haber una caja con, entre otras cosas, la garra de una salamandra que realizaron a imagen y semejanza de la que había en Tierra Madre. ¿Os suena? Al acabar, y esto es muy interesante, sugiere a su hijo, o hija, que busque la ubicación de esa tierra para extraer su riqueza poco a poco. Pensaba que ese mineral podía ser más valioso que los zafiros o diamantes. Al final insiste en que nadie debe saber nunca nada.

—Lo que acabas de explicar es maravilloso —exclamó Oriol—. Complementa a la perfección lo que nosotros ya sabíamos. Aun así, hay algo que no logro comprender. La Laguna Negra no tiene mar alrededor y, que sepamos, no ha habido cataclismos en los últimos milenios como para devorar a dos islas o, en este caso, dos territorios enteros. Nunca imaginé que podríamos tenerlo tan cerca. Alguna vez soñé con encontrarlo en las Azores, pero era una intuición televisiva.

—Supongo que nunca llegaremos a saberlo —dijo su nieto—. Quizá la leyenda sobre la laguna acerca de que no tiene fondo y que comunica con el mar a través de cuevas y corrientes subterráneas fue una realidad del pasado. Tal vez el ser que vive en su interior y que todo lo devora podría ser una manera mitológica de explicar que algo engulló aquella civilización... *Avi*, quiero que tú guardes este trozo de capitel que logré rescatar en el último momento junto con el otro ojo, así entre los dos tendremos una visión completa de nuestra realidad.

Abuelo y nieto se fundieron en un prolongado abrazo mientras, entre lágrimas, se dejaban llevar por sus emociones.

—Papá estaría muy orgulloso de ti —dijo Oriol.

—Papá estará muy orgulloso de los dos, estoy seguro...

66

Valencia, 8 de octubre de 2019

—Bienvenida, Leyna, ya sabes que esta es tu casa.

—Qué caballero te has vuelto... ¡Algo estarás buscando! Tengo curiosidad por saber qué es eso tan especial que has preparado.

—Reconozco que, para la cena, nada del otro mundo —respondió Edu—, pero sí me he esforzado en el vino y en... mejor pasa. Por cierto, estás preciosa esta noche.

—¿Solo esta noche?

—Prefiero guardar mi respuesta para cuando llevemos varias copas del gran reserva.

El centenar de velas que iluminaban el salón junto a la peculiar decoración de la mesa recordaban a un rincón del romántico Trastévere de Roma.

—Antes de empezar la velada, quiero brindar por tu exitosa lectura de la tesis.

—Eres un cielo. Estás en todo. No querrás emborracharme, ¿verdad?

—Creo que te prefiero despejada. —En el momento en que chocaban las copas manteniendo la mirada, sonó el teléfono.

—No me lo puedo creer, he olvidado desconectar el móvil... Es Carles, el comisario. Tengo que cogerlo. Buenas noches, señor comisario, ¿a qué debo este honor?

—¿Os cojo en un mal momento?

—¿Cómo sabe que estoy con Leyna?

—Yo también he sido joven y, si estuviera en tu lugar, no desaprovecharía una sola noche. Hazme el favor de poner el manos libres, lo que he de deciros os interesa a los dos.

—Somos todo oídos.

—Han llegado los resultados del ADN, huellas dactilares, balística

y el informe forense. Todo confirma que Stephan Fischer, que así era su nombre completo, tuvo una pelea con Vernier. Eso ya lo sabíamos por vosotros, pero necesitábamos una confirmación oficial. Fruto de esa pelea, una bala se disparó y acabó con la vida del empresario. Esto último lo sabemos por vuestro testimonio.

—Hasta ahora no nos ha dicho nada nuevo —insinuó Eduard.

—No os pongáis nerviosos, ahora viene lo interesante. Tenías razón, Leyna, cuando afirmaste que Alfred no era el padre de Vernier. Lo sabemos porque las pruebas de ADN indican que fue Stephan quien lo engendró.

—¿Cómo? —gritaron los dos al unísono.

—Lo que habéis oído. Por otra parte, sigue sin cuadrarme por qué pusieron los micrófonos solo en casa de tu abuelo y no en las vuestras, como pudimos comprobar.

—Quizá porque mi abuelo, por la edad, pasa muchas horas encerrado y es más fácil captar las conversaciones. Nosotros siempre estamos fuera. Además, si estaba solo, no podría controlar dos ciudades a la vez... Lo que no entiendo —quiso tantear Eduard— es por qué organizó todo aquello en 2002, con Janet y con el robo del maletín de mi abuelo.

—Stephan se dedicaba al espionaje industrial y era un personaje muy buscado por la Interpol. Trabajó mucho tiempo para Alfred Meinl. Según nos ha contado tu abuelo, este empresario asistió a unas charlas sobre minerales en las que Oriol participó hace años en Cardona y donde habló de unas misteriosas piedras verdosas. Tu abuelo nos ha dicho que por aquel entonces estudió algunos minerales extraños, pero sin valor económico; me ha dado nombres, pero yo para estas cosas... Nunca pensó que eso pudiera tener alguna importancia fuera de la curiosidad académica, ni mucho menos que alguien organizara todo eso para conseguirlos, por eso en su día no me dijo nada. De hecho, me ha insistido en que examine la información de lo que él estudió allí, ya que seguro que está registrado en algún sitio.

—Esto se pone interesante —añadió Leyna.

—Alfred debió de entender que se trataba de grandes cantidades de minerales y, si averiguaba su ubicación, podría ganar una fortuna. Tan convencido debía de estar que creó Geodrom y regaló una de esas máquinas justo a la universidad donde trabajaba tu abuelo. Según hemos averiguado, era capaz de registrar todos los datos que extraían los científicos que la usaban, lo cual es ilegal. Sin embargo, no

pudieron con los de Oriol porque Joan, tu padre, le preparó un programa para anular cualquier registro de datos. ¿Qué le hizo pensar a su hijo que podían estar haciendo espionaje con las muestras estudiadas en Geodrom? Ni idea, quizá intuición profesional. Como la información no llegaba, debió de enviar a Stephan para acceder directamente a Geodrom. Este se hizo pasar por trabajador de la limpieza y apartó a Janet. Ante la ausencia de pruebas, debió de entrar en vuestra casa con la ayuda sin saberlo de Sofía y, al no encontrar nada, acabó robando el maletín donde, según me ha dicho tu abuelo, había unas fotos ampliadas de esa piedra. Por algún motivo se conformó con eso y desapareció durante años coincidiendo con la muerte de su jefe, Alfred. Se largó a México a vivir la vida y debió de quedarse sin dinero, porque volvió a buscar al hijo del señor Meinl, que le acabó contratando. Imaginamos que le hizo picar el anzuelo con lo de las piedras. Volvió a Barcelona a buscaros y puso micrófonos en casa de tu abuelo para intentar captar alguna conversación comprometida. ¡Santa paciencia! Sofía descubrió los micrófonos la madrugada que vosotros ibais a la Laguna Negra e intuyó que irían allí a por ti o a por vosotros. El resto ya lo conocéis...

—¿Cómo ha podido llegar a estas conclusiones? —preguntó Leyna.

—Porque es mi trabajo, y con la ayuda de Oriol. Además, una vez averiguada la verdadera identidad de Stephan, todo ha sido más fácil. Hay que reconocer que fue un profesional y mi pesadilla. Lo que no entiendo es la coincidencia entre vosotros dos y la relación indirecta con Vernier.

—Eso sí es casualidad —exclamó Eduard—. De hecho, yo la he conocido este año, y usted sabe de primera mano cuándo pasó todo. Una última pregunta, comisario: si no fue Stephan quien mató a esa pobre mujer, como aseguró antes de suicidarse, ¿qué pasa con los asesinos de verdad? Si existen, ¿cogerán a esos tipos?

—Eso también está solucionado. El tal Topo está en la cárcel por otro delito. Nos marcamos un farol con el tema y acabó delatando al otro cómplice que, a su vez, con el miedo en el cuerpo, cantó todo culpando al Topo. ¡Son como niños! Ese desdichado no mató a Janet, aunque eso no quiere decir que fuera un santo.

—¿Qué va a hacer ahora usted, Carles?

—Pongo punto y final a mi carrera. Hace tiempo que debía haberlo hecho. Después de todo esto me he ganado la jubilación.

—Nuestra enhorabuena, comisario.

Leyna volvió a coger su copa de vino.

—Creo que antes de sonar el teléfono estábamos brindando por mi tesis. Ahora soy yo quien va a escoger el motivo. Tengo la certeza de que, tras esta conversación, he cerrado una página oscura de mi vida y puedo mirar hacia delante. Ahora estoy preparada para todo.

—Brindemos entonces por tu nueva vida —exclamó Eduard.

—No —aseveró ella—, brindemos por nosotros dos. —El dedo índice de su mano selló los labios de su amigo. Rozó con los suyos el vino mientras se acercaba a Eduard con un paso sosegado, pero firme. Le arrebató su copa, dejó ambas sobre la mesa y, con sus ropas rozándose, clavó su mirada en la de él...

Sus sombras reflejadas en la pared se fusionaron en una. Se desprendieron de su capa más superficial hasta liberar el contorno de sus cuerpos. La silueta oscilante de cabello largo inclinó su cabeza hacia atrás para dejar que los otros labios recorrieran cada centímetro de su cuerpo con un descenso lento, pausado...

Epílogo

La Laguna Negra, Soria, 24 de marzo de 2030
Once años después...

—Mira, cariño, la Laguna Negra —comentó Eduard—. Ya sé que la has visto en muchas ocasiones, pero hoy queríamos venir porque es un día muy especial para ti, tu décimo aniversario.

—Me encanta este lugar —respondió Anna, escoltada a ambos lados por sus padres—. Hay algo en ella que me hace sentir bien, pero no sabría explicaros el qué...

—Hoy es el día en el que tenemos que contarte algo muy especial —prosiguió Leyna—. Hace muchos años, nuestras familias vivieron aquí...

La pequeña Laia, que hacía un mes había cumplido tres años, no se soltaba de la mano de su madre. Daba la sensación de que la historia se la estaban contando a ella, aunque en realidad su mente jugaba con el entorno.

—Desde luego nadie puede negar que sean hermanas, las dos son un calco de pequeñas —dijo Eduard con orgullo—. Me pregunto cómo se sentiría el *avi* si pudiera verlas.

—Desde el cielo se sentirá muy orgulloso de ellas y de ti. Eso sí, seguro que seguirá babeando como lo hizo siempre.

—¿Se lo puedo contar al yayo? —preguntó Anna mirando a su madre.

—Bueno, quizá al yayo Pablo no, porque...

—¿Y a la bisabuela? —Mirando a su padre.

—A la bisabuela Sofía sí, de hecho, vamos a por ella, que nos estará esperando sentada a la sombra de algún árbol...

Agradecimientos

Ante todo y sobre todo, quiero empezar dándole las gracias a Aurelia, mi mujer, la persona que siempre está a mi lado. Ella me transmitió la suficiente confianza para transformar una simple historia en una novela.

A mis padres y mi hermano. Junto a mi mujer, lo sois todo para mí.

De nuevo, quiero acordarme y agradecerle a mi tío las herramientas y el amor que me dio en vida. Allá donde estés, sé que te quedarán pocos rincones por descubrir, como a ti te gustaba.

A Nito, mi primer lector cero y geólogo de cabecera. Mi imaginación y yo somos los únicos culpables de cualquier sinrazón geológica que aparezca en la novela.

A Eva, por su paciencia e inestimable ayuda en todo lo que rodea al libro en temas informáticos, en los cuales yo navego en la ignorancia.

A todas las personas que en algún momento me han tendido la mano cuando lo he necesitado.

Finalmente, he querido homenajear a personas importantes para mí con guiños en forma de fechas.

AUTOR

Jorge Quer

(VALENCIA, 1974)

Valencia fue el lugar que escuchó mi primer llanto un caluroso día de julio de 1974, o eso me dijeron. Me refiero al calor.

Diplomado en Enfermería y, posteriormente, Licenciado en Medicina por la Universidad de Valencia, me gano la vida como médico de familia. He ejercido esta profesión en diversos lugares, incluido Francia, donde viví cinco años. Diferentes sitios, diferentes culturas, diferentes vivencias.

En mi maleta, siempre un libro, y en mi cabeza, todo un mundo de ficción que me acompaña.

El secreto Rosselló es mi primera novela. A esta le han seguido una serie de cuentos infantiles pendientes de ver la luz y, cómo no, la simiente de mi segunda novela. Pero eso es otra historia...

@jorge.quer

Otras publicaciones en diversas antologías:

- «Anhelos». Haiku. *Haikus IV*. Editorial Diversidad Literaria, 2020.
- «Realidad o ficción». Microrrelato. *Universo de libros III*. Editorial Diversidad Literaria, 2020.
- «Muy cerca de mí». Microrrelato. *Pluma, tinta y papel X*. Editorial Diversidad Literaria, 2021.
- «Jugando con el límite». Relato. *Sueños de Papel* Nº 12. Revista Literaria de La Carlota edición especial 2021.

www.jorgequer.com